

Jeff
Noon

El Rey Perdido

RBA

Jeff
Noon

El Rey Perdido

Traducción de
V. M. García de Isusi

RBA

Esta es una obra de ficción y, excepto el hecho histórico de los disturbios de Brixton de 1981, cualquier parecido con personajes reales, vivos o muertos, es pura coincidencia.

Título original inglés: *Slow Motion Ghosts.*

Autor: Jeff Noon.

Penguin Random House.

© Jeff Noon, 2019.

© de la traducción: V. M. García de Isusi, 2020.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

Primera edición: abril de 2020.

REF.: ODBO707

ISBN: 978-84-9187-644-1

FOTOCOMPOSICIÓN: GAMA SL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

Sábado, 11 de abril de 1981
SANGRE Y GASOLINA
Domingo, 23 de agosto de 1981
EL EXAMEN DE UNA MÁSCARA
SENDAS VERDES Y RETORCIDAS
LA CARA ILUMINADA
Lunes, 24 de agosto de 1981
X DE DESCONOCIDO
FIGURITAS Y MALDICIONES
LA LÁGRIMA
LAS SEIS HERIDAS
EL BLUES DEL TERCERO EN DISCORDIA
LA MUJER DEL COCHE
GRABADO EN LA CINTA
DIBUJADA CON TINTA AZUL
EL SILHOUETTE
ATADO
Martes, 25 de agosto de 1981
LUZ AMBIENTAL
LA GALERÍA
UNA CAMPIÑA EN INGLATERRA
LOS PERSEGUIDOS
FAIR HARBOUR
Miércoles, 26 de agosto de 1981
EN BRAZOS DEL MAR
VIVIR A OSCURAS
POR CALLES IRREALES
UNA CHARLA EN LA A229
UN BAÚL LLENO DE CURIOSIDADES
Jueves, 27 de agosto de 1981
VIDAS SECRETAS
SIETE AÑOS DESPUÉS
EL DIARIO DE UNA MUJER
LA HABITACIÓN CERRADA
NOMBRES EN UNA LISTA
LAS HABITUALES DEBILIDADES HUMANAS
CICATRIZ DE PINTALABIOS
Viernes, 28 de agosto de 1981

LA HISTORIA DE LA MÁSCARA
UN ROSTRO ENTRE LA MULTITUD
LA PROFESIONAL
UN ENCUENTRO JUNTO AL RÍO
POSIBLES REYES
UNA PUERTA QUE DA AL PARAÍSO
UNA NOCHE LEJANA
LA CIUDAD DEL EDÉN
Lunes, 31 de agosto de 1981
LA LLAMADA
AGRADECIMIENTOS

PARA STEVE

SÁBADO

11 DE ABRIL DE 1981

SANGRE Y GASOLINA

Aquella noche, Hobbes llegó a la comisaría de Brixton a eso de las ocho y media. Fue hasta allí en un coche patrulla con otros cuatro oficiales, uno de los cuales no dejaba de despotricar por todo lo que veía por las ventanillas: «¡Por amor de Dios!, ¿es que no podemos dejar que se maten unos a otros?». En un momento dado, Charlie Jenkes le pidió que se callara de una puta vez. Bastante mal estaba ya la cosa. El inspector Hobbes viajaba en el asiento de atrás, pegado al respaldo. Estaba tan nervioso que no se sentía bien.

Una vez en la comisaría, enseguida los organizaron y les dieron órdenes. Hobbes se hizo cargo de un equipo de nueve agentes de uniforme. ¡Por Dios, pero si habían pasado años desde que hacía algo así!

Una furgoneta los llevó a gran velocidad a un punto de despliegue y los escupió en medio del caos. El grupo solo contaba con seis escudos de plástico, su única defensa contra lo que fuera que los esperaba en el frente. Ni cascos ni equipo antidisturbios adecuado. A Hobbes le habían asignado la tarea de expulsar de Shakespeare Road a los alborotadores para que por la calle pudieran pasar una ambulancia y un coche de bomberos. El inspector organizó una línea y ordenó a los agentes que marcharan al paso, pero la línea se rompió nada más entrar en la refriega. Había gente joven calle abajo, cortando el paso; había un coche patrulla volcado. Uno de los alborotadores se agachó para prender un charco de gasolina y el coche patrulla no tardó en quedar envuelto por las llamas. Los alborotadores, hombres y mujeres jóvenes, empezaron a vitorear y a bailar alrededor del vehículo. Parecían quinceañeros. Niños. Nada más. La mayoría de ellos eran de raza negra, pero había algún que otro blanco.

Hobbes empezó a gritar órdenes para que su escuadra volviera a situarse en línea, para que se mantuviera firme, con los escudos entrelazados por delante de ellos, como las legiones romanas, como si él fuera un centurión. Después, empezaron a moverse despacio hacia delante, un paso, otro paso. Nada de heroicidades.

—No quiero putos héroes, ¿me habéis oído?

Sus palabras se las llevó la locura en la que se había sumido la noche.

En una calle cercana, un camión de bomberos esperaba para actuar, y detrás de él había aparcada una ambulancia. Al camión de bomberos le habían roto el parabrisas. Hobbes tenía su objetivo a la vista y apremió a los agentes para que siguieran avanzando. Lo estaban haciendo bien, incluso habían conseguido que algunos de los alborotadores se retiraran a una calle que cortaba Shakespeare Road, pero, entonces, les cayó encima una salva de objetos.

Contra los escudos se estrellaron con gran estrépito piedras, ladrillos y botellas. Hobbes

intentó que los agentes se mantuvieran unidos, pero no lo consiguió; les cayó otra salva de proyectiles y la línea se resquebrajó. Uno de los agentes tropezó y dos de los escudos se rompieron. Una botella de cerveza impactó de lleno en la cara de uno de los policías, que se cayó al suelo. Los demás agentes rodearon al herido.

Hobbes se acercó a toda prisa al agente accidentado y lo apartó de la melé de policías. Al hombre le habían roto la nariz. Tenía los ojos vidriosos, acuosos. Parecía que no lo reconociera.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Por pura fuerza de voluntad, Hobbes consiguió que los nueve agentes volvieran a la furgoneta, dos de ellos arrastrando al compañero herido. A lo lejos, Hobbes veía más coches ardiendo y, más allá, un edificio en llamas, un pub.

—¡Matad a los cerdos! ¡Matad a los cerdos! —gritaban los alborotadores.

El humo hacía que a Hobbes le picaran los ojos. Estaba sin respiración y le dolían los costados. En los más de veinte años que llevaba en el cuerpo, jamás se había enfrentado a algo así, ni siquiera durante el tiempo que había pasado patrullando las calles, calles tan pobres y deprimidas como las de Brixton. Algo había cambiado durante aquellos años.

Hobbes gritó a los agentes para que se reagruparan, y así lo hicieron, aunque ya solo eran ocho. De nuevo, los apremió para que avanzaran. En esta ocasión, él también estaba en primera línea, contento de compartir el escudo con el agente de al lado, un policía al que no había visto nunca.

Los proyectiles golpeaban los escudos con una fuerza divina, peor que antes, sin descanso.

Hobbes oía los vítores. Los niños corrían hacia ellos para recuperar las piedras y las botellas que les habían lanzado y volvían corriendo con los suyos. Aquello era una guerra, lisa y llanamente. En cualquier caso, los policías estaban consiguiendo abrirse camino y que los alborotadores retrocedieran.

Pero, de pronto, una botella impactó en uno de los escudos que había a la izquierda de Hobbes y explotó acompañada de una llamarada. La gasolina en llamas resbaló por el escudo y lo convirtió en una lámina de fuego amarillo. Aquella mierda ni siquiera era ignífuga. El plástico del escudo empezó a fundirse. El calor era muy intenso.

La línea policial se rompió y sus integrantes se retiraron, y Hobbes se quedó solo.

Tumbada en la calle, medio oculta entre las sombras, había una persona que no paraba de gemir. Desde donde estaba, a Hobbes le quedaba claro que no era un policía, sino un civil.

Una mujer de raza negra que había recibido un golpe en el fuego cruzado. Tenía que ayudarla, así que se agachó y corrió hasta ella. El inspector sintió como si el tiempo se ralentizara, como si las sirenas se oyeran muy lejos de allí. Miró hacia atrás. Los agentes de su escuadra se habían dispersado hasta otras posiciones y él se había quedado expuesto. No tenía protección, no tenía defensa. Estaba solo.

La mujer estaba inconsciente y el inspector no podía con ella. Una botella cayó cerca de donde estaban y se hizo añicos. A continuación, oyó un grito de rabia. Hobbes levantó la vista y vio a un joven que corría hacia él. El muchacho iba encapuchado, así que el inspector no era capaz de determinar su raza, su identidad. Eso sí, en la mano llevaba un arma, una piedra o un ladrillo. Hobbes se puso de pie como pudo y empezó a retirarse, pero, justo en ese momento, sintió un golpe sordo en la cabeza.

Al principio, no sintió dolor, pero se llevó la mano a la sien y la retiró pegajosa, roja.

¿Qué coño era aquello? Se tambaleó, casi se cayó. Sentía débiles las piernas. El instinto le decía que tenía al alborotador prácticamente encima, listo para un segundo ataque. El inspector cerró los ojos y se llevó las manos a la cara para protegerse.

De súbito, sintió que tiraban de él, que lo apartaban de los problemas. Alguien lo estaba agarrando, lo sacaba de la calle, mientras dos líneas de agentes con escudo corrían a una, directos a la vorágine. El estrépito era ensordecedor.

Al inspector lo llevaron a una calle lateral. Allí, la situación estaba más tranquila porque el lugar estaba aislado. Sintió una pared justo detrás de él, se apoyó en ella y se deslizó para acuclillarse. Charlie Jenkes estaba allí. Su amigo lo había salvado.

—Charlie... —susurró, aunque se sentía como si no le salieran las palabras.

—Estate tranquilo, que te han dado.

Sí, ahora veía la sangre y tenía la visión borrosa.

—La mujer...

—Está a salvo, no te preocupes.

Jenkes le puso la mano en la cabeza para presionar el corte y se acuclilló a su lado.

Nunca habían estado tan cerca el uno del otro. Aquel no era sino un sencillo acto de camaradería, pero cuando miró al inspector Jenkes a la cara —sucia por el hollín y el sudor, apretados los dientes— no vio sino locura en ella, un odio que ardía con tanta fuerza, con tanto fervor, como el de cualquiera de los alborotadores a los que se estaban enfrentando.

Hobbes tendría que haberse dado cuenta en aquel mismo instante de que algo malo iba a ocurrir, pero no lo hizo. No podía, porque pasarían varios días antes de que aquel odio alcanzase su punto álgido y, para entonces, sería demasiado tarde.

DOMINGO

23 DE AGOSTO DE 1981

EL EXAMEN DE UNA MÁSCARA

Se quedó frente a la verja del adosado, mirando el corto camino que recorría el jardín y llevaba hasta la puerta principal, fijándose en las ventanas de la planta baja, en la del piso de arriba, detrás de la que sabía que había dormido el ahora cadáver, que lo esperaba allí mismo.

Estaban a punto de dar las nueve de la noche y el cielo permanecía nuboso, pero justo al lado había una farola que lo sumergía en un pozo de luz amarillenta. Los demás miembros del despliegue policial se encontraban a su alrededor, hablando, apoyados en los coches patrulla o encargándose de alejar al pequeño grupo de mirones que se habían acercado hasta allí, esperando a que el inspector Hobbes acabara lo que fuera que tenía que hacer. También oía risas; alguno de los veteranos, que se mofaba de él, sin duda. Le daba igual, él tenía que estar solo para hacer su trabajo. Apenas había pasado una semana desde el traslado y, antes de eso, había estado otras cuatro de baja por su propio bien, y de repente aquello.

Hobbes no podía creer que, con cuarenta y cuatro años encima, todavía tuviera que demostrar su valía una y otra vez, pero allí estaba.

El inspector no dejaba de mirar, de examinar. Aquella era una casa normal y corriente de las afueras, ubicada en una avenida bien cuidada y con árboles a ambos lados. El jardín estaba un poco abandonado en comparación con el de los vecinos de su izquierda y su derecha; puede que el residente hubiera sigo vago o, sencillamente, que pasara mucho tiempo fuera de casa. Puede que a los vecinos no les gustase justo por eso, porque actitudes de este tipo abaratan el coste de las propiedades colindantes. Hobbes era de los que van analizando las posibilidades una después de la otra.

Abrió la verja y recorrió el camino hasta la puerta principal. Sabía que la mujer que había encontrado el cadáver había llamado al timbre un par de veces y que, después, había ido hasta la parte de atrás de la casa. Se preguntó si habría mirado por entre las cortinas medio abiertas de la ventana delantera. Hizo lo mismo que suponía que habría hecho ella y vio una sala de estar con pocos muebles, parte de una mesita de café y una mesa auxiliar con un televisor.

El inspector siguió la ruta de la mujer por el lateral de la casa. Quería dar los mismos pasos que ella había dado, entender el momento del descubrimiento.

Por las ventanas salía luz suficiente como para que se viera el jardín trasero, que se encontraba peor que el de delante. La hierba estaba muy crecida, y aquí y allí había zonas de tierra y plantas mustias, además de un viejo sillón que se caía a pedazos. El jardín estaba delimitado por una valla de madera y, detrás, se divisaba una línea de árboles y el cielo nocturno del sudoeste de Londres.

La puerta de atrás, que daba a la cocina, estaba entreabierta. El inspector la empujó con cuidado y entró en la casa. En el fregadero había cacerolas sin fregar, en la mesa y en la encimera descansaban bandejas de comida precocinada a medio comer, y el cubo de la basura estaba hasta los topes. Apestaba a comida podrida. Una vez más, el estado de la cocina contrastaba con el aspecto de la calle, con los valores que se esperaban de la clase media. El inspector recorrió el pasillo hasta la sala de estar. Las paredes y el techo estaban pintados de blanco. Un sillón, un sofá y la mesita de café. Aquel era el nuevo estilo de decoración, minimalista —lo había visto en los suplementos dominicales de los periódicos—, excepto por una de las paredes, en la que había baldas llenas de discos que iban del suelo al techo y, entre ellas, un equipo de alta fidelidad que parecía carísimo. El único detalle personal era una fotografía enmarcada en la que se veía a un joven con una pareja más mayor: el hijo con los padres, sonrientes. En la mesa había dos tazas hasta la mitad de té frío.

Entre ambas, diseminados, varios papeles. Algunos de ellos estaban escritos a máquina y tenían anotaciones a mano, otros estaban escritos por completo a mano y tenían numerosos tachones. Parecían poesía o letras de canciones. La firma «Lucas Bell» podía observarse en la parte inferior de cada hoja. A Hobbes, aquel nombre le resultaba ligeramente familiar.

El inspector volvió al pasillo y se detuvo al pie de la escalera. Se oía un ruido en el piso de arriba. Era una voz. Sonaba muy bajito, por lo que tuvo que concentrarse para oírla.

Empezó a subir los escalones, despacio, de uno en uno y, cuando llegó arriba, se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Caminaba ojo avizor. A la izquierda dejó una puerta abierta que daba a una habitación llena de instrumentos musicales: guitarras, teclados, amplificadores, una batería. Se le pasó por la cabeza que era extraño que un músico de rock viviera en aquella zona de Londres, en la tranquila y arbolada Richmond. Hobbes estaba seguro de que allí había una historia.

Dio unos pocos pasos más por el descansillo y se detuvo. Ahora lo oía con toda claridad, la voz era música sonando bajito que salía por una puerta abierta que había más adelante. Se trataba del mismo verso de una canción, repetido una y otra vez por la voz de un joven.

Siguió la música, que lo llevó al dormitorio de delante. Se quedó en el umbral y empezó a estudiar el escenario.

«El momento. Hazlo tuyo. Concéntrate».

En la habitación no había más luz que la de la farola, que entraba por entre las cortinas, un poco abiertas, y que dejaba ver las paredes, azules y las sábanas, blancas. En la cama yacía un hombre. La víctima. Estaba vestido con una camisa azul y unos pantalones negros.

Tenía el cuerpo retorcido de forma aterradora.

Brendan Clarke, veintiséis años.

Aquello era lo que sabía Hobbes: el nombre y la edad de la víctima. El inspector resistió el deseo de examinar el cadáver y se dedicó a investigar el dormitorio con detenimiento.

Saltaba a la vista que hacía un tiempo que no lo limpiaban, porque por todos lados había una ligera capa de polvo. Vio un teléfono en una mesita pegada a la pared del fondo. En el cenicero que se encontraba junto al teléfono había una colilla larga con el filtro blanco y manchado de carmín. Hobbes se detuvo en el cigarrillo y se fijó en que la marca estaba escrita alrededor del filtro.

La música sonaba en un aparato estereofónico que había cerca de la ventana. Unos pocos

discos estaban apoyados contra la pared, y la carátula de uno de los álbumes descansaba en el suelo, junto a la máquina: *Backstreet Harlequin*, de Lucas Bell. A Hobbes le sonaba el nombre del cantante de principios de la década anterior, la era del glam rock. La tapa del tocadiscos estaba levantada y el disco no dejaba de girar. En el vinilo, cerca del final de la primera canción, había un poco de masilla azul, de esa que se utiliza para pegar los pósteres a la pared. Aquella era la razón de que el brazo del tocadiscos no se moviera y de que la aguja estuviera todo el rato en el mismo sitio. La misma frase se repetía una y otra vez, acompañada de un clic al final. Un poco de música y media frase de la canción: «... Nada que perder...». Clic. «... Nada que perder...». Clic. «... Nada que perder...». Clic.

Hobbes examinó con detenimiento la superficie del disco mientras giraba para ver si descubría algunas huellas. Pero no fue así. Entonces, miró la masilla y abrió los ojos como platos, porque en el material blando de color azul se apreciaba una huella dactilar.

Miró por la ventana. Westbrook Avenue estaba iluminada de parte a parte. Había empezado a llover. Eso complicaría la situación de los agentes que esperaban abajo. Todos ellos lo odiaban. Lo odiaban por la manera tan rara en la que trabajaba y por su actitud, pero, sobre todo, por lo que le había sucedido al inspector Jenkes. Las habladurías lo acompañaban. Se volvió y miró la habitación. Al hacerlo, se fijó en que en la capa uniforme de polvo que se distinguía en la cómoda había un círculo limpio de unos pocos centímetros de diámetro. Algo se habían llevado de allí. Almacenó con cuidado aquella imagen.

Ya era hora de centrarse en el cadáver.

El inspector fue hasta la cama y se quedó mirando la cara de la víctima. Hacía tiempo que la sangre se había secado. El forense había estimado que el joven había muerto bien la noche anterior, a última hora, bien a primera hora de aquella misma mañana. A medianoche, ni para ti ni para mí. Dios..., ¡cuántas horas esperando! Veintipico horas allí tumbado, solo, y con la música sonando todo el tiempo, sin que nadie la oyera excepto la pobre mujer que había llegado hacía una hora y que había encontrado el cadáver.

Estudió las heridas una a una.

Uno de los ojos, el izquierdo, no era sino un pozo oscuro. Le habían cortado la comisura de la boca algo así como dos centímetros y medio a cada lado, lo que daba lugar a una sonrisa cruel. En la frente le habían marcado una X. En las mejillas y en la frente se apreciaban otras heridas más pequeñas. La sangre había manado de un corte serrado que el joven tenía en el lado derecho del cuello; probablemente, la herida que había acabado con su vida. Aquella sangre había dejado una gran mancha de color grana en la almohada.

La boca de la víctima estaba abierta de par en par y había algo en ella, aunque el inspector era incapaz de determinar de qué se trataba por culpa de la sangre. Desde luego, parecía una bola de papel. Supuso que se la habrían introducido después de que hubiera muerto y sintió un deseo irrefrenable de coger aquel objeto, fuera lo que fuera. La impaciencia lo llevó a mover los dedos involuntariamente. Se obligó a respirar hondo para calmarse.

La camisa de la víctima estaba manchada de sangre en el cuello y en el pecho. El inspector se inclinó lentamente para observar la prenda más de cerca. Había algo en el bolsillo delantero, sobresalía el filo. Con las uñas, lo sacó y lo dejó encima de la camisa con cuidado. Era un naipe, una figura, pero Hobbes jamás había visto ninguna como aquella: un joven que caminaba despreocupadamente con un perro, pero que, si daba un paso más, se caería por un barranco. La

carta estaba marcada con un cero en la parte superior y abajo ponía: «El Loco».

El inspector se enderezó. Había otra razón por la que le gustaba estar solo en aquellos momentos iniciales de la investigación, no solo para concentrarse, sino porque necesitaba hacer la promesa sin que nadie lo observara o se preguntara qué es lo que hacía. Así, empezó entre susurros: —Señor Clarke, voy a descubrir por qué le han hecho esto. Cuando lo sepa, averiguaré quién se lo ha hecho. Daré caza a su asesino y lo llevaré ante la justicia. —Hizo una pausa—.

Lo prometo.

Luego, se retiró unos pasos.

Había visto muchas escenas de crímenes a lo largo de los años, algunas de ellas tan horribles como aquella o incluso peores, pero, aun a pesar de las circunstancias y del estado del cadáver, había algo en aquella habitación, en aquella situación en concreto, que no estaba como debía, como tenía que estar.

Algo se le escapaba.

Aquello hizo que se abstrajera.

La sargento Latimer lo encontró allí cinco minutos después. El inspector no se había movido y permanecía en silencio, mirando a la víctima.

SENDAS VERDES Y RETORCIDAS

La sala de interrogatorios de la comisaría era pequeña y no tenía ventanas, y ya estaba llena de humo de cigarrillo. Una agente vigilaba la puerta en posición de firmes. Dentro había una mesa de madera con tres sillas de plástico rayadas y poco más.

Allí era donde esperaba la mujer.

El inspector Hobbes la observó a través del cristal. Treinta y pocos; el pelo rubio y salvaje con mechones rojos, todo él domesticado a duras penas con algún tipo de gomina brillante. Ninguna de las prendas de ropa que vestía combinaba, diferentes colores y texturas: escarlata, dorado, negro y un cuello de lunares por encima de un chaleco a rayas. En su rostro, estupor.

El inspector ojeó las páginas de la declaración de la mujer por segunda vez. Había una serie de puntos interesantes. Luego, se volvió hacia el detective Fairfax, que estaba a su lado.

—Aquí no hay gran cosa.

—No, bueno..., es que es un poco estirada.

Hobbes miró al policía y le dijo:

—La mujer está conmocionada.

—Sí..., supongo.

—Maldita sea. Búsqueme un despacho en el que trabajar, que esto parece una celda del KGB.

—No es que tengamos mucho más sitio, señor.

En esa ocasión, el inspector lo miró serio. El detective Fairfax mantuvo aquella sonrisa hosca unos instantes más y, después, negó con la cabeza, molesto, y abandonó la estancia.

El inspector entró en la sala de interrogatorios. Saludó a la policía con un asentimiento y, a continuación, le dijo a la mujer que había sentada a la mesa:

—Disculpe la espera.

La mujer apartó la mirada.

Hobbes tomó asiento y se presentó.

—La llevaría a mi despacho, pero... es que no tengo. Todavía. Llevo poco tiempo en esta comisaría. —Tosió—. Enseguida nos pondremos más cómodos, en una sala más amplia, me refiero, y allí hablaremos.

La mujer permanecía en silencio. Se miraba la punta de los dedos, que aún tenía manchadas de gris por el polvo para tomar huellas. El inspector sacó un par de cigarrillos Embassy Red del bolsillo.

—¿Quiere uno?

La mujer negó la cabeza, pero echó mano a su paquete de Consulate, que estaba sobre la mesa. El inspector le encendió el cigarrillo. A la mujer le temblaba la mano. Hobbes miró el cenicero: cada una de las colillas estaba marcada con pintalabios.

—¿Fuma usted mentolados?

La mujer asintió levemente.

—Yo estoy intentando fumar menos, pero... ya sabe usted cómo es esto.

—Simone Paige. Me llamo Simone Paige.

Ahora, la mujer lo miraba a los ojos.

Hobbes le dio una calada profunda al cigarrillo.

—¿Ha vomitado usted ya? No. Pues debería intentarlo. Ayuda. —El inspector esbozó una mueca—. Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que vi un cadáver. —Hizo una pausa—. Tenía diecisiete años.

La mujer parpadeó.

—No tengo intención de...

—¿De qué?

—De ver ningún cadáver más. Al menos, en mucho tiempo.

—No, claro que no.

El inspector analizó la cara de la mujer e intentó quedarse con tantos detalles como pudo. Era evidente que estaba muy cómoda con su edad, aunque en sus rasgos empezaban a aparecer las primerísimas arrugas. Tenía los pómulos más bien hundidos, no sobresalientes.

Aún le quedaban rastros palpables de maquillaje. Tenía los ojos muy separados y eran alargados y afilados. Tanto sus modales como su apariencia indicaban un férreo autocontrol.

El inspector consideró que debía de ser un hueso duro de roer.

Entonces, de pronto, fue consciente, muy consciente, de cómo lo miraba ella.

Ambos se estaban analizando.

Hobbes no estaba acostumbrado a aquello, pero no apartó la mirada.

No se quitaron ojo hasta que, en un momento dado, el detective Fairfax regresó. El inspector apagó su cigarro y llevó a la mujer al pasillo. De camino, le preguntó:

—Es usted escritora, ¿verdad?

—Periodista. Crítica musical.

El inspector recordó el vinilo y el mensaje que repetía una y otra vez.

Entraron en una habitación mucho más pequeña, un despacho. En ella había un agente de policía que estudiaba un grueso libro de bolsillo.

—Salga.

El novato agente de policía intentó explicarse:

—Señor, estaba intentando dar con un apartado en el manual de policía.

Hobbes se mofó.

—¿En el manual? Nada de lo que pone ahí lo ayudará cuando empiecen los puñetazos.

Venga, salga, que necesito el despacho.

El agente de uniforme salió. El inspector se sentó y le hizo un gesto a la mujer para que se sentara también.

—Tendremos que conformarnos con esto.

Luego, cogió una grabadora y la puso en el escritorio.

—Supongo que, debido a su trabajo, usted también habrá hecho unas cuantas entrevistas, ¿no es así?

—Cientos. Demasiadas.

El inspector sopló en el micrófono.

—Por favor, diga su nombre completo una vez más para que quede recogido en la cinta.

—Simone Paige.

El inspector esbozó una sonrisita, poca cosa, una ligera curva en las comisuras. Se puso de pie.

—Discúlpeme un momento.

Sin más explicación, abandonó el despacho y cerró la puerta.

—¿Ya ha terminado, señor?

Era el joven agente de policía que había estado estudiando en aquella salita. Se había quedado en el pasillo, con el grueso *Manual de policía de Blackstone* en la mano.

—Aún no.

El agente no le aguantó la mirada. Era probable que hubiera oído los rumores de los veteranos.

—¿Cómo se llama?

—Soy el agente de policía Barlow, señor.

El joven tendría veintipocos años, era alto y delgado como un palo, y llevaba el pelo extraordinariamente pulcro. Su piel parecía tan suave que daba la sensación de que una cuchilla fuera a resbalar con facilidad por ella.

—Muy bien, agente Barlow, esta va a ser la lección de esta noche. Un pequeño truco de mi propia cosecha. —Miró la puerta del despacho—. He dejado a la señora Paige ahí dentro.

Sola.

—¿La mujer que ha encontrado el cadáver de esta noche? —El joven se mostró muy emocionado—. ¿Sospecha usted de ella?

Hobbes suspiró.

—Aún no lo sé, pero está claro que algo raro hay.

—¿Qué le lleva a pensar eso?

—Que ha fumado un cigarrillo en el dormitorio.

—¿En serio?

—Junto al teléfono.

—Y eso significa...

—Piense en ello, Barlow. ¡Vamos! ¡Vamos!

—Estoy en ello, señor. Estoy en ello.

El joven policía sacó un bloc de notas y un bolígrafo, y anotó algo. Tenía que lidiar con el manual de policía mientras lo hacía y la operación resultó un poco torpe.

—Da igual. Lo que he hecho... Y no vaya contando esto por ahí...

—No, señor —respondió Barlow entre susurros.

—... Es dejar la grabadora en marcha. En el despacho.

El inspector hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—¿Y lo sabe ella?

—Puede que acabe dándose cuenta.

El agente contuvo el aliento.

—Pero, señor..., ¿es eso legal?

—Es un mero error por mi parte.

—¿Y cree usted que podría decir algo? ¿Que va a hablar sola?

—Eso espero.

—¿Y si apaga la grabadora?

—Significará que es culpable. Estará clarísimo.

El agente frunció el ceño.

—No creo que...

—Segunda lección. No crea usted todas las chorradas que oiga decir a sus superiores.

El agente se quedó pensando en algo que responder. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Hobbes sonrió para sacar al joven de aquella situación comprometida y le preguntó:

—¿Entiende usted de música rock?

—Un poco, señor.

—Estupendo. Descubra todo lo que pueda acerca de un cantante llamado Lucas Bell, que fue famoso en los años setenta.

—Conozco sus discos. Bueno, algunos...

—Para mañana.

—De acuerdo, señor. ¿Por alguna razón en particular?

—Siento curiosidad.

El agente de policía ladeó la cabeza mientras miraba su bloc de notas. El inspector casi alcanzaba a ver su proceso de reflexión. Entonces, los ojos del joven se iluminaron.

—¡Ah, claro! —Señaló la puerta—. ¿Quiere usted saber si ha llamado a emergencias desde el dormitorio?

—Eso es. Y si, después, ha encendido un cigarrillo.

—Supongo que sería un poco raro.

El inspector se frotó la frente con los dedos y murmuró algo para el cuello de su camisa.

—Lo sería... porque, además, el teléfono no está junto a la cama, sino al otro lado de la habitación.

—Disculpe, señor, no le he entendido.

—No es nada, solo estoy pensando en alto. Intento que todo encaje.

El agente Barlow guardó el bloc de notas.

—Hay una cosa que no me gusta, señor.

—¿El qué?

—Que no haya signos de violencia. Porque no los hay, ¿verdad?

—No los hay.

El agente negó con la cabeza.

—Es que... yo forcejearía. Si alguien viniera hacia mí con un cuchillo, señor, me defendería con todas mis fuerzas, joder.

—Normal, sí.

El inspector volvió a entrar en el despacho. La mujer había encendido otro cigarrillo y miraba un calendario que había en la pared, uno de esos que publican los ayuntamientos; en este caso, uno que mostraba los encantos de Richmond upon Thames. En la imagen de agosto de 1981 se veía el laberinto de Hampton Court fotografiado desde arriba. Hobbes se sentó y comprobó si la cinta aún giraba. Así era.

—Sé que ya nos ha ofrecido usted una declaración, señora Paige. —Buscó en los papeles y recitó con tono apagado—: Ha llegado a la casa a tal hora, ha subido al piso de arriba y ha encontrado el cadáver de Brendan Clarke en la cama, ha llamado a la policía y blablablá. — De pronto, regresó a su tono de voz habitual—: Sí, todo eso es muy útil, pero lo que quiero es que responda a algunas de mis preguntas. ¿Tiene algún inconveniente?

La mujer negó con la cabeza.

—Háble me de su relación con el fallecido.

—¿Mi relación?

—Eso es. ¿Lo conocía mucho?

—Éramos...

—¿Sí?

—Amigos.

El inspector mantenía una expresión fría.

—Dice usted en su declaración que conoció al fallecido anoche. ¿Es así?

La mujer asintió.

—Pero considera que eran amigos.

—Sí, así es.

El inspector volvió a referirse a la declaración:

—Aquí pone que conoció usted al señor Clarke en un concierto. Veamos... Llega usted a casa de la víctima un día después de conocerla, entra sin la llave, sin que nadie le abra la puerta, y sube al piso de arriba y entra en el dormitorio. Y, entonces...

La mujer permaneció en silencio. El inspector se inclinó hacia delante.

—Necesito que se concentre, señora Paige. Esto es muy importante. Han asesinado a una persona. La han asesinado en su propia cama y usted ha sido la primera persona que ha llegado a la escena del crimen.

La mujer apagó el cigarrillo en la papelera metálica y habló con tranquilidad, sin que le temblara la voz ni un ápice:

—La puerta estaba abierta.

—Ah, ¿sí?

—La puerta de atrás estaba abierta.

—¿Del todo?

—No, solo un poco. Por eso he entrado. Pensaba que Brendan estaría dentro.

—Así que ha ido usted hasta la parte de atrás de la casa, de una vivienda que no había visitado antes..., ¿y por qué lo ha hecho?

—He pensado... He pensado que Brendan quizás estuviera en el jardín de atrás, que por eso no habría oído el timbre.

—Entiendo...

Hobbes se dio cuenta de que su tono la estaba poniendo nerviosa, aunque la mujer no perdía el control.

—Me había citado con Brendan en su casa a las ocho en punto. La cita era importante para él, así que me ha sorprendido que no respondiera a la puerta. Algo no encajaba.

—Por lo cual usted ha decidido investigar.

—A ver...

—Continúe, continúe.

—A ver, menos mal que he entrado, ¿no?

Se miraron a los ojos.

Hobbes sonrió y habló calmado:

—¿Qué es lo que le ha hecho pensar que el señor Clarke podía tener algún problema?

—La televisión estaba encendida. Lo he visto por la ventana de delante.

—Bueno, pero eso tampoco es que indique que hay algún peligro, ¿no?

Ella lo miró.

—Para mí ha sido suficiente.

Hobbes asintió y comentó:

—Pues yo diría que la televisión no estaba encendida cuando ha llegado la policía.

—No, porque la he apagado yo.

—Y, eso, ¿por qué?

—Estaba muy caliente. Debía de llevar muchísimo tiempo encendida.

El inspector se frotó los ojos. Aquella mujer había contaminado el escenario del crimen y la odió por ello. ¿Por qué no puede la gente dejar las cosas como las encuentra?

—Ha sido entonces, cuando he apagado la televisión, cuando he oído la voz.

—¿La voz?

—Sí, en la planta de arriba.

—¿Se refiere a la canción?, ¿a la que sonaba en el dormitorio?

—Sí. Estaba muy alta.

—Ah, ¿sí? A mí no me lo ha parecido.

—Es que he bajado el volumen cuando he encontrado el cadáver.

—¿Por qué?

—Estaba demasiado alta. Me estaba poniendo nerviosa y...

—¿Y?

—Le molestaba a Brendan.

El inspector se quedó mirándola. Los ojos. Su actitud. Pero ¿de qué planeta había llegado aquella mujer?

—¿Y qué me dice de la canción que sonaba?

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Significa algo para usted?

—Nada en absoluto. Solo es una canción.

De nuevo aquel tono frío. Hobbes sabía que la mujer estaba mintiendo.

—Pues yo creo que tiene algún significado.

Aunque lo intentaba, el inspector no conseguía tirarle de la lengua. Silencio. Se recostó en la silla.

—Cuénteme la historia, por favor. Desde el principio.

—No hay nada que contar. Conocí a Brendan en el Pleasure Palace hace un par de días.

Lo típico: chico conoce chica. La chica va a verlo al día siguiente y el chico está muerto.

¿Qué más quiere que le cuente?

—¿Es allí, en el Pleasure Palace, donde tuvo lugar el concierto? Me temo que no lo conozco. —El inspector se fijó en que la mujer se rendía, aunque no del todo—. Tiene que estar usted cansada, señora Paige.

La mujer negó con la cabeza a modo de respuesta y echó mano al paquete de cigarrillos.

Se detuvo. Tamborileó con los dedos en una de las patas de la silla, que era metálica.

—Háble me del concierto.

La mujer se obligó a hablar.

—El Pleasure Palace es un garito que hay en Covent Garden. Brendan era el vocalista de los cabezas de cartel de la otra noche. Monsoon Monsoon.

—¿Monsoon?

—No, Monsoon Monsoon. Así es como se hacen llamar. Después del bolo, Brendan y yo nos pusimos a hablar. Fuimos a los camerinos.

—¿Y qué pasó allí?

—Hablamos, ya se lo he dicho.

—¿De qué?

—De música. Del concierto. De esto y de aquello. Lo de siempre. Me dio su número de teléfono y me pidió que lo llamara cuando me apeteciera, que podíamos vernos. No obstante, en vez de tanto aquí te pillo, aquí te mato, preferí concertar una cita con él en su casa a las ocho de esta noche. Y ya está.

—Así que se sintieron atraídos el uno por el otro.

—A decir verdad, no estoy segura. Yo me notaba confusa acerca de lo que sentía, pero...

—¿Pero?

—Compartíamos un interés.

—¿En qué?

—En Lucas Bell.

El inspector se quedó callado.

—¿Le suena?

—Un poco. Háble me de él.

—Es un cantante de rock..., bueno, lo era. Ya ha muerto. Tuvo un par de sencillos que llegaron al número uno y también un álbum que estuvo en lo más alto de las listas en todo el mundo.

—¿Era la música de Lucas Bell lo que sonaba en el dormitorio de la víctima?

La mujer asintió sin dejar de mirar al inspector y este se dio cuenta de que la señora Paige

sentía tanta curiosidad como él al respecto.

—¿Qué ha pensado cuando se ha percatado de que sonaba una canción de Lucas Bell?

—Tenía otras cosas en la cabeza.

—¿Y ahora que ha tenido tiempo para pensar?

—No, no lo he tenido. Desde luego, no para pensar en eso... ni por un segundo.

El inspector tosió.

—Así que Brendan Clarke y usted compartían el interés por ese cantante.

—Un interés no, una pasión. Compartíamos una pasión. Ambos amábamos a Lucas Bell con intensidad. Su trabajo, su vida... Lo que representaba. Su música, su compromiso. Por eso fuimos ambos allí.

—¿Se refiere al club?

La mujer asintió.

—Era un concierto tributo. Brendan y su banda tocaron muchas de las viejas canciones de Lucas Bell. Versiones, ya sabe. El sitio estaba hasta la bandera... porque, ¿sabe?, mucha gente piensa igual que nosotros. Mucha gente adora a Lucas. De hecho, tiene más seguidores ahora que en su día. ¡Es increíble!

—Se refiere a admiradores, ¿no?

Una sombra apareció en el rostro de la mujer.

—Lucas se mató por el rock and roll. Es un mártir. Por eso la gente lo quiere tantísimo.

El inspector sintió como si algo le sonase de todo aquello, como si lo hubiera leído en los periódicos, como si lo hubiera visto en las noticias de las nueve. Un suicidio. Hacía algunos años. Mediados de los setenta.

—¿Señora Paige?

La mujer lo miró y el inspector se fijó en que tenía los ojos llorosos.

—¿Tiene usted alguna idea de quién podría haber matado a Brendan Clarke?, ¿alguna teoría?

La mujer se quedó pensando unos instantes y, entonces, respondió:

—Quería enseñarme una cosa. Algo que tenía en su casa. Un recuerdo.

—¿Algo que tenía que ver con Lucas Bell?

La mujer asintió. Exhaló y se relajó un poco.

—Algunos de los seguidores de Lucas Bell... Bueno, algunos de ellos llevan su admiración por él más allá de la adoración.

—¿Se refiere a que son peligrosos?

—Sí, unos pocos..., pero son muy peligrosos. Vengativos. Crueles.

El inspector frunció los labios. Era evidente que la mujer pronunciaba aquellas palabras desde lo más profundo de su ser. Había algo por la que la habían herido. ¿Qué era lo que estaba queriendo decirle?

—¿Qué era ese recuerdo del que me ha hablado?

La mujer fue incapaz de mirarlo a los ojos mientras respondía.

—No lo sé..., pero no sabe cuánto me gustaría saberlo.

El inspector ojeó la declaración de la mujer y cambió de táctica.

—Dígame, ¿en qué estado estaba Brendan Clarke cuando lo ha encontrado?

—¿En qué estado? Disculpe, pero no le...

—Bueno, usted ha apagado la televisión y ha bajado el volumen de la música, así que me

pregunto si... ¿ha llegado a tocar el cadáver?

—He intentado salvarlo...

—¿Cómo dice?

—Pensaba que quizás estuviera vivo. Me ha parecido que se movía. Le he quitado la sábana de la cara, pero... no lo estaba. Estaba muerto.

De pronto, el inspector estaba muy alerta, como si lo recorriera una corriente eléctrica.

—¿Dice que le ha quitado la sábana de la cara a la víctima?

—Sí, así es...

—Así que tenía la cara cubierta...

—Sí, con la sábana.

—Eso no lo ha dicho en la declaración.

—Se me ha pasado. No pensaba que fuera importante.

—¡Oh, pues lo es, y mucho!

—¿Por qué?

El inspector ignoró la pregunta.

—¿Qué ha hecho con la carta que la víctima tenía en el bolsillo de la camisa?

—No he visto ninguna carta.

El inspector sacó una bolsa de pruebas de la carpeta del caso y la dejó en la mesa. El extraño naipe estaba dentro y se veía a la perfección a través del plástico transparente. La mujer lo miró un momento y comentó: —Es el Loco, una de las cartas del tarot.

—Ilumíneme.

La mujer estudió al inspector de policía.

—La mayoría de la gente piensa que las cartas del tarot se utilizan para adivinar el futuro, pero, en realidad, son un sistema de sabiduría medieval.

—¿Y qué representa esta carta?

—Un joven emprende un viaje por la vida, confiado, tanto que no se da cuenta de que hay un abismo a sus pies.

El inspector asintió.

—¿Y significa eso algo para usted?

—No, para mí no, pero Lucas Bell estaba obsesionado con el tarot.

—Entiendo.

—Y siempre dijo que este... —La mujer tocó la bolsa de pruebas con cuidado—. Que el Loco era su carta preferida del tarot.

—¿Y por qué iba a aparecer en el bolsillo del señor Clarke?

—No lo sé. —Le tembló un poco la voz—. Puede que el propio Brendan se la hubiera guardado en el bolsillo. Puede que la llevara desde el principio.

—No, está manchada de sangre. Alguien la ha puesto ahí después de asesinarlo.

La mujer hizo un ruidito, como un gritito de dolor. Hobbes la miró. Se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Me está ocultando información?

—No. —La mujer lo miró a los ojos. Su mirada era feroz, oscura—. Por supuesto que no.

—Háble me del teléfono.

—¿Cómo dice?

—En ese momento, ha llamado usted a la policía, ¿no?

—Sí, sí, he llamado.

—¿Desde el dormitorio?

La mujer dudó, así que él la hostigó:

—Había hablado usted con esta persona, ¿cuánto?, ¿una hora como mucho?, y se muestra usted cómoda llamando por teléfono a un par de metros de su cadáver. Un cadáver mutilado, lleno de sangre. No me lo creo. Me resulta imposible. Lo lógico es que hubiera bajado usted a la planta baja y que hubiera llamado desde la sala. —Se encogió de hombros y añadió—: Es lo que habría hecho una persona normal.

—¿Me está insultando?

—Es que tengo dudas, eso es todo. ¿Qué es lo que pasaba por su cabeza, señora Paige, allí sentada, fumando?

La mujer respondió con sencillez:

—No quería dejarlo solo.

Por fin, el inspector se dio cuenta de que Simone Paige le estaba diciendo la verdad. Se la imaginó en el dormitorio de Brendan Clarke, haciendo compañía al cadáver, con la música sonando, con el humo azulado del cigarrillo a la deriva por la habitación en penumbra.

Apagó la grabadora.

—Muchas gracias. Me pondré en contacto con usted si necesito algo más.

La mujer asintió, se levantó y se dirigió a la puerta. Allí, se detuvo y se dio la vuelta. El inspector la miró.

—¿Quiere decirme algo?

—Había un pedazo de papel en la boca de Brendan.

Estaba claro que la mujer había estudiado el cadáver con tanto detenimiento como él.

Hobbes era incapaz de catalogar a aquella mujer. ¿Cuál era su motivación?

—No puedo hablar de eso con usted —le contestó el policía.

Simone Paige salió del despacho.

El inspector se quedó pensando. Cerró los ojos unos momentos para darles vueltas a los hechos. Luego, rebobinó la cinta hasta el principio y escuchó los primeros minutos de la grabación, el momento en que la testigo decía su nombre, cómo respiraba él, cómo se marchaba del despacho, cómo cerraba la puerta. Luego, silencio. La mujer removiéndose en la silla, tamborileando en la mesa. Su respiración.

El inspector se acercó al pequeño amplificador del aparato.

Un cigarrillo saliendo de un paquete, el chasquido de un mechero. El humo saliendo de sus pulmones y un suspiro de placer. Silencio de nuevo. El tiempo transcurriendo. Pero, de repente, la voz de la mujer salió por la rejilla del altavoz.

El inspector Hobbes era incapaz de creer lo que acababa de oír.

LA CARA ILUMINADA

Hobbes vio la palabra en cuanto entró en el pasaje lateral que daba a la puerta de su

apartamento. Siete letras escritas con pintura roja en los paneles de la puerta: ESCORIA.

Enseguida entró en escena su mentalidad de policía. La pintura estaba pegajosa, pero no húmeda. Era muy probable que no hubiera pasado ni una hora desde que habían pintado aquello. Analizó el suelo. Era de cemento, así que no había pisadas, pero sí unas gotitas de pintura roja. Supuso que a quien hubiera pintado aquello se le habrían manchado los zapatos con aquellas mismas gotas. Era probable. No le gustaba la palabra «probable» porque le coartaba sus pensamientos. Como si fuera un nudo doloroso. Puede que fuera cosa de Fairfax. Ya desde el principio, el joven detective le había dejado claro lo mal que le caía.

Pero también era posible que lo hubiera hecho alguno de sus antiguos colegas de Charing Cross; de hecho, era más probable, si tenía en cuenta cuánto lo odiaban en su antigua comisaría. Se obligó a seguir trabajando. Los bordes de las letras estaban bien marcados, no eran difusos. La persona que hubiera pintado aquello había utilizado un bote y una brocha, no un espray. Le pareció inusual, le sorprendió. ¿Habría sido alguien mayor? Desde luego, aquello explicaría que hubiera tantas gotas en el suelo. Entró en la casa y fue en busca de la única pintura que tenía: un pequeño aerosol de pintura acrílica de color azul que había comprado para ocultar unos arañazos que tenía en el coche. Tapó la pintada.

De vuelta en el apartamento, intentó tranquilizarse. Todo estaba en silencio y a oscuras.

Las sombras se agazapaban en las esquinas, ignoraban cuantas luces encendía el inspector.

Había un animal rascando las paredes. Lo hacía cada noche.

Aquel apartamento era lo mejor que había logrado encontrar con tan poco tiempo de antelación. En realidad, se había alegrado de dejar la casa familiar, si es que aún se la podía llamar así. El amor que pudiera quedar entre su esposa y él se había convertido en hielo cuando empezó el problema. Y también estaba lo de su hijo, lo de Martin, que seguía desaparecido. Un problema detrás de otro, y todo iba en aumento desde Brixton y sus terribles repercusiones en aquel sótano del Soho.

Se sirvió un whisky y se sentó a ver la televisión. Estuvo cinco minutos, o algo más, escuchando a un hombre con una chaqueta de pana de color malva que explicaba una larga división polinómica, hasta que se dio cuenta de que estaba viendo *Universidad abierta*. Se inclinó hacia delante y cogió un libro de una estantería, una recopilación de poesía inglesa que había pertenecido a su madre. Dentro había un pedazo de papel descolorido con unas palabras escritas en él, unas palabras también descoloridas, casi perdidas. Perdidas, igual que su significado. Aquel era el único misterio que nunca había podido resolver. A veces, aquello lo llevaba a fruncir el ceño, a veces, a sonreír. En ese momento, sin embargo, no podía dejar de pensar en otra cosa. No podía dejar de pensar en Brendan Clarke y en que le habían puesto la sábana sobre la cara. Le gustaría haberlo sabido antes, cuando había examinado el cadáver...

Se irguió. Se le cayó el libro de las manos.

¡El asesino había ocultado el rostro! El asesino había mutilado el rostro de Brendan Clarke, había hecho una horripilante obra de arte con él, una muestra elaborada y, después, la había cubierto. Tanto trabajo, tanto tiempo, el jaleo que conllevaba, la sangre, los detalles de los diferentes y muchos cortes.

Los pensamientos acababan de establecerse. Las preguntas. Chispas en el cerebro, demasiadas.

¿En qué estaría pensando el asesino?

Hobbes se terminó el whisky y se fue a la cama. Se desvistió, se ató la cuerda alrededor del tobillo y se acostó. Era una precaución necesaria, lo de la cuerda. Contra todo pronóstico, no tardó en quedarse dormido. Charlie Jenkes fue lo último en lo que pensó, en cómo era de joven, en cómo se reía, bebía y contaba chistes. Un fantasma. La oscuridad del dormitorio se reunió, se asentó. Pasó una hora, otra, y otra más. Entonces, Hobbes se despertó de súbito con una imagen en la cabeza, una imagen a la que había dado forma a la perfección.

La farola.

Se levantó de inmediato, tan deprisa que se olvidó de la cuerda. Como el otro cabo estaba atado a una de las patas de la cama, sintió que algo tiraba de él cuando intentó alejarse. Se quitó el lazo por el pie, se puso ropa limpia y fue al coche. Condujo la escasa distancia que había hasta la comisaría de Richmond, en Kew Road, y cogió las llaves de la casa de Brendan Clarke. Westbrook Avenue estaba en silencio cuando llegó. Consultó su reloj. Eran más de las cuatro de la madrugada. Todo seguía a oscuras. Bien. Le venía bien que así fuera. Un coche patrulla pasó por su lado muy despacio y ambos agentes se lo quedaron mirando. Los saludó con la mano y con un asentimiento de cabeza.

Hobbes entró en la casa y subió al piso de arriba. Poco había cambiado en el dormitorio de delante. El cadáver no estaba y alguien le había quitado las sábanas a la cama.

Fue hasta la ventana y se fijó en las cortinas. Eran de color verde y beis, con un patrón abstracto. En su opinión, los hombres nunca cambiaban las cortinas, o casi nunca, y, desde luego, no las limpiaban jamás. Y, claro, Brendan Clarke vivía solo. Mientras las analizaba, las cerró. No se encontraron en el centro, lo que empeoraba su apariencia. Se fijó en que en una de ellas había una pinza para la ropa. Clarke la había utilizado para mantener las cortinas unidas. Aquello parecía sacado de un poema de T. S. Eliot o de Philip Larkin, de alguien solitario. Sintió pena. Volvió a unir las cortinas con la pinza, pero la luz de la farola seguía entrando y daba justo en la cama. ¡Joder! ¿Cómo se le había pasado por alto? ¡Joder!

Recordó lo que le decía el inspector Collingworth, que había sido su primer maestro de verdad: «Mira siempre más allá, Henry. Aléjate del cadáver».

Encendió la luz de la habitación y miró el teléfono, que seguía en la cómoda, al otro lado de la estancia. Entornó los ojos. Qué sitio tan curioso para tener el teléfono, tan lejos de la cama que para cogerlo había que levantarse. Aquello no le encajaba, no le encajaba en absoluto. Estudió el armazón de la cama primero y el suelo después, y no tardó en encontrar cuatro hendiduras en la moqueta.

Aquello sí que era extraño.

LUNES

24 DE AGOSTO DE 1981

X DE DESCONOCIDO

Hobbes sabía que ya no iba a conciliar el sueño, así que se dirigió de vuelta a la comisaría a leer el archivo del caso: las breves entrevistas que les habían hecho a los vecinos con los que habían conseguido dar, ahora mecanografiadas; la declaración inicial de Simone Paige a Fairfax, y las notas del médico. El informe del forense aún tardaría en llegar, pero había pedido que comprobaran con urgencia una de las pruebas —la huella que había encontrado en la masilla azul del tocadiscos— para ver si coincidía con alguna de las de la víctima.

Coincidía. Aquello hizo que se pusiera a pensar. Desde luego, encajaba con lo que había descubierto durante su visita a la casa.

Ojeó los folios que había encontrado en el salón y el que estaba en la boca de la víctima, que algún agente había alisado con cuidado y había metido en una bolsita de plástico transparente. El papel estaba arrugado y manchado de sangre por la parte de atrás, pero lo que había escrito en él se leía claramente. Era la letra de una canción llamada «Terminal Paradise». Estaba mecanografiada y había una serie de adiciones escritas con bolígrafo. Su compositor había firmado en la parte inferior de la hoja.

«Lucas Bell».

A las seis y cuarto, Hobbes desayunó unos huevos fritos con tostadas en la cafetería de la comisaría y, después, fue a la sala para preparar el tablón para la reunión de la mañana.

Por un instante se quedó inmóvil y apartó de su pensamiento todo aquello que no fuera la tarea que tenía por delante. Debía demostrar su valía y, en aquel momento, más que nunca.

El agente Barlow fue el primero en llegar. Parecía que estuviera incluso más fresco que el día anterior. Meg Latimer llegó a las siete en punto, como si acabase de caerse de la cama, pero con su habitual sonrisa. Era la única de la comisaría que le había dado la bienvenida a Hobbes. Ella también había tenido problemas a lo largo de los dos últimos años, en especial, con la cantidad de alcohol que ingería. Por lo visto, había recibido una advertencia escrita, así que cabía la posibilidad de que la sargento no se sintiera unida a Hobbes sino por desesperación.

El detective Fairfax entró de lo más tranquilo diez minutos tarde. Llevaba el pelo recién lavado, peinado hacia atrás y pringoso por alguno de esos geles que dan aspecto de mojado.

Vestía una americana elegante, una camisa con el cuello abierto y unos pantalones desgastados. Llevaba las mangas de la americana dobladas para que se vieran sus antebrazos morenos. No cabía duda de que iba camino de un ascenso temprano a sargento, o puede que a más; al parecer, los de arriba preferían estos profesionales jóvenes. El detective se disculpó por lo bajo y se sentó a su escritorio. Sacó un sándwich de beicon y empezó a comérselo con sumo

cuidado para no mancharse la ropa.

Aquel era su equipo.

—Alrededor de la medianoche del sábado —empezó el inspector Hobbes—, un joven murió asesinado en su casa, en su cama. Se llamaba Brendan Clarke. —Señaló una fotografía de la víctima que había en el tablón y en la que aparecía con los rasgos intactos—. El señor Clarke había cumplido veintiséis años. Por lo que sabemos, vivía solo. Meg, ¿consiguió usted hablar con los padres anoche?

Latimer asintió.

—Poco rato. Querían ver el cadáver.

—¿Lo identificaron?

—El padre. Estaba conmocionado.

—¿Qué les sacó? ¿Cuáles fueron sus primeras impresiones?

—Tienen pasta. Viven en Maidstone. Amaban a su hijo con locura, eso me quedó clarísimo. Era hijo único. Brendan nunca les dio problemas, o eso dicen.

—Para lo que le ha servido... —comentó Fairfax con la boca llena.

Hobbes se quedó mirando al detective.

—¿Qué? Es la verdad —se defendió el detective.

El inspector negó con la cabeza.

—Hoy hablaremos con ellos como es debido. Ahora... —Se volvió hacia el tablón—. A la víctima le mutilaron la cara con un cuchillo. Le hicieron varios cortes: en uno de los ojos, en ambas comisuras de la boca, en la frente.

—Pero no hay ni rastro del cuchillo —observó Fairfax.

—No, se lo llevaron del escenario del crimen. Meg, ¿puede asegurarse de que busquen el arma por la zona?

—Ya estamos en ello.

—Muy bien. Seguimos esperando la autopsia, pero me inclino por aceptar la suposición del forense de que lo mató la cuchillada del cuello. —Miró a su equipo—. Me parece que en este caso el rostro es una pieza clave.

—¿Por qué el asesino dejó el resto del cuerpo sin tocar? —preguntó Latimer.

—Buena pregunta. Solo hay una zona de ataque. Se centró en ella. —Hobbes pasó a otro tema de inmediato—. Brendan era músico, cantante en una banda que se llamaba Monsoon Monsoon. No es que fueran famosos, pero, en este caso, su música es un elemento clave.

Fairfax sonrió y soltó:

—¿La música? ¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Estoy de acuerdo, señor.

La nueva voz provenía de la parte de atrás de la sala. Era lo primero que pronunciaba el agente Barlow.

—¿Qué hace aquí ese poli? —preguntó Fairfax.

—El agente Barlow nos está ayudando.

—¿Ayudando? ¿Es que ahora el tráfico se dirige solo?

Fairfax miró a su alrededor en busca de risas de apoyo, pero nadie le rio la gracia y decidió sonreír con insolencia.

Barlow se atrevió a dar un paso adelante y añadió:

—De hecho, la música es muy importante, como la cara.

—Sí que lo tiene bien aleccionado, señor —soltó Fairfax—. Repite todo lo que usted dice. ¡Guau, guau!

Barlow llevaba una bolsa de plástico de supermercado, lo que incrementaba su aspecto cómico, y Hobbes no pudo sino sentir compasión por él. No obstante, así era la vida en el pozo de las serpientes, y lo mejor era que fuera acostumbrándose.

Latimer, con una gran sonrisa, dijo:

—Pasa de él, cariño, y preocúpate por ti.

El joven se ruborizó.

Fairfax, por otra parte, eructó sin complejos y puso los pies encima del escritorio.

—Lo siento, señor.

Pero sonrió.

Cada vez que el detective pronunciaba la palabra «señor», esta sonaba como un insulto.

Hobbes dio un paso adelante y suprimió de su voz cualquier tipo de emoción.

—No sé si será capaz, Fairfax, pero me gustaría que utilizara un tono más educado.

Por fin, le hacían caso los allí presentes.

—¿Me ha oído? ¿Lo ha oído? ¿Me han oído todos?

Todos se pusieron a murmurar, incluido Fairfax.

—Y ya, de paso, detective, la próxima vez llegue a tiempo.

—Me ha retrasado...

—¡Y baje los pies de la puta mesa!

Fairfax bajó los pies.

—Gracias. —Hobbes respiró hondo—. Me gustaría que repasáramos lo que aconteció a lo largo del día para ver hasta dónde podemos reconstruir lo sucedido.

Empezó la sargento Latimer.

—Los vecinos no han aportado gran cosa. Nadie vio nada que le pareciera sospechoso, al menos, hacia la medianoche. Ahora bien, tenemos una declaración de la vecina de la derecha, la señora Newley, que vio a una mujer abandonar la casa de la víctima por el jardín trasero a eso de las ocho de la mañana.

—¿Sabemos de quién se trata?

—No. La mujer en cuestión iba en dirección a la verja de atrás.

—¿Descripción?

—Joven. Vestida de oscuro. Nada más.

Hobbes ojeó la declaración de la testigo.

—Aquí pone que la vecina le vio la cara.

—Pero solo un instante. La joven miró hacia atrás y, en cuanto se dio cuenta de que la habían visto, corrió hacia la verja.

—¿Algún rasgo de su rostro? Lo que sea. ¿Tenía algo que destacara?

—Eso es todo, jefe. No pude sacarle más.

Hobbes lo dejó estar.

—Entonces, ¿quién es esa joven? ¿Alguna idea? Vamos. ¡Rápido!

—La asesina —respondió Fairfax—. Quién si no.

—Pero se fue por la mañana, eso es muchísimo después de la hora de la muerte de Brendan Clarke.

Fairfax se encogió de hombros y añadió a su teoría:

—Bueno, pues... la joven, llamémosla «señorita X» de momento, se quedó a pasar la noche.

La sargento Latimer negó con la cabeza.

—¿La asesina se queda a pasar la noche?

—Claro, ¿por qué no?

—¿Es lo que harías tú? —le preguntó ella.

—¡Oye, que yo no soy ningún asesino! Vete tú a saber lo que le pasa por la cabeza a una enferma.

—Muy loca tendría que estar...

—Meg, cariño, le cortó la cara a un tipo. ¿Acaso no te parece una locura suficiente?

Latimer se quedó mirando fijamente a Fairfax.

—No creo...

—Que no cree, dice.

—No creo que esto lo haya hecho una mujer.

Fairfax levantó las manos y soltó con sarcasmo:

—Vaya, ya empezamos.

—¿Qué pasa? Es que no creo que...

—Ah, que no crees. Dónde queda entonces el feminismo, ¿eh? Mismas oportunidades para asesinos, hombres y mujeres.

Latimer se echó a reír.

—Eres un mierda, Tommy. Un mierda de categoría.

Fairfax abrió la boca para responder, pero Hobbes les gritó a ambos:

—¡Ya basta!

La sargento apeló a él:

—De verdad, señor, no hay muchos casos, al menos, que yo sepa, en los que una asesina llegue tan lejos.

—Eso es cierto —convino el inspector.

—Lo es, claro. Podemos ser tan crueles como los hombres si es necesario, pero

¿acuchillar los ojos? No. ¿Mutilación facial? ¡No!

Lo dijo como si no hubiera más que añadir y todos se quedaron callados un momento.

—Lo tendremos en cuenta —dijo el inspector—. De hecho, tendremos todas las posibilidades en cuenta hasta que solo quede una. —Miró a Latimer—. ¿Qué quiso decir la vecina con eso de «joven»?

—No lo sé.

—¿Quinceañera? ¿Veinteañera?

—Es que solo la vio un instante, nada más.

Hobbes se mordió el labio. Dios..., a pesar de todos los problemas que había dejado allí, ojalá continuara en la comisaría de Charing Cross. Por lo menos, en aquel lugar a los polis no había que decirles cada dos por tres por dónde seguir.

—¿Cómo entró en la casa la joven esa? ¿Alguna idea?

—Supongo que la víctima dejaría entrar a la señorita X —respondió Fairfax.

Latimer soltó una risa.

Hobbes estudió el tablón unos momentos y, entonces, dijo:

—Creo que, a este respecto, estoy de acuerdo con Fairfax. —Miró a ambos detectives—.

La víctima dejó entrar al asesino por voluntad propia. Brendan Clarke conocía al asesino o estaba esperando su visita.

Respiró hondo e imaginó el escenario.

—Todo empieza en la sala de estar. Los dos están bebiendo té. Uno de ellos le está enseñando algo al otro. Una de las hojas con letras de canciones. Si se trata de una mujer, cabe la posibilidad de que la cosa empezara a calentarse. Puede que... puede que se besaran.

Fairfax resopló, pero, al instante, pareció que se lo pensara mejor.

Hobbes continuó:

—Por ahora, digamos que Brendan Clarke invitó a nuestra señorita X a subir. Ella dice que sí y saca el cuchillo, o lo que fuera que utilizara, del bolso, del abrigo. —Hizo una pausa—. Lo sigue arriba. Brendan está tumbado en la cama, la está esperando...

Hobbes estaba allí mismo, en la habitación, por la noche. La víctima estaba tumbada delante de él.

—¿Qué sucede a continuación? —preguntó el inspector.

—Se mete en la cama también —contestó Fairfax.

Hobbes murmuró algo. Cerró la mano alrededor del mango de un cuchillo imaginario.

—Sí, Clarke se muestra completamente sumiso para ese momento. No lo ve venir. —El inspector hizo un movimiento sin darse cuenta, como si empujara poco a poco el cuchillo por el lateral del cuello de la víctima imaginada, como si copiara a la asesina—. Y entonces..., y entonces lo ataca. Lo mata.

Lo dijo entre susurros. La habitación se quedó en silencio.

—Ya lo ven, no hubo lucha.

Pasaron unos momentos. Fue como si Hobbes saliera de un trance. Se dirigió al fondo de la estancia para aliviar la tensión:

—¿Qué opina, Barlow?

—Estoy de acuerdo, señor. No hubo lucha.

—No, no la hubo. Fue una seducción.

La sargento negó con la cabeza, incrédula.

—¿De verdad piensa que lo asesinó una mujer?

—Es una posibilidad. Da la sensación de que Clarke se rindiera.

Latimer suspiró.

—Ya, claro, claro...

El inspector se volvió hacia ella.

—¿Tiene alguna otra idea, Meg?

—Estoy pensando en la visitante de la primera hora de la mañana. Digamos que la señorita X no es ninguna asesina. Entra en la casa más tarde, por la mañana. Puede que no sea sino una ladrona o una seguidora de la banda... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Monsoon Monsoon.

—Eso es. La cuestión es que entra y encuentra el cuerpo sin vida de Brendan Clarke. Se asusta, como le pasaría a cualquiera, y se da el piro por la puerta de atrás. La deja abierta. En ese

momento, la vecina, la señora Newley, la ve.

—Pero no hay nada que indique que el asesino entró por la fuerza —soltó Fairfax.

—No sé... ¿Y si abrió la puerta con una horquilla? Puede que hubiera alguna ventana abierta...

La sargento se quedó callada, pero seguía pensando.

El inspector asintió.

—De una u otra manera, seguimos sabiendo muy poco de nuestro asesino; de la persona, ya fuera hombre o mujer, que asesinó a Brendan Clarke a eso de la medianoche. Por lo tanto, tenemos que encontrar a la señorita X. Puede que ella viera algo que a nosotros se nos ha pasado, que moviera algo o que se llevara algo. —El inspector se quedó pensando en el círculo limpio que había en la cómoda polvorienta del dormitorio—. Y si la teoría de Meg es la correcta, en la casa tenemos dos tipos de pistas: las de la víctima y las del asesino. — Frunció el ceño—. Eso va a complicar el asunto.

Nadie dijo nada.

—Y hay otra cosa. —Hobbes dudó. No sabía cómo decirlo de la manera adecuada, sin que sonase raro—. Da la impresión de que la víctima estaba por completo bajo el control del asesino.

Dejó que la idea calara. Los tres policías estaban esperando a que la desarrollara. El inspector los miró uno a uno y sintió una sensación de poder, una descarga de adrenalina.

—Este es un tipo de seducción muy diferente. No es sexual o, por lo menos, no lo creo.

—Tomó aire—. Para empezar, el pedacito de masilla azul que había en el disco.

—Se llama Blu-Tack —le explicó Latimer.

—Sí, gracias. La cuestión es que tiene una huella, una huella muy clara, y sabemos que pertenece a la víctima.

Fairfax se echó hacia delante y preguntó:

—Qué quiere decir eso, ¿que él mismo puso en marcha el tocadiscos?

—Eso parece. O él mismo eligió el punto justo del disco, o el asesino lo obligó a hacerlo.

Daba la sensación de que la sargento estuviera confusa.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Quiero decir que da la impresión de que el asesino dirigía a la víctima. Clarke pone el tocadiscos en funcionamiento y el propio Clarke pone la masilla. En este caso, la víctima está disponiendo su propio escenario del crimen. Después..., después mueve la cama.

De nuevo, silencio. Todos lo miraban. Fairfax fue el primero en hablar:

—¿Que qué?

—La víctima empujó la cama de donde la tenía habitualmente hasta la pared de enfrente, donde la encontramos.

—¿Cómo coño sabe eso?

—Me pareció extraño, porque la luz de la farola que hay justo frente a la ventana le daba de lleno. Incluso con las cortinas cerradas, la luz entra y da en la almohada. No puedo creer que nadie quiera dormir de esa manera, ¿no les parece?

Nadie se atrevió a responder.

—Además, el teléfono no estaba junto a la cama, que es donde lo pondría la mayoría de la gente, no me cabe duda, en un dormitorio. Así que me fijé en la estructura de la cama y descubrí huellas de dedos y de palmas. Los de dactilares dieron con ellas. Aquí..., allí... — Puso las manos

en el aire, frente a él, e hizo como si empujara la cama—. Además, hay cuatro marcas en la moqueta que, sin lugar a dudas, ha dejado la cama después de llevar años en el mismo sitio. Y también hay unos rastros que aún se ven en el pelo de la moqueta, rastros que demuestran que han empujado la cama y que lo han hecho hace poco; según creo, justo antes del asesinato.

Se quedó callado unos instantes.

—Cabe la posibilidad de que las huellas que hay en el cabecero de la cama sean de la asesina, aún no lo sé, pero yo diría que la asesina obligó a Brendan Clarke a hacer todo esto.

Había que mover la cama. Era parte de la seducción, del ritual.

—Pero ¿por qué? ¿Cuál era el propósito? —preguntó el detective Fairfax.

—A mí se me ocurren dos razones. ¿A alguien se le ocurre alguna?

Nadie respondió, así que Hobbes prosiguió:

—Una: para imitar algún otro escenario, un dormitorio del pasado, por ejemplo... de la infancia, o de una relación anterior. Sería un escenario que tendría importancia psicológica.

—Demasiado freudiano para mí, joder —dijo Latimer.

—Y dos, y esta es la más probable, me parece a mí: para jactarse de su obra. La asesina quería presentar la cara de una manera concreta, el corte, que estuviera a la luz.

—Como un escenario.

Fue Barlow quien hizo el comentario. Hobbes se había olvidado de que el agente estaba allí.

—Exacto, como un escenario. Estamos en un teatro. Sin embargo, es aquí cuando la cosa se pone rara..., porque la cara de la víctima está cubierta con la sábana.

—Eso no lo sabía —dijo la sargento.

—No. Simone Paige admitió que bajó la sábana, que se la quitó de la cara a la víctima cuando la descubrió.

—Fairfax, esto no estaba en el informe que he leído —comentó Latimer, molesta.

—No... —Era evidente que el detective estaba contrariado—. Paige no me dijo nada al respecto.

—¡Joder, podrías esforzarte un poco más!, ¿no?

El detective se puso de pie y se encaró a la sargento. Tenía la cara roja de ira.

—¡No me jodas, Meg, que yo hice mi trabajo!

—A medias, como siempre.

El detective se acercó a Latimer con un puño por delante.

—¡Vale, vale! —El inspector se interpuso entre ambos—. No estamos aquí para pelear.

Fairfax, siéntese.

El detective seguía hecho una furia, pero volvió a su escritorio y se sentó en el borde.

Antes de continuar, Hobbes esperó a que las aguas volvieran a su cauce.

—Pues ya ven cuál es el problema. ¿Por qué tomarse tantas molestias con la cama, con lo de cortarle la cara... y, después, tapar su obra? ¿A alguien le parece que tenga sentido?

Nadie dijo nada.

Fairfax movió la cabeza, desesperado.

—Esto es un caos. No llegamos a ninguna parte —comentó acto seguido el detective

—No, no, sigan pensando. ¿Qué me dicen de la cara? ¿Por qué esas heridas en concreto?

Han de significar algo. ¡Vamos!

—Creo que ya lo tengo, señor —dijo Barlow desde el fondo de la estancia.

Todos se dieron la vuelta para mirarlo.

—A ver, adelante.

El agente decidió avanzar hacia el inspector y habló a toda prisa, antes de que los nervios se apoderaran de él.

—Creo que la asesina dio forma a un retrato.

El equipo se quedó observando al agente mientras este llegaba a la parte delantera de la sala con aquella bolsa cutre de plástico. Latimer hizo lo imposible por no sonreír, mientras que Fairfax se rio por lo bajo. Sin embargo, Barlow se comportó como si no se diera cuenta de todo aquello. Se puso firme y empezó a hablar: —El disco que sonaba en el dormitorio era de la estrella del pop Lucas Bell.

—¿No fue ese el que se suicidó? —preguntó Fairfax.

El agente asintió.

—Así es, en 1974. De hecho, justo mañana harán siete años. Se pegó un tiro en la sien.

La sala de reuniones se quedó en silencio.

—Aquello fue impactante —comentó la sargento—. A mí solo me gustaba el soul por aquel entonces pero, aun así, lo recuerdo.

—A lo largo de los años, sin embargo —continuó Barlow—, su popularidad ha ido en aumento, en especial entre los adolescentes, que lo ven como una especie de héroe.

—La noche en que asesinaron a Brendan Clarke, él y su banda habían dado un concierto en honor de Bell —añadió Hobbes.

Fairfax encendió un cigarrillo y dijo:

—No lo pillo. ¿De verdad es importante para este caso esa estrella del pop que se suicidó?

—Bueno, la asesina, desde luego, quería que ese disco estuviera sonando cuando encontráramos el cadáver —explicó Hobbes—. Lucas Bell significaba algo para ellos.

—¿Se refiere a que eran fans?

—Sí, eso, fans. Es posible, sí.

—Entonces, ¿quiere usted decir que a Brendan Clarke lo asesinó una fan de esa antigua estrella del pop?

—No lo sé, pero, desde luego, es un comienzo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, el inspector sintió cómo la idea se alejaba aleteando, cómo se perdía casi.

—Podría haber sido cualquiera —apuntó Fairfax—. Un conocido, un pariente, un amante..., incluso alguien de su banda.

—Y estudiaremos todas las posibilidades, créame.

—Le creo, le creo, porque vamos a ser Meg y yo quienes nos encarguemos del trabajo de campo mientras usted y el señor polizonte, sin ánimo de ofender —se dirigió al agente Barlow —, se quedan aquí, escuchando esos putos discos y, en definitiva, perdiendo el tiempo, señor.

El inspector Hobbes cerró los ojos. Agarró el borde de la mesa con fuerza y se inclinó hacia delante. La expresión de su cara fue suficiente para que todos decidieran permanecer en silencio.

Aun así, se quedó esperando. Siguió apretando el borde de la mesa hasta que le dolieron los dedos. Aquella era la única manera que conocía para no perder el control. Entonces empezó a hablar, todavía con los ojos cerrados. Su voz era fría y calmada. Ignoró a Fairfax.

—Agente Barlow.

—¿Señor?

—Vaya usted al grano con lo de la cara de la víctima.

El agente hizo una ligera pausa antes de empezar a hablar. Entretanto, el inspector abrió los ojos y se fijó en su equipo. Latimer estaba muy concentrada en el relato, pero Fairfax miraba a Hobbes con una expresión muy neutra, si bien por detrás de aquella máscara el odio y el resentimiento eran evidentes. A Hobbes no le costaba percibirlos. Sentía como si el joven detective lo culpara a él por lo que le había sucedido al inspector Jenkes.

¿Es que aquello no iba a acabar nunca?

En un momento dado, el agente Barlow metió la mano en la bolsa de plástico y sacó un disco. Lo levantó para que el equipo entero pudiera ver bien la portada, que era de color púrpura y tenía las palabras «King Lost» escritas en amarillo en la parte de arriba, con el nombre del cantante en pequeñito en la parte de abajo.

—Este es el tercer y último disco de Lucas Bell, *King Lost*. Como pueden apreciar, la

portada es muy sencilla. —Se peleó con el disco para sacar la funda interior—. Pero, en la funda, el cantante ha cambiado de apariencia: lleva una máscara.

Barlow desplegó la funda y Hobbes se unió a Fairfax y a Latimer para comprobar la imagen.

En la funda, el púrpura de la portada se convertía en un vibrante cielo nocturno en el que se divisaba la luna. Un cartel de neón dominaba la parte superior izquierda de la funda. En él aparecía, con la misma tipografía que la del *King Lost* de la portada, el nombre de un restaurante de *fish and chips*: el Duffy's. Por debajo se veía el torso de Lucas Bell delante de una de las ventanas del establecimiento, de la que salía una luz muy brillante. El joven estaba desnudo y tenía la cara oculta con una máscara de pintura: la piel maquillada de blanco y la boca mal pintada de rojo, con las comisuras extendidas, como si pretendiera representar la sonrisa de un payaso, una sonrisa cruel. Debajo del ojo izquierdo tenía pintada una gran lágrima de color negro y, en la frente, una X de color azul. Era una imagen impactante. El inspector Hobbes no tardó más que unos segundos en darse cuenta de lo que estaba viendo: los cortes en la cara de Brendan Clarke eran la manera en que la asesina había querido representar aquel elemento de la máscara del famoso Lucas Bell. Era, tal y como había afirmado el agente Barlow, un retrato. Un retrato hecho con sangre.

Entonces, el agente señaló otro de los detalles de la funda. En la imagen también se veía una de las manos del cantante, extremidad con la que sujetaba un objeto pequeño y rectangular contra el pecho. Se trataba de una carta del tarot. La carta del Loco.

FIGURITAS Y MALDICIONES

El detective Fairfax fue el primero que abandonó la sala. El inspector Hobbes hizo el esfuerzo de seguirlo al pasillo, pero, a medio camino, pensó: «¿Por qué coño voy a hacerlo?». Puto pedazo de mierda presumido.

La sargento Latimer se le acercó.

—Tampoco es para tanto, ¿no?

El inspector negó con la cabeza, sorprendido.

—Ya volverá.

—¿Así lo cree?

—Eso es cosa suya, jefe, pero Tommy es un buen policía, se lo aseguro. Es joven y terco, sí, pero le pido que le dé una oportunidad.

—Me culpa, Meg. Sé muy bien lo que sucede.

Latimer inclinó la cabeza. Era un par de años más joven que el inspector, una morena muy atractiva, divorciada. Hobbes había oído historias sobre ella en los vestuarios, acerca de su vida social, pero, a decir verdad, no se creía de la misa la mitad o, mejor dicho, no se la quería creer. La miró. La mujer tenía los ojos vivos, agudos, y era evidente que su cerebro estaba en funcionamiento sin descanso.

—No le negaré que lo de Charlie Jenkes llegó incluso hasta aquí. Era una leyenda en la metropolitana.

—Lo era.

El inspector no podía sino admitirlo.

—¿Sabe que Fairfax y él se conocían? El padre de Fairfax y Jenkes crecieron en la misma urbanización.

—Eso no lo sabía, no.

Aquello inquietó a Hobbes.

—Por este motivo se ha mostrado tan a disgusto con usted. Charlie era amigo de la familia. Al parecer, jugaba al caballito con Tommy en sus rodillas cuando este era muy pequeño.

El inspector cogió el cigarrillo que le ofrecía la sargento.

—Me da igual. Fairfax tiene que superarlo.

—A decir verdad, jefe, creo que lo mejor es que le deje hacer lo que quiera. Yo diría que le sorprenderá.

—Me toca los huevos ese chaval.

—Bueno, señor..., usted nos los tocó a nosotros, así que están empatados.

El inspector se quedó mirando a la sargento. Su tono de voz iba cargado de sarcasmo.

—¿Cómo ha dicho?

Latimer se aproximó más todavía.

—No piense, ni por un instante, que me gusta por lo que está teniendo que pasar usted.

—Entornó los ojos—. No me agrada. Ahora bien, creo que lo que le hizo usted al inspector Jenkes estuvo mal. Muy mal.

Hobbes no podía creer lo que estaba oyendo, pero dejó que la sargento continuara:

—Ninguno lo queríamos aquí a usted, pero eso ya lo sabe. Nos impusieron su presencia.

—¿Acaso cree que yo quiero estar aquí?

Latimer no cambiaba de expresión.

—Haré lo que me pida, señor, porque soy una buena policía, pero la verdad... —sonrió— es que me importa usted una mierda.

La última parte de aquella frase iba directa al corazón y, en efecto, lo alcanzó. Aun así, el inspector le mantuvo la mirada, una mirada dura.

—¿Ya ha acabado, sargento Latimer?

—Ya he acabado.

—Esta va a ser la última vez que me hable usted así, se lo juro.

La sargento asintió ligeramente, nada más.

—Y, ahora, quiero que me ayude a interrogar a los padres de la víctima.

—¿Un toque femenino?

—Llámelo como quiera.

—Claro. Lo espero fuera.

La sargento Latimer se fue de la sala de reuniones.

La situación era peor de lo que había creído. Trabajar en solitario siempre había sido parte de su naturaleza, desde que lo habían ascendido a inspector, pero aquello era diferente.

Su mujer y su hijo no le hablaban, y tampoco le quedaban muchos amigos en el cuerpo.

¡Joder, pero si ni siquiera tenía despacho! Esa misma mañana, temprano, nada más llegar, hasta el conserje de la comisaría lo había mirado con mala cara.

Fue a su coche sin molestarse en esperar a Latimer. Estaba a punto de marcharse cuando el agente Barlow tocó con los nudillos la ventanilla. El inspector la bajó con la manivela.

—¿Sí? ¿Qué quiere?

Se fijó en que el joven se encogía ante su tono.

—Es que... me preguntaba si me necesita para algo más, señor.

—No.

El inspector arrancó y se quedó mirando a Barlow por el espejo retrovisor. Antes de llegar a la salida se sintió culpable e incluso durante un par de segundos se planteó dar media vuelta. No lo hizo.

El hotel Carlton estaba en el centro de la ciudad. Encontró un hueco en el que aparcar y estaba a punto de abrir la puerta cuando sintió, con la mano en la manija, que no se podía mover.

Era incapaz de moverse.

No paraba de temblar. No podía evitarlo.

Era un ataque de pánico. Maldijo en voz alta a sus compañeros, al cuerpo de policía en general, a su familia, la época que le estaba tocando vivir. A Inglaterra. A Thatcher. Al mundo. A él mismo. A toda aquella mierda en general. A la asesina. A los elementos que faltaban y que no era capaz de ver, que se escapaban de su alcance...

Y de nuevo estaba en el sótano del Soho, aquella noche en que todo se fue al garete. La sangre de aquel hombre salpicaba la pared...

Golpeó el volante con las manos tan fuerte como pudo. Una dosis de dolor para concentrarse, para liberar su cuerpo del encantamiento.

«Sigue adelante. Sigue buscando. Recuerda tu promesa».

«A Brendan Clarke».

«Daré caza a su asesino y lo llevaré ante la justicia».

«Se lo prometo».

Sin embargo, en esos instantes parecía una oración sin significado, vacía.

Caminó el corto trecho que había hasta el hotel, enseñó la placa en recepción y, a continuación, subió en ascensor al tercer piso. Fue el padre de la víctima quien le abrió la puerta y lo invitó a entrar. Su esposa estaba sentada en la cama, con un pañuelo arrugado en las manos, que había convertido en un gurruño largo y fino.

—Soy el inspector Hobbes. Lamento enormemente la pérdida de su hijo.

El señor Clarke no tenía tiempo para sentimentalismos.

—¿Cuándo nos entregarán su cadáver?

—Me temo que todavía no.

El hombre se acercó a la ventana y allí se quedó, en silencio, mirando a la calle. El cielo estaba gris y había algo de niebla.

A Hobbes le dio la impresión de que iba a ser a la madre a la que más iba a sonsacarle.

—Señora Clarke...

La mujer murmuró algo y se inclinó hacia delante.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—Me llamo Annabelle. ¿Tiene noticias?

—Nada que merezca la pena.

—Queremos saber quién le ha hecho esto a nuestro niño.

—Sí, sí, lo comprendo, pero, para eso, tengo que hacerles unas cuantas preguntas.

El señor Clarke se acercó y sentenció:

—No se preocupe, que haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarlo.

—Me alegro. Gracias. Para empezar, ¿quién creen que podría querer hacerle daño a su hijo? ¿Saben si lo habían amenazado?

—No, por supuesto que no lo estaba —respondió él.

Hobbes se pasó los dedos por los labios.

—Bueno, pues está claro que alguien lo odiaba.

Annabelle Clarke contuvo el aliento. Luego, soltó un grito desgarrador.

El padre de la víctima se quedó mirando al inspector fijamente. Abrió la boca para decir algo, pero se quedó callado y la cerró. Hobbes se fijó en cómo la furia iba abandonándolo y en cómo se apoderaba de él una sensación de desesperación infinita. El hombre se quebró.

—Voy a tener que hacerles todas las preguntas que sean pertinentes.

El hombre se volvió hacia su esposa, que levantó la mirada y dijo con voz temblorosa:

—Ayudémoslo, Gerald. Es lo único que podemos hacer.

Hobbes era consciente de que tenía que aprovechar el momento. Se sentó en una silla y preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que vieron a Brendan?

—La semana pasada —respondió ella—. Solía venir a casa cada cierto tiempo. Una vez al mes, más o menos.

—Y eso, ¿qué día fue exactamente?

La mujer hizo memoria.

—El martes pasado... Sí, el martes pasado. Se marchó el jueves por la mañana.

—¿De vuelta a Londres?

—Eso creo.

—¿Sabían lo del concierto que iba a dar con su banda?

—No. No nos mantenía al día respecto a esas cosas. Nosotros..., a ver, que siempre lo apoyamos, pero...

Se le quebró la voz. Su marido dio un paso adelante.

—Nosotros teníamos otros planes para Brendan. Yo quería que estudiara abogacía, como yo. Tengo mi propia firma. Empezó a estudiar derecho, pero lo dejó a los seis meses.

Siempre había tenido una faceta artística.

Negó con la cabeza, como si el arte fuera lo peor a lo que pudiera dedicarse uno.

—Estaba buscando su sitio en el mundo —añadió ella—. Pasó un tiempo estudiando teatro.

—¿Eso tampoco funcionó? —preguntó el inspector.

—Le ofrecíamos ayuda a cada paso que daba —aseguró el señor Clarke—. Dinero, educación, apoyo en cada uno de sus descabellados proyectos... Aun así...

El padre se quedó callado y se sentó junto a su esposa en la cama.

Hobbes empezaba a ver otra faceta de la vida de los Clarke.

—¿Era Brendan una persona taciturna?

La señora Clarke miró su pañuelo.

—Nuestro hijo era una persona muy apasionada —contestó la mujer.

—¿A qué se refiere con eso?

—Amaba la música. La adoraba. Me atrevería a decir que vivía para ella.

Las palabras, aunque se rompían a medida que la mujer hablaba, estaban muy bien expresadas, lo que dejaba claro sus orígenes. El inspector consideró que lo más probable era que la mujer hubiera recibido clases de oratoria.

El señor Clarke le puso una mano en el hombro a su esposa.

A Hobbes le pareció que veía algo en aquel gesto. No había sido un gesto especialmente natural, sino que parecía que hubiera nacido de la necesidad que les provocaba aquel momento. El inspector se preguntó cuánto amor se tendrían aquellas dos personas, incluso cuánto amor le tendrían a su hijo. De pronto, por unos instantes, se encontró pensando en Martin, que estaría en algún sitio, si bien él no sabía dónde, si bien él lo consideraba perdido.

—¿Dirían ustedes que Brendan estaba obsesionado con la música?

—Es una manera de decirlo, sí —respondió ella—. Su colección es muy extensa.

—¿Su colección?

—Estaba loco por Lucas Bell. ¿Sabe quién es? El cantante de música pop.

El inspector asintió.

—Brendan gastó mucho dinero en objetos que habían pertenecido a Bell o que habían tenido relación con él. Incluso nosotros lo ayudamos a obtener algunos de los más caros.

—¿Y dónde los guardaba?

—Unos pocos en su casa de Londres pero la mayoría en nuestra residencia.

Hobbes tomó nota mental de ello.

—Y también está lo de la revistilla esa.

—¿Disculpe?

—No era sino un fanzine o, bueno, al menos así es como lo llamaba él. Una revista dedicada a Lucas Bell, a su música, a sus canciones... y a su muerte. No paraba de escribir al respecto, de hablar de este tema. Ya sabe, de lo del suicidio. Eso nos preocupaba, ¿no es así, Gerald?

El marido asintió. Parecía que estuviera incómodo.

—¿Tenía Brendan algún interés en las cartas del tarot?

Tanto el padre como la madre miraron al inspector como si no supieran de qué les hablaba, hasta que ella dijo:

—Me temo que sus intereses cambiaban cada dos por tres. Solo lo de Lucas Bell se mantenía.

—Brendan era su único hijo, ¿verdad?

—Sí.

Fue el señor Clarke quien respondió a aquello.

—Lo siento, pero tengo que preguntarlo: ¿dónde estaban ustedes en el momento del asesinato de su hijo?

La señora Clarke no dejaba de retorcer el pañuelo, pero su marido respondió a la pregunta sin aspavientos:

—En casa, con unos amigos.

—Por favor, ¿podrían escribir los nombres de esos amigos y sus números de teléfono?

El señor Clarke asintió, se levantó y fue hasta el escritorio, donde se puso a apuntar en una de esas libretitas de los hoteles lo que acababa de pedirle el inspector.

Hobbes, que seguía sentado, se inclinó hacia delante. Se dirigió a la madre, una mujer que estaba sufriendo, así que lo hizo en voz baja, con suavidad:

—Annabelle...

Ella lo miró de inmediato y el inspector percibió expectación, esperanza, en su mirada.

—Tengo que saberlo todo sobre su hijo, sobre su vida, sobre sus amigos, sobre sus amoríos, sobre los enemigos o rivales que pudiera tener.

La mujer miró a su marido.

—Hable con Nikki. —Apenas un susurro.

—¿Con quién?

—Con Nikki Hauser. Es la teclista del grupo de mi hijo.

—¿De Monsoon Monsoon?

La mujer asintió a toda prisa.

—Llegaron a estar prometidos...

—Pero cortaron.

—Sí.

Gerald Clarke volvió a la cama y le tendió una hojita de papel al inspector Hobbes.

—¿De qué estáis hablando?

—Le estoy hablando de Nikki.

—¿Crees que eso tiene alguna relevancia?

—Podría tenerla —respondió el inspector—. Además, antes o después, voy a tener que hablar con ella.

—Bien —soltó Annabelle, que había subido el tono—, pues pregúntele por qué le hizo tanto daño a mi hijo y por qué seguía haciéndoselo a pesar de que ya se hubiera acostado con ese otro hombre.

Fue como si aquella explosión la hubiera agotado porque, en cuanto acabó de hablar, bajó la cabeza y escondió los ojos.

—¿Qué otro hombre?

—Me temo que desconocemos su nombre, pero Brendan se enteró de lo sucedido. Me lo contó.

—Sé que es difícil...

Tanto el padre como la madre se quedaron a la espera de lo que iba a decir el inspector, pero tampoco es que Hobbes pudiera añadir nada beneficioso a aquella situación, así que se puso de pie. La señora Clarke lo imitó.

—No sé qué le pasaría a Brendan —dijo la mujer—, pero estoy segura de que Nikki tuvo

algo que ver.

Hobbes asintió y se le ocurrió una idea.

—¿Les importaría visitar la casa de su hijo conmigo?

Annabelle Clarke lo miró con la boca ligeramente abierta.

—Me resultaría útil que me dijeran si falta algo.

—No he estado muchas veces.

—Aun así, me resultaría de utilidad.

—En realidad...

—¿Es imprescindible, inspector? —preguntó el señor Clarke, que se había acercado a su esposa.

—Creo que sí.

—En realidad, me gustaría ver su casa —concluyó ella.

—Pues hecho.

Hobbes los llevó en el coche. Ambos fueron en los asientos de atrás y no se hablaron, ni hablaron con él, en todo el viaje.

Era algo más del mediodía cuando llegaron a Westbrook Avenue. La habitual vida urbana había regresado a aquella calle: un hombre con un perro, una pareja de jovencitos despreocupados... Cuando aparcó, el inspector pensó en cómo, después de lo que había pasado en el Soho, el comité disciplinario del cuerpo había recomendado que lo trasladaran a una nueva comisaría. Era normal, dado que, tras unas pocas semanas en la central de Londres, sus compañeros se habían vuelto contra él hasta tal punto que tenía la sensación de que su vida corría peligro. Por eso lo habían enviado a Richmond upon Thames, para apartarlo, porque creían que en aquellas calles arboladas no se podían dar muchas situaciones interesantes. Poca sangre se iba a derramar en aquel sitio, ¿verdad?

Salió del coche. Al principio, la señora Clarke no se atrevía ni a mirar la casa de su hijo; miraba al suelo. Fue el inspector quien los guio hasta allí. En cambio, una vez dentro, se limitó a seguir a los padres de habitación en habitación. Aquella era la tercera vez que visitaba la casa en las últimas veinticuatro horas. Por suerte, el olor a muerte se había disipado. La mujer chasqueó la lengua y se retorció las manos cuando comprobó lo sucia que estaba la cocina, lo mugrienta que estaba la moqueta, que había ropa manchada por el suelo.

—Brendan había sido un chico muy limpio, por lo general. Fue el año pasado cuando las cosas empezaron a írsele de las manos... Cuando su historia de amor con Nikki terminó.

Llegaron a la sala de estar. La señora Clarke cogió la fotografía enmarcada en la que aparecían su hijo, su marido y ella. Se quedó quieta, como si fuera incapaz de apartar la mirada de la fotografía, y murmuró algo.

—Annabelle... —Su marido le puso la mano en el brazo—. Cariño, ¿estás segura de que estás preparada para esto?

Ella apartó el brazo, molesta, y siguió caminando por la casa, esta vez por el pasillo. Se detuvo junto a la escalera y miró el piso de arriba. Empezó a subir. El inspector y su marido la siguieron hasta el rellano. Continuaron adelante. Se frenaron en la estancia donde se encontraban todos los instrumentos musicales.

—Fuimos nosotros quienes le compramos la mayoría de estos instrumentos —explicó ella mientras entraba.

Hobbes la siguió al interior y le preguntó:

—¿Le ha parecido que falte algo?, ¿que algo no esté en su sitio? Lo que sea.

—No, pero, como ya le he dicho, nosotros apenas vinimos por aquí. Esta es la revistilla de la que le hemos hablado —respondió mientras señalaba varios montones de revistas apiladas contra la pared.

—Su hijo había contado que poseía algo aquí, algo de gran importancia que había pertenecido a Lucas Bell o que tenía relación con él. ¿Sabe a lo que se refería?

La mujer se quedó pensando unos instantes.

—Disponía de muchas cosas que consideraba preciosas, tesoros, pero esas las guardaba en nuestra casa, no aquí.

Salieron al pasillo y se dirigieron a la parte delantera de la casa.

—Me gustaría visitar su residencia, dentro de poco. Quiero ver la colección de Brendan.

Annabelle Clarke se había detenido en el umbral de la puerta que daba al dormitorio principal y miraba al interior.

—¿Es aquí donde...?

El inspector Hobbes asintió y ella esbozó una mueca.

—¿Hay sangre?

—No. Bueno..., puede que un poco.

Entraron. La señora Clarke abrió los ojos de par en par cuando miró la cama, el colchón desnudo. Contuvo el aliento y se llevó una mano a la garganta.

—Han movido la cama —musitó. Lo miraba todo con avidez—. Y falta una cosa...

Hobbes sintió que se le aceleraba el pulso.

La mujer se acercó a la cómoda y se quedó mirando el círculo limpio que había en medio del polvo y que también le había llamado la atención al inspector el día anterior. La mujer pasó el dedo por el polvo.

—¿Qué ocurre, señora Clarke?

—Una figurita.

El inspector se sintió confundido.

—¿Cómo dice?

Ella se volvió y lo miró a los ojos.

—Ya sabe, una figurita, como una escultura.

—¿De qué?

—Del cantante, de Lucas Bell. Del hombre al que amaba.

El señor Clarke, que estaba al lado de la cama, refunfuñó. Su esposa lo miró.

—¿Pasa algo?

—Ya sabes...

—¿Qué, Gerald? ¿Quieres decir algo?

—Que no deberías utilizar esa palabra. Es asqueroso.

—¡Pero es que lo amaba! ¡Brendan amaba a Lucas Bell! ¡Lo amaba!

Su marido y el inspector se quedaron mirándola.

LA LÁGRIMA

Se quedaron en silencio frente a la casa. Cada uno de ellos estaba completamente solo o, al menos, así es como se sentía el inspector Hobbes. Los minutos transcurrían muy despacio, hasta que, por fin, llegó un coche patrulla y aparcó junto a la acera. El agente Barlow salió del vehículo y fue directo hasta donde se encontraba la señora Clarke, a quien se dirigió de inmediato. Hablaba bajito y el inspector era incapaz de oír bien lo que le decía, pero se fijó en que la apesadumbrada mujer respondía cortésmente al agente. Barlow la acompañó al coche patrulla y la ayudó a entrar en los asientos traseros. El marido lo hizo después de ella.

Ambos se mostraron agradecidos al agente.

—Llévelos de vuelta al hotel Carlton.

—Sí, señor.

—Barlow, quiero que siga trabajando en el caso.

El agente sonrió al oír aquello.

—Cuando llegue a comisaría, continúe con su investigación: Lucas Bell, su muerte, sus novias, sus colegas, sus canciones. Lo que sea que le parezca relevante. ¡Ah!, e investigue también a Monsoon Monsoon, ya sabe, la banda de la víctima. Quiero saber qué tal los trataba la prensa, cuánto vendían, cuántos seguidores tenían...; ese tipo de datos.

Barlow asintió y subió al coche. El inspector se quedó mirando cómo se alejaban y, entonces, volvió a la casa y fue directo a la estancia donde se encontraban los instrumentos.

Quería llevarse algunas de aquellas revistas. Cogió la de arriba del todo de uno de los montones. La revista de Brendan Clarke se llamaba *100 Splinters*. En la cubierta aparecía un boceto en blanco y negro de Lucas Bell y debajo ponía: «Siete años desde que murió.

Revelaciones, recuerdos, entrevistas». También había muchos de los números anteriores, ejemplares que Brendan Clarke había ido publicando a lo largo de los años. El inspector eligió unos cuantos y se los llevó. Introdujo las revistas en su coche y, después, se dirigió a la casa contigua, el número 49, y llamó al timbre. Era lunes por la mañana, pero esperaba encontrar a los vecinos. Aunque ya había leído el informe de la sargento Latimer, con los años había descubierto que los vecinos suelen estar muy sorprendidos y que tienden a ocultar información por variadas razones personales. Volvió a oír la voz del inspector Collingworth en su cabeza: «Comprueba, comprueba y vuelve a comprobarlo. Y ni se te ocurra pensar que con tres veces es suficiente».

Collingworth había tomado a Hobbes bajo sus alas cuando a este último lo nombraron detective. Se trataba de un policía duro, inteligente, que fumaba un cigarrillo detrás de otro, que olía a Old Spice y que, en la mayoría de las ocasiones, le gritaba en vez de hablarle.

«¡Haz esto! ¡Haz lo otro! ¡No pares! ¡No te rindas!». Luego, ponía una mueca y empezaba a toser con tal fuerza que parecía que iba a echar los bofes. Ahora bien, Hobbes había aprendido el oficio a toda velocidad, de forma brutal a veces. Recordaba un incidente en particular, cuando lo había encerrado en una habitación con un cadáver que llevaba allí una semana y le había ordenado que diera con lo que no encajaba del escenario del crimen. El hedor era insoportable y el estado del cadáver casi le hace vomitar. Era pleno verano. Había moscas. Carne muerta llena de vida. Hobbes tardó diez minutos en dar con ello: unas pocas virutas de lápiz sobre la mesa. La cuestión es que no había ni rastro de lápices y que, por lo demás, la habitación estaba limpia y ordenada. Se había sentado a la mesa. Sin necesidad de moverse, desde allí veía el cadáver, que estaba en el sillón. Aquel detalle resultaba insignificante, parecía ridículo. Lo más probable era que no tuviera nada que ver con el asesinato. Aun así, se imaginó afilando un lápiz, preparándose

para..., ¿para dibujar un retrato de la víctima quizá?

«Comprueba, comprueba y vuelve a comprobarlo».

Un anciano abrió la puerta del número 49. Era delgado, no muy alto, con la nariz aguileña y el pelo canoso con la raya baja. Sus ojos los agrandaban ligeramente los cristales de uno de aquellos pares de gafas subvencionados por el Ministerio de Salud.

Hobbes le mostró la placa.

—¿El señor Newley?

—Sí...

El anciano se mostraba receloso.

—Soy el inspector Hobbes. Me gustaría hablar con su esposa.

El hombre dejó al policía en la puerta y, un minuto después, llegó la testigo. Debía de tener la misma edad que su marido e iba vestida con un traje pantalón de color verde esmeralda. Su pelo era castaño, teñido con fruición y recogido con un pañuelo a juego con el traje. Una vez más, Hobbes volvió a presentarse. La mujer dudó unos segundos.

—Por favor, pase.

El inspector entró en la casa y la mujer lo llevó a la sala y le ofreció una taza de té.

Hobbes declinó la oferta.

—Me gustaría que me hablara de lo que vio ayer por la mañana con la mayor cantidad posible de detalles.

—Es terrible... Brendan era un muchacho adorable. A pesar de...

Fue su marido quien acabó la frase:

—A pesar de todo el ruido que hacía, con todos esos rockeros apareciendo casi cada semana para tocar el chimpún ese. Y el estado de la casa... Y todas esas chicas, claro.

—Sí, era muy popular.

Hobbes asintió.

—El señor Clarke dio un concierto el sábado por la noche en el centro de Londres. ¿Lo vieron regresar a casa? Supongo que tendría que ser muy tarde.

—No, me temo que no. Nos acostamos a las diez y media, ¿no es así, Robert?

Su marido asintió.

—Sí, a esa hora siempre estamos en la cama.

El inspector los miró a ambos, a uno primero y al otro después.

—¿No oyeron nada esa noche? ¿Algo que les resultara extraño?

—¿A qué se refiere? —le preguntó ella.

—Gritos. Discusiones. Algo así.

Ambos negaron con la cabeza.

—Estamos separados —respondió el señor Newley.

El inspector tardó un momento en darse cuenta de que se refería a las casas.

—No pasa nada, no se preocupen. Háblenme de lo que pasó por la mañana.

—Me levanté a las ocho —empezó a decir ella—, que es lo habitual en mi caso, y bajé a la cocina para comenzar a preparar el desayuno, que es cuando vi a aquella joven por la ventana. Una muchacha.

—¿Me enseña la ventana, por favor?

Los tres fueron por el pasillo hasta la cocina, que estaba en la parte trasera de la casa.

—Yo estaba aquí, junto al fregadero, llenando la tetera, cuando vi movimiento en el jardín de al lado. Al principio pensé que se trataba de Brendan, pero él nunca se levanta tan temprano. Fue entonces cuando me di cuenta de que era una mujer y de que...

—¿De qué?

—De que se movía de manera extraña.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que se tambaleaba un poquito.

—¿Como si estuviera borracha o drogada? ¿Como si estuviera herida?

—No, no.

—Pues, ¿cómo?

Esa insistencia por parte del inspector preocupó un poco a la señora Newley.

—Pues que se movía despacio... Se balanceaba.

—¿Le dio la impresión de que estuviera asustada? ¿Nerviosa? ¿Estaba conmocionada?

—¡Sí, sí, estaba asustada! Eso me quedó claro más tarde.

—¿Cuando salió?

—Sí.

La anciana abrió la puerta de atrás de la cocina y salió al jardín. El inspector y su marido la siguieron. El jardín estaba muy bien cuidado, con macizos de flores y el césped recién cortado.

—Por lo normal, salgo aquí temprano para dar de comer a los pájaros.

En medio del jardín había un comedero de madera. Hobbes se acercó a la valla que separaba ambos jardines, que era lo bastante baja como para ver por encima de ella con claridad.

—Dígame, ¿dónde vio a la joven?

—Se dirigía a la puerta de atrás, pero se detuvo en un momento dado. Supongo que me oiría.

—¿Fue entonces cuando se dio la vuelta?

—Sí. —La señora Newley puso cara de preocupación mientras recordaba los detalles—.

De pronto, me asusté.

Su marido la cogió de la mano y se la apretó.

—¿Por qué? ¿Por alguna cosa en particular?

La anciana se quedó pensativa.

—Lo cierto es que no. La cuestión es que allí estaba ella... y aquí estaba yo..., y me miraba fijamente... y, como le he dicho, la joven tenía cara de miedo.

—¿La reconoció?

—La verdad es que no, pero es que Brendan traía a mucha gente a su casa. Organizaba fiestas y así, ¿sabe? La cuestión es que casi siempre acababan en este jardín.

—A veces, armaban mucho jaleo —añadió el marido.

Hobbes asintió.

—¿Llevaba algo la joven?

—No estoy segura. Puede que llevara un bolso.

—¿De qué tipo?

La anciana no sabía qué responder. Parpadeó en varias ocasiones.

El inspector hizo una pausa, esperó a que la mujer se relajase antes de plantearle la pregunta crucial.

—Señora Newley, usted vio la cara de la joven. Dígame, ¿qué aspecto tenía?

La anciana se quedó pensando.

—Era de estatura media... —Frunció las cejas—. No sé qué más decirle.

—¿Cómo iba vestida?

—Con un abrigo negro.

—¿Qué tipo de abrigo?

—Uno negro.

El inspector se puso un poco tenso. La señora Newley continuó:

—Un abrigo negro y un sombrero negro. Por la radio habían dicho que iba a llover, así que me pareció normal.

—¿Llegó a verle el pelo?

—Unos pocos mechones, nada más.

—¿De qué color lo tenía?

La señora Newley negó con la cabeza.

—¿Qué edad tendría?

—Ay, cariño, tengo sesenta y ocho años, así que todas me parecen jóvenes. No sé, una quinceañera, diría yo.

—¿Y su cara? ¿Algún rasgo destacable? Lo que sea. ¡De algo tiene que acordarse!

—Por favor, no le hable así a mi esposa —dijo el señor Newley mientras se acercaba—. Estamos intentando ayudarlo.

A Hobbes se le apareció la cara cortada de Brendan Clarke, aquella máscara de sangre...

Se había convertido en un sueño diurno recurrente.

—Esto es muy serio —les dijo—. Es un crimen muy grave. Se trata de un asesinato.

Los ancianos no dijeron nada. Los tres seguían de pie al lado del comedero para pájaros.

Parecía absurdo, como si fuera una escena sacada de una obra de teatro.

La señora Newley cedió.

—Solo la vi un instante, ya se lo he dicho. Segundos.

Hobbes suspiró. Puede que de verdad no supiera nada, o nada relevante al menos. Fue entonces cuando oyó que la señora Newley susurraba algo. Se acercó a ella.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—Tenía una marca.

—¿A qué se refiere?

—Estoy pensando en cómo describirla.

Cerró los ojos mientras se concentraba.

—Dígamelo. Lo que sea —la presionó el policía.

La anciana intentó relajarse.

—Tenía una marca en la cara.

El inspector sintió una puñalada de esperanza.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué tipo de marca? ¿De qué color?

—No lo sé. Oscura, puede.

—¿Sangre?

Pensar en que podía ser sangre asustó a la señora Newley, que movió la cabeza.

—Muéstreme en su cara dónde tenía la marca la joven.

La mujer levantó poco a poco la mano y se tocó la mejilla izquierda, justo debajo del ojo.

A Hobbes lo invadió una nueva oleada de esperanza.

—¿Cree que era una marca de nacimiento? ¿Un tatuaje? ¿Maquillaje?

La anciana asintió con cada una de las opciones.

—¿Podría ser una lágrima? ¿Una lágrima pintada? Señora Newley...

La mujer respondió con claridad:

—Sí. Ahora que lo pienso, podría ser.

Hobbes se quedó callado. Su cerebro fue recuperando el ritmo y la máquina volvió a activarse.

Gotas. Empezó a llover sobre aquel jardín tan bien cuidado.

LAS SEIS HERIDAS

La sargento Latimer lo cogió por banda en cuanto llegó a la comisaría.

—Lo he estado esperando.

El inspector Hobbes se encogió de hombros.

—Lo prefiero. Trabajar solo.

Antes de que la sargento respondiera, el inspector le tendió la hojita con los nombres y los teléfonos de los amigos con los que habían cenado los padres de Brendan Clarke y le pidió que confirmara la coartada. Luego, miró por toda la sala de reuniones.

—¿Dónde está Fairfax?

—Intentando dar con la banda de la víctima.

—Bien, porque quiero hablar con ellos.

—¿Tiene alguna pista?

—La madre de Brendan ha mencionado a la teclista de Monsoon Monsoon y ha señalado que podría tener algo que ver. Nikki Hauser.

—¿Con qué fundamento?

—Con el del odio que siente hacia ella.

Latimer chasqueó los labios.

—Madres e hijos. Lo de siempre.

—Por lo visto, estuvieron prometidos.

—¿La víctima y la teclista?

—Sí, pero la cosa acabó como el rosario de la aurora. Y cabe la posibilidad de que haya otra persona implicada. Otro hombre, un amante.

Hobbes miró el tablón y la sargento asintió.

—Yo me encargo de contarle a Fairfax lo de Nikki Hauser. Le pediré que traiga a ambos a la comisaría.

—¿A ambos?

—La banda era un trío. Cantante, teclista y batería.

—También he hablado con los vecinos. Con el señor y la señora Newley.

—Ah, vaya, ¿está usted comprobando cómo trabajo?

—Pues se le pasó algo.

—¡Por Dios, está usted haciendo lo imposible por caernos bien!, ¿eh?

—Se le pasó algo, Meg. Tan solo lo constataba.

La sargento suspiró.

—A ver, ¿el qué?

—La joven a la que la anciana vio en el jardín trasero tenía una marca debajo del ojo izquierdo y es posible que se tratara de una lágrima negra.

—¿Como en la máscara? Me refiero a la del cantante.

Latimer estaba emocionada.

—Eso es, como la de Lucas Bell.

—Bueno, está claro que esa muchacha no es una ladrona corriente, si es que es eso lo que es. Es una fan.

Hobbes pensó en ello.

—Le apuesto el sueldo de un mes a que la señorita X estaba en el concierto de Monsoon Monsoon de aquella misma noche —dijo el inspector.

Latimer lo valoró.

—¿Cree que podría ser Nikki Hauser la que abandonaba la casa por la mañana?

—Es posible, pero, si tan próxima era a Clarke, ¿no cree que los Newley la conocerían de vista?

—Podría llevarles una foto para ver si confirman que se trataba de ella.

—Se lo agradezco, sargento.

—El agente Barlow ha traído material de la banda.

Latimer le enseñó unas cuantas fotografías de los tres integrantes de Monsoon Monsoon posando en un cementerio. Parecía que Nikki Hauser fuera mayor que los otros dos. La joven iba vestida de negro y portaba gran cantidad de anillos, broches y collares de plata. Llevaba el pelo corto, con volumen, a lo chico, y sus ojos estaban realzados con gran cantidad de maquillaje. La joven resultaba muy misteriosa, casi fantasmagórica, como si fuera una figura sobreimpresa en la imagen. Un chico delgadito, el batería tenía que ser, estaba encorvado junto a ella. Brendan Clarke se situaba a un lado, rodeando una lápida con un brazo. Iba vestido como un poeta *beat*: chaqueta estilo años cincuenta, camisa blanca y una estrecha corbata negra. Era el único que miraba a cámara. Su rostro carecía de emoción, una pose muy estudiada para mantener a la gente alejada. Entonces, Hobbes se fijó en el nombre de la lápida y en las fechas que salían en ella: LUCAS BELL – 1948-1974. Debajo había una inscripción que rezaba: «Deja de tenerle miedo al calor del sol».

—¿Qué más tenemos? —preguntó el inspector—. ¿Alguna novedad?

—No hay rastro de armas. Hemos buscado en las papeleras, en los callejones, donde siempre.

—Así que la asesina se las llevó consigo.

—Eso parece. Y aquí tiene el informe de la autopsia. Acaba de llegar.

El inspector cogió la carpeta gris que le tendía la sargento y ojeó su interior. Latimer se lo resumió:

—Una hoja serrada, bastante pequeña. Podría ser un cuchillo de carne. La herida del cuello le produjo la muerte. Le cortó la yugular. No fue, no obstante, un trabajo profesional.

Se trató de un golpe de suerte.

—¿Y los cortes de la cara?

—Justo después, por lo que parece; antes de que el corazón dejara de bombear.

—¿Algo más?

—Poca cosa. La asesina es diestra.

—¿En qué orden hizo los cortes?

—Página cinco.

Hobbes dio con el párrafo en cuestión.

«Ojo izquierdo, lado izquierdo de la boca, lado derecho de la boca, los dos cortes de la frente en forma de cruz».

Era consciente de que, en realidad, se trataba de una estimación.

Seis heridas, incluida la del cuello. La máscara. Ahora bien, ¿por qué? ¿Cuál era el propósito?

—La del ojo es la herida crítica —murmuró el inspector—. El objetivo principal.

—La asesina quería que llorara de verdad. Joder, es que, fíjese, menuda lágrima, ¿no?

Hobbes leyó por encima el resto del informe. La hora de la muerte quedaba confirmada entre la medianoche y las dos de la madrugada.

—¿Alguna cosa más?

—Huellas dactilares —respondió Latimer mientras levantaba un manojo de papeles—.

De la víctima, unas cuantas de Simone Paige y multitud de ellas desconocidas. Supongo que, en su mayoría, de los miembros de la banda.

Hobbes negó con la cabeza. Estaba preocupado.

—¿Y las de la estructura de la cama?

—Únicamente de la víctima.

—Así que fue él quien la empujó.

—Sí. Parece que tenía usted razón al respecto, jefe.

El inspector asintió. Le gustó que se confirmara su teoría.

—Así que fue Clarke quien dispuso la cama y el disco con el Blu-Tack... y todo lo demás. Fue él quien preparó el fragmento de la canción para que sonara una y otra vez.

Latimer asintió.

—¿Qué coño pretendería?

Ambos se quedaron callados un momento.

Hobbes le devolvió el archivo con las huellas a la sargento y se acercó al tablón, en el que había numerosas fotografías del cadáver y del escenario del crimen clavadas con chinchetas. En la mesa que había junto al tablón se encontraba un tocadiscos de esos baratos con un montón de elepés y de sencillos al lado.

—El agente Barlow ha estado estudiando las canciones —comentó seca la sargento.

Hobbes miró las carátulas. En la mayoría de ellas aparecía la cara real de Lucas Bell, que salía en diferentes localizaciones. En la funda del primero de los álbumes aparecía Bell en lo que simulaba ser un cuarto de alquiler diminuto. Estaba leyendo el *Ulises* de James Joyce.

—Da que pensar, ¿no le parece? —preguntó Latimer.

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo es que un muchacho tan guapo tiene que esconderse tras una máscara?

El inspector se encogió de hombros. Desde luego, el cantante tenía un aspecto único.

—Bueno, yo no diría que era guapo, Meg. Es decir, si no fuera famoso, ¿se fijaría usted en

él?

—¿Qué quiere decir?

—Intento determinar por qué tanta gente idolatra a este tipo años después de su muerte y por qué una de esas personas ha decidido cometer ahora un asesinato.

—¿La teoría del seguidor loco?

La frente del inspector se arrugó mientras estudiaba la cara del cantante.

—Hay algo en el señor Bell, en su aspecto, en su actitud, en sus ojos... Es fácil pensar que abusaron de él cuando era pequeño. Que le pegaban. ¿Será eso parte de su atractivo?

—Yo diría que ha dado usted en la diana.

—Puede que a eso se deba que algún tipo de seguidor en concreto se vuelva loco por él.

Se identifican con su debilidad, no con su fortaleza..., y...

—Y, si conseguimos identificar esa debilidad en el seguidor, ¿tendremos al asesino?

—Más o menos, sí.

El inspector sonrió. El ambiente se había relajado un poco.

—Dígame, Meg, ¿recuerda haber visto una estatuilla o una figurita en la casa de Brendan Clarke? Representaba a Lucas Bell, ya sabe, uno de esos recuerdos de cantantes. La señora Clarke me ha dicho que no estaba.

—No, no vi nada parecido siquiera.

Hobbes se frotó los ojos y se quedó en silencio. Al rato, entre murmullos, para sí, dijo:

—No sé..., no sé...

—¿Está usted bien?

El inspector la miró.

—Meg, mire, respecto a lo de antes...

—Déjelo. Tenemos que llevarnos bien, nos guste o no.

—Así es, y soy consciente de ello, pero lo que sucedió en el Soho...

La mujer lo miraba fijamente y él sintió que las palabras se le atragantaban en la boca.

—Meg, sé que ha oído usted una historia...

—Así es. —Latimer lo miraba de manera implacable—. Un poli se suicidó.

—Yo no lo animé.

—No, solo le tendió la cuerda.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que usted acabó con el inspector Jenkes, que hizo que lo despidieran.

—Mire, no tengo que justificarme ni ante usted ni ante nadie.

Hobbes había levantado la voz y algunos policías se lo quedaron mirando.

—Me duele decirlo, pero Jenkes era un racista y pagó por ello —añadió en voz baja.

—No me joda —le susurró la sargento—. Acababa de pasar lo de Brixton. En aquel momento, todos éramos racistas. Al menos, lo fuimos durante un par de días.

El inspector no sabía qué responder a aquellas palabras. No le gustaba pensar en ello, pero lo que la sargento acababa de decir era verdad. Recordó la ira que él mismo había sentido.

—Eso no excusa lo que hizo Jenkes. Ni lo que hicieron los otros dos policías.

La sargento lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—En aquella habitación había cuatro policías, ¿no es así?

Hobbes sintió como una cuchillada fría en la sien izquierda, allí donde había recibido el

ladrillazo durante los disturbios. Aún seguía notando la herida cuando lo presionaban.

—Cuatro personas..., y usted se unió.

—¡Yo no me uní!

—Pues es lo que dicen los demás... Es sabido por todos.

—¿Sabido por todos? ¡Joder! ¿Y usted se considera detective?

—Así es.

—Mintieron.

—Usted se unió a ellos, pero se asustó y los echó a los leones. Lo mire por donde lo mire, su comportamiento apesta.

La sargento lo observaba fijamente y el inspector prefirió mantenerse callado un momento. Entonces, dijo:

—Era yo quien estaba allí y sé lo que vi.

—¿Y no hizo nada?

Hobbes no podía hablar. Latimer dio un paso atrás. La sargento tenía claro que algo le pasaba.

—Inspector..., lo siento, pero es su palabra contra la de otros tres policías. Los atacaron.

Tuvieron que defenderse. ¡Los cuatro!

Hobbes la miró. ¿Qué podía decir contra un argumento tan contundente? Nada la convencería. Habían cerrado filas para apoyarse. Solo se le ocurrió una cosa, algo que aún lo angustiaba, incluso después de todos los meses que habían pasado. Habló despacio: —Charlie Jenkes era mi amigo. Mi mejor amigo.

Y ya estaba. Una declaración sencilla. Mientras la pronunciaba, sin embargo, se preguntó qué era lo que sabía de verdad de aquel hombre. ¿Por qué no había intuido cómo era realmente Jenkes? Aunque cabía la posibilidad de que se hubiera dado cuenta y hubiera decidido ignorarlo.

Su voz era más suave.

—Ahora mismo, no puedo confiar en nadie.

Tras una breve pausa, Latimer dijo:

—La cuestión, señor, es que delegaron a un grupo de nuestros agentes a Brixton por lo de la revuelta.

—Eso ya me lo imagino. Pidieron refuerzos a todas las comisarías de Londres.

—Pues un joven agente resultó herido. De gravedad. Pete Gregson. El pobre aún no ha vuelto al trabajo y puede que nunca lo haga, todavía no se sabe.

El inspector frunció el ceño. Empezaba a entender por qué había tal resentimiento hacia él en la comisaría de Kew Road.

—¿Qué está queriendo decir, Meg?, ¿que el ojo por ojo está bien?

—Era una guerra —respondió entre suspiros—. Desde luego, es lo que parecía.

—Yo también me sentía así por la noche, pero, ahora, cuando pienso en ello...

La frustración se apoderó de Latimer.

—Están en contra de nosotros. La prensa, la gente..., incluso nuestros jefazos. Todos nos odian.

Muchos policías los miraban. Hobbes estaba a punto de darles la orden de que volvieran al trabajo, pero dejó que la situación se encauzara por sí misma, que la incomodidad se pasase sola. Unos instantes después, habló alto y claro para que todos lo oyeran: —Solo hay una manera de

seguir adelante, contando la verdad. Por eso es por lo que lo hice. Es doloroso, sí, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Ahora mismo, la verdad, dejaría el cuerpo.

—Ni se le ocurra, Meg. Por favor, este es su trabajo, su vida.

La sargento se calmó.

—Venga, pongámonos con este caso, demos con el asesino.

—Y ¿después?

—Y, después, ya veremos cómo nos sentimos.

—¿Y Fairfax?

—A Fairfax nunca lo tendrá de su lado, eso métaselo en la cabeza. El asunto es demasiado personal.

El inspector apartó la mirada un momento, pensativo. Entonces, volvió a mirar a la sargento y le preguntó:

—¿Dónde está la funda de ese disco? La del último.

Latimer le tendió la carátula de *King Lost* y Hobbes sacó la funda y se quedó mirando la cara pintada. La lágrima, la X, los labios agrandados.

—¿Qué es lo que recuerda de esto? —le preguntó a Latimer—. ¿Qué es lo que recuerda de lo que pensó en aquel momento?

—Como ya le he dicho, no es que yo fuera una gran seguidora, pero recuerdo lo de la máscara, lo del personaje que inventó. De hecho, Lucas Bell adoptó el nombre de ese disco y empezó a llamarse Rey Perdido en las entrevistas, de eso sí que me acuerdo.

—Pero ¿qué significa eso en lo que respecta al asesinato?, ¿a la profanación de la cara de la víctima? ¿Qué está haciendo el asesino? ¿Qué siente?

Al ver el informe de la autopsia, Hobbes había vuelto a considerar que el asesino fuera un hombre. La naturaleza de las heridas lo dejaba claro.

Latimer pensó en la pregunta.

—Esa cara, la máscara... significan algo para el asesino.

El inspector intentó darle la vuelta a la cuestión.

—Puede que no se trate de un acto realizado por odio.

—¿Y qué otra cosa iba a ser?

—No lo sé. ¿Un acto de amor?

—No le sigo.

—El crimen es meticuloso. Es el trabajo de un artista. —Hobbes volvió a fruncir el ceño

—. No dejo de pensar en ello. La naturaleza deliberada del trabajo. La disposición del dormitorio. La luz a través de la ventana.

—El escenario.

—Exacto. No se trata de un loco. No es un sádico.

—Vale, eso se lo compro. Primero mató a Brendan.

—Un sádico habría mantenido a la víctima con vida mientras le hacía la máscara. Por eso pienso que esto tiene algo que ver con el amor; aunque con un amor retorcido, claro está.

—Respiró hondo—. Me asusta. Me asusta y mucho.

EL BLUES DEL TERCERO EN DISCORDIA

El detective Fairfax llamó por teléfono para ponerlos al día respecto a los integrantes de Monsoon Monsoon.

—He dado con el batería, pero me está costando encontrar a la teclista.

—¿A Nikki Hauser?

—A esa, sí. No estaba en su apartamento. Tiene una compañera de piso, pero dice que Nikki no ha pasado por casa desde el concierto del sábado. Resulta sospechoso, ¿no le parece?

—En efecto.

—Seguiré buscándola.

—Al menos, tiene al batería.

—Sí, menudo personaje. Es uno de esos pavos reales que está chalado. Voy a llevarlo a comisaría.

—No, prefiero que no. Veámonos fuera de aquí.

—¿En dónde?

—En el Pleasure Palace.

Hobbes condujo hasta Covent Garden. Encontró un hueco para aparcar y, después, se abrió paso entre la multitud hasta que llegó a la callejuela en la que estaba situado el club. No es que pareciera gran cosa: una puerta verde con arañazos, un cartel y unos cuantos pósteres que anunciaban los conciertos del mes. Desde luego, un palacio no era, y lo del placer... no parecía que nadie fuera a encontrarlo en su interior. Aun así, y aunque fuera de día, había un grupo de jovencitas cerca de la puerta, algunas de ellas con peinados punkis y con la ropa rota, otras vestidas con colores y estilos estrafalarios. Fairfax estaba allí, junto a un joven con aspecto enfermizo. El detective lo sujetaba por detrás, por el cuello de la camisa.

—Es este —le dijo el detective—. Se llama Matthew Tate.

—Sputnik —farfulló el joven—. Llamadme Sputnik. Es como me llama todo dios.

Hobbes lo reconoció por la fotografía de grupo del disco.

—Toca usted la batería en Monsoon Monsoon, ¿no es así?

—Sí, así es, ¿y qué?

—Tenemos que hablar con usted.

—Sí, vale, pero dile al señor Cerdito que me quite las pezuñas de encima. Esto es acoso policial, ¿sabes?

El batería tendría veintipocos años y su pelo era negro, largo por arriba y rapado por los lados, y engominado de manera tan extraña que parecía que el muchacho acabara de salir de una película de ciencia ficción. Vestía una camiseta lila, un pañuelo de cachemira y unos pantalones ajustados de color púrpura; tonalidades brillantes que destacaban con el gris mate de su rostro. Estaba nervioso, alterado, y tenía los ojos fijos en un punto que parecía estar en movimiento constante a una distancia entre uno y dos metros de él.

—¡Saco de mierda! —le gritó Fairfax—. Me pones enfermo. Me das ganas de vomitar.

—Que me quites las manos de encima, tío. Te lo advierto.

Tate farfullaba y Hobbes era consciente de que poco iba a poder sonsacarle.

—¿Podemos entrar? —preguntó el inspector haciendo referencia al club.

—El dueño está aquí —respondió Fairfax—. El señor Carlisle.

—Bien.

El inspector examinó los pósteres que había junto a la puerta y distinguió el del concierto de Monsoon Monsoon. Decía: «¡El espíritu del Rey Perdido, resucitado en el escenario!».

Fairfax entró el primero. Pasaron por delante de un guardarropa y enseguida llegaron a la pista de baile. Se trataba de un sitio de tamaño mediano con el techo bajo y una serie de reservados a los lados. Había un par de limpiadoras fregando la pista y una camarera secaba y almacenaba vasos detrás de la barra. Hobbes olió la peste a cerveza rancia y a humo de cigarrillo por encima del intenso aroma a pino del líquido friegasuelos. A pesar de eso, el sitio tenía cierto aire de opulencia, de grandeza. De los techos colgaban telas de terciopelo y lámparas de latón, y por el suelo, aquí y allí, descansaban enormes almohadones.

El señor Carlisle los esperaba cerca del escenario. Era un hombre con aspecto animado, vestido con unos pantalones negros y una camiseta blanca que parecía que fuera a estallarle a la altura del pecho. No era mayor, andaría por la treintena. Llevaba un flequillo que le tapaba los ojos y un bigote como el de Freddie Mercury que diluía los demás rasgos de su cara.

El inspector Hobbes ignoró la mano que le tendía.

—¿Es usted el propietario?

—El propietario, el director, el burro de carga, el friegaplatos. —Se rio—. Andy Carlisle, a su servicio.

—¿Estuvo en el concierto del sábado por la noche?

—Fue una velada extraordinaria, el sitio estaba a reventar. Tuvimos que impedir la entrada a muchos clientes, situación que no me gusta nada.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—¿Qué es lo que quiere decir?

— Monsoon Monsoon no son famosos.

—No, no, para nada, no lo son. Si le soy sincero, no es que me esperara gran cosa, pero resulta que sacamos las entradas a la venta y empezaron a venderse a un ritmo endiablado en cuanto la gente corrió el rumor.

—¿El rumor?

—Sobre lo que iba a hacer la banda. Sobre lo que tenía planeado el cantante.

—¿Y qué tenía planeado?

—Iba a conjurar al fantasma. Como en una sesión espiritista.

—¿Se refiere al fantasma de Lucas Bell?

—No, al fantasma del Rey Perdido. Lucas Bell y el Rey Perdido son dos personas diferentes. Muy diferentes. Por mucho que vivieran en el mismo cuerpo.

El dueño estaba hablando completamente en serio.

Hobbes examinó el lugar y se imaginó el club lleno de gente. Se fijó en Matthew Tate sentado en uno de los almohadones, con la espalda pegada a la pared. Estaba fumando un cigarrillo de liar.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —le preguntó Carlisle.

—¿Se ha enterado de que el cantante de Monsoon Monsoon ha muerto? ¿Que lo han asesinado?

—Sí, algo he oído. Qué mierda.

—¿Qué recuerda del concierto de aquella noche?

Carlisle se quedó pensando unos instantes.

—Poca cosa. Me refiero a los detalles. Suelo estar trabajando, haciendo de todo un poco, moviéndome, comprobando esto y aquello. Ahora bien, el punto álgido del concierto fue una pasada. No me quedó otra que pararme a mirar. Fue una de esas noches en las que uno piensa: «Cómo acabará esto, como una orgía o en una revuelta».

—¡Ya te digo, tío! —Era Tate—. ¡Fue como un puto conjuro! ¡Llenamos el garito de fantasmas, os lo aseguro!

—Tú ahí calladito, cariño, que enseguida nos ponemos contigo —le soltó Fairfax.

Hobbes siguió hablando con Carlisle.

—¿Hay alguna fotografía?

—Lo cierto es que vinieron varios periodistas musicales y unos cuantos fotógrafos.

—¿Alguno destacable?

—El más famoso de ellos es Neville Briggs.

Fairfax anotó el nombre. Carlisle sonrió.

—Es que no sé si lo saben, pero, sin Lucas Bell, no existiría el Pleasure Palace.

—¿Qué quiere decir?

El dueño se quedó pensando unos instantes, como si estuviera rememorando algo.

—Mis amigos y yo odiábamos el punk. Odiábamos esa política de izquierdas caduca y su supuesta «autenticidad». Menuda pandilla de hipócritas. Para nosotros, la música pop tenía que ver con el glamur, con el romance. Era una fantasía. Era la manera de escapar del jodido día a día. Además, teníamos edad suficiente para acordarnos de los tiempos del glam rock, así que pinchábamos discos de Bowie, de T. Rex, de Roxy Music, de Sparks... y de Lucas Bell, claro. Le estoy hablando de finales de 1979, que es cuando empezamos en un cuchitril de Wardour Street. Aquello era más pequeño que un armario. La cosa es que empezó a correrse la voz y enseguida nos vimos rodeados de gente que pensaba como nosotros, mucha de ella más joven. Los chavales empezaron a vestirse con ropa sofisticada, como los músicos glam. De hecho, solo dejábamos pasar a aquellos que vistieran de una manera en concreto. Nada de punkis, ni hippies, ni gente aburrida. Ya sabe, únicamente dejábamos pasar a los «brotes del linde», como los llamaba Lucas Bell.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ya sabe, a los incomprendidos, a la gente que está en el linde de la sociedad. Las preciosas flores que brotan en las zanjas, en las grietas del cemento.

El inspector Hobbes cambió de tercio.

—¿Sabe si alguien amenazó a Brendan Clarke aquella noche?

—Creo que hubo una especie de incidente fuera.

—¿Después del concierto?

Carlisle asintió.

—Yo no lo presencié, pero, al parecer, uno de los seguidores de Lucas Bell lo increpó e intentó pegarle.

—¿Y no sabe quién fue?

—No; la verdad es que me enteré más tarde.

El inspector le dio las gracias al dueño por su ayuda y le hizo un gesto a Matthew Tate para

que se pusiera de pie y se acercara. Se quedó sorprendido al darse cuenta de que el joven batería estaba llorando. Las lágrimas le corrían por aquella cara cenicienta suya.

—¿Qué cojones...? —soltó Fairfax—. ¿Qué le pasa a este ahora?

—Está consternado —respondió el inspector.

—Así es... —convino el propio Tate, que miró a Hobbes y esbozó un gesto de gratitud

—. Así es, ¿te enteras? Estoy consternado. Esto es demasiado... No puedo con ello. ¿Qué voy a hacer? ¡Está muerto! ¡Brendan está muerto! —Se volvió, llorando, y abrió los brazos hacia la sala—. Es que... Me refiero a que..., a que... ¿Quién va a cantar ahora? Esa es la cuestión, ¿sabéis? Esa es la cuestión.

Hobbes intentó que el joven recuperara el control.

—Le caía bien Brendan, ¿no es así?

—Por supuesto. El tío era la leche. A ver, un poco pijo y todo eso, pero no lo llevaba mal. ¿Sabes?, yo estaba convencido de que llegaría a algún lado. En serio.

El inspector se fijó en que el detective Fairfax se estaba poniendo nervioso, en que no dejaba de moverse a medida que él hacía las preguntas. Intentó ignorarlo, para lo que concentró la vista en Matthew Tate.

—Así que Brendan era ambicioso, ¿eh? ¿Quería tener éxito?

El batería se rascó la cara como ido y el inspector se fijó en que llevaba pintadas las uñas de un color púrpura brillante.

—¿Éxito? No, tío, él amaba la música, ¿sabes? Las canciones. El tipo estaba forrado..., bueno, sus padres. Nunca tuvo que esforzarse por nada. No como yo...

Dio la impresión de que el joven hubiera olvidado el resto de la frase.

Fairfax, por su lado, no dejaba de dar vueltas a la pista de baile.

—Ya me he cansado de tonterías —exclamó el detective mientras se acercaba a Tate—.

¿Qué es lo que quieres decir con eso, joder?

Tate siguió en otra dirección.

—Tienes que seguir tocando, ¿no es así? Tienes que seguir con el ritmo. —Movió las manos como si estuviera tocando la batería y en la sala se sintió una especie de energía—.

Allá vamos. ¡Dale! Sí, señor. Muy bonito.

Fairfax cogió al batería por las muñecas para que se estuviera quieto.

—¡Eh! ¡Persecución policial! —gritó el músico.

El detective se echó a reír.

—Todos los críos sois iguales. Rebeldes con la cara blanca y vestidos con una blusa de vuestra madre.

Hobbes decidió dejar que fuera el detective quien siguiera un rato, aunque solo para ver si un acercamiento más duro los llevaba a alguna parte.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Brendan Clarke?

—Fue aquí, tío, ¿dónde si no? En el concierto. Él era el cantante, ¿sabes?

—¿No fuiste a su casa después?

—Lo llevamos a casa.

—¿Después del concierto? ¿Lo llevasteis a casa?

—Conducía Nikki, sí. Nikki es la que conduce siempre. Porque no bebe, ¿sabes?

—Pero ¿visteis cómo entraba en casa?

—Claro, tío.

—¿Estaba solo?

Tate se humedeció los labios.

—¿Estaba solo?

—Sí, claro que estaba solo. ¿Con quién iba a estar? —Abrió los ojos de par en par—.

Oye, tío, ¿qué quieres decir? ¿Que yo lo maté? ¡Yo no lo maté! Yo no fui.

Hobbes dio un paso adelante.

—¿Qué tal fue el concierto? —le preguntó al batería.

—Ah, tío, fue una locura. ¡Una explosión de cojones! Al público le encantó. Estuvo entregado desde el principio.

Fairfax refunfuñó:

—Esto es una pérdida de tiempo. Este es un gilipollas.

—Pues márchese —le dijo Hobbes—. Vaya a buscar al fotógrafo.

El inspector y el detective se miraron. Hobbes esperaba que le soltara alguna fresca, pero no fue el caso.

—De acuerdo. Vale. Pero..., mire... —Fairfax se llevó al inspector a un aparte—. Esta mañana... mi comportamiento ha estado fuera de lugar. Durante la reunión. He sido un cretino.

Aquello sorprendió a Hobbes, que miró interesado a su colega.

—No se preocupe, a mí también me pasa a veces.

—Sí, a todos nos pasa.

El detective se alejó despacio hacia la salida. Sonrió de camino a la camarera y esta le devolvió la sonrisa.

Las limpiadoras y el dueño se habían marchado. El inspector se sentó a una mesa y apartó una silla para Tate a modo de invitación. Se sentaron el uno al lado del otro.

—Tome, pruebe uno de estos —dijo Hobbes mientras dejaba su paquete de Embassy en la mesa.

—Ah, gracias. Estos molan.

Tate cogió el paquete. Le temblaban las manos. Encendió el cigarrillo con el mechero del inspector y le dio una calada como si no fuera a dar otra en la vida. Su respiración sonó aguda como un silbido.

—Ese otro poli es un poco bruto, ¿no?

—A veces sí.

Tate asintió.

—Ya. Alguna gente, gente normal, no se entera de lo que está en juego, ¿sabes? Es importante cómo hace las cosas uno, el aspecto que tiene y que sepa calmarse, joder. ¿Sabes a qué me refiero?

Hobbes asintió.

—A su ritmo, pero cuénteme todo lo que recuerde de la noche del sábado.

El batería sonrió. Era el primer gesto que le salía de dentro, en vez de ser algo producido por las drogas.

—No eres un mal tío, ya sabes, para ser poli. —Soltó el humo y se rehízo lo mejor que pudo —. Se suponía que era para Lucas. Para Lucas Bell. El concierto. Era un tributo.

—¿Fue idea de Brendan?

—Sí, claro, tú lo has dicho. Amaba al puto Lucas. Perdona... por los tacos y todo eso.

—No pasa nada.

El batería le dio dos caladas casi seguidas al cigarrillo y el inspector se percató de que el joven empezaba a relajarse.

—A Brendan le flipaba la idea, y a Nikki... A Nikki también le parecía bien.

—¿A qué se refiere?

—Tío, un día empezaron a hablar unas chorradas... Decían que iban a conjurar el espíritu de Lucas.

—¿Es eso lo que dijeron?

Tate asintió y siguió así un rato, como si una vez en marcha no tuviera muy claro cómo detener el movimiento de su cabeza. Parecía un pajarillo que intentara picotear una semilla pero que fuera incapaz de conseguirlo. Los ojos del joven se llenaron de lágrimas mientras recordaba el concierto. De súbito, se puso de pie y fue hasta la pista de baile. Saltó al escenario y empezó a hablar. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—Baja la luz, ¿vale? Todo está iluminado de carmesí y dorado, fantasmagórico.

Entonces, Brendan sale con la máscara, ya sabes, con la máscara del Rey Perdido.

Se quedó mirando al inspector, que se había puesto de pie.

—¿Se refiere a que se pintó la cara?

Tate asintió.

—Tío, daba miedo. La cara blanca, los labios extendidos y pintados de rubí, la lágrima justo aquí. —Se tocó la mejilla izquierda—. La cruz en la frente. Todo ese tinglado.

—¿Cuál fue la reacción del público?

—¡Se volvió loco! —El batería empezó a balancearse de lado a lado—. Al principio fue porque estaban sorprendidos, pero, entonces, Nikki empezó a tocar los acordes de la primera canción en su sintetizador y yo comencé con un ritmo... —Sus manos volvían a tocar la batería —. Los capturé. ¡Conseguí que se movieran! Fue entonces cuando Brendan empezó a cantar. Tío, pero si es que parecía que fuera el propio Lucas Bell. ¡Te lo juro!

—Así que la cosa iba bien.

—Iba de la hostia. La hostia de bien. Estaba siendo nuestro mejor concierto.

El batería se quedó en silencio. Su cuerpo necesitaba un descanso. Parecía que, ahora, le resultase más sencillo concentrarse. Hobbes lo presionó.

—¿Qué pasó a continuación?

—La cosa no dejaba de ir a más. Después de unas pocas canciones, la gente se dio cuenta de que estábamos tocando, tema por tema, la lista que Lucas interpretó en el Rainbow, en su último concierto. Las mismas canciones y en el mismo orden. Ya te he dicho que fue como invocar a los fantasmas. Era nuestra noche y, te lo aseguro, el fantasma de Lucas Bell se unió a nosotros en el escenario. Entonces, la cosa se desmadró.

—Ah, ¿sí?

Tate miraba al inspector desde el escenario.

—Era la última canción. La última canción del último álbum de Lucas Bell, en la que el Rey Perdido se mete una sobredosis y asciende al cielo del rock and roll, donde unos ángeles con guitarras eléctricas y alas fluorescentes lo aceptan.

El batería se quedó callado de golpe. Parecía que estuviera aterrado.

—¿Qué le sucede?

Tate empezó a temblar.

—Al final de esa canción... Brendan sacó un cuchillo.

—¿Un cuchillo?

—Se lo vi en la mano, pero no sé de dónde lo había sacado.

El batería tenía el brazo derecho extendido, como si sujetase un cuchillo. El inspector sintió que ya no hacía falta que lo presionara para que hablara.

—Dejamos de tocar. Nikki y yo. Hasta ella parecía que estuviera sorprendida... y un poco asustada. El garito se quedó en silencio. Todo el mundo de pie, mirando... y, entonces...

Brendan se hizo un corte en la cara. —El batería empezó a parpadear, con el cuchillo en la mano—. Se cortó la máscara. —Hizo una pausa para coger aliento y, a partir de ahí, no pudo sino hablar como si le costase respirar—. Había mucha luz..., mucha... Me cegaba... La máscara... Su cara... Toda la luz era de color rojo...

Y se calló. Su cuerpo se había quedado sin energía.

El inspector se subió al escenario como pudo.

—¿Lo hizo de verdad?

—No, no, fue un truco. Era un cuchillo de pega y la sangre también lo era. No sé cómo lo hizo, pero, cuando lo vi en el camerino, estaba bien.

—¿Cómo reaccionó el público cuando hizo eso?

Tate miró a los ojos a Hobbes.

—Esa es la cuestión, que la gente se volvió loca. Brendan había hecho justo lo mismo que hizo Lucas Bell hacía siete años, cuando destruyó la máscara del Rey Perdido delante de sus seguidores, en el Rainbow. En aquel momento, nadie se lo imaginaba, pero lo que hizo Lucas fue matar su propia imagen semanas antes de suicidarse. —Un espasmo sacudió el cuerpo del batería —. Brendan hizo lo mismo, exactamente lo mismo. Y ahora...

—Ya, y ahora está muerto.

El batería negó con la cabeza, como si no se lo pudiera creer. Le había cambiado el humor. Parecía una persona frágil, alguien a quien de verdad le apenara la pérdida de un amigo.

—¿Cómo es posible? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Cómo es posible? No tiene sentido.

—Al final lo tendrá, se lo aseguro. Yo lo descubriré.

Tate se sentó en el borde del escenario y Hobbes se acuclilló a su lado.

—¿Qué pasó después del concierto? ¿Lo vio usted hablando con Simone Paige?

—¿Con quién?

—Una periodista.

—Ah, vale, sí. La conozco, sí. La vi más tarde, fuera. A Brendan, a Simone y a la otra chiquita. Me pareció que estaban discutiendo.

—¿Simone y Brendan?

—No, Brendan y la chiquita esa.

—¿Una chica joven?

—Sí, mucho. No paraba de gritarle a Brendan. Decía que era un impostor.

—¿Por qué le diría eso?

—Yo qué sé. Puede que estuviera loca. No paraba de gritar: «¡Solo hay un Lucas Bell!».

Chillaba a voz en cuello, tío, todo el mundo la oía. Entonces, dio un paso adelante y le soltó

una bofetada a Brendan. ¡Una bofetada, tío! En la puta cara.

El batería negó con la cabeza mientras recordaba la situación, como si no pudiera creerlo.

—¿Cómo respondió Brendan?

—Con indiferencia, como siempre.

—¿Sabe quién era la joven?

—Creo que la periodista la conocía. Es lo único que te puedo decir, tío.

El inspector se quedó pensando.

—¿Estuvieron juntos Brendan y Simone Paige esa noche?

—Sí. Los vi juntos más tarde, en el camerino. Pasé por delante, la puerta estaba abierta, y los vi juntos. Muy cerquita el uno del otro.

—¿Cerquita?

—Ya sabes, joder, muy cerquita. Ya sabes.

—No, no sé.

—Pues que se estaban besando.

Aquel era un detalle que la señora Paige había olvidado mencionar la noche anterior.

—¿Oyó de qué hablaban?

El batería se frotó los ojos.

—No, tío, yo iba a lo mío.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Nikki Hauser?

—Claro, tío. Lo más probable es que ya esté en Hastings, ya sabes, para lo de mañana.

Nunca se lo pierde. Va todos los años.

—¿Qué sucede mañana?

—Es el aniversario del suicidio de Lucas Bell. La gente se reúne en Witch Haven. Así es como se llama el sitio en el que se mató Lucas. La gente va allí cada año.

El inspector procesó aquella información.

—¿Por qué lo llaman Sputnik?

—Porque me paso casi todo el rato flotando por el espacio.

—¿Y qué hace cuando no está flotando?

—Toco la batería. Joder, cuando pienso en ello...

—¿En qué?

—En los principios. Éramos Brendan, Nikki y yo contra el mundo. Los tres. De hecho, fue Brendan quien me rescató.

—¿De qué?

—De la calle, tío. Tuve que hacer algunas cosas horribles, de lo más feas, para salir adelante. ¿Sabes a qué me refiero?

—Me hago una idea, sí.

—Así que, cuando Brendan empezó a hablar conmigo de música... le conté que tocaba la batería en la brigada juvenil antes de que todo se me torciera y, entonces... Fue entonces cuando mi vida comenzó de nuevo.

El inspector también se sentó en el borde del escenario.

—Dime, Sputnik, que tú sepas, ¿estaba trabajando Brendan en algo especial?

—¿Especial? ¿A qué te refieres?

—A algo que tuviera que ver con Lucas Bell. Además de lo del concierto, claro. ¿Estaba con

algo más?

Tate pensó un momento.

—No sé. Tenía el fanzine. Eso le ocupaba gran parte del tiempo.

—¿*100 Splinters*?

—Sí, ese. Deberías leerlo. Ahí era donde Brendan dejaba aflorar su verdadero yo.

El inspector Hobbes se quedó con la idea.

—¿Algo más destacable en la vida de Brendan?

El batería gruñó a modo de negación.

—Estaba preocupado.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe? Puede que por lo de Nikki, por el problema que estaban teniendo.

—Entendido. —Le ofreció el paquete de cigarrillos—. Toma. Quédatelo.

—¿Me estás untando?

El inspector sonrió.

—No, estoy intentando dejarlo. ¿Tenía Brendan muchas novias?

—¿Brendan? No, yo no diría eso.

—¿Cómo era la relación entre Brendan y Nikki?

El batería miró al inspector a los ojos.

—Al principio eran como dos tortolitos, pero después... el odio se apoderó de todo. Se odiaban a muerte.

—Pero habían estado prometidos, ¿no?

—Sí, pero eso no duró mucho. Fue una pesadilla. De pronto estaban el uno encima del otro, besándose como locos, casi montándoselo delante de mí..., del palo: «¡Siento mucho estar vivo!», y, de pronto, se escupían veneno y discutían con acritud. Y ahí estaba yo, escondiéndome en un rincón de la furgoneta.

—Me lo imagino.

—El blues del tercero en discordia. No hay nada peor.

—¿Quién canceló la boda?

—Brendan.

El inspector se inclinó hacia delante.

—¿Por qué lo hizo?

—Me contó que se había enterado de una cosa de Nikki. De algo malo. Muy malo.

—¿Sabes de qué podía tratarse?

El batería negó con la cabeza.

—Tenía que ver con Lucas, creo. —Parecía que Tate estuviera decepcionado—. Nikki tocó unos arreglos en *King Lost*. Arreglillos de teclado para dar más textura a las canciones.

Sale en los créditos. Incluso se fue de gira durante un tiempo con Lucas. Al parecer, tuvieron un lío.

—Lucas y ella.

—Eso es, tío. Por eso Brendan le pidió que formaran el grupo Monsoon Monsoon, por esa conexión. Y, claro...

—¿Claro?

—Ya sabes a qué me refiero, señor Detective. Pon de tu parte.

—¿Por eso se enamoró de ella?

—¡En el clavo! Nikki es una línea directa con la fuente. Ella habló con Bell, cosa que Brendan nunca hizo. Ella compartió el escenario con él, el autocar de la gira, los hoteles baratos, lo otro. Ya sabes, lo de darle. El ñaca-ñaca. Así que besar a Nikki es, en cierto modo, como besar a Lucas. Qué locura, ¿eh?

—Sí, mucho.

—Así que, cuando lo vi hablando con la tal Simone, con la periodista esa, pensé: «Ya estamos de nuevo, Brendan y sus trucos».

—¿A qué te refieres?

—Simone Paige fue otra de las chicas de Lucas Bell. De hecho, lo más probable es que ella fuera la más importante de todas.

—Eso no lo sabía.

—La gran pasión de su vida, al parecer. No me extraña que Brendan se enamorara de ella.

El inspector asintió.

—Me has ayudado mucho, Sputnik.

—Sí, sí, claro. Lo que tú digas, tío.

—¿Crees que Nikki podría haber matado a Brendan?

Tate se quedó mirando al vacío y Hobbes pensó que no iba a responder.

—Tendría que haberla cabreado —dijo entonces en voz baja.

—¿Te refieres a que tendría que estar enfadada?

—Mucho. Enfadada de la hostia.

—¿Crees que, en ese caso, habría sido capaz?

El batería asintió.

—No me cabe duda, tío, y le habría resultado todo un placer.

LA MUJER DEL COCHE

De vuelta en la comisaría de Kew Road, el inspector Hobbes pasó una hora leyendo los números de *100 Splinters* que había cogido de la casa de Brendan Clarke. Aquella revista casera tenía formato DIN-A4 y dieciséis páginas escritas a máquina. Estaba fotocopiada y encuadernada con dos grapas. El hilo conductor de la publicación era la vida y la obra de Lucas Bell y no había un solo tema que resultara lo bastante trivial como para no ser digno de análisis. A Simone Paige se la mencionaba en varios números. En uno de los artículos se analizaba con detalle su relación con Lucas Bell: su primer encuentro, cómo se habían enamorado, se imaginaba la vida sexual que habían tenido, se contaba cómo habían roto la relación... Brendan decía de ella que era «la última gran pasión de Bell». Aunque el articulista no opinaba al respecto, sacaba a colación que «muchos habían visto el rechazo cruel y egoísta de Simone al amor de Lucas Bell como el factor determinante para que el joven se quitara la vida». El artículo acababa con un relato de los problemas que Paige había tenido con las drogas y hablaba del tiempo que la mujer había pasado en una clínica de desintoxicación después del suicidio de Bell.

Mientras leía todo aquello, el inspector no pudo evitar preguntarse por el mensaje que

Simone había dejado en la cinta, cuando pensaba que estaba sola, hablando para sí misma.

Ya lo comentaría con ella más adelante, a lo largo del día, si es que tenía oportunidad de hacerlo.

Hobbes centró su atención en el número más reciente de *100 Splinters*, el especial que conmemoraba el séptimo aniversario de la muerte de Lucas Bell, y enseguida le llamó la atención un artículo titulado: «Las últimas horas de Lucas Bell: ¿Quién era la mujer misteriosa?». En el escrito, Brendan Clarke aseguraba que había localizado y entrevistado a un testigo que había visto a Bell la noche en que este se había suicidado. El testigo se llamaba Danny Webster, un fontanero autónomo de unos treinta y cinco años que vivía en Hastings y que había conocido a Lucas cuando eran quinceañeros. El artículo adoptaba la forma de una entrevista que empezaba con Brendan Clarke preguntando a Webster qué sabía de la vida y de la música de Lucas Bell: DANNY WEBSTER: Nunca fui un gran fan ni nada por el estilo. A mí me va más el heavy metal. Aunque el último álbum, el famoso, sí que lo compré.

100 SPLINTERS: ¿ *King Lost*?

DW: Sí, ese. Lo escuché bastante. Estaba bien. Tenía buenas canciones, aunque era un poco denso para mí. Ya sabes, las letras y todo eso.

100 S: Es un álbum conceptual. Cuenta una historia, la de un personaje llamado el Rey Perdido.

DW: Sí, ya. Pillé algunas de las referencias a Hastings de las letras, los sitios y todo eso. O lo de la portada. ¿Sabes el restaurante de *fish and chips* que sale, el Duffy's? Ese garito está en Hastings.

100 S: ¿Has vivido en Hastings toda la vida?

DW: Toda la vida, sí.

100 S: ¿Conociste a Lucas Bell cuando era pequeño?

DW: Sí, lo conocí cuando era pequeño. En el colegio. Teníamos la misma edad y estábamos en el mismo curso.

100 S: ¿Cómo era Lucas en el colegio?

DW: Siempre me pareció un poco raro, pero puede que esté equivocado, que lo piense por lo que sé ahora de él, ¿entiendes? Para ser sinceros, no era de mi pandilla. Él siempre iba con los que no encajaban. Ya sabes, con los perdedores. Lo siento, pero era lo que pensábamos de ellos.

100 S: Eso me trae a la memoria alguna de las letras de Bell, como lo de que *King Lost* no solo es un rey perdido, sino que es el rey de los perdidos.

DW: Sí, claro, me lo imagino.

100 S: Hablemos de la noche en la que Lucas se suicidó, el 25 de agosto de 1974. Era domingo. Aseguras que viste a Lucas esa noche.

DW: Sí, lo vi.

100 S: Háblame de ello.

DW: Bueno, pues yo estaba en Sedlescombe Road, al norte de la ciudad, esperando para cruzar esa vía. Acababa de salir de un pub. Un coche se detuvo cerca de donde yo estaba y del asiento del copiloto salió un hombre. Parecía que estuviera mareado, borracho o algo así, ya me entiendes. Dio unos pasos hacia mí y, entonces, se detuvo.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que se trataba de Lucas Bell.

100 S: ¿Estás seguro de que era él?

DW: Completamente seguro.

100 S: ¿Quién conducía?

DW: Una mujer.

100 S: ¿Qué sucedió a continuación?

DW: Bueno, pues, como ya he dicho, Lucas se me acercó y, entonces, se quedó quieto. Me miró. El coche avanzó un poco para aproximarse a él y la conductora le gritó por la ventanilla, que llevaba bajada.

100 S: ¿Qué le gritó?

DW: Le gritó que volviera al coche.

100 S: ¿Cómo respondió Lucas?

DW: Al principio, me dio la sensación de que no la había oído, pero, de pronto... fue como si acabara de salir de un trance o de un coma, no sé, y reaccionó. Debía de haber oído el grito, porque volvió a meterse en el coche.

100 S: ¿Y luego?

DW: El coche siguió por Sedlescombe Road. Y ya está.

100 S: ¿En qué dirección iban?

DW: Salían de la ciudad, en dirección norte.

100 S: ¿Hacia campo abierto?

DW: Sí, hacia..., ya sabes, hacia donde encontraron su cadáver.

100 S: ¿Recuerdas de qué coche se trataba?

DW: Sí, perfectamente, de un Ford Capri. Entiendo de coches. Es una de mis aficiones. Era un Ford Capri de color azul. Un coche muy bonito.

100 S: ¿Qué hora de la noche sería?

DW: Pasadas las once, sin duda. Espera, has dicho que era domingo, ¿verdad? En ese caso, el pub habría cerrado antes. Sí, puede que fuera algo antes.

100 S: ¿Por qué no le contó todo esto a la policía en su momento?

DW: Lo hice o, al menos, lo intenté, pero me dio la sensación de que no tenían ningún interés en lo que pudiera contarles.

100 S: ¿En serio? Qué raro.

DW: Durante un tiempo, ni siquiera me lo planteé. Para cuando empecé a darle vueltas, a Lucas ya lo habían enterrado. Para serte sincero, no estaba cien por cien seguro de lo que había visto porque iba un poco borracho, ¿sabes? Sin embargo, más tarde, cuando el funeral salió en las noticias y todo eso, cuando vi las multitudes que se concentraban..., fue cuando comencé a atar cabos. Fue cuando me di cuenta de que era él, de que era Lucas Bell. Porque me miró a los ojos, ¿sabes?

100 S: ¿Qué más puedes contarnos de la conductora?

DW: No la vi bien, pero me fijé un poco cuando el coche pasó.

100 S: ¿Te pareció que tuviera algún rasgo destacable? ¿Edad? No sé, el color de su pelo... ¿No la reconociste?

DW: No, lo siento.

100 S: ¿No llegaste a verle la cara?

DW: No, no con claridad.

100 S: Voy a volver a preguntártelo para asegurarme. ¿Hasta qué punto estás seguro de que

la persona que viste era Lucas Bell?

DW: Se detuvo debajo de una farola cuando salió del coche y lo vi con claridad. Es decir, si resulta que no era él, me quedaría muy sorprendido. Patidifuso.

100 S: Y, para cuando te pusiste en contacto con la policía, qué crees, ¿que esta consideraba que ya sabía todos los detalles de su muerte?

DW: Sí. Ya le habían hecho la autopsia. Se había suicidado, ya sabes. Lo leí en *The Sun*. Todos estaban convencidísimos de que había actuado por su cuenta. Al fin y al cabo, ya lo había intentado antes, ¿no?

100 S: Te refieres al anterior intento de suicidio de Lucas Bell, ¿verdad?

DW: Sí. Esa vez también había actuado por su cuenta, ¿no?

100 S: Eso se cree, sí.

DW: Pues ahí lo tienes. Visto para sentencia. Supongo que fui el único que avistó a la mujer. ¿Qué más quieres que te diga?

100 S: Una última pregunta. Has dicho que parecía que Lucas estuviera «mareado».

Dime, ¿a qué te referías?

DW: Tenía los ojos vidriosos y se balanceaba un poco.

100 S: ¿Puede que estuviera drogado?

DW: Eso creo.

100 S: ¿Quieres añadir algo más?

DW: Nunca olvidaré aquella cara, y menos ahora que sé de quién se trataba y de lo que estaba a punto de hacer. Nunca la olvidaré. Me va a perseguir el resto de la vida.

100 S: Gracias por tu ayuda.

La entrevista acababa ahí. En una fotografía borrosa se distinguía un hombre en un cruce, junto a un semáforo. En el pie de foto se leía: «Danny Webster en Sedlescombe Road, Hastings». Brendan Clarke le preguntaba al lector: «¿Quién era esa mujer? ¿Sería una vieja amiga o alguien que acababa de entrar en su vida? ¿Una seguidora? ¿Una amante? ¿Algún familiar? ¿Qué papel desempeñó en su suicidio, si es que desempeñó alguno?». El artículo acababa con la siguiente afirmación: «Solo cuando encontremos a esa mujer misteriosa, a la conductora del coche, podremos reconstruir las últimas horas del cantante. Aún podríamos llegar a conocer la verdad acerca de lo que pasó aquella noche y las razones que llevaron a Lucas a poner fin a su vida». Para acabar, Clarke dejaba una lista de las candidatas más probables a «mujer misteriosa», nueve en total, junto con los detalles de la relación que tenían con Bell; guitarrista, publicista, estilista, amiga, *etc.* El inspector Hobbes solo había oído hablar de dos de ellas: Nikki Hauser (teclista, amante) y Simone Paige (periodista, amante).

En las últimas páginas del fanzine, Clarke hablaba de su próximo concierto con Monsoon Monsoon, en el que esperaba invocar el espíritu del Rey Perdido. El párrafo final decía:

El fantasma de Lucas Bell nos sobrevuela y está listo para responder a nuestra llamada cuando lo necesitemos, y está claro que, ahora, lo necesitamos más que nunca. Estos son tiempos oscuros en los que nuestro país está dividido entre huelgas y revueltas porque nuestros gobernantes no dejan de tirar de la cadena que nos han puesto alrededor del cuello. El año 1981 está hecho astillas, roto en pedazos, pero Lucas era y será siempre la antorcha que nos guíe hacia delante. Rezo para que el Rey Perdido me dé la bienvenida, para que se apodere de mi cuerpo. La máscara espera. ¡El paraíso aguarda!

El inspector no pudo evitar que le viniera a la memoria la cara de Clarke después de su asesinato: cortada, ensangrentada, transformada.

Era la máscara lo que lo había matado.

GRABADO EN LA CINTA

El agente Barlow hablaba mientras conducía. Contaba lo que había descubierto sobre Lucas Bell, sobre la corta vida del cantante, sobre su breve carrera, sobre su trágico fallecimiento.

Se había suicidado a la edad de veintiséis años. El inspector Hobbes se dio cuenta de que era la misma edad que tenía Brendan Clarke.

La historia de Bell era un misterio. Había sacado dos álbumes de larga duración que habían tenido cierto éxito en los años setenta y entonces, para su tercer disco, se había convertido en un personaje, en el Rey Perdido. Su aparición en el programa musical *Top of the Pops* en octubre de 1973, en el que había cantado disfrazado con la máscara el primer sencillo de este último álbum, había sacudido las salas de estar de Gran Bretaña, había dejado impactada a la audiencia. Aquella representación ambigua y libertina de su sexualidad supuso un nuevo atractivo para la nueva generación. Los padres estaban furiosos y los hijos, encantados.

—El Rey Perdido era un payaso trágico del pop, un pierrot. De ahí lo de la cara blanca y lo de la lágrima. El disco habla de sus aventuras en la vida, en el amor..., de todo en general.

La última canción, en la cara B, habla de su muerte.

—¿Suicidio?

—No está claro, pero es lo que la gente ha querido creer, debido a lo que sucedió después.

Barlow seguía conduciendo. La noche caía sobre Londres, lo que suavizaba los perfiles de las casas, de las paradas de autobús, de las tiendas, de las cabinas de teléfono...

—Entonces, en la cima de su éxito mundial, se quita la vida. Qué desperdicio.

El inspector encendió un cigarrillo.

—¿Tenemos alguna pista de por qué pudo ser? —preguntó después.

—Se dice que Bell inventó el personaje del Rey Perdido como una máscara tras la que esconderse, pero que se refugió detrás de ella por culpa de las drogas, del alcohol, de las interminables giras..., vamos, la maldición de las estrellas del pop. Ya sabe cómo es eso, señor: adorado por millones, pero solo en la vida una vez que se apagan las luces del escenario.

Hobbes consultó el reloj del salpicadero. Eran las ocho pasadas. La visita mañanera a la casa de la víctima empezaba a pasarle factura. Sintió que le picaban los ojos y se prometió que iba a dormir largo y tendido en cuanto llegara a casa. Había sido un día larguísimo y tampoco es que hubiera sido muy productivo. La sargento Latimer había confirmado la coartada de los Clarke; en efecto, estaban en Maidstone a la hora en la que habían asesinado a su hijo. La sargento también le había enseñado una fotografía de Nikki Hauser a la señora Newley, pero la anciana no tenía claro que fuera a ella a quien había visto por la mañana.

Bueno, aún existía la posibilidad de que Hauser fuera la señorita X. Mientras tanto, el detective Fairfax había dado con la dirección del fotógrafo, Neville Briggs, pero no lo había encontrado en casa.

El agente se paró en un paso de cebra para que una pareja de jóvenes cogidos del brazo cruzara. Hobbes se quedó mirándolos y sintió un pinchazo de envidia. Daba la impresión de

que estuvieran enamoradísimos. Aquello le hizo pensar en su esposa y en su hijo, en la vieja casa familiar de Willesden. Quizás aún hubiera una oportunidad. Sí, quizás. En cualquier caso, primero tenía que poner su carrera en orden.

El agente retomó la marcha por Camden High. El cálido viento de la tarde había sacado a todo el mundo a la calle: a los raros, a los maravillosos, a los dañados, a los perdidos, a los soñadores... Punkis con peinado de mohicano, rastafaris, drogadictos, camellos, chicos y chicas con ropas extravagantes... Todos ellos luchando por obtener la atención en una batalla de colores y estilos. Las aceras, sucias, estaban abarrotadas de puestecillos callejeros. Las paredes estaban cubiertas con carteles: Steel Pulse en el Dingwalls, Visage en el Electric Ballroom, Soft Cell en el Music Machine... En lo personal, Hobbes disfrutaba de lo que veía, de lo que oía, pero, como policía, lo interpretaba bajo un prisma completamente diferente.

De hecho, la presencia de policías de uniforme era cuantiosa aquella noche. Paraban a los transeúntes y los cacheaban.

—Fíjese en eso —le dijo al agente Barlow mientras pasaban al lado de un grupo de gente—. Esos idiotas han parado a un grupo de jóvenes negros.

—¿Acaso no son ellos los que más crímenes cometen?

—¡Dios! No habrá estado usted hablando con Fairfax y con los demás, ¿verdad? No, no son ellos quienes más crímenes cometen.

—¡Pero si los pillamos una vez tras otra con las manos en la masa! De lo contrario,

¿cómo es posible que haya tantos en la cárcel?

—Porque no dejamos de centrarnos en ellos. Ese es el problema, ¿entiende? Eso es lo que hace que la gente esté resentida. —Apretó los dientes—. ¡Y es que no aprendemos, joder! Hace cuatro meses ardió Brixton, la gente se rebeló. —Se quedó callado un momento, mientras recordaba los terribles acontecimientos de aquella noche y su participación en ellos —. Desde entonces ha habido disturbios en Handsworth, en Chapeltown y en Toxteth.

—E hirieron a policías en todos ellos.

—Bienvenido al frente, agente Barlow.

—La verdad, señor, es que no es lo que esperaba cuando me presenté al puesto.

—No, claro que no. —Hobbes pensó en aquello un rato y añadió—: Volverá a suceder, se lo aseguro.

Barlow quiso responder, pero el inspector estaba lanzado:

—Entretanto, los nuestros tienen órdenes de proteger al Frente Nacional en sus marchas.

¡Al puto Frente Nacional! Eso no está bien, joder.

—No sé, señor...

—¿Qué no sabe?

—¿Qué hay de la libertad de expresión?

—¿Se refiere a la libertad para odiar?

El agente no respondió. El inspector sabía que, en los tiempos que corrían, lo mejor era mantener la boca cerrada, la cabeza gacha, responder a todo con estas palabras: «Sí, señor.

Por supuesto, señor», y seguir con lo que uno tuviera entre manos. La policía estaba bajo asedio, eso era lo que pensaban todos en el cuerpo. Hobbes odiaba esa actitud, pero también

odiaba lo que creía la gente: que todos los policías eran matones y racistas. El partido de los conservadores, pero de uniforme, eso es lo que decían de ellos últimamente: que eran el ejército de Maggie.

—Puta Thatcher —murmuró.

Se dio cuenta de que Barlow contenía el aliento.

—¿Qué sucede? ¿Acaso lo he sorprendido?

El agente tardó unos instantes en responder.

—Así que... ¿usted está en contra de Maggie? Nunca lo habría dicho.

—Es la comidilla del vestuario, ¿no es así?

Barlow volvió a quedarse en silencio. El que calla, otorga.

—¿Es así?

—Sí, señor, eso es lo que se dice.

Ya estaban en Camden Lock e iban en dirección a una parte más tranquila de la ciudad.

Barlow estaba inquieto, abría y cerraba las manos alrededor del volante.

—Estese tranquilo, no vayamos a tener un accidente.

—Es que..., bueno..., Maggie fue quien nos subió tanto el sueldo, ¿no es así?

—Así es, sí, y que Dios la bendiga por eso.

—¿Entonces?

—Pero eso no quiere decir que estemos en deuda con ella y que tengamos que hacer todo lo que se le antoja. ¿Por qué tiene que utilizar ese maldito martillo para dar forma a las personas?

El agente negó con la cabeza.

—No pensaba que fuera usted socialista, señor.

El inspector sintió que le hervía la sangre.

—¡No soy un puto socialista!

—Pero el detective Fairfax dice...

—¿Sí?

—Que es usted un rojo, señor. Un comunista. —Barlow estaba cada vez más nervioso —. Por favor, no le diga que se lo he contado yo.

—No se preocupe, ya sé que no caigo bien.

Siguieron en silencio un rato. Casi habían llegado.

Hobbes sabía que el agente tenía buen corazón, saltaba a la vista. Pero como Fairfax y sus amigotes le echaran las zarpas, conseguirían que se perdiese por el mismo camino que habían seguido muchos otros: los tratos en la zona de uso privado, los asentimientos y los guiños, el mirar hacia otro lado en momentos puntuales..., todo eso. ¡Dios, pero si hasta él había sucumbido a la tentación en una o dos ocasiones, cuando era más joven! ¿Qué podía hacer uno? ¿Cómo podía enfrentarse a ello?

—Barlow.

—Señor.

Acababa de decidir que iba a explicárselo todo al joven agente. Su versión de lo que había sucedido en el Soho, lo que de verdad había acontecido en la bodega de aquel club. Lo iba a soltar todo. No obstante, cuando estaba a punto de hablar, le falló el valor o puede que lo superara lo absurdo de la situación. Aquello había sido tan atroz.

Aquel gilipollas de Charlie Jenkes, colgando de una viga en su garaje.

Y que lo culparan a él por ello.

—¿Qué quería decirme, señor?

—¿Cómo dice? Oh, nada, no importa. No es nada.

—Esta es la calle. ¿Cuál era el número?

—El treinta y uno.

El agente redujo la velocidad para buscar la casa por una calle con forma de media luna.

—No sé si llegaré a llevarme bien con el detective Fairfax —admitió en un momento dado el agente Barlow—. Esos chistes, su actitud en general, la manera en que le habla a la sargento Latimer...

Hobbes sonrió.

—A decir verdad, yo diría que el detective tiene otras cosas en la cabeza. Por cierto,

¿está usted de servicio mañana?

—Es mi día libre.

—Bien. ¿Qué le parecería pasarlo junto al mar?

El agente estaba confundido.

—Ah, claro, se refiere a Hastings, ¿verdad?, por lo del aniversario de Lucas Bell.

—Exacto. Sé de buena tinta que una de las principales sospechosas va a estar allí: Nikki Hauser. Junto con una miríada de seguidores fanáticos, claro. Estoy convencido de que, de alguna manera, el asesinato de Brendan Clarke está relacionado con el de Lucas Bell y quiero estar en el meollo. Quiero sentirlo desde dentro. —Hizo una pausa—. ¿Qué me dice?

Un día fuera. Lo invitaré a un *fish and chips*. Se pasará usted el día realizando labores de detective. Profundizando.

—¿Sin uniforme?

—Como es evidente. De lo contrario, destacaría usted como un puto pedo.

—Sí, señor, me parece bien —respondió el agente de inmediato.

—Excelente.

Barlow detuvo el coche y el inspector comentó:

—Bueno, y, ahora, veamos qué tiene que decir la señora Simone Paige.

Salieron del vehículo y se encaminaron a la casa de la mujer, que vivía en un apartamento de la planta baja de un soberbio edificio eduardiano. Hobbes llamó al timbre.

No tuvieron que esperar mucho a que les abriera la puerta. Allí estaba ella, vestida de forma muy parecida a como iba la noche anterior, pero más desaliñada, más desarreglada. El pelo lo llevaba más cardado de lo que el inspector recordaba.

—Joder, usted otra vez.

—Tan solo tengo un par de preguntas, señora Paige, nada más que eso.

—¿A estas horas de la noche?

—Me temo que sí. Si no tiene inconveniente, claro.

Por fin, los invitó a entrar y los llevó a una sala de estar. Se trataba de una estancia espaciosa, ordenada y que desprendía un olor dulzón. Las paredes estaban llenas de pósteres enmarcados, todos ellos de grupos de música o de conciertos famosos, la mayoría de ellos de los años sesenta o setenta: Grateful Dead, Led Zeppelin, The Who...

—Siéntense, si lo consideran indispensable.

El inspector decidió permanecer de pie. Era evidente que la periodista había estado bebiendo;

su cara tenía un brillo rojizo. Hobbes estaba a punto de empezar con las preguntas cuando un hombre entró en la sala con una botella de vino recién abierta. Su rostro era huesudo, agradable, y estaba delgado, en forma, para su edad. Aunque no podía explicar por qué, el inspector sintió el aguijonazo de los celos.

—Simone, ¿va todo bien?

—Sí. Son policías.

—Sí, eso salta a la vista.

Hobbes decidió no hacer ningún comentario al respecto. Enseguida entendió la situación: la mirada de aquel tipo, su nerviosismo, su frustración. Había ido para ofrecer protección, para ser ese hombro en el que llorar, para darle un abrazo tranquilizador. El viejo truco.

—¿Qué es lo que quieren?

—No lo sé. No lo sé, la verdad.

La voz de la mujer no solo sonaba triste, sino que iba cargada de una irritación que aumentaba por momentos.

—¿Los has invitado tú?

La mujer negó con la cabeza. El hombre se envaró. Hobbes era unos cinco centímetros más alto, pero aquel sujeto no dejó que aquello lo arredrara.

—Agente, no creo que presentarse en una casa a estas horas sea muy educado.

—Tenemos entre manos un asesinato.

—¿Y qué tiene eso que ver con Simone?

—Es lo que intento averiguar.

—Pero si ya ha hablado usted con ella.

—No como es debido.

Hobbes hizo un esfuerzo por no levantar la voz.

Silencio. El hombre miraba fijamente a los ojos del inspector y a punto estaba de decir algo de lo que, sin duda, se arrepentiría más tarde, pero Simone lo impidió:

—Da igual, Nev. Déjalo.

«¿Nev?».

Poco a poco, la situación se relajó. El hombre se apartó un poco, lo suficiente para que Hobbes volviera a respirar. El inspector conectó aquel «Nev» con el nombre que le había dado el dueño del Pleasure Palace.

—¿Neville Briggs? Es usted fotógrafo, ¿no es así?

No fue él quien respondió, sino que lo hizo ella.

—Lo es, sí, ¿qué pasa?

—Necesitaría ver las fotografías que hizo usted en el concierto de Monsoon Monsoon.

¿Es posible?

Briggs volvió a quedarse callado. Simone suspiró.

—Por supuesto que es posible. Tú, Neville, haz lo que te piden.

—Me interesan las que haya tomado de la gente, de las caras...; esas.

—Quiero que esto acabe cuanto antes y haré lo que sea necesario para ello —comentó Simone.

Briggs asintió y se imbuyó del humor de la mujer.

—De acuerdo, como quieran.

—Creo que es hora de que te vayas —le dijo Simone.

El fotógrafo se mordió el labio.

—¡A la orden! Ya nos veremos.

—Vete, por favor. ¡Joder!

Briggs cogió su chaqueta, que estaba en el respaldo de una silla.

—Iremos a verlo mañana por la mañana. Temprano. ¿Podría tenerlo todo preparado?

—Sí, claro, si no queda otra.

Y se fue. El inspector esperó hasta que oyó cómo se cerraba la puerta principal y, entonces, se sentó en el sofá.

—Bueno, señora Paige...

—Dígame —lo interrumpió ella mientras se servía una copa de vino.

—¿Va a ir usted a Hastings mañana?

—Lo dudo.

—Tengo entendido que se celebra una especie de ceremonia, ¿no es así? Ya sabe, para conmemorar la muerte de Lucas Bell.

Se encogió de hombros.

—Se meterían conmigo.

Hobbes tosió.

—Por cierto, estoy trabajando en su teoría.

—¿Qué teoría?

—La idea de que fuera un seguidor fanático.

La mujer frunció el ceño.

—No creo que Brendan o la banda en sí tuvieran muchos seguidores.

—No, pero Lucas Bell sí, que es por lo que estoy aquí. —El inspector se inclinó hacia delante—. Para empezar, me he enterado de que presenció usted un altercado después del concierto.

—Ah, ¿sí? ¿Entre...?

—Entre Brendan y una jovencita, una quinceañera.

—Ah, sí, eso.

—A la jovencita no le parecía bien que Brendan llevara la máscara del Rey Perdido, ¿verdad?

—No, no se lo parecía. Empezó a increpar a Brendan. Era..., era como si se hubiera vuelto loca.

—¿Sabe cómo se llama?

—Se llama Morgan y es muy activa en todo lo referente a Lucas Bell. Morgan Yorke.

Está un poco tarada, pero es una de las pocas que se molesta en entender la historia desde mi punto de vista.

—Cuénteme qué sucedió.

—Vino a verme después del concierto. Yo ya estaba fuera. Me ofreció apoyo.

—¿Por qué?

—Algunos del público me habían dedicado comentarios asquerosos.

—¿Por qué la odian?

—Pues...

—Alguna razón tiene que haber.

—No es importante.

—¿Por su relación con el señor Bell?

Simone Paige se quedó mirando al inspector. Aquellos ojos suyos, aquellos ojos extraños, inquietantes, se habían llenado de odio. Odio hacia él. Era desconcertante.

—Vaya, así que ya lo sabe todo, ¿no? Ya lo sabe todo sobre mi vida privada.

—No, aún no.

El inspector dejó que la frase resonara unos instantes.

—Bueno, dígame, ¿qué pasó después del concierto?

—Morgan y yo estábamos fuera, hablando, y, entonces, apareció Brendan Clarke, se

presentó y me dijo que quería hablar conmigo. Fue entonces cuando Morgan se puso furiosa y empezó a gritarle.

—¿Recuerda usted qué le gritaba?

—Le decía que solo Lucas tenía derecho a llevar la máscara del Rey Perdido. No recuerdo si le dijo algo más, pero, desde luego, se comportó de manera muy fea.

—¿Llegó a amenazar a Brendan?

La periodista lo pensó unos instantes.

—A ver, le pegó. ¿Eso cuenta?

—Eso es peor que una amenaza.

—Solo fue un tortazo.

—¿Solo?

—¿Por qué me pregunta todo esto? No pretenderá decirme que fue Morgan Yorke la que lo mató, ¿verdad?

Hobbes sonrió a modo de respuesta.

—¿Sabe usted dónde vive la señorita Yorke?

La periodista asintió.

—En Hastings, pero no sé dónde exactamente.

—Nos basta. Ya lo descubriremos. («Otra razón para viajar a la costa sur», pensó). En realidad, señora Paige, lo que me gustaría es hablar con usted de Lucas Bell, de la relación sentimental que mantuvieron.

La mujer hizo un leve gesto para demostrar que estaba conforme.

—Salía usted con él en 1974. ¿Seguían saliendo cuando se suicidó?

—Ya lo habíamos dejado. Unos dos meses antes.

—Pero, por lo que tengo entendido, continuaban siendo amigos. Muy amigos.

Simone miró al suelo y murmuró algo.

—Disculpe, no la he entendido.

—Sí, éramos amigos. —La periodista lo miró a los ojos—. «Íntimos», como decían en la prensa.

—Qué interesante.

—¿Por qué?

—Porque cada vez estoy más convencido de que, de alguna manera, el asesinato de Brendan Clarke tiene relación con la vida de Lucas Bell. Lo único que necesito es encontrar la conexión.

—¿Y cree usted que yo puedo ayudarlo?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque usted los conocía a ambos... —Hizo una pausa—. Íntimamente.

—¡Yo no conocía íntimamente a Brendan! ¿A qué viene esto?

—Pero se besaron.

La periodista puso cara de sorpresa y movió la cabeza.

—Tenemos un testigo que así lo asegura. En el camerino. Se besaron.

—No es cierto.

—¿No se besaron?

—Estuvimos a punto, pero no lo hicimos. Casi nos besamos, pero nuestros labios...

El inspector se quedó esperando a que la mujer terminara la frase.

—Nuestros labios solo se rozaron. Nada más.

Hobbes le mantuvo la mirada.

—¿Le molestó que así fuera?, ¿que no sucediera nada más?

—El momento ya pasó. —Su tono de voz decía que estaba arrepentida—. Como suele suceder.

El inspector asintió para animar a la mujer a que continuara.

—Eso fue todo. Me sentí atraída por él.

—¿Por qué?

—Porque me recordó a Lucas.

—¿En el escenario? ¿Con la máscara del Rey Perdido?

—No, en la vida real. Había cierto parecido entre ambos. Brendan me contó que, cuando era más joven, sus amigos le decían que les recordaba a Lucas Bell. Luego, al parecer, él lo fomentó a lo largo de los años. Por eso se identificó con Lucas; por eso siguió su carrera; por eso lo copiaba. La misma ropa, el mismo pelo... Hacía que se sintiera especial, que destacara.

Al menos, eso es lo que me contó.

Hobbes procesó aquella información.

—¿Así que usted solo se sentía atraída por él debido al mimetismo con el señor Bell?

Al inspector le pareció que la pregunta enfadaba a la periodista.

—Echo de menos a Lucas. Lo echo mucho de menos... —Apuró la copa de vino y se sirvió otra—. Y, sí, ese imbécil de Brendan Clarke me recordaba aquella época, los buenos tiempos, los años dorados. ¿Acaso es eso un crimen?

—¿Por qué lo considera imbécil?

—¿Cómo dice?

—Acaba de decir que era imbécil.

—Y es que lo era. Un gilipollas de pies a cabeza. Uno no puede ir por la vida haciéndose pasar por otra persona. No puede. Mire ahora..., mire lo que le ha pasado. Hasta hablar de ello me resulta triste.

Hobbes asintió y le dio un momento a Simone para que se calmara mientras él estudiaba la sala. Su mirada se detuvo en un objeto en concreto que había en una balda. Se puso de pie.

—¿Le importa si miro sus libros? —le preguntó a la periodista mientras se acercaba a la librería y pasaba los dedos por un montón de biografías de estrellas del pop que ella misma había escrito—. Le agradecería que no mencionara a la prensa nada sobre las heridas de Brendan.

—Descuide. Aunque, ¡ay!, ya se lo he contado a Neville. ¿Hay algún problema?

El inspector sonrió.

—Mañana hablaré con él. —Hobbes detuvo la mano en el objeto que le había llamado la atención—. ¿Es suyo esto?

Simone Paige asintió.

El inspector cogió la figurita de la balda. Era una miniatura de resina de Lucas Bell que mediría unos veinticinco centímetros de altura. La miniatura representaba a la estrella del pop cantando frente a un micrófono, con el cuerpo arqueado hacia atrás en la típica pose de cantante. Tenía la cara pintada con la máscara del Rey Perdido, una máscara hecha al detalle: la cara blanca con la cruz azul y los labios sonrientes. Incluso estaba la lágrima, que era diminuta. La figurita estaba de pie sobre una peana que representaba un escenario y el nombre del cantante estaba escrito en ella, junto a un número de serie: 7/20. Qué edición tan limitada.

—¿Dónde la consiguió?

—Me la regaló Morgan hace unos meses.

—¿La joven que gritó a Brendan?

—Sí. La hizo ella misma. Las vende por correo.

—Entiendo. —El inspector se volvió para mirar a Simone Paige—. ¿Lleva Morgan una lágrima aquí... —se tocó la mejilla izquierda, justo debajo del ojo—, pintada?

—Sí, en ocasiones especiales, pero muchos de los seguidores de Lucas Bell la llevan. Es una señal de respeto, de identidad.

Hobbes volvió a asentir.

—No cogió usted esta figurita de casa de Brendan, ¿verdad? No la cogió de su dormitorio, ¿no?

—No, claro que no.

—Porque de allí se llevaron una figurita similar. Nos hemos enterado.

—¿Por qué han venido? ¿Por qué me está molestando? Ya le he dicho todo lo que sé —soltó la periodista, irritada.

—¿Podría utilizar su reproductor de cintas?

La mujer suspiró.

—Está ahí, en la cadena de música.

—Gracias.

El inspector sacó una casete del bolsillo, la metió en el aparato y presionó el botón que lo ponía en marcha. En cuanto las ruedas del reproductor empezaron a moverse, se oyó un siseo continuo.

—¿Qué ha puesto? —preguntó ella mientras se levantaba.

—La grabación de su interrogatorio de la otra noche en la comisaría. Me gustaría que me diera su opinión acerca de una cosa que dijo. ¿Tiene inconveniente?

Paige negó con la cabeza. No imaginaba siquiera lo que estaba a punto de oír. La cinta giraba. Silencio.

—La dejé encendida por descuido —le explicó Hobbes—, ya sabe, cuando me ausenté del despacho. Enseguida empezará.

Simone se acercó a uno de los altavoces, atenta. Se oía a sí misma, murmurando, moviéndose en la silla, encendiendo un cigarrillo. El inspector la observaba con mucho detenimiento porque

quería estudiar su reacción. Era evidente que la periodista se sentía avergonzada de que la hubieran grabado así, con la guardia baja. Cambiaba el peso de un pie al otro. Estaba tan preocupada que tenía la boca torcida.

Entonces su voz salió de la cinta, despacio, una voz ronca, hablaba para sí misma:

«Es culpa mía. Siempre es culpa mía».

Simone Paige entornó los ojos y aquellos bonitos pómulos que tenía se crisparon un poco.

—Espere, que hay más —le dijo el inspector.

La voz de la periodista volvió a oírse por los altavoces, unas palabras altas y claras:

«Ambos han muerto. Ambos han muerto por mi culpa».

DIBUJADA CON TINTA AZUL

El inspector Hobbes apagó el reproductor y miró a Simone Paige. Quería que le aclarara aquellos comentarios. La periodista no lo hizo por voluntad propia.

—¿Le importaría explicarme por qué dijo eso?

—Eso...

—¿Sí?

—Estaba hablando para mí.

—En efecto, señora Paige.

—No haga caso de esas palabras. Estaba cansada, asustada, fuera de mí. —Lo miró a los ojos —. ¡Por amor de Dios, joder, acababa de ver un cadáver!

—Sí, y eso puede ser muy desconcertante, lo comprendo. —No obstante, Hobbes no quería que la mujer se relajara. Todavía no—. Aun así, en mi opinión, sus palabras son dignas de mención. Dejan claro que tiene usted interiorizado un sentimiento. Un sentimiento que no es habitual, ¿no le parece?

Paige era incapaz de responder. Ni siquiera lo miraba ya a los ojos. Hobbes y Barlow ocupaban demasiado espacio de la sala de estar y los ojos de ella revoloteaban de aquí para allá para escapar de los policías.

El inspector se acercó a la mujer.

—¿En qué estaba pensando cuando dijo esas palabras para sí misma?

La periodista suspiró. Tomó una profunda bocanada de aire.

—Es la verdad. La verdad. Ambos murieron por mi culpa.

El inspector habló tan bajo como lo estaba haciendo ella:

—Por favor, cuénteme por qué.

—De acuerdo, pero voy a tener que remontarme al principio.

—Será de gran utilidad que lo haga.

Al inspector le dio la sensación de que la periodista se apoyaba en aquellas últimas palabras suyas. La mujer se sentó, apuró la copa de vino y empezó a hablar, despacio y con claridad.

—Conocí a Lucas Bell en 1970, cuando hice la crónica de uno de sus conciertos para la revista *Melody Maker*. Por aquel entonces yo tenía diecinueve años, casi veinte. Él tenía veintidós. Yo había llegado a Londres ese mismo año en busca de fortuna.

—¿Y se enamoraron ustedes?

—No fue un flechazo, si se refiere a eso. Él me fascinaba, qué duda cabe, pero en el sentido en que fascinan los cantantes a las jovencitas, en especial los que se dejan el alma cantando sobre temas que a una le parecen importantes.

El rostro de la mujer había adquirido una expresión más amable.

—Pero empezaron a conocerse.

—Vino a verme después de aquel primer concierto, pero no sé por qué. Siempre he tenido la sensación de que, en cierto modo, me eligió. Lo primero que me dijo fue: «Tienes unos ojos extraordinarios». Hoy en día, cuando lo recuerdo, parece ridículo.

—Lo comprendo.

—Nos hicimos amigos. Yo fui la primera periodista que se tomó su música en serio.

Desde el principio tuve claro que Lucas tenía algo que ofrecer, algo nuevo después de que el sueño de los años sesenta se hubiera quedado en nada. Algo más peligroso, más tentador.

—El glam.

—Sí, pero no empezaron a llamarlo así hasta un tiempo después.

El inspector se quedó pensativo.

—Dígame, ¿cuándo empezó, entonces, su relación?

—A finales de 1972, en noviembre, después de su primer intento de suicidio.

El inspector recordó el artículo que había leído en una de las revistas de Brendan Clarke.

—Sí, de eso también me he enterado.

Simone Paige asintió.

—Se metió una sobredosis después de la gira de su segundo disco. Era una persona atormentada, rasgo que, me temo, contribuía en gran medida a que resultara tan atractivo. De hecho, aún lo es, porque sus seguidores lo adoran por sus cicatrices, por su dolor, por su pasión.

—¿Hasta la muerte?

—Hasta la muerte. En vez de vivir una vida vacía siguiendo las directrices de las insustanciales leyes del negocio de la música, decidió seguir un camino más noble y acabar con todo. —Hizo una pausa—. Bueno, al menos, esa es una de las teorías.

—¿Y la otra?

—Que se pegó un tiro porque corté con él. —Se secó los ojos—. En cualquier caso, sus seguidores me odian. O le rompí el alma o le rompí el corazón. Musa voluble o grupi voraz.

Escoja usted mismo.

La periodista se quedó callada un rato y, después, cargó contra los seguidores de Lucas Bell con un tono de voz cortante.

—Son fanáticos, muchos de ellos. No los conoce. Son tontos del culo. Disculpe, no debería..., pero es que nunca paran. ¡Nunca paran, joder! Me envían notas, mensajes horribles...; me amenazan. Pero yo no hice otra cosa que amarlo. Eso es lo único que hice.

Yo lo amaba.

Se quedó callada. Parecía que estuviera avergonzada.

El inspector Hobbes la analizaba.

—Así que se enamoró usted de él después de que intentara suicidarse.

—Sé que suena raro, pero yo diría que por fin hizo clic en mí algo que me permitió empezar a amarlo... cuando fui consciente de que estaba enfermo. Parece espantoso, pero es la verdad.

—No, si la entiendo.

—Quedamos en un restaurante. Él estaba muy delgado, más de lo habitual, y pálido, pero más guapo que nunca. Me refiero a que sus poses estudiadas habían desaparecido y me dio la sensación de que lo veía por primera vez, de que por fin descubría su verdadero rostro.

Se quedó callada.

—¿Sucede algo? —le preguntó el inspector.

—Estaba pensando que...

Hablaba para el cuello de su camisa.

—Por favor, más alto.

—Lucas se había dado por vencido en muchos aspectos, incluso con la música. Era como si ya hubiera tenido suficiente. Ya no podía enfrentarse al público. Quería desaparecer.

Aquello era lo que más deseaba, pero los de la discográfica lo presionaban para que empezara a grabar un tercer álbum. Él mismo me lo contó. Yo le dije: «¿Por qué no te pones una máscara?». Se lo comenté en broma o medio en broma, se lo aseguro, pero me miró y sonrió. Fue allí mismo, en la mesa del restaurante, donde empezó con el bosquejo de la máscara. Se inventó un personaje allí mismo, delante de mí. Aquel fue el nacimiento del Rey Perdido, aunque el nombre se lo puso más tarde. —Se le iluminó la cara—. Fue fascinante presenciar aquello. En ese mismo instante algo cambió entre nosotros. —Le chispeaban los ojos al recordar todo aquello—. Esa noche, vinimos aquí e hicimos el amor por primera vez.

Fue... fue maravilloso.

Se quedó callada, como si acabara de darse cuenta de que había alguien escuchando sus palabras. Tanto el inspector como el agente la miraban, fascinados por la historia que estaba contándoles, que estaba tejiendo.

—Voy a enseñarles una cosa.

Simone Paige se marchó de la sala. Hobbes se volvió hacia Barlow y le preguntó:

—¿Qué opina?

—¿De la señora Paige?

—Sí.

El agente dudó.

—Tengo la sensación de que...

—¿Sí?

—De que ha vivido más en un año que yo en toda la vida.

El inspector sonrió.

—Y es posible que tenga usted razón.

La periodista volvió con una maleta pequeña. Estaba estropeada, arañada, y tenía unas cuantas pegatinas de países extranjeros. La puso sobre la mesita auxiliar y la abrió. Ni el inspector ni el agente alcanzaban a ver lo que había dentro. La periodista revolvió en el interior unos instantes y entonces sacó un pedazo de tela plegado que desdobló para que ambos policías pudieran observar de qué se trataba.

Era una servilleta grande, de esas típicas de restaurante.

—Este es el «Rey Perdido». Esta es su primera encarnación —les explicó—, tal y como el propio Lucas la dibujó aquella noche.

El inspector se quedó mirando el dibujo. Allí estaba la máscara, el personaje que había

adoptado la estrella del pop, dibujada con bolígrafo azul. No era más que un boceto, pero allí estaba la sonrisa extendida, la X en la frente y la lágrima en la mejilla izquierda. El inspector estaba aturdido. Poco sabía de las estrellas de la música y de la vida que llevaban, pero aquello le parecía algo muy importante, como la reliquia de un santo. Por primera vez, se daba cuenta del verdadero poder que tenía el cantante, de por qué tanta gente lo adoraba, y, lo que es más, no podía evitar apiadarse del pobre Brendan Clarke, de compadecerse porque lo hubieran marcado así, con la famosa máscara, representada con unos pocos cortes.

El agente Barlow soltó un silbido.

—Eso tiene que valer mucho dinero, ¿no es así? Es como estar viendo una de las guitarras de Hendrix, ¿no?

—Oh, no, es mucho más valioso. Mucho más. Esta cara la adorarían de inmediato millones de personas de todo el mundo. Lucas se llenó de energía una vez que inventó el Rey

Perdido. Compuso el disco entero, lo grabó y lo sacó en cuatro meses. Fue lo que lo hizo famoso, la máscara, y, como le permitía esconderse, fue capaz de volver a los escenarios, de enfrentarse a su público, de cantar. Al menos, durante un tiempo..., un año, más o menos.

—¿Qué sucedió? —preguntó el inspector—. ¿Por qué paró?

Simone Paige le dio otro trago a la copa de vino, movió el caldo en la boca y se lo tragó.

—Pues no lo sé, de verdad. Supongo que se cansó. Ya sabe, de fingir. Ahora bien, no es sino una suposición.

—¿Empezaron a distanciarse ustedes?

—Sí, a medida que su fama crecía. —Frunció el ceño—. Yo me había entregado a aquella persona por completo y la había seguido a sitios a los que nunca debería haber ido.

Me daban miedo las adicciones, las enfermedades... Morir. Tuve que retirarme.

—¿Era drogadicto?

—Sí..., y a punto estuvo de arrastrarme con él.

—¿Fue esa la razón de que rompieran?

—En parte. Si no le importa, no querría entrar en detalles.

—¿Cómo se tomó el señor Bell la ruptura?

—Para entonces tenía otras preocupaciones. Además, los dos sabíamos que nunca dejaríamos de ser amigos. Lucas era una persona solitaria y aquello fue parte del problema.

Nos tenía a su representante y a mí. Éramos las dos únicas personas en las que confiaba..., creo.

—¿Qué fue de su representante?

Simone Paige frunció los labios.

—¿De Toby Lear? Vaya usted a saber. Pero, desde luego, espero que se esté pudriendo en el infierno. Fue él quien le compró la pistola a Lucas. Cabrón de mierda... —Se le crispó el rostro —. Toby le daba todos los caprichos, ya sabe..., mimaba a la gallina de los huevos de oro sin importarle cuáles fueran las consecuencias. Todavía lo odio.

El agente Barlow no había dejado de tomar notas en su libreta durante todo el interrogatorio, haciendo lo imposible por no olvidarse nada a medida que la periodista iba narrando historias y recuerdos.

El inspector le dio las gracias a Paige por haberles enseñado la servilleta y, después, con tanta delicadeza como pudo, le dijo:

—Bueno, ¿y qué sucedió en las últimas semanas de la vida del señor Bell?

—Era el final de la gira. Daba su último concierto en el Rainbow, en Finsbury Park. Fui a verlo. Hacía un tiempo que no nos veíamos. Recuerdo que cantó durante todo el concierto con la máscara del Rey Perdido, de principio a fin.

—¿Fue en ese concierto donde rompió la máscara? ¿Lo hizo en el escenario?

—Sí, así es. —No había emoción alguna en el rostro de la periodista—. La cortó..., o eso es lo que pretendió que pareciera que hacía. El público chillaba, enloquecido. Algunas personas empezaron a llorar. Nunca he visto nada parecido, ni antes... ni desde entonces. Fue una ofrenda que les hacía, un ritual.

Se quedó callada. Instantes después, negó con la cabeza como para liberarse de aquel recuerdo.

—Claro que todo fue falso. Un cuchillo sin filo y la sangre de mentira.

—Entiendo que Lucas Bell desapareció después de aquel concierto —era lo primero que decía el agente Barlow.

La periodista asintió.

—Durante tres semanas. Nadie sabía dónde estaba.

El inspector frunció el ceño.

—¿Nadie?

Paige lo miró a los ojos y le mantuvo la mirada uno o dos segundos antes de responder:

—En aquel momento no, pero, más adelante, se supo que había alquilado una casa en las afueras de Hastings, en el campo, cerca de la campiña de Witch Haven. Una granjita.

Se quedó callada una vez más. Cerró los ojos. De pronto, se echó a llorar. Empezó a acariciar la tapa de la maleta con el dedo. Cuando decidió seguir con su relato, Hobbes tuvo que acercarse para oírla bien.

—Entonces, un día, me llamó mi editor... y me informó que habían encontrado muerto a Lucas. Que se había pegado un tiro... —Otra pausa. Tomó aire—. Si le digo la verdad, no es que me sorprendiera. Siempre había sabido que aquel era uno de sus posibles finales. — Quiso quitarse la idea de la cabeza—. En cualquier caso, ese fue el fin de la historia. Entré en una clínica privada para desintoxicarme del todo. Ni siquiera asistí a su funeral, que es otra de las cosas que me echan en cara los seguidores de Lucas; pero es que ya estaba cansada.

Estaba cansada de tanto dolor..., de tanto amor..., de aquel amor retorcido y doloroso... De todo. Y todo había terminado.

La mujer se quedó callada y el silencio se apoderó de la sala de estar.

Los dos policías miraban a Simone Paige, que, a su vez, miraba al suelo. La periodista sujetaba la copa de vino con tal fuerza que a Hobbes le pareció que cabía la posibilidad de que la rompiera.

—Pero, ahora que lo pienso, lo peor de todo...

El inspector esperó a que continuara. La mujer aún no había levantado la vista del suelo.

—... es que lo de la máscara fue idea mía. Hasta cierto punto..., no puedo evitar pensar que fui yo quien se la pintó..., que fui yo quien se la puso.

—Entiendo que se sienta responsable de que Lucas Bell se suicidara, al fin y al cabo son muchas las personas que se lo han echado en cara a lo largo de los años, pero ¿y lo de Brendan Clarke? Dice usted en la cinta que es culpable de ambas muertes.

La periodista regresó al presente. Tenía los ojos oscuros. Le brillaban.

—Es como si mis besos estuvieran malditos. —La frase dejó la estancia en silencio—.

Eso es lo que me dijo un seguidor en una ocasión. Me escribió una carta que echó en el buzón. El papel en el que la escribió estaba manchado de sangre. Ya ve..., hasta saben dónde vivo.

—En ese caso, debería usted denunciar las amenazas.

—No sé..., ¿y si tienen razón? Aquello que amo... o que intento alcanzar... muere.

Hobbes no sabía qué decir.

Simone Paige empezó a hablar de nuevo, despacio:

—Encontrarme a Brendan así... Ver así su cara..., los cortes, la sangre... —Frunció el ceño—. Era la máscara, ¿verdad? Una copia, ¿no? —Miró al inspector a los ojos—. La máscara del Rey Perdido, ¿cierto?

—Sí, eso creo.

A la periodista se le cayó la copa de vino al suelo.

—¡Ay, Dios!

Escondió la cara entre las manos.

La mujer se iba a cerrar en banda y aún guardaba secretos. El inspector no podía permitirlo.

—Simone, estamos teniendo problemas con algunos temas del caso, aquellos que tienen que ver con la música. —Señaló al agente Barlow con la cabeza—. Ninguno de los dos somos expertos. —El inspector no vio reacción alguna en ella, así que continuó—: ¿Qué puede decirnos del disco que sonaba en el dormitorio de la víctima?, ¿de esa frase que se repetía una y otra vez? Simone, por favor.

Por fin, la periodista se rehízo. Se quitó las manos de la cara y respiró hondo. A continuación, se puso de pie y fue hasta un estante que tenía lleno de discos. Sacó uno.

—Es una canción del álbum de debut de Lucas, *Backstreet Harlequin*. —Giró el disco para que la cara B quedara arriba y lo puso en el tocadiscos de la cadena de música. Luego, con cuidado, situó la aguja sobre el vinilo—. Es la canción que da título al elepé.

La música llenó la sala. La voz de Lucas Bell era vibrante y estaba llena de vida, de amor y de anhelo.

—Escribió esta canción cuando llegó a Londres. Habla de cómo ve un joven la gran ciudad.

El inspector intentó concentrarse en la letra. Hubo una frase en concreto del estribillo que le llamó la atención: «Perdido en la tristeza del Soho». Entendía a la perfección a qué se refería el cantante. Le vino a la mente la época en la que él mismo había aterrizado en Londres, cuando no era sino un chaval y había llegado a la ciudad en coche desde Lancashire: la sensación de ir a la deriva, incapaz de enfrentarse a la corriente, el miedo..., pero también la emoción que le provocaban las perspectivas que se le presentaban. Miró a la periodista. La mujer se movía con suavidad de un lado para el otro. Tenía los ojos cerrados y una expresión calmada, ausente, en el rostro. En aquellos instantes, la mujer se sentía libre de todos sus problemas, fueran cuales fueran y por duros que se considerasen.

Entonces abrió los ojos y les hizo un gesto a ambos policías.

—¡Escuchen! ¡Escuchen!

Empezaba el estribillo final, que tenía un aire diferente del de los anteriores. Lucas Bell cantaba en un tono más alto y transmitía urgencia:

No eres más que otro arlequín en las callejuelas,
perdido en la tristeza del Soho.
He dado casi todo lo que podía dar.
No me queda nada que perder.

Hobbes enseguida se vio de nuevo en el dormitorio de la víctima, con el cadáver en la cama y aquel «Nada que perder» repitiéndose una y otra vez en aquel aire húmedo, atrapado.

Unos pocos acordes desafiantes y enfáticos más y la canción terminó. Simone Paige levantó la aguja.

—Ahí la tiene, la canción tal y como él la grabó. Tres años y medio después, cuando escribió su nota de suicidio, Lucas utilizó esta misma canción a modo de despedida, solo que cambió las últimas palabras ligeramente.

El inspector estaba fascinado.

—¿Y qué puso?

—«He amado casi todo lo que podía amar. No me queda adónde ir».

El inspector pensó en cómo debería haberse sentido aquella mujer en su día, dado que, lo más probable, era que aquel mensaje estuviera dirigido a ella. Como si la maldijera. Desde luego, los seguidores de Lucas Bell lo consideraban así, como si el cantante estuviera responsabilizando a Simone Paige de lo que había hecho.

Hobbes miró a la periodista.

—Por lo tanto, el asesino de Brendan Clarke tenía que conocer esta historia, ¿no es así?

Paige asintió.

—Pero es conocida por todos. Es parte importante de la mitología de Lucas Bell.

—Lo que significa que el asesino quería decir algo. El hecho de poner esa canción en concreto, esa frase especialmente... Estaba dibujando una conexión directa entre el asesinato que acababa de cometer y la muerte que tuvo lugar hace siete años.

—Eso es —contestó la periodista—. Yo también lo he pensado.

—¿Y cuál es la conexión? ¿La conoce usted?

La mujer miró al policía como si dudara de si decírselo o no.

—Simone, tengo que saberlo y solo usted me lo puede aclarar.

—De acuerdo... Brendan Clarke me dijo en el camerino, después del concierto, que tenía pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—De que Lucas Bell no se había suicidado... De que lo habían asesinado.

El inspector Hobbes se sentó en una silla. Oía cómo la punta del bolígrafo de Barlow arañaba como loca una de las hojas de la libreta.

El caso de Brendan Clarke estaba a punto de hacerse mucho más grande y de entrelazarse con otro caso: el de la muerte de otro joven hacía varios años.

—He leído varios artículos de la revista *100 Splinters* —dijo por fin el inspector—, y en ninguno de ellos comentaba siquiera el señor Clarke la posibilidad de que al señor Bell lo hubieran asesinado.

Simone Paige esbozó una mueca.

—No, claro, no podía hacerlo, porque sabía cómo se sentirían los seguidores de Lucas.

Sabía que la idea les parecería odiosa... porque, tal y como terminó, la historia de Lucas Bell

es perfecta.

—Explíquese.

—Muchos de los seguidores de Lucas se alegran, no me cabe duda, de que esté muerto, porque, así, pueden dejar volar su imaginación. Además, ya que falleció, por lo menos, que fuera por una buena causa, ¿no?

—Habla de él como si se tratara de una especie de cordero al que hay que sacrificar.

—Claro. Su suicidio es un acto de valentía. Un sacrificio voluntario. Ahora bien, si a Lucas lo asesinaron, se convierte, sencillamente, en una víctima. El mito muere.

El inspector pensó en aquello unos momentos.

—Lo que Brendan Clarke quería enseñarle, aquello que tenía que ver con Lucas Bell...

—Quería enseñarme las pruebas. Las pruebas de que a Lucas Bell lo habían asesinado.

—¿Y qué pruebas eran esas?

—No lo sé. ¿Cómo quiere que lo sepa? No llegué a tiempo.

—¿Y no le dijo, siquiera, de qué podía tratarse?

Simone Paige negó con la cabeza.

Hobbes se dio cuenta de que había un motivo evidente para asesinar al joven.

—En ese caso, ¿cabe la posibilidad de que a Brendan Clarke lo asesinaran por lo que sabía?

—Sí. No dejo de pensar en ello. Durante siete años, el asesino de Lucas había conseguido que todos creyeran que este se había suicidado, pero, ahora, alguien empezaba a desentrañar la verdad y tenía que matarlo.

—Pero ¿para qué grabarle la máscara en la cara?

La periodista enarcó las cejas.

—No estoy segura. Un castigo. Una advertencia. Lo más probable, que se deba a una razón personal que solamente el asesino conoce, que es por lo que no nos resulta fácil averiguarla todavía.

Al inspector no le gustó aquello de «nos» y «todavía», pero, a decir verdad, no es que él estuviera más cerca que ella de obtener una respuesta. Él, desde luego, no la sabía.

El inspector le hizo una señal a Barlow, que se acercó y le entregó una funda de plástico transparente que contenía una hoja DIN-A4. Acto seguido, Hobbes se la tendió a la periodista.

—Esta es la hoja de papel que apareció hecha una bola dentro de la boca de la víctima.

Me temo que está manchada de sangre.

La mujer la cogió.

—En su mayor parte está mecanografiada, con alguna que otra corrección manuscrita añadida, lo más probable, en otro momento. —El inspector le hizo un gesto con la cabeza a la periodista—. Simone, me preguntaba si podría usted arrojar algo de luz sobre ella.

—Déjeme ver.

La mujer examinó el papel a través del plástico.

—Desde luego, esta es la letra de Lucas y lo de abajo del todo es su firma.

—Bien.

—Cuando hablé con Brendan, después del concierto, me dijo que había comprado algunos objetos muy personales de Lucas Bell. Este debe de ser uno de ellos.

—Pero lo que tiene ahí es una fotocopia...

—Tiene sentido. A menudo, los verdaderos coleccionistas hacen copias para su uso cotidiano

y guardan el original en un sitio seguro.

El inspector Hobbes se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Qué puede contarme de la canción en sí?

—¿A qué se refiere?

—¿Alguna razón en particular por la que el asesino la eligiera?

—Veamos. —La periodista estudió la letra—. La canción se llama «Terminal Paradise».

Es del álbum *King Lost*..., pero es curioso...

—¿El qué?

—Pues que esta es una versión anterior de la canción. La letra no es exactamente igual que la que se grabó en el disco. —Levantó la mirada—. Lucas me enseñó algunas de estas canciones en sucio, pero esta no. La mayoría de las frases son como las de la canción del disco, pero hay algunas que son diferentes.

—¿Sabe usted por qué acabaría esta letra dentro de la boca del señor Clarke?

Simone Paige negó con la cabeza.

—No.

La periodista volvió a mirar la letra que tenía en las manos y, en esa ocasión, se sintió atraída por una palabra en particular. Hobbes se fijó en que a la mujer la recorría un escalofrío.

—¿Qué sucede? ¿Algo interesante?

—Sí —parecía que estuviera sorprendida—, pero no sé lo que significa.

El inspector se puso de pie y se acercó a ella. El agente Barlow también se aproximó.

—A ver, a qué se refiere.

La mujer señaló la hoja.

—¿Ve estos cambios que Lucas hizo con bolígrafo? Bueno, pues esas son las frases que acabaron en la canción, la que se grabó en el disco. Sin embargo, estas palabras mecanografiadas de aquí... son lo primero que pensó. Si se fija en esta línea, aquí, en la versión modificada...

Señaló un grupo de cuatro líneas y las cantó por lo bajo, casi para ella misma: No hay forma de escapar.

Hay que pagar por cada pecado.

Esperemos que la luz de la luna desvele

la contraseña para entrar en el paraíso.

—Así es como acabó la canción en el disco.

Hobbes asintió.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Ahora, fíjese en lo que había escrito Lucas en un primer momento. Aquí, ¿lo ve?

El inspector estudió las frases mecanografiadas mientras Simone Paige las leía en alto:

No hay forma de escapar.

Amamos aquello que no podemos matar.

Esperemos que la luz de la luna desvele

dónde está la puerta para entrar en la ciudad del edén.

Hobbes miró a la periodista.

—La verdad es que prefiero la versión final.

—Sí, yo también —comentó ella—, pero estos fueron sus primeros pensamientos.

—¿Y eso le dice algo?

—A mí no, pero a Lucas sí. Ese concepto en concreto, lo de «ciudad del edén».

—Déjeme ver.

El inspector cogió la funda de plástico y estudió las frases a las que la periodista había hecho mención. Se fijó en que «ciudad del edén» estaba tachado con una línea azul y que la palabra «paraíso» estaba garabateada encima.

—Brendan Clarke —empezó a explicar la periodista— me habló de esto después del concierto, en el camerino. Me preguntó si alguna vez yo había oído algo sobre la «ciudad del edén». Le respondí que no y quise saber a qué se refería, pero se negó a explicármelo. Fue entonces cuando me contó que tenía pruebas de que a Lucas lo habían asesinado.

—¿Está tomando nota de todo esto, Barlow? Es importante.

—Sí, señor. De cada palabra.

Simone Paige continuó:

—Más tarde, cuando volví a casa, me pareció recordar que Lucas me había hablado de ese concepto en una ocasión.

—¿No lo recordaba exactamente?

—Al principio no lo recordaba con claridad, no, pero entonces empecé a leer los diarios de los años en los que nos conocimos y ahí estaba: «ciudad del edén». Después de pasar unas pocas páginas, fue como si el concepto me hiciera señas para que me fijara en él. Como si mi subconsciente supiera dónde encontrarlo.

—¿Y?

—Lucas me habló de ello un par de días después de que nos conociéramos. Nuestra relación fue muy intensa. Él fue..., estoy segura, el amor de mi vida. Compartimos muchos secretos. Muchos. Este, sin embargo, no quería compartirlo. Se limitaba a decirme: «Un día, si alguna vez llega el momento adecuado, te contaré la historia de la ciudad del edén». Y eso es todo lo que conseguía sonsacarle.

—Así que nunca le contó de qué se trataba y sigue usted sin saber a qué se refería.

—Sigo sin tener ni idea.

—¿Podría ser un lugar? ¿Un lugar que existe de verdad?

—Quizá sea imaginario —apuntó Barlow.

Simone Paige se paró a pensar en ello.

—Lo único que está claro es que el concepto parece importante para Lucas, para su vida, para su trabajo. —La periodista se refería a la letra de la canción—. Sin embargo, en este caso, lo ha cambiado. Es como si no deseara cantarlo en alto. Como si no quisiera que nadie se enterara, no directamente. Está avergonzado... o tiene miedo. Puede que se trate de algo de su pasado, de cuando creció en Hastings. Lucas a menudo cogía ideas, sentimientos o situaciones reales de su vida y las cambiaba, las exageraba, para dar forma al corpus de sus canciones, a aquello de lo que hablaba. No obstante, siempre escondía la realidad detrás de la poesía, de las metáforas, del simbolismo, de cosas así. —Se quedó pensativa—. En una ocasión, hablando de la popularidad de *King Lost*, me contó que todos pensaban que conocían el secreto del personaje, se refería tanto a seguidores como a críticos, pero, según me dijo, nadie lo había entendido del todo, nadie había descifrado el código.

Su voz se fue apagando.

El inspector se resistió a las ganas de apremiarla y esperó a que la periodista volviera a estar

preparada para hablar.

—Lo cierto es que siempre he sospechado que Lucas no se suicidó.

—¿Y por qué?

Simone Paige miró fijamente al inspector.

—La última noche que lo vi con vida, Lucas me hizo una promesa. Fue justo antes de que desapareciera, después del último concierto. No es que me hiciera la promesa directamente, sino que fue una especie de sentimiento que compartimos. Sin embargo, algo después, lo escribió en una carta que me mandó la mañana del día en que murió.

Hobbes esperó un momento, pero, entonces, la apremió con delicadeza.

—¿Qué es lo que le prometió?

La periodista buscó en la vieja maleta y sacó un sobre. Se lo entregó al inspector. Estaba abierto, rajado por la parte superior. Iba dirigido a Simone Paige, a aquella misma dirección, a Camden.

—¿Dice que la envió el mismo día en que murió?

La periodista asintió y el inspector comprobó el matasellos: Hastings, 25 de agosto de 1974. Sacó la carta y la desdobló. El papel no contenía sino una línea.

—Llevaba fuera tres semanas —empezó a explicar Simone Paige—, no se sabe dónde, y, entonces, va y me manda esto. —Dudó—. Nunca se la había enseñado a nadie.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que nunca fui capaz de desentrañar su significado..., y no solo eso.

Tenía miedo de que..., de que, en realidad, supiera muy bien lo que me quería decir. Me daba mucho miedo pensar en ello. Además...

—Además, ¿qué?

—Pues que el mensaje no tenía nada que ver con su nota de suicidio.

—Sí, eso ya lo veo.

El inspector Hobbes leyó el breve mensaje una segunda vez, en esta ocasión, en voz alta:

—«Volveré a por ti. Sigue esperando, amor mío. Luke. Un beso».

Simone Paige gimió. El inspector la miró.

—¿Está usted bien?

La mujer se secó las lágrimas y miró hacia otro lado, avergonzada.

—Es tan prometedora —murmuró—. Y ese beso al final... Es demasiado para mí.

El inspector coincidía con ella. Desde luego, aquellas no parecían las palabras de una persona que estuviera pensando en quitarse la vida.

EL SILHOUETTE

El inspector Hobbes dejó al agente Barlow en la estación de metro de Camden Town y, después, condujo en dirección al West End. Tenía una última tarea que realizar antes de pensar siquiera en dormir, un último sitio que visitar, si bien no le apetecía lo más mínimo.

Por el camino, pensó en el caso que tenía entre manos. Ya había pasado un día entero ¿y qué sabían? Hacía dos noches, Brendan Clarke y su banda, Monsoon Monsoon, habían dado un

concierto en honor de Lucas Bell. Clarke había decidido hacerse con el *alter ego* de Bell, con el Rey Perdido, en escena. Después del concierto, había ido a presentarse a Simone Paige, que había sido novia de Lucas Bell. Brendan le había contado a la periodista que Lucas no se había suicidado, sino que lo habían asesinado, que tenía pruebas de ello. Unas pocas horas después del concierto, a Brendan lo habían asesinado una o más personas cuya identidad desconocían aún. Temprano, por la mañana, una vecina había visto salir a una joven de la casa de la víctima y, unas doce horas después, Simone Paige había llegado y había encontrado muerto a Brendan, con la cara cortada de forma cruel para representar una cruda versión de la máscara del Rey Perdido.

Aquellos eran los hechos. Todo lo demás estaba cubierto por una densa neblina.

«La ciudad del edén». El inspector sabía que aquel término era importante y, según Simone Paige, Brendan Clarke lo había enlazado con la idea de que a Lucas Bell, en realidad, lo habían asesinado.

Hobbes consiguió encontrar un hueco en una de las varias plantas del aparcamiento de Brewer Street y, desde allí, fue andando a su destino. Las calles del Soho estaban llenas de juerguistas. La excitación, el miedo, la diversión y la lujuria se percibían en el ambiente.

Aunque estaba convencido de que aquel kilómetro cuadrado no era sino una cloaca, un tenebroso laberinto de callejuelas o un infierno como uno girase por la calle equivocada en el momento equivocado... ¡Por Dios, cómo lo echaba de menos!

Mientras caminaba, dejó atrás carteles que apoyaban las huelgas de hambre del IRA y pintadas que le deseaban la muerte a Maggie. En un momento dado, se metió por un callejón que había al final de Wardour Street. Aquel sitio estaba alejado de la zona principal, escondido entre las sombras. La Silhouette. Un club para socios. Aquel nombre en francés, La Silueta, siempre le hacía sonreír, porque el lugar en sí no podía estar más alejado de los bulevares románticos de París. Llamó a la puerta y lo recibió una cara que conocía de hacía tiempo, la de Karen, una de las mujeres del guardarropa. A Hobbes le pareció que se sorprendía de verlo. La mujer se quedó pensativa un instante, pero se encogió de hombros y lo dejó entrar.

—Te matan, inspector —le comentó.

Hobbes siguió la música jazz por el pasillo hasta el salón. Aquel era un garito para beber después de horas, una reliquia de la vieja escena del Soho, del Soho de los años cincuenta, en el que pintores y poetas fracasados, pobres y alcohólicos, hablaban de sus obras maestras.

Ahora, el sitio lo frecuentaban policías fuera de servicio y huesos duros de roer de la metropolitana, matones vestidos de calle, muchos de ellos corruptos a más no poder. Hobbes tenía que admitir, sin embargo, que dos o tres de ellos eran buenísimos en su trabajo y, más o menos, justos.

La última vez que había estado allí había sido dos noches después de los disturbios de Brixton.

En cuanto entró en el salón, la gente se volvió para mirarlo y, una a una, las conversaciones se interrumpieron. Silencio. Todos lo miraban.

—¡Joder, Hobbes! —soltó una voz dura—, pero ¿es que estás buscando problemas?

Se trataba de Leonard Mawley, un detective borracho con rango de sargento y que andaría por los cincuenta años. Al tipo le habían negado el ascenso en tantas ocasiones que, ahora, se dedicaba a ver pasar los días hasta que se cumplieran sus treinta años de servicio.

Todo había pasado a importarle una mierda. Todo, menos él mismo, claro.

Alguien apagó la música.

—No, ni mucho menos —respondió Hobbes con voz fría. Era la verdad—. Solo he venido a buscar al que escribió la palabra «escoria» en la puerta de mi casa la otra noche.

Oyó cómo las patas de una silla arañaban el suelo. Y las de otra. Alguien que estaba por detrás de él soltó:

—Hay que joderse.

Era una voz llena de odio. Hobbes no se volvió.

Mawley se le acercó.

—¿Qué te hace pensar que hemos sido alguno de nosotros?

—Es una conjetura fundamentada.

—Ah, ¿sí? Pero qué fanfarrón. —Risas—. Así que, ahora, tienes fundamentos, ¿eh?

—Lo único que quiero...

—Dinos.

Mawley había acercado la cara a escasos centímetros de la de Hobbes y el inspector olió la asquerosa mezcla de alcohol y tallarines chinos que le salía de la boca.

—Lo único que quiero es mirar en la bodega, Len.

Mawley soltó una carcajada. Un par de policías se unieron a ella.

—No me jodas. ¡Pero qué huevos tienes!

Aquellas palabras lanzaron algunas gotitas de baba a la cara de Hobbes, que se obligó a no limpiárselas. Mawley sonrió. Estaba preparado para empezar una pelea. Abría y cerraba la boca. Entonces entró en escena otra persona.

—Ya basta, Leonard. Apártate.

Mawley acató la orden de inmediato. Hobbes miró al recién llegado. Se trataba del comisario Lockhart, su antiguo jefe. Por unos segundos, al hombre le brillaron los ojos como los de un animal salvaje en aquel salón lleno de humo. Luego, sonrió y le dio unas palmadas en el hombro a Hobbes. Se rio con todas sus fuerzas.

—Aquí está. Ha vuelto el hijo pródigo.

La voz estaba tan llena de encanto y buen humor que Hobbes se sintió tentado de relajarse. No obstante, el inspector tenía la suficiente experiencia para no dejarse llevar y entrar en su juego.

—Quiero bajar a la bodega.

—Sigues buscando pruebas, ¿eh?

—No, en absoluto. —Hobbes negó con la cabeza—. Sé muy bien lo que sucedió ahí abajo.

—Claro que lo sabes, como que eres testigo y todo eso, ¿no? Más que testigo, diría yo.

Antes de que Hobbes pudiera decir nada respecto a aquel comentario, Lockhart se dirigió al camarero:

—Joseph, sé buen chico y trae la llave. Ya sabes a cuál me refiero.

Joseph era un tipo enorme que caminaba despacio. Vestía una camisa blanca, una pajarita púrpura y una faja a juego. Se acercó al comisario y le tendió una llave de latón.

—Venga —les gritó el comisario a los demás—. Volved a meter el morro en el vaso.

Los subordinados acataron la orden sin que les preocupara lo más mínimo que su jefe acabara de llamarlos perros. Las conversaciones se iniciaron de nuevo. Lockhart guio a Hobbes por el pasillo y bajaron un tramo de escalera hasta la bodega. El comisario abrió una gruesa

puerta de madera con la llave y entró. El inspector lo siguió.

Era una habitación pequeña, mucho menos espaciosa de lo que Hobbes recordaba.

Paredes enlucidas, sin más, sin ventanas, con un conducto de ventilación casi oculto por el polvo. Daba la sensación de que no hubiera apenas aire para respirar. Una bombilla colgaba de un cable marrón deshilachado. Cuando Lockhart cerró la puerta, el inspector tuvo la sensación de que las paredes se le venían encima. Sintió como si se le estrechara la garganta.

El comisario se le acercó. No parecía que él sintiera claustrofobia alguna.

—Puede que no seas el hijo pródigo, Hobbes. Puede que seas Daniel, que regresa a la jaula de los leones. —No esperó a que el inspector respondiera—. Dime, ¿qué se siente al volver aquí?

El comisario no había cambiado un ápice en los últimos cuatro meses: seguía siendo un tipo huesudo, tanto que hasta los de la cara destacaban sobremanera. Miraba a Hobbes con aquellos ojos de color azul grisáceo que tenía y lo hacía sin pizca de compasión.

—¿Qué se siente? —insistió.

—Me siento mal. —Era una respuesta sencilla, poco adecuada, pero ¿qué iba a decir?—.

Está claro que la han limpiado.

—Claro que la hemos limpiado. Hemos quitado la sangre de las paredes.

El comentario fue como un puñetazo en el estómago y, sin previo aviso, Hobbes se vio de nuevo en la noche en la que su vida había cambiado irremediablemente, en la que todo lo que sabía de la policía, todo lo que amaba del cuerpo, había quedado manchado por el pecado.

En abril, durante el viernes y el sábado en que se produjeron los disturbios de Brixton, había habido casi trescientos policías heridos. Civiles, sesenta. Que nadie hubiera muerto en ninguno de los dos bandos había sido, sin duda, pura suerte. Aun así, la prensa culpaba abiertamente a las fuerzas de la ley por los disturbios y las trataba como villanos. Entonces, el lunes por la noche, cuando las calles de Londres ya habían recuperado parte de la normalidad, el inspector Charlie Jenkes y uno de sus viejos colegas de antivicio, Paddy Boyle, habían detenido a un joven negro y lo habían llevado a rastras al Silhouette. Aquella era una noche tranquila en el club. Acababan de dar las diez y media. Hobbes llevaba un par de horas bebiendo con Len Mawley y unos pocos oficiales más. Todos estaban muy borrachos. Hobbes no debería haber mezclado la cerveza con los analgésicos que le habían recetado para el corte de la cabeza, pero lo había hecho. Aturdido, con los disturbios resonándole aún en la cabeza, observó cómo sus dos colegas tiraban de su prisionero escaleras abajo, hacia la bodega. Mawley y él los siguieron, pues sentían curiosidad por lo que estaba pasando.

El joven tendría veintipocos años y era evidente que estaba drogado, porque tenía la mirada perdida y parecía que fuera incapaz de enfocar la vista. Jenkes y Boyle lo empujaron contra la pared del fondo y el segundo lo sujetó mientras el primero recorría la estancia con los puños apretados.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Hobbes.

—El cabrón este estaba increpando a uno de los nuestros en la calle —respondió Jenkes

—. Paddy lo ha visto todo. Nos ha llamado «hijos de puta». A todos. Ha dicho que somos todos una panda de cerdos y de hijos de puta. Nos ha echado la culpa de lo que ha pasado en Brixton. —Se volvió hacia el joven—. ¿No es así, muchachote?

El joven le devolvió la mirada. De pronto, se mostraba desafiante. En cualquier caso, no tenía pinta de agitador.

—Venga, Charlie, que no es más que un mierda del Soho, un drogata. Míralo.

—Ha escupido a un oficial —dijo Boyle—. Lo he visto yo. Le ha escupido a la cara.

—Joder —contestó Hobbes. No se le ocurrió nada más que decir.

Jenkes esgrimió una mueca.

—Pues ahora le toca a él. —Carraspeó y le soltó un salivazo en toda la cara—. ¿Qué te ha parecido?

En aquel instante, Hobbes empezó a preocuparse. No se sentía bien. No era la primera vez que veía a sus compañeros perder el control y sabía que la cosa podía acabar muy mal.

Empezó a hablar, pero, justo en ese momento, Jenkes gritó:

—¡Venga, que nos vamos a turnar!

En ese momento, de golpe, Hobbes dejó de pensar en Jenkes como en Jenkes. Era como si no conociera a aquel hombre, como si no fuera su mejor amigo. Era como si otro ser se hubiera apoderado de él y, ahora, su personalidad hubiera cambiado. Aquella noche en Brixton debía de haber sido el detonante.

Hobbes miró a Len Mawley y se dio cuenta de que estaba aterrorizado. Jenkes le chilló:

—¡Venga, Mawley, joder! ¡Cruza la puta línea de una puta vez!

Aquellas palabras bastaron para encender el paño empapado en gasolina. Mawley se acercó para ayudar a Jenkes y a Boyle, que forcejeaban con el joven, que no paraba de gritar.

Primero, al joven le llovieron puñetazos. Luego, llegaron las patadas.

La víctima a punto estuvo de caerse al suelo.

La agresión continuó.

Hobbes no se podía mover. Tenía la boca abierta, pero era incapaz de pronunciar palabra alguna.

El joven aullaba. Sus alaridos resonaban y abarrotaban aquella pequeña bodega de piedra.

Una salpicadura de sangre contra la pared.

A Hobbes se le emborronó la visión.

—Parad. —Una única palabra. La repitió más alto—: ¡Parad! ¡Charlie, por amor de Dios, parad!

Jenkes se volvió, le sonrió y le soltó:

—¡Venga!, ¿es que no quieres unirte?

Hobbes dio un paso adelante. Iba balanceando el puño, pero el golpe se lo lanzó a su compañero, que, no obstante, lo paró con facilidad con la mano y se lo apretó con fuerza.

Jenkes empujó el puño de Hobbes y este se dobló y notó cómo le crujía la espalda. Jenkes sonrió.

—No, Henry, será mejor que no vayas por ahí.

Jenkes utilizó su nombre de pila como si fuera un insulto. Luego, lo apartó de un empujón. Hobbes trastabilló y se cayó contra la pared.

El joven miraba a Hobbes, le imploraba en silencio, pero ¿qué podía hacer él? Lo superaban en número.

Se retiró. Se dio la vuelta y salió corriendo escaleras arriba. El club estaba vacío. Solo quedaba Joseph, el camarero, que miró a Hobbes con los ojos en blanco, consciente de para qué estaban utilizando su establecimiento. Hobbes salió a la oscura callejuela, se tropezó, llegó hasta Wardour Street y respiró con ansia, como si hubiera estado a punto de ahogarse.

Corrió hasta la cabina telefónica que había en la esquina, llamó a la policía e informó de la agresión.

—¡Rápido, es una emergencia!

Colgó sin dar su nombre. Luego, salió de la cabina y vomitó.

Poco a poco, volvió a su coche. Los carteles de neón relucían a su paso y dejaba atrás cafeterías de esas que están abiertas las veinticuatro horas y donde la gente se lo estaba pasando genial.

No obstante, para el inspector Henry Hobbes la noche había terminado.

Al joven negro, que se llamaba Michael Hennessey, le rompieron dos costillas, le dejaron multitud de cardenales en la cara, en el estómago y en los muslos, y le hicieron un corte en el globo ocular. Al día siguiente, cuando lo ingresaron en un hospital, resultó que se había quedado ciego de dicho ojo.

A Hobbes lo atormentaba el sentimiento de culpa, pero, por lo menos, había llamado a la policía. Lo más probable era que le hubiera salvado la vida al joven. Al menos, eso es lo que se decía a sí mismo.

«Sigue diciéndote eso. No dejes de repetírtelo. Aunque...».

Cosa de una semana después, se despertó bien temprano sin pensamiento alguno en la cabeza. Fue a la comisaría de Charing Cross y escribió y firmó un informe en el que describía lo que había visto aquella noche, los golpes, los insultos..., todo lo que recordaba, incluso su propia presencia, y en el que revelaba los nombres de los tres oficiales implicados.

Fue entonces cuando todo se jodió.

Dos meses después, Asuntos Internos hizo pública su investigación. El sargento Mawley intentó echarse la culpa de todo a modo de gesto protector, pero los oficiales que investigaban el caso enseguida se dieron cuenta. Que solo tuviera un esguince en la muñeca dejaba claro que su papel en la paliza había sido mínimo. En cambio, al inspector Jenkes y al sargento Boyle los consideraron culpables del uso innecesario de la fuerza durante un arresto. A Hobbes no le sorprendieron los cargos, pero supuso que la policía lo encubriría.

No obstante, la prensa nacional, tanto la de derechas como la de izquierdas, se ensañó con los oficiales porque los consideraba el vergonzante ejemplo de un cuerpo de policía racista.

Cuatro días después, incluso antes de que se supiera cuál iba a ser el castigo para los tres acusados, el inspector Jenkes pasó una cuerda por encima de una de las vigas de acero de su garaje y se ahorcó.

Fue su hija, de doce años, quien encontró el cadáver.

El comisario Lockhart le dio una palmadita en el hombro a Hobbes.

—Venga, dime qué estás pensando.

Hobbes volvía a encontrarse en la diminuta bodega. Miraba las paredes limpias, el suelo

inmaculado. Se fijó en los zapatos del comisario, negros y relucientes. Siempre había sido el más limpio de todos, el que más atención prestaba a los detalles, a las normas. Aun así..., Hobbes se agachó.

—¿Es que pretendes denigrarte, Henry?

—Ya sabe lo que estoy buscando.

—Sí, creo que sí. ¿Una gotita de pintura roja, quizás? —El comisario esbozó una sonrisa fría —. Pero sabes muy bien que no soy tan descuidado. Yo mismo la limpié después.

Hobbes se incorporó y miró al comisario a los ojos.
—¿Fue usted el que escribió eso en mi puerta?
—Sí, fui yo.
—¿Por qué?
Lockhart miró fijamente al inspector, que lo entendió de repente.
—Pretendía provocarme. Sabía que vendría aquí.
—Sí. Quería ver si aún te quedaban agallas, si aún tenías huevos, y, al parecer, así es.
Hobbes negó con la cabeza para aclarar sus pensamientos. Apenas podía respirar.
—¿Qué quiere de mí?
El comisario le echó una mirada dura, feroz.
—Quiero que descubras quién mató a Charlie Jenkes.

ATADO

Hobbes se despertó desconcertado por un sentimiento o un acontecimiento que, un segundo después, mientras se sentaba entre las sábanas empapadas de sudor, no recordaba ya. El sueño que acababa de tener se le escapó entre los dedos. En aquel dormitorio desolado reinaba el silencio. Nada se movía. De pronto, fue consciente del ruido que hacía su propia respiración. Le costaba respirar.

Pensó en Glenda, su esposa. En los días que habían pasado juntos; en las noches. En Martin, el niño que ambos habían concebido y cuyo actual paradero desconocía. Incluso cuando la pasión había menguado, la idea de que Glenda y él seguirían unidos hasta que se hicieran viejos le había parecido tan fuerte como siempre. Sin embargo, resultó que aquello era mucho pedir. Ser esposa de un policía es un trabajo para toda una profesional. El miedo constante, los horarios intempestivos..., pero lo peor de todo era el odio que llegaba a percibir la familia de un policía cuando todo se torcía.

A Hobbes lo culpaban de la muerte de un oficial, de que se hubiera suicidado.

Y no solo un oficial, sino alguien que durante muchos años había sido su compañero. El que se suponía que era su mejor amigo, de hecho.

Eso es lo que creían sus colegas.

Cerrar filas, apoyar al equipo pasara lo que pasara. Esa era la regla, y Hobbes la había roto. Él había ido por su cuenta. Menuda estupidez. La suya era una voz solitaria en la oscuridad, en el frío corazón de la noche. Además, sabía que había sido la sensación de culpabilidad lo que lo había llevado a hablar. La sensación de culpabilidad porque no había hecho nada por defender al joven negro aquella noche.

Fue entonces cuando recordó las palabras del comisario, unas palabras que le habían presentado una verdad, una realidad, en la que ni siquiera se había parado a pensar. Lockhart quería que Hobbes trabajara en aquel caso en secreto y durante su tiempo libre. «Por el bien del cuerpo, Henry. Y, si no, hazlo por Charlie y por su familia. Hazlo por esa pobre niña que lo encontró ahí colgado». ¿Qué otra cosa podía hacer Hobbes sino mostrarse de acuerdo? Al fin y al cabo, pertenecía al equipo de la comisaría del centro de Londres; estaba acostumbrado a ver

crímenes de todo tipo, en cantidad y a todas horas.

Fue entonces cuando oyó la voz. Provenía de la habitación contigua, del trastero, del cuarto en el que había almacenado todo aquello de lo que no había tenido valor de deshacerse cuando se había mudado. Objetos personales. Objetos que le traían recuerdos.

Poco a poco, movió las piernas y se sentó en el borde de la cama. Se levantó.

Escuchó.

Nada.

¿Se habría equivocado? No, ahí estaba de nuevo el sonido. Bajo, persistente. Un llanto.

Sonaba lastimero, como si le doliera algo.

Dio un paso adelante, despacio, con cuidado, conteniendo el aliento. Sentía la moqueta bajo los pies descalzos.

Otro paso. Otro más. Se detuvo. Algo no iba bien. No se podía mover más. ¿Sería por miedo? El corazón le latía con muchísima fuerza.

Lo intentó de nuevo. No, no podía. Estaba atrapado. No podía moverse del sitio.

Bajó la mirada y vio que tenía una cuerda atada alrededor del tobillo.

«Joder, no... Otra vez no».

Estaba despierto. Del todo. Por completo.

En la casa no había nadie, solo él. Él y sus miedos. Él y su soledad. Un agente de policía entrenado, con experiencia en la calle, supuestamente cuerdo, que tenía que tomar aquella estúpida precaución cada noche para evitar sus problemas de sonambulismo. Atado como un perro. Lo de caminar dormido había empezado después de los disturbios y había ido a peor después de que su esposa le pidiera que se fuera de casa. En unas cuantas ocasiones, tampoco muchas, se había despertado con la mano en el pomo de la puerta principal del apartamento, esforzándose por abrirla, por escapar. En una ocasión, a las tres de la madrugada, se había despertado en la calle, en la acera, en pijama, mirando la calle iluminada por las farolas.

¿Adónde coño creía que iba?

¿Y qué coño creía que iba a encontrar cuando llegara?

MARTES

25 DE AGOSTO DE 1981

LUZ AMBIENTAL

Neville Briggs vivía en Notting Hill, en una de esas casas que habían sido antiguos establos o cocheras. En una sala de estar limpísima y muy bien decorada, con las paredes llenas de fotografías suyas enmarcadas, el fotógrafo les enseñó al inspector Hobbes y al agente Barlow las instantáneas que había tomado en el concierto de Monsoon Monsoon del sábado por la noche. En general, el público estaba compuesto por gente joven; demasiado joven, incluso, para haber seguido a Lucas Bell cuando el cantante estaba vivo. Aun así, eran seguidores de verdad, eso era evidente. Muchos iban vestidos igual que su ídolo: con telas brillantes, con largos pañuelos de seda, con chaquetas de terciopelo, maquillados con brillantina. Una gran cantidad de ellos se habían pintado la cara con la máscara del Rey Perdido.

Hobbes distinguió a Simone Paige entre la multitud.

Briggs la había enmarcado un tanto descentrada e iluminada por una luz cenital amarilla.

La periodista no tenía el mismo aspecto que los que la rodeaban; iba sin adornos, sin disfraces ni máscara. Su estilo era muy personal. Parecía que sus ojos, que tenían un aspecto incluso más extraño bajo las luces del club, estuvieran cubiertos, fruncidos por la preocupación. Era imposible saber en qué estaba pensando o qué sentía, pero no era nada bueno, eso saltaba a la vista. Una chica que había cerca la miraba con verdadera cara de odio.

El fotógrafo sonrió.

—Simone es un objetivo fascinante.

—¿Qué más tiene de la banda sobre el escenario?

Briggs les enseñó una serie de fotos, todas ellas de momentos diferentes de la noche: Sputnik en la parte de atrás, a la batería; Nikki Hauser a los teclados, y Brendan Clarke en el centro, iluminado por los focos, con la máscara resplandeciente del Rey Perdido en el rostro.

En fotografías posteriores, el maquillaje del cantante ya había empezado a correrse por efecto del calor y le caían gotas de sudor por la cara.

El público se había vuelto loco. En una de las fotografías se veía a una quinceañera que se subía a duras penas al escenario para abrazar al cantante. Aquello hizo que el inspector se plantease si la joven sabría que estaba abrazando a Brendan Clarke, no a Lucas Bell; que estaba abrazando a una persona, no a un fantasma.

En las últimas fotografías se apreciaba el momento álgido del concierto. En la primera de ellas aparecía Brendan Clarke con un cuchillo en la mano, levantado cerca de la cara.

Luego, un primer plano de la cara en el que se veían gotas rojas. El maquillaje, el sudor, la sangre falsa... El duro color blanco de las luces del escenario.

—Fue memorable, la verdad —comentó Briggs—. Me sentí como si me llevaran de vuelta a aquella época, a 1974.

—¿Al último concierto de Lucas Bell? —preguntó el agente Barlow.

—Aunque no fuera oficial, yo era el fotógrafo de Lucas. Tobías me contrató.

—¿Se refiere a Toby Lear? —preguntó el inspector.

—Sí, el representante de Lucas. Necesitaron mis servicios en numerosas ocasiones.

—Entonces, ¿era usted amigo del señor Bell?

El fotógrafo sonrió. Hobbes notó duda en sus labios.

—Sí, claro, éramos amigos íntimos. Bueno, lo íntimo que puede ser uno de una estrella del pop en alza.

Dio la sensación de que el fotógrafo se perdía contemplando las imágenes de Brendan Clarke con la máscara dañada. Luego, se aclaró la garganta y continuó:

—Es una desgracia terrible no ser capaz de dejar de tomar fotografías, de plasmar aquello que está sucediendo delante de tus narices. —Negó con la cabeza, desesperanzado—.

No hay forma de parar. La cámara tiene que hacer clic, independientemente del dolor que esté captando. Hay que capturar el objetivo. —Cerró la boca en una línea férrea—. Sí, sí..., soy un mirón. Esa es mi cruz.

—¿Qué hizo usted después del concierto del sábado? —le preguntó Hobbes.

—Volví a casa, solo, como es habitual. ¿Me convierte eso en sospechoso?

—¿Qué hizo inmediatamente después del concierto?

—Salí a hablar con Simone. Al poco rato apareció Brendan Clarke.

—¿Se puso usted celoso?

El fotógrafo miró fijamente al inspector.

—No, ¿por qué?

—Pero a usted le gusta la señora Paige.

—Es una amiga, nada más.

El inspector se quedó mirando al fotógrafo. ¿Le estaría mintiendo?

—Para ser sinceros, Simone se interpuso.

—¿Cómo que se interpuso?

Briggs miró al inspector y al agente, primero a uno y luego a otro, sin decir palabra.

—¿Se refiere... a que se interpuso entre Lucas Bell y usted? —le preguntó Hobbes.

El fotógrafo asintió.

—Me dejó sin posibilidades. Me lo arrebató. Me lo robó. Además, Lucas nunca volvió a ser el mismo.

—¿Se refiere a que volvió a ser heterosexual?

La pregunta molestó al fotógrafo, que miró al inspector con cara de odio y abrió la boca para soltarle alguna fresca. No obstante, no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos un momento. Algún antiguo recuerdo había hecho que se estremeciera.

—Pero, vamos, que ya la he perdonado.

—¿Cree que Lucas podría haberse enamorado de usted?

Neville Briggs sonrió.

—Ay, amigo..., claro que sí. Lucas le hacía a pelo y a pluma.

El agente Barlow carraspeó y el inspector levantó la mano para que permaneciera en silencio.

Briggs, envalentonado por su confesión, continuó hablando:

—A mí siempre me han gustado los chicos y las chicas por igual, siempre he sido capaz de enamorarme de unos y de otras y, a decir verdad, unos años después de que Lucas muriera, tuvimos un escarceo, pero...

—¿Simone y usted?

—Sí. Nos aferramos el uno al otro una noche. Fue un episodio melodramático, pero es que ella siempre estuvo colgada de Lucas... mucho más de lo que era bueno para ella. Él nunca..., bueno..., Lucas no habría muerto por ella.

—Entiendo. —El inspector se quedó pensativo unos segundos—. La señora Paige me contó que le había explicado cómo encontró la cara del señor Clarke. Lo de los cortes.

Briggs asintió.

—¿Qué piensa al respecto?

—Que es terrible. Esa máscara siempre ha traído mala suerte.

—¿Qué quiere decir?

—Que está maldita. Ojalá Lucas no la hubiera creado. De ser así, estoy seguro de que seguiría con vida.

El inspector obligó al fotógrafo a que prometiera que no le contaría a nadie lo de las heridas en la cara de la víctima. A continuación, le preguntó:

—¿Vio a alguien amenazar a Brendan Clarke aquella noche?

—Sí, a la zorra loca esa de Morgan. Le pegó una bofetada, muy a los años cincuenta. —Señaló una figura que aparecía en una de las fotografías del público—. Es esta.

En efecto, Morgan Yorke parecía joven, con esa cara de bebé que aún no han perdido los niños. La lágrima que llevaba pintada en la mejilla izquierda brillaba bajo un rayo de luz argenta. La joven tenía cara de disgusto, como si la actuación de Monsoon Monsoon le estuviera pareciendo mal. Resultaba raro ver una expresión así entre las personas que la rodeaban, pues era evidente que todos los demás se lo estaban pasando de maravilla, que se estaban entregando al máximo a aquel momento. El odio que sentía Morgan destacaba.

—Es penoso —dijo el fotógrafo—. Tanto Brendan como ella son..., eran... idiotas, los dos compitiendo por quién quería más a Lucas Bell, por quién sabía más de él..., peleándose constantemente hasta por el pedacito más pequeño. Joder, pero si el tío lleva siete años muerto, ¿es que no podían dejar que descansara en paz? —Hizo una pausa, tomó aire y le preguntó al inspector—: ¿Conoce la canción «Slow Motion Ghosts»?

—Yo sí —respondió el agente Barlow—. Pertenece a su segundo álbum. Es una canción muy buena.

—Es una canción de la hostia. Siempre pensé que, en esa canción, Lucas predecía lo que sucedería después de que muriera. —El fotógrafo se quedó en silencio una vez más. Luego, soltó una risa triste—. ¿No se dan cuenta? Lucas sigue aquí. Su fantasma aún nos influye.

El inspector Hobbes le mantuvo la mirada.

—Dígame, señor Briggs, ¿qué piensa del suicidio de Lucas Bell?

—¿Cómo que qué pienso?

El inspector no quería dejar sus cartas al descubierto, así que se limitó a responder:

—Usted lo conocía muy bien, ¿por qué cree que lo hizo?

—Bueno, esa es la pregunta del millón, ¿no?

—¿Y cuál es su respuesta?

El fotógrafo se tomó unos momentos para reflexionar.

—Lucas me llamó unos días antes..., ya sabe, antes de que sucediera.

—¿Le telefoneó?

—Sí. Parecía que estuviera fatal. Era evidente que había algo que lo había jodido bien.

De hecho, quería que fuera a verlo, a salvarlo.

—¿A qué se refería con eso?

—Ojalá lo supiera.

—Entonces, ¿le dijo dónde se encontraba?

Neville Briggs negó con la cabeza.

—No, no exactamente, pero me comentó que estaba en su ciudad natal.

—¿En Hastings?

—Sí. La oscuridad se cernía sobre él.

El inspector miró a los ojos al fotógrafo.

—¿Por qué dice eso?

—Eso es lo que él me dijo, inspector. «La oscuridad se cierne sobre mí», palabras textuales.

Hobbes le dio vueltas a aquella información.

—¿Cree usted que alguien lo estaba amenazando?

—No. Estaba sufriendo. Al fin y al cabo, hacía poco que había matado al Rey Perdido en el escenario. Supuse que se refería a que estaba intentando rehacerse. Que se estaba preparando para enfrentarse a todo, a sus problemas, fueran cuales fueran.

—Aun así, no fue usted a verlo.

—Sí, claro que fui, un par de días después. Me sentía muy culpable.

—Ha dicho que no tenía la dirección.

El fotógrafo negó con la cabeza.

—No, no la tenía. Pensé en pasarme por allí y en preguntar a la gente para ver si conseguía dar con él. Me quedé una noche en una de esas casas de alojamiento y desayuno.

Hastings no es muy grande. En aquella época era un sitio de lo más conservador y Lucas era alguien que destacaba, además de que era famoso. Pensé que sería fácil que lo hubieran visto. No tuve suerte. Nadie sabía nada. Incluso probé con sus padres. Lucas me había enseñado dónde vivía durante una sesión de fotos que hicimos para el álbum *King Lost*. No obstante, la mujer que abrió la puerta no quiso darme ni la hora. Además...

—¿Llegó usted demasiado tarde?

Briggs no podía responder. Bajó la mirada y habló despacio.

—Había un sitio.

—¿Un sitio?

—A veces, Lucas hablaba de su infancia. Solo lo hacía cuando tenía la guardia baja. En una ocasión, me habló de una campiña a las afueras de Hastings, un lugar al que solía ir con sus amigos en verano. La llamaba Witch Haven. Era un sitio mágico. —El fotógrafo levantó la vista y miró al inspector—. Un sitio al que iba para escapar, para huir de los problemas.

Sumé dos y dos.

Hobbes esperó a que le diera más información. Como el fotógrafo no seguía hablando, le preguntó:

—¿Tenía usted la sensación de que habría ido allí? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Me levanté muy temprano aquella mañana, listo para volver a Londres, para una sesión de fotos de moda. Pensé que el sitio estaba de camino, que bien merecía la pena que echase un vistazo. Así que conduje hasta allí, hasta aquella campiña.

El inspector se lo imaginó.

—¿Fue usted quien descubrió el cadáver, señor Briggs?

El fotógrafo asintió a toda velocidad, con furia.

—Encontré... Encontré su coche. Era inconfundible. Un Ford Capri que había pedido que lo pintaran de color azul pálido. Siempre lo llevaba limpio y reluciente. —Sonrió levemente al recordar aquello, pero su humor se oscureció enseguida de nuevo—. Lo vi aparcado en medio de la campiña. Nada se movía; todo estaba en silencio. Lo recuerdo con gran claridad. Yo era la única persona en kilómetros a la redonda. Había un cuervo posado en un poste de una valla, unas cuantas ovejas..., nada más..., y el coche allí en medio. Un azul suave recortado contra aquella hierba verde, contra las colinas, contra el cielo, contra el lejano mar. —El hombre tenía las manos cogidas con fuerza sobre el regazo—. La puerta del conductor estaba abierta.

Se le quebró la voz. Hizo una pausa.

El inspector lo dejó en paz unos instantes antes de preguntarle:

—¿Qué es lo que vio? ¿Qué es lo que vio dentro del coche?

Neville Briggs no respondió. Al menos, con palabras. Fue su cuerpo, que se tensó por completo, el que ofreció la respuesta. El fotógrafo cerró los ojos con fuerza y cruzó los brazos alrededor del pecho. Empezó a balancearse adelante y atrás, adelante y atrás, y su cabeza fue inclinándose al frente hasta que los policías no pudieron verle la cara.

Hobbes y Barlow esperaron. Se miraron el uno al otro.

El agente Barlow tenía ese tipo de cara que muestra una persona que considera que la situación le viene grande. Abrió la boca para decir algo, pero, en el último momento, decidió quedarse callado.

—Señor Briggs.

El fotógrafo respondió a la voz del inspector con un gemido grave que escapó de la bola en que se había convertido su cuerpo.

Hobbes se puso de pie y le hizo un gesto a Barlow para indicarle que se marchaban de allí.

—Señor, no podemos dejarlo así.

—Ahora mismo no podemos hacer gran cosa por él.

El inspector le dio las gracias al fotógrafo por su ayuda. No recibió ninguna respuesta.

Los dos policías fueron hasta la puerta de la calle y se encaminaron al coche. Una vez allí, Hobbes detuvo a Barlow cuando este estaba a punto de entrar en el vehículo.

—Espere..., que creo que Neville Briggs no ha acabado con nosotros todavía.

—No le comprendo.

El inspector sonrió.

—¿Cuál es su nombre, agente?

—¿Cómo dice?

—¿Cuál es su nombre de pila?, ¿el nombre por el que se dirige a usted su madre?

—James. Bueno, Jimmy, en realidad.

—En ese caso, Jimmy, nuestro Briggs tiene algo más que decir, estoy seguro. Ahora bien,

necesita estar un momento a solas.

El agente estaba confundido.

—¿Es..., es esta la lección número tres, señor?

—¿Cómo dice?

—La lección número tres.

—Si usted quiere, sí. A veces, es mejor apartarse. Darles espacio.

Los policías dejaron pasar un minuto. Barlow miraba aquellas casitas estrechas. Tosió con educación y pisó con fuerza la acera empedrada. Otros treinta segundos. Hobbes siguió esperando. Entonces, como si estuviera aguardando el momento adecuado, Neville Briggs abrió la puerta principal de su casa y salió. Llevaba en la mano un enorme sobre blanco.

—Esto no se lo he enseñado nunca a nadie. Nunca en todos estos años.

—¿Qué es?

—Usted..., usted lléveselas, por favor. Me han arruinado el alma. ¡Que Dios se apiade de mí!

Volvió corriendo a su casa.

El inspector abrió el sobre. Dentro había unas fotografías. Pasó las primeras. Un par de ellas más. Antes de acabar de ojearlas, un pensamiento lo golpeó como si acabara de caerle un rayo.

Estaba viendo el escenario de un crimen.

LA GALERÍA

El inspector Hobbes y el agente Barlow salieron de la circunvalación y cogieron la A21, que los llevaría a la costa sur. El agente encendió la radio. Música pop, letras insustanciales, melodías machaconas.

—Hay una cosa que no entiendo, señor —empezó a decir el agente en un momento dado—. Briggs nos ha comentado que Lucas Bell le dijo: «La oscuridad se cierne sobre mí»; sin embargo eso no concuerda con la carta que le envió a la señora Simone Paige el día en que murió. En ella, parecía que se sintiera esperanzado.

El inspector se mostró de acuerdo.

—Así es. Creo que el joven estaba confundido. Como si tuviera dos personas dentro, por decirlo de alguna manera. Había algo que lo asustaba, que lo asustaba muchísimo, ya fuera en su cabeza o en el mundo. Puede que ese último día... estuviera pidiéndole ayuda a la señora Paige.

—¿Y la cosa salió mal?

—Ya fuera por algo que él mismo hizo o por algo que hizo alguien..., salió mal, sí.

Barlow le contó al inspector lo poco que sabía de la carrera de Monsoon Monsoon.

—No llegaron a despegar, señor. Sacaron dos discos y ninguno de los dos se vendió apenas. Su propia casa discográfica los dejó de la mano.

—Entonces, adoptar el mito de Lucas Bell fue lo que los hizo un poco conocidos, ¿no?

—Sí, señor. Es paradójico, pero su último concierto fue el más importante de su carrera.

Pararon a echar gasolina y a comer algo en una estación de servicio. Mientras le hincaba el diente a su sándwich de jamón y pepino, el agente le preguntó a su superior:

—¿Qué es lo que estamos buscando? ¿En qué tenemos que fijarnos cuando lleguemos?

—Lo primero de todo es dar con Nikki Hauser. Ella está implicada en el caso, estoy seguro, y tengo entendido que va a estar en Hastings. Luego, no hay que olvidar a la joven esa que golpeó a Brendan Clarke después del concierto. Tenemos su nombre, pero necesitamos su dirección.

—Morgan Yorke.

—Eso es. —El inspector Hobbes le echó otra cucharadita de azúcar al té—. Ya he hablado con la policía de Hastings y tendrán un pequeño contingente en la campiña de Witch Haven para mantener la paz. Nuestro contacto allí es... —buscó un pedazo de papel en el bolsillo— la detective Jan Palmer.

Barlow sonrió.

—¿Qué ocurre con la señora Paige?

—¿Qué ocurre con ella?

—¿Cree usted que estará allí? Está claro que no confía usted en ella.

—Es sospechosa. Todos lo son.

—¿De verdad?

—Todos y cada uno de ellos, por mínima que sea su asociación con el caso. Siempre tiene uno que dudar. Dude de todo, ¿entiende? Y de todos. Incluso de los inocentes.

El agente frunció el ceño.

—¿No confía usted en nadie?

El inspector no respondió.

—Disculpe, señor, me he pasado de la raya.

—No se preocupe. Sé lo que parezco.

Daba la impresión de que el agente estuviera avergonzado. El inspector se tomó de un trago el té.

—Pero, qué coño, aquí estoy, vivito y coleando.

El agente no dijo nada al respecto, al menos, no al principio. Se sacudió las migas de su chaqueta Harrington e inspeccionó la cafetería. Era algo más del mediodía y el sitio empezaba a llenarse de viajeros. Sonaba la música.

—¿Qué sucedió, señor?

Hobbes levantó la vista para mirar al agente a los ojos. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Qué sucedió de verdad en el Soho? Hay muchos rumores, así que es difícil saber a qué carta quedarse. ¿De verdad le dieron una paliza a un negro?

—Se la dieron. Una paliza terrible. El sargento Len Mawley, el sargento Patrick Boyle y el inspector Charles Jenkes.

—¿Lo vio usted?

—Por supuesto que lo vi. Lo vi tan de cerca como estoy de usted ahora.

Barlow silbó por lo bajo.

—Hostia puta...

Era la primera vez que el inspector le oía decir tacos.

—Es horrible..., si es verdad.

—¡Claro que es verdad!

—Es una mierda. Es una mierda que la policía tenga que actuar así.

—¿De verdad piensa que no les quedó otra?

—Las circunstancias...

—¡No! De circunstancias nada.

—Pero, señor...

—No hay excusa. Da igual cuál haya sido la provocación.

Barlow iba a decir algo, pero se mordió la lengua. Hobbes encendió un cigarrillo y le dio una calada honda para calmarse. Por alguna razón, bajaba un poco la guardia cuando estaba con el agente. Aquello le recordó las conversaciones que solía tener con el inspector Collingworth cuando estaban de vigilancia, momentos en los que compartían experiencias y chistes, pero no secretos. A la vieja usanza, de acuerdo con los viejos códigos. Una armadura. Y, de vez en cuando, un rayo de luz, una sola palabra. El pinchazo de la dolorosa verdad. Después, silencio.

El inspector le dio otra calada larga al cigarrillo.

—Lo peor es que debería haberme quedado allí y haberlos separado..., pero tuve miedo.

Me temblaba el cuerpo, no me podía mover..., hasta que me di la vuelta y eché a correr, claro. —Notó que se le tranquilizaban las manos—. Salí corriendo. No hice nada más.

El agente Barlow no dijo nada.

El inspector negó con la cabeza.

—No pretendo que lo entienda. Cómo iba a entenderlo. Es usted demasiado joven, está demasiado verde. Este trabajo...

—¿Qué le pasa?

El inspector pensó muy bien qué decir antes de continuar:

—Ser policía le cambia a uno y, en general, para mal. No obstante, al final, lo único que importa es esa pequeña parte, esa parte diminuta, que ha cambiado para bien. Esa es la parte que debe uno regar.

Barlow asintió. El inspector siguió hablando:

—¿Lo hará usted? ¿Me promete que intentará mejorar por todos los medios?

—Lo haré. Lo intentaré —respondió Barlow despacio pero con firmeza.

El inspector se alegró de que aquella fuera la respuesta del agente. Era un comienzo. Sin embargo, la conversación hizo que pensara en los problemas que tenía con su familia. Su hijo se había ido de casa. ¡Solo tenía diecisiete años, por amor de Dios...! Se había escapado.

Aquel era el resultado de todo lo que había sucedido.

Cuando se casó con Glenda y ella se quedó embarazada, Hobbes se había prometido que sería un buen padre, que no se parecería en nada al que él había tenido, que estaría siempre ahí para su hijo, pasase lo que pasase. Sin embargo, su trabajo había ido absorbiéndolo, la extrema naturaleza de este, la batalla continua contra la oscuridad. Era como una enfermedad y, sin que Hobbes se diera cuenta, la situación se había desequilibrado. Entonces, una tarde, mientras la prensa estaba reunida frente a su casa y los fotógrafos los asediaban, Martin se había escapado, había saltado la valla del jardín trasero, porque la puerta estaba cerrada con llave. En aquel momento, Hobbes estaba trabajando, y la ausencia del joven no se convirtió en una preocupación hasta la noche. Al muchacho no lo habían visto desde entonces. A Hobbes se le vino una idea absurda a la cabeza: «Tengo que probarme a mí mismo. ¡Tengo que hacerlo! ¡Por Martin!». Solo de esa manera conseguiría tentar a su hijo para que volviera a casa.

Acabaron la comida y la camarera se llevó los platos. El inspector sacó el sobre que les había entregado Neville Briggs. En su interior había una decena de fotografías, además de una tira de negativos.

—Así que esta es la campiña de Witch Haven —comentó el inspector mientras miraba la primera fotografía—, el sitio en el que se suicidó Lucas Bell. O en el que lo asesinaron, claro..., dependiendo de la historia que uno decida creer.

Hobbes fue pasando las fotografías una a una. En ellas era muy temprano por la mañana.

La luz era gris y caía de lado. Había algo de niebla aquí y allí. Una carretera de tierra, un pedazo de valla de piedra y una verja. La campiña de Witch Haven estaba al otro lado y había un coche azul y solitario aparcado en el centro, en un punto en el que la colina perdía su elevación. El vasto cielo formaba un arco por encima y el mar apenas se veía en la distancia, entre dos colinas.

Cada una de las fotografías los acercaba más al vehículo.

En una de ellas, la imagen estaba borrosa. ¿Sería que al fotógrafo le temblaban las manos?

—No lo entiendo, señor. ¿Por qué iba a tomar el señor Briggs fotografías a medida que se acercaba al coche? ¿Será que se esperaba lo peor... y que quería documentarlo paso a paso?

—Puede ser. Ya ha visto que vive recluido. Es uno de esos artistas locos.

Pasaron a la siguiente fotografía, en la que se veía el Ford Capri de cerca. Una de las puertas estaba abierta.

—Pero hay otra explicación. Neville Briggs ya ha visto lo que hay dentro y ha vuelto sobre sus pasos para inmortalizar la situación desde diferentes puntos, desde ángulos distintos. Es un proyecto.

—Eso sería un poco desalmado, ¿no?

—Lo sería. Mucho.

El inspector pasó a la siguiente fotografía.

—¡Dios!

Hobbes ya había visto aquella instantánea tan dura cuando el fotógrafo le había entregado el sobre.

—Tranquilo. Piense en que va a tener que ir acostumbrándose.

El agente estaba un poco pálido, pero cogió la fotografía, la última de la secuencia, y la miró sin pestañear.

El inspector lo observó.

El joven contuvo el aliento.

—No me imaginaba que tendría tan mal aspecto.

—Ya... Es una forma terrible de morir. Un modo desagradable.

El inspector también miró la fotografía. Buscó pistas en ella. La habían tomado a la altura de la puerta abierta, que era la del copiloto, y se veía la cara de la víctima con claridad.

Tampoco es que fuera el peor disparo en la cabeza que veía Hobbes. El arma debía de haber sido pequeña, una pistola de poco calibre. Aun así, la mayor parte de la sien derecha había desaparecido y la había sustituido una masa de sangre y hueso.

—No entiendo por qué está sentado en el asiento del copiloto —dijo el agente Barlow.

—Esto se explica en una entrevista que leí ayer. Lo declaraba un testigo que aseguraba que había visto a Lucas Bell la noche en que había muerto. Al parecer, una mujer lo llevaba en dirección a Witch Haven.

—¿Y no sabemos quién es esa mujer?

—No lo sabemos, no. De hecho, ni siquiera sabemos si la historia es cierta. —El inspector

negó con la cabeza—. Mire, Barlow, cuando he sacado las fotografías del sobre por primera vez y las he ojeado, lo primero en lo que he pensado es que tenía delante el escenario de un crimen. —Dejó que la idea se cociera a fuego lento—. No un suicidio, un asesinato.

—¿Y qué le ha hecho pensar eso, señor?

—No estoy seguro. Es una idea que me ha venido sin más a la cabeza.

Daba la sensación de que el agente estuviera preocupado.

—No sé, señor... —Señaló la última instantánea—. Puede que se trate de Lucas Bell matando al Rey Perdido..., pero de verdad.

—¿Sigue usted pensando que se suicidó?

—Sí... o no. Es un asesinato. Me refiero a que la persona está matando al personaje, al Rey Perdido. —Dudó—. Estoy elucubrando.

—Bien, pues siga.

El agente sonrió.

—Muy bien. Puede que su actuación en el último concierto no fuera sino un ensayo de este momento, un acto final que pretendía que fuera mucho más personal.

—¿Y qué hay del asesinato de Brendan Clarke?

—¿Un seguidor fanático que quería hacer exactamente lo mismo que hizo Lucas Bell: matar al Rey Perdido una segunda vez? Es decir, qué mejor homenaje podría ofrecer un seguidor a su ídolo, ¿no?

El inspector pensó en ello. Le parecía extremo, pero a lo largo de los años había descubierto que el corazón humano no sabe de restricciones.

—Puede ser, sí. Puede ser.

Sin embargo, había algo que seguía sin encajar. Repasó las fotografías y estudió las dos primeras. La sensación de que tenía delante el escenario de un crimen lo había sorprendido antes incluso de contemplar la cara ensangrentada. ¿Qué había visto? Se concentró en la tercera fotografía, en la cuarta. De pronto, se dio cuenta de que las imágenes que estaba observando estaban tomadas exactamente hacía siete años. Exactamente. En la siguiente fotografía aparecía el vehículo por delante, pero el parabrisas estaba demasiado oscuro como para que se apreciara el horror que había detrás de él, al otro lado del largo capó.

Sintió un hormigueo en el cuello.

—¿Ve usted eso, Jimmy?

El agente estudió la imagen y, al cabo de un rato, asintió.

En el salpicadero, a través del parabrisas, había una carta, como un talismán. Para aquel entonces, sus colores y su imaginería eran fácilmente reconocibles para el inspector Hobbes: el joven que caminaba, el perrito, el abismo a sus pies.

La carta del Loco.

La misma carta del tarot que habían encontrado en el cadáver de Brendan Clarke.

UNA CAMPIÑA EN INGLATERRA

Al final, no necesitaron el mapa que el inspector Hobbes había comprado en la estación de

servicio y tampoco fue necesario que siguieran las señales de la carretera.

Fue el agente Barlow el primero que los vio.

—Fíjese, señor.

El inspector miró por el parabrisas. Por delante de ellos iban cinco o seis personas, todas ellas vestidas de negro de pies a cabeza. Destacaban como un grupo de cuervos en aquellos campos verdes que los rodeaban.

Barlow giró el volante para seguir a los fans de Lucas Bell y los policías entraron en una carretera de tierra que iba ascendiendo por entre dos muros de piedra irregulares. Entonces vieron a más gente, vestida bien de negro, bien con ropas modernas y coloridas. En el camino se les unieron unos pocos coches, bicicletas y motos, todos ellos por la suave pendiente y en dirección a lo alto de la colina. Cuanto más ascendían, más gente había en la carretera, hasta el punto de que, en un momento dado, tuvieron que sortear a una serie de personas reunidas prácticamente en medio del camino. Algo más arriba, la carretera se estrechaba. Por fin, entraron en una zona, una campiña, habilitada como aparcamiento y que ya estaba a reventar de vehículos. Una joven les comunicó que tenían que pagar por el privilegio de estacionar allí.

Siguieron a pie.

—No destaquemos, ¿eh, Barlow? No somos sino dos admiradores más, ¿entendido?

Hicieron una fila hasta una verja en la que había un anciano, un granjero. Allí, los seguidores de Lucas Bell pagaban la entrada. El inspector y el agente hicieron lo propio.

—¿Es esta su primera vez? —les preguntó el granjero.

Hobbes asintió y le tendió dos billetes de una libra, uno por él y el otro por el agente.

—¿Cuáles son las normas? —preguntó el inspector.

—Nada de tirar basura, no se puede beber ni se puede uno drogar y nada de peleas. Ah, y lo más importante de todo: nada de molestar al ganado. Pasen.

Los policías cruzaron la verja y empezaron a descender la pendiente de la colina por detrás de los seguidores de Lucas Bell. Ya estaban en Witch Haven. Hobbes hizo una estimación rápida. En aquella extensión de terreno había unas quinientas personas y aún faltaban muchas más por llegar. La inmensa mayoría eran jóvenes. Algunos preferían el aspecto gótico y vestían todo de negro, pero otros iban con ropa más glam y la mezclaban con el actual estilo romántico, de modo que creaban su propio híbrido. Los hombres parecían mujeres y las mujeres parecían hombres, y muchos de ellos parecía que disfrutaran de esa ambigüedad de género. El inspector no podía dejar de pensar en que destacaba, pues iba en mangas de camisa y con un par de pantalones vaqueros que le quedaban un poco grandes.

Pasaron junto a dos furgonetas de comida: una vendía perritos calientes y otra, helados.

Ambas estaban haciendo el agosto. Un grupo de ovejas mordisqueaban la hierba sin que las perturbara lo más mínimo la presencia humana. Había unas cuantas parejas de agentes de policía, que mantenían las distancias con los asistentes, con los dolientes..., con lo que fueran. A decir verdad, todo estaba de lo más tranquilo. No daba la sensación de que allí fuera a producirse ningún acto violento. El mar se veía a lo lejos y el sol de la tarde empezaba a recogerse por un cielo azul teñido con un toque de púrpura justo encima del agua. Cabía la posibilidad de que lloviera o, al menos, eso es lo que el inspector y el agente habían oído de camino en el pronóstico del tiempo. En cualquier caso, el día aún estaba templado. Un pequeño equipo de televisión acompañaba a algunos de los seguidores de Lucas Bell y el reportero no paraba de hacerles

preguntas.

El inspector Hobbes frunció el ceño.

—El asesino de Brendan Clarke está aquí —comentó—. Estoy seguro.

—¿Usted cree?

—Si están tan locos por Lucas Bell como creemos, sí.

El agente abrió los ojos de par en par.

—Increíble —soltó.

Hobbes miró en la misma dirección en la que miraba el agente Barlow.

—¿Qué sucede?

—El coche, señor. El Ford Capri... sigue ahí.

El vehículo estaba aparcado en medio de la pendiente, en dirección hacia el mar. Se acercaron para unirse a la multitud de seguidores que se agrupaban a su alrededor. El agente susurró:

—En realidad no es un Capri, sino un Cortina.

—El granjero ha debido de comprarlo y aparcarlo aquí. Supongo que es beneficioso para el negocio. Un sitio que adorar. Un altar.

La pintura azul del coche estaba deshecha aquí y allí con pintadas, con una telaraña de nombres y fechas. La ventanilla del conductor se encontraba abierta, y tanto los asientos delanteros como los traseros contenían cientos de mensajes escritos en postales y en pedazos de papel. Hobbes nunca había sentido un fervor así, ni por una persona, ni por un objeto, ni por un dios, y no pudo evitar que lo sacudiera un pinchazo de envidia.

Se metieron entre la multitud. El inspector había memorizado los rasgos de Nikki Hauser, pero allí había tanta gente que una cara se mezclaba con otra. Estaban completamente rodeados.

Era evidente que todos sabían que ellos dos no eran fieles seguidores. Ojos pintados y brillantes los miraban a Barlow y a él. En una campiña abarrotada de autoproclamados rebeldes y raros, ellos eran los verdaderos extraños. El inspector decidió devolver todas y cada una de las miradas. El sudor empezó a hacer que la camisa se le pegara a la espalda.

Sintió como si la temperatura hubiera subido un poco. De pronto, la muchedumbre se movió hacia delante. Había algún altercado. Hobbes notó como si alguien chocara contra él. Sintió que la furia lo embargaba y se dio la vuelta para reprender al culpable. Barlow lo detuvo.

Poco a poco, entre tantos empujones, acabó formándose una fila y ambos policías se pusieron en ella, aunque no tenían ni idea de adónde iba a llevarlos.

La campiña se oscureció un poco a medida que iban apareciendo nubes y el aire se iba tornando húmedo. Había una tensión peculiar en el ambiente, como algo que a uno le estiraba la piel. Los vendedores de fanzines ofrecían su producto por la fila. Dos amantes, ambos con la máscara del Rey Perdido pintada, se besaban con pasión mientras otro, un amigo, o puede que un desconocido, les sacaba fotos. Aquel era un sitio de pasión elemental.

La fila iba avanzando y, por fin, el inspector y el agente llegaron a la meta. Ante ellos tenían un altar casero hecho con piedras, botellas, clavos, cuerda y algo de madera. Los seguidores se arrodillaban frente a él y parecía que rezaran.

Alrededor del altar se distinguía una serie de ofrendas votivas: un collar de plástico, jarrones con ramos de dientes de león, un pañuelo de seda, púas, cuerdas de guitarra, mechones de pelo, e incluso lo que parecían restos de uñas cortadas. Unas velas titilaban dentro de recipientes de

cristal. En el panel central habían grabado una inscripción.

LUCAS BELL

9 de marzo de 1948 – 25 de agosto de 1974

El inspector se quedó mirando el epitafio. La gente contenía el aliento. A su alrededor se había hecho el silencio. Alguien tosió y lo rompió. Se oían risitas nerviosas, sollozos. Unos se sentían cautivos, otros se sentían liberados.

El inspector y el agente se alejaron de allí. El olor embriagador de la marihuana flotaba por el lugar y un grupo de gamberros se pasaba una botella de vodka y un porro, ambas cosas, claros desafíos a las instrucciones del granjero. El inspector se acordó de cuál había sido la última vez en la que había formado parte de una masa de gente: en Brixton, hacía cuatro meses. Qué distinta había sido la pasión de la multitud aquella noche. El enfado conducido por el miedo, la pobreza, el racismo. Aun así, sentía que tenía más en común con los jóvenes negros y con los blancos marginados a los que se había enfrentado aquella noche que con la gente que lo rodeaba en aquel momento.

Barlow le tocó en el brazo y le preguntó:

—¿Oye eso?

Sonaba una música. Se trataba de uno de los seguidores más mayores, que cantaba un medio tiempo pop acompañado de una guitarra acústica. No tenía ni micrófono ni amplificador y, aun así, su voz de barítono cascada por la nicotina sonaba con fuerza, como la de un pastor en misa.

El agente susurró:

—¿Ve quién es? ¿Sabe quién está cantando? Es Johnny Valentine.

—¿La antigua estrella del pop?

—¡El mismo! Su nombre aparece en varios momentos de la historia de Lucas Bell. Eran buenos amigos, al principio. De hecho, cuando Lucas llegó a Londres, su primer trabajo fue tocando la guitarra en la banda de Valentine. Su primera ruptura, antes de que empezara a tocar solo y de que su carrera despegara.

El inspector había oído hablar de Johnny Valentine y recordaba haberlo visto en televisión unas cuantas veces a finales de los años sesenta.

—Ha cambiado mucho desde que estaba en la cumbre, ¿no?

—Sí. Hubo un escándalo. Lo arrestaron por posesión de drogas junto con una debutante de la alta sociedad. En aquella época se consideró toda una ofensa, teniendo en cuenta que había pertenecido a la clase trabajadora. El juez quiso dar ejemplo con él y se centró en la mala influencia que suponía para la juventud de aquel entonces. Estuvo encerrado seis meses, aunque eso lo hizo aún más famoso. —Barlow negó con la cabeza—. Aunque, hoy en día... Bueno, ya lo ve.

Hobbes se unió a la gente que rodeaba al vocalista, que cantaba desde una especie de escenario hecho con cajas de madera. La imagen de Valentine que tenía en la cabeza, la de un vivaz cantante de pop que se dejaba la piel en el escenario, era muy distinta de la de aquel

hombre, cuya frente estaba llena de profundas arrugas y llevaba tanta laca que aquel pelo gris suyo más bien parecía un casco medieval. El cantante tenía parte de la cara cubierta con un apósito. La vida se lo había comido. Aun así, cantaba bien y la gente agradecía que estuviera allí. Le aplaudieron enérgicamente cuando acabó. Valentine les dijo: —La siguiente es una de las baladas de Lucas: «Brotes del linde». —Hizo una pausa y tomó aliento—. Y se la quiero dedicar a Brendan Clarke, un trovador que se nos ha ido hace muy poco.

El guitarrista tocó las primeras notas de una frase. Al lado del cantante había una mujer que también tocaba la guitarra. Estaba sentada en un taburete y acompañaba los acordes con melodías. Empezó a llover, poco, como si la canción mantuviera a raya el día con su tonalidad menor. Entonces, entre la multitud, el inspector divisó con claridad la cara de la guitarrista y la reconoció de inmediato. Era Nikki Hauser.

—¡Barlow, rápido!

La multitud echó a correr de aquí para allá cuando la lluvia empezó a arreciar. Una tormenta de finales de verano. El aguacero marchitó las flores de los jarrones que había alrededor del altar y apagó las velas. La gente se desperdigó. Algunos chillaban, ya fuera porque la lluvia los había sorprendido o porque se alegraban por la situación. Solo los verdaderamente fanáticos permanecieron allí, con el pelo pegado a la cara y el maquillaje corriéndoseles, y uno o dos se pusieron a cantar con aire desafiante. La guitarrista y Valentine se habían dirigido a la verja de la campiña. Hobbes se abrió camino entre la multitud y los siguió lo mejor que pudo. Tenía la camisa mojada. La lluvia caía con fuerza.

Vio cómo el agente Barlow alcanzaba a Hauser y a Valentine en la carretera. Se produjo una especie de disputa. Hobbes no alcanzaba a oír lo que sucedía, pero era obvio que Valentine, que agitaba los brazos en alto, estaba gritando. El inspector decidió olvidarse de la lluvia y echó a correr. Estaba sin aliento y empapado cuando llegó hasta donde se encontraba el trío, momento en que se dio cuenta de que Barlow había sacado la placa y que la sujetaba alejada del cuerpo para evitar que Valentine se le echara encima.

El cantante escupió en el suelo. Su elaborado peinado se había ido al traste y, ahora, debido a una evidente falta de pelo, se le veía el rosado cuero cabelludo aquí y allí. Daba la impresión de que estuviera bastante borracho. El apósito de la cara se le había movido con la lluvia y el inspector se fijó en que tenía un corte que parecía reciente. La sangre estaba seca y se había formado una costra.

—Oye, que no sabía que fueras poli, ¿vale? —Valentine tenía un fuerte acento de Liverpool —. Perdona, tío. Pensaba que ibas a por Nikki.

Hobbes ignoró al cantante y se dirigió a la mujer:

—¿Nikki Hauser?

Ella lo miró con cara de desprecio.

—Soy el inspector Hobbes. Tenemos que hablar, nada más. No será mucho rato. Me gustaría que nos centrásemos en Brendan Clarke.

La mujer no decía nada. El inspector siguió mirándola. Ella ni se inmutaba, con la cara pintada de blanco y una lágrima negra en la mejilla izquierda que había empezado a correrse.

Su sombra de ojos hacía que pareciera que tenía una especie de neblina azul alrededor de las cuencas, y su pelo, corto, negro y en punta, hacía que sus rasgos pintados destacaran aún más. Parecía una criatura mágica; un ser que, por suerte, uno alcanzara a vislumbrar en el bosque a

medianoche.

La mujer habló por fin y dejó que fuera la ira la que la representara:

—¿De Brendan? Brendan está muerto y yo estoy mucho mejor sin él.

Los cuatro permanecieron bajo la lluvia.

Valentine esbozó una mueca.

—Mira, Nikki, cariño..., estoy empapado. Te espero en el coche, ¿vale?

Se fue antes de que la mujer pudiera responder.

Hobbes y Barlow guiaron a Hauser al otro lado de la carretera, hasta donde tenían aparcado su coche. Los tres entraron en el vehículo; el agente al volante y el inspector y la joven detrás. Hobbes empezó a interrogarla a bote pronto.

—¿Qué hizo después del concierto del sábado por la noche?

—Me fui a casa.

—Uno de mis agentes ha hablado con su compañera de piso y, al parecer, lo que acaba de decir no es cierto.

Hauser sonrió.

—Se lo puedo explicar.

—Por favor.

—Tengo varios refugios. Ya sabe, sitios en los que pasar la noche. Sitios en los que me puedo quedar sin tener que pedir permiso, y Johnny siempre cuida de mí cuando estoy mal.

—Así que pasó la noche en casa del señor Valentine.

—Sí, en su apartamento, después de que dejara a Brendan y a Sputnik cada uno en su casa. No bebo, ¿sabe?, así que siempre me toca conducir.

—¿No entró en casa con Brendan?

—No. —Por primera vez, una puñalada de arrepentimiento en su voz—. Cuando lo dejé en su casa, fue la última vez que lo vi.

El inspector le dio espacio para que respirase. La lluvia tamborileaba en el techo del coche y salpicaba las ventanillas.

—¿No volvió más tarde a casa de Brendan?, ¿o puede que por la mañana?

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

Hobbes probó suerte.

—¿Y si le dijera que la vieron dejar la casa de Brendan a primera hora de la mañana?

—¿Qué? ¡Ni mucho menos! ¿Quién lo dice?

—Pero usted era amiga de Brendan, ¿no? Tengo entendido que habían estado prometidos, ¿cierto?

—Sí, ya saben lo que se dice en los cuentos de hadas, ¿no?, eso de «Érase una vez...».

El inspector la miró intencionadamente para ver si era capaz de descubrir algo en ella.

En ese momento se dio cuenta de que Hauser era mayor de lo que parecía a primera vista.

Debía de andar por los treinta o por los treinta y pico. Por debajo del maquillaje estropeado por la lluvia y del corte de pelo masculino aparecía una mujer que, poco a poco, empezaba a cansarse. Ahora bien, ¿de qué? Eso no resultaba evidente. Tenía la piel llena de marquitas, restos de una antigua enfermedad. Sus labios eran finos, casi sin sangre, allí donde se le había corrido el pintalabios. Al inspector le dio la sensación de que Hauser había hecho un viaje muy largo en la vida, un viaje que, ahora, la dejaba expuesta, sin tapujos.

—Pobre Johnny, qué tonto es —comentó mientras miraba por la ventanilla.

El inspector siguió su mirada y vio que Valentine se esforzaba por entrar en un Hillman

Avenger azul. Al cantante se le habían caído las llaves al suelo, ahora embarrado, y resultaba evidente que era incapaz de dar con ellas.

—Barlow, vaya a ayudar a ese pobre hombre.

El agente salió del coche sin rechistar y dejó a Hobbes y a Hauser solos en el asiento de atrás.

—¿Qué le ha pasado al señor Valentine en la cara? ¿De qué es esa herida?

—Ay, Johnny..., ese siempre está metido en alguna.

—¿Alguien lo ha atacado?

—Sí, su peor enemigo.

El inspector advirtió amor sincero en los ojos de la mujer.

—¿De qué conoce al señor Valentine?

—Nos conocimos hace muchísimo tiempo. Toco el teclado en su banda... cuando se le antoja salir de gira, claro. No deja de pensar que va a componer un último gran éxito. —Se rio un poco —. Bueno, a todos nos pasa, ¿no?

Cerró los ojos. Un par de gotas de lluvia le cayeron del pelo a la cara y parecieron lágrimas mientras viajaban por la abrupta cresta de la nariz.

El inspector decidió sincerarse con ella:

—Nikki, estoy teniendo problemas para resolver el asesinato de Brendan Clarke y creo que usted puede ayudarme.

—¿En serio?

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño? ¿Matarlo?

La mujer lo miró.

—Yo misma —susurró—. Yo. Sí, me habría gustado castigarlo. Muchas veces pensé en clavarle un cuchillo en el corazón.

—¿Por lo que le hizo?

—Sí.

—¿Y qué es lo que le hizo exactamente?

Hauser sonrió y se negó a hablar.

—Su madre piensa que tuvo usted una aventura con otro hombre.

—Ah, no, lo de Johnny no cuenta. No creo que se le haya puesto dura, al menos, como es debido, desde su último número uno. Con él únicamente busco consuelo. Consuelo frente a la noche, frente a los demonios, frente a las viejas decepciones. Aun así, Brendan estaba celoso. Me quería solo para él.

Hobbes frunció el ceño.

—Sí, los prometidos suelen pensar así.

Hauser entornó los ojos, que quedaron escondidos detrás de aquella máscara, de aquella sombra azul.

—Usted está tan solo como nosotros, se llame como se llame.

—Hobbes. Inspector Hobbes.

—Todos necesitamos algo que nos ayude a pasar la noche..., ¿o no? Alcohol, drogas, sexo... Si tenemos suerte, un compañero, el amor...

—¿Había encontrado usted eso en Brendan?

—Sí. Creía que lo amaba... o, al menos, lo creí durante un tiempo. Hasta que...

—Siga, por favor.

Por unos instantes, el inspector pensó que Hauser se lo iba a contar, pero a la mujer le temblaron los labios y cerró la boca. Hobbes la observó. Parecía que estuviera muy lejos.

La lluvia paró tan de repente como había empezado; el verano, que se apagaba y se encendía a voluntad. Las ventanillas estaban empañadas. En una de ellas apareció una forma oscura. Era el agente Barlow. El inspector bajó la ventanilla para preguntarle: —¿Qué tal lo lleva el señor Valentine?

El agente se había puesto su chaqueta holgada por encima de la cabeza a modo de capucha.

—Está borracho y cabreado por vaya usted a saber el qué. Se ha rascado la herida de la cara y está sangrando. Desde luego, no está en condiciones de conducir.

—Dentro de un momento voy a ir a hablar con él.

El agente cogió la manija de la puerta con intención de entrar en el vehículo.

—Estoy empapado.

—No, quédese con él. No deje que se vaya.

Hauser se mostró muy preocupada.

—Johnny no está bien. Necesita mi ayuda. ¡Tengo que cuidar de él!

—Enseguida habré acabado con usted, señorita Hauser —le aseguró Hobbes.

Barlow frunció el ceño, pero regresó al coche de Valentine.

El inspector volvió a centrarse en Nikki.

—No podré dar con el asesino del señor Clarke a menos que sepa todos los detalles que necesito para entender lo sucedido. ¿Lo comprende?

Nikki Hauser asintió.

—He hablado con su batería, con Sputnik. Me ha contado que Brendan estaba molesto con usted porque había descubierto algo que tenía que ver con su persona. Algo malo.

Asegura que es por eso por lo que rompió el compromiso.

Hauser hizo un dibujo en la condensación de la ventanilla. Una forma ovalada.

—¿Señorita Hauser? Dígame a qué se refería Sputnik.

La mujer sonrió.

—¿Ese? Pero si casi no sabe ni llevar el ritmo. No hay nada sincero en su interior.

Hobbes estaba empezando a sentirse frustrado. Aquella mujer se escondía detrás de las palabras y de su inteligencia.

—Señorita Hauser, me temo que va a tener que responder usted.

—Pues es muy sencillo. Le conté a Brendan la verdad sobre su querido y amado Lucas, sobre el tipo de persona que era en realidad. —Por fin había empezado a hablar y daba la sensación de que ya no iba a parar—. Le expliqué el dolor que había causado; las estupideces que había hecho..., grandes estupideces...; la gente a la que había herido, a la que había pisado, a la que había echado del camino para llegar a donde había llegado.

—Yo pensaba que Lucas Bell le caía bien.

—Me caía bien. Me cae bien..., pero mi amor está basado en la verdad, no en la fantasía, mientras que el de Brendan...

—¿Brendan no soportaba la verdad?

—Brendan quería el sueño, la fantasía. Brendan amaba al Rey Perdido por encima de todo,

no a Lucas. —Hizo un sonido desdeñoso—. ¿Sabe?, se puso a llorar cuando bajó del escenario después del concierto del sábado...; pero ¿sabe por qué?, porque había dañado su preciosa máscara. ¿No le parece ridículo?

—¿Y eso es lo que los llevó a romper a ustedes?, ¿a anular una boda? No lo entiendo.

—Bueno, es que no sabe usted lo que le conté, y, lo que es más, nunca lo sabrá.

—Me temo...

—Lucas me contó algunos detalles de su pasado, pero me pidió que le jurara que nunca se los revelaría a nadie.

—Señorita Hauser...

—¡Que no! Bastantes problemas he causado ya...

Ahora que había parado de llover; en el interior del coche hacía calor. El inspector se estaba asfixiando. Estaba demasiado cerca de la mujer. Deseó haberse sentado en el asiento del copiloto.

—¿Y qué hay de la carta del Loco?

La mujer se volvió con cara de curiosidad hacia el inspector.

—¿Qué hay de ella?

—Encontramos una en el cadáver de Brendan.

Nikki Hauser parpadeó. Era evidente que estaba nerviosa. Se retorció las manos en el regazo.

—¿Cuál es el significado de esa carta? —insistió el inspector.

—Lucas llevaba una en la carátula de *King Lost*.

—Sí, eso lo he visto, pero ¿por qué cree usted que el asesino marcó a la víctima con ella?

Hauser no respondió y Hobbes decidió presionarla aún más.

—¿Hasta qué punto está segura de que Lucas Bell se suicidó?

—¿Cómo dice? ¿Acaso hay otra posibilidad?

—Existe la posibilidad de que alguien lo asesinara, sí.

Nikki Hauser retorció los labios y se borró los restos de la lágrima negra que llevaba pintada en la mejilla.

—Tengo que salir del coche. Por favor. Se me está cayendo encima. Además, está empezando usted a oler.

—Sí, soy consciente de ello, gracias.

Nikki Hauser lo miró y le sonrió a pesar de su hostilidad. Por primera vez, el inspector le vio trazas de bondad en el rostro.

—No puedo permitir que se marche, señorita Hauser. De hecho, cabe la posibilidad de que tenga que llevarla a comisaría... ¿Es eso lo que quiere?

Ella negó con la cabeza.

—No —susurró.

—Es lo que suponía. Yo tampoco quiero enviarla allí, así que, ¿por qué no me cuenta lo que sabe?

—No lo sé todo..., únicamente lo que me contó Lucas.

—Me vale.

Hauser miró de reojo al inspector y empezó a hablar:

—Creo que el Loco tiene algo que ver con la ciudad del edén. —Una pausa—.

Utilizaban cartas del tarot para identificarse.

Hobbes empezó a darle vueltas a la cabeza a toda prisa, como si acabasen de clavarle una jeringuilla y le hubieran inoculado alguna droga. ¡Allí, allí estaba la luz!

Se ladeó en el asiento para ver mejor a Hauser.

—¿Qué es la ciudad del edén?

—Tiene que ver con Hastings, con la juventud de Lucas, cuando era un quinceañero. Al parecer, unos cuantos se juntaron y formaron un grupo.

—¿Se refiere a un grupo de música?

—No, a un grupo de... inadaptados. Era como una sociedad secreta. Ya sabe, como un cónclave.

—¿Y la ciudad del edén?

—Es donde vivían.

—¿Se refiere a que era el nombre de una casa? ¿De un sitio en el que se reunían?

Nikki Hauser entornó los ojos.

—Puede ser. Algo así.

El inspector Hobbes intentó determinar qué significaba aquello en relación con la investigación de asesinato que tenía entre manos.

—Dígame, ¿estaba conectado de algún modo Brendan Clarke con la ciudad del edén?

—No, para nada. Él no tenía nada que ver con la juventud de Lucas.

—En ese caso, ¿cuál es la conexión? ¿Por qué lo asesinaron?

—De verdad, no lo sé.

Hauser parecía sincera y el inspector estaba a punto de creerla.

—Lo que sé es que a los integrantes de la ciudad del edén les pasó algo horrible. Lucas empezó a contármelo un día que estábamos de gira.

—¿Eran ustedes íntimos?

Nikki Hauser asintió. Sonrió ligeramente.

—Sí, mucho... durante una o dos noches. Fue después de que Simone Paige rompiera con él. Se podría decir que..., que cayó en mis brazos.

Volvió a mirar por la ventanilla.

—Quería admitir una cosa..., un crimen...; pero estaba claro que tenía miedo y se echó atrás y decidió no revelármelo.

—¿De verdad que no tiene usted ni idea de qué crimen puede ser?

—No, lo siento. Pocas semanas después, estaba muerto.

El inspector tenía la impresión de que Hauser aún estaba escondiéndole parte de la verdad, pero era incapaz de sonsacarle la información. Al menos, de momento.

—¿Cuánta gente formaba parte de ese club de la ciudad del edén?

—Bastante le he contado ya. Demasiado. Lucas me pidió que se lo prometiera.

—Creo que sabe usted más. ¿Por qué no me lo cuenta?

—Porque... —dudó—, porque destruiría todo esto. —Hizo un gesto para señalar a los seguidores que se refugiaban en los coches de alrededor y a los peregrinos que volvían a la campiña de Witch Haven ahora que había parado de llover—. Destruiría todo aquello en lo que cree esta gente..., el amor que siente por Lucas. La verdad acabaría con todo.

—Señorita Hauser, me temo que no me vale con eso.

La mujer lo miró con cara de pánico y le susurró:

—Mataron a una persona. Los de la ciudad del edén...

—¿A quién? —le apremió Hobbes—. ¡Señorita Hauser!, ¿a quién mataron?

Ella no respondía. Movía la cabeza de un lado a otro con rabia. El inspector la cogió de la mano, pero ella reaccionó de forma violenta y la apartó.

—¡Déjeme en paz! Tengo que salir de aquí. ¡Déjeme salir!

De pronto, un escándalo fuera. Casi de inmediato, un par de manos golpearon la ventanilla del lado donde estaba sentada Nikki Hauser y apareció el rostro de Johnny Valentine. El cantante gritaba como un loco:

—¡Nikki! ¡Nikki, cariño, que está intentando arrestarme!

—¿Qué?

La mujer echó mano a la manilla de la puerta y, aunque el inspector intentó evitarlo, fue demasiado tarde. Hauser salió del coche como una exhalación y tiró de Valentine.

El inspector Hobbes salió por su lado e intentó seguirlos. Barlow iba como una flecha hacia ellos. Hauser les gritó que aquello era abuso policial.

—¡Déjalo en paz, hijo de puta! ¡Es inocente! ¡Es un buen hombre!

—¡No le he hecho nada, señor! —le aseguró el agente al inspector—. De repente, se ha puesto como un loco conmigo.

Hauser había atraído a Valentine hacia sí y permanecían juntos, desafiantes contra los policías. Luego la mujer escupió y les gritó:

—¡Cerdos de mierda!

Durante todo ese tiempo, Valentine permaneció callado. Tenía la herida de la cara medio abierta y le brotaba un poco de sangre.

El inspector lo intentó una última vez:

—Señorita Hauser, piénselo con calma. Piense en Brendan y en lo que significaba para usted. En el amor que se tuvieron.

Ella no quería ni mirarlo.

—Venga, Johnny, vámonos a casa.

—Cuénteme lo que sabe.

El inspector a punto estuvo de gritar.

Un grupo de seguidores dio forma a una especie de semicírculo alrededor de ellos.

—¡Son polis! —soltó Nikki Hauser con saña—. ¡Son apestosos policías! ¡Espías!

Los admiradores empezaron a murmurar y sus caras empezaron a mostrar enfado, conmoción.

El sol se apagaba. El verde que los rodeaba relucía debido a las gotas de lluvia; como joyas brillantes. A lo lejos, más allá de las colinas, en el cielo, había pintado un arcoíris con colores difusos. De un coche con la puerta abierta salía música pop; otra de las canciones de Lucas Bell, un llamamiento a la acción. Los seguidores respondieron a la vez nada más oírla.

El inspector y el agente no se movieron, esperaron.

La multitud sí que se movió.

LOS PERSEGUIDOS

Hobbes estaba tumbado en la cama con la ropa puesta, observando cómo ascendía el humo de su cigarrillo y cómo el aire que entraba por la ventaba, que estaba ligeramente abierta, lo agitaba con suavidad. Se acercó el reloj a la cara. Faltaban diez minutos para las seis y, aun así, todavía había luz fuera. No había estado dormido más que un par de horas, pero tenía la sensación de que hubieran sido muchas más. Notaba el estómago vacío y, de repente, recordó que le había prometido al agente Barlow que lo invitaría a cenar en un *fish and chips*. Pues la invitación iba a tener que esperar. El agente se había llevado el coche y lo más probable era que ya estuviera en Richmond, emitiendo la orden de búsqueda y captura de Nikki Hauser.

El inspector apagó el cigarrillo, se volvió y puso los pies en el suelo. Gracias a Dios que no había caminado dormido. Sin duda, aquello habría asustado a su anfitriona. Pensó en la petición del comisario Lockhart. Recordó las últimas palabras que le había dirigido Charlie Jenkes. Se habían encontrado de golpe en la zona oscura de Berwick Street, en el Soho, la tarde de un sábado, un par de días antes de que se hubiera emitido la sentencia de su caso.

Charlie salía de un club privado y le apestaba el aliento a cerveza. Tenía la mirada empañada. Hobbes no había podido evitar pensar en lo poco que le recordaba aquel hombre al Charlie Jenkes que él conocía, a aquel policía que alborotaba la comisaría con sus risotadas, con su vivacidad...; a aquel policía que dejaba su propia seguridad de lado por ayudar... La desesperación se había hecho evidente en su rostro en cuanto había visto a Hobbes; luego, la ira. Jenkes había soltado un taco, aunque para sí mismo, y, acto seguido, le había espetado: —Pensaba que éramos colegas.

Aquello le había llegado al alma a Hobbes.

—Y lo éramos.

Hobbes había mirado por la puerta del club del que acababa de salir Jenkes. Un tramo de una polvorienta escalera mal iluminada descendía hacia Dios sabe qué vilezas. Era uno de esos garitos que la policía cerraba en innumerables ocasiones pero que otro mierda abría casi de inmediato.

—Veo que te rodeas de buena gente.

Hobbes no había podido evitar hacer el comentario.

Jenkes le había enseñado los dientes, tintados de amarillo de tanto Silk Cut. El policía fumaba treinta cigarrillos al día, puede que más. Estaba a punto de soltarle una fresca a Hobbes, pero este le había cortado.

—Espero que te vaya bien, Charlie. —La frase había sonado ridícula, casi cruel. Aun así, había añadido—: De verdad.

Jenkes se había echado a reír.

—No te preocupes por mí, Henry, que no lo necesito. Puta policía. No sois más que un montón de cabrones inútiles. Todos vosotros. —Luego, había soltado un escupitajo de color tabaco en una papelera que había en una farola. Una mujer que pasaba a su lado lo había mirado con cara de asco y él le había sonreído. Después, le había dicho a Hobbes—: Tengo amigos a los que recurrir..., a los que no les importa lo sucio que sea. Tengo planes. —Pero, entonces, de pronto, la valentía de la borrachera se le había escurrido y había aparecido el viejo Charlie—. La cagué, lo reconozco. —Su voz estaba llena de arrepentimiento—. Lo siento, Henry. Lo siento mucho, de verdad.

Y se había alejado tambaleándose.

Hobbes pensó en aquello. ¿A qué se refería Charlie con eso de que «tenía amigos a los que recurrir»? ¿A eso de que «tenía planes»? ¿Sería que aquellos planes habían salido mal?

Buscó el cuarto de baño y se lavó la cara. Después, bajó las escaleras. El señor Palmer le estaba sirviendo la cena a su familia. Hobbes le devolvió el saludo con un asentimiento de cabeza y aceptó la invitación para sentarse a la mesa. El hombre le puso un plato: chuletas de cordero con patatas cocidas y guisantes de la huerta. La detective Palmer entró en la estancia con el pelo brillante y limpio. Acababa de darse una ducha. Aquello hizo que el inspector fuera consciente del lamentable aspecto que debía de tener, con una solapa de la americana rota y sin afeitar. Sin embargo, nadie se lo hizo notar. Lo único que le dijeron fue que comiera y le pidieron que se animara. La comida estaba riquísima y la degustó con ganas.

Marido, esposa e hijo —un chaval de cinco años que se llamaba Kevin— hablaban de esto y de aquello, y el inspector se unió a ellos allí donde pudo.

—¿Qué tal la cabeza, señor? —le preguntó la detective.

—Bien, bien. Gracias de nuevo por quitármelos de encima.

—Esos cabrones de mierda se merecían una buena tunda.

En broma, William, el marido de la detective, le tapó los oídos a Kevin.

—¿Qué pasa? ¡He dicho «cabrones», que sale en el diccionario!, ¿no?

Era evidente que la detective era muy malhablada, pero a Hobbes le caía bien. Y su familia también.

—Además, es la verdad —continuó—. Que parezcan una orgía con patas en una tienda de moda no significa que no sean unos mierdecillas asquerosos.

Lo cierto es que el inspector no quería hablar del tema. Había enfocado la situación mal desde el principio. Debería haberse llevado a Hauser y a Valentine de allí, a un escenario neutral. Witch Haven estaba cargada de recuerdos, demasiados, y de demasiada sangre, y las emociones de los seguidores de Lucas Bell estaban a flor de piel, mucho más de lo que lo estarían en circunstancias normales.

La detective sonrió.

—Pero, en cuanto hemos llegado, se han dispersado como ratas.

El inspector intentó recordar los detalles. Primero, una gran mancha de caras pintadas: la tribu del Rey Perdido. Después, un par de policías: la detective Palmer y su compañero. El agente Barlow tirado en el suelo, con los pantalones vaqueros y la chaqueta llenos de barro.

La detective se rio al acordarse de la situación.

—Ese joven policía estaba muy cabreado cuando lo ha enviado usted de vuelta a Londres. Él lo que quería era ponerse a arrestar a quinceañeros.

—Sí, Barlow es muy aplicado, he de reconocerlo.

—Si el caso lo requiere, señor, puede quedarse a pasar la noche. No es molestia.

Hobbes asintió.

—Es usted muy amable.

Acabaron de cenar, recogieron la mesa y encendieron la televisión. Vida familiar. La detective lo invitó a ver el jardín trasero. Ambos se quedaron de pie junto al borde de un césped muy bien cuidado. El olor del mar llegaba hasta allí.

—¿Quiere un cigarrillo, señor?

—Sí, pero deje ya lo de «señor», ¿vale? Ahora no estamos de servicio.

—De acuerdo, pero, en ese caso, usted tiene que llamarme Jan.

Oyeron piar a un pájaro en el manzano del vecino. El inspector miró a la detective.

Había un tema del que aún no habían hablado. Hobbes se había vuelto muy precavido con los demás policías en los últimos meses. Aun así, un rato después, el inspector preguntó:

—¿Conoce usted mi historia?

Jan Palmer no lo miró.

—Parte. Por las noticias. Como la mayoría de nosotros.

Expulsó el humo del cigarrillo.

—¿Y no le importa tenerme aquí?

En ese momento, sí que se dio la vuelta la detective. Lo miraba muy atenta, sin pestañear.

—Puso usted a un compañero en la línea de fuego y él tomó la salida fácil.

El inspector no tenía muy claro por dónde iba a seguir la detective.

—Está claro que Jenkes se lo merecía. Ya sabe, por lo que hizo en aquella bodega.

Hobbes se sintió bien, agradecido.

—A decir verdad, estoy orgullosa de tenerlo en casa, inspector Hobbes. Además...

—¿Además?

—No lo digo porque..., bueno, ya sabe.

—Por supuesto que no. —Sonrió—. Ni se me había pasado por la cabeza.

La cara de la detective, muy oscura, brilló bajo la luz del jardín.

Hobbes quería darle las gracias, pero sentía como si tuviera un nudo en la garganta.

Palmer se fijó en la incomodidad que sentía el inspector y apartó la mirada. Volvieron adentro, donde Hobbes le pidió un plano de la ciudad.

Palmer se rio.

—No pensará salir, ¿verdad?

—Quiero hablar con una sospechosa.

Al rato, en efecto, el inspector salió a la calle. Había seguidores de Lucas Bell y gente de vacaciones por todas partes. Hastings era un destino de playa lo bastante pequeño como para que uno pudiera recorrerlo andando. El inspector siguió las indicaciones que le había dado la detective y enseguida llegó a la casa que andaba buscando. No es que esperase gran cosa, debido a que, por lo que sabía de Morgan Yorke, lo más probable era que la joven hubiera salido a disfrutar de alguna de las actividades que se realizaban en honor de Lucas Bell. No obstante, vio luz por detrás de las gruesas cortinas de una de las ventanas de la primera planta y también oyó música.

Llamó al timbre. No respondió nadie.

La casa era una de esas construcciones estrechas de dos pisos en medio de una urbanización de casas adosadas. El inspector comprobó la dirección una vez más en el pedazo de papel que le había dado Barlow.

Llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Policía! ¡Abra!

Instantes después se apagaron la luz y la música. El inspector empezó a llamar a la puerta sin descanso hasta que, por fin, alguien la abrió, apenas un resquicio, y un único ojo lo recibió. En la pequeña abertura colgaba una cadena de latón.

—Estoy buscando a Morgan Yorke. ¿Es usted su madre?

—Sí, así es.

—¿Cómo se llama, por favor?

—Violet Yorke.

La mujer quitó la cadena, pero mantuvo la puerta casi cerrada.

El inspector Hobbes se presentó y le enseñó la placa.

—¿Sabe usted por qué quiero hablar con Morgan?

La señora Yorke debía de andar cerca de los cuarenta años y parecía que estuviera famélica. Su pelo era oscuro y frondoso, rizado, y le caía sobre la frente. Parecía que estuviera muy nerviosa.

—Sí, creo que sí.

—Bien, me alegro de que así sea.

El inspector puso una mano en la puerta y la mujer la abrió del todo. Entró.

—Morgan está en su habitación.

El policía siguió a la mujer escaleras arriba. Al final del rellano había una puerta abierta.

La señora Yorke detuvo al inspector antes de que llegaran a ella.

—Estoy muy preocupada por mi hija.

—¿Por qué?

—Hace días que no me habla, que no se deja ver..., al menos, la cara.

Hobbes miró hacia el interior de la habitación, pero estaba poco iluminada y no se veía nada. De hecho, apenas alcanzó a ver la figura que había sentada en una silla en un rincón.

La señora Yorke se adelantó y habló con suavidad:

—Es un policía, Morgan. Quiere hablar contigo.

La muchacha alargó la mano y tiró de la cadenita de una lámpara con tulipa. Por primera vez, Hobbes vio a Morgan Yorke. El policía se quedó muy sorprendido, porque la joven se había transformado en Lucas Bell por completo, tal y como había hecho Brendan Clarke la noche del concierto. Sin embargo, en su caso, la máscara resultaba aterradora, como si fuera una verdadera máscara mortuoria. La había exagerado demasiado. Se había pasado con el color. La cruz y los labios estaban hechos como con rabia. La lágrima negra destacaba contra una piel tan blanca como la de un cadáver de una semana. Uno de los ojos...

La joven se puso debajo de la luz para que su madre y el policía apreciaran el trabajo que había hecho.

Tenía el ojo izquierdo pintado de rojo y el inspector supo de inmediato que aquella muchacha había visto el cuerpo sin vida de Brendan Clarke tirado en la cama. La joven había copiado la cara con todos los cortes e incisiones. El policía se fijó en que la muchacha había girado la cara de manera que fuera él quien mejor la viera; para que se diera cuenta de que en el cuello tenía la marca escarlata de un filo, con el que, sin duda, pretendía representar el corte de Brendan en la yugular.

—Morgan, ¿podemos hablar?

La muchacha puso mala cara.

—Perdone mis modales, pero no suelo recibir invitados.

Sonrió. Tenía los dientes manchados de maquillaje.

El inspector se balanceó mientras pensaba en cómo empezar. En aquel dormitorio hacía un calor sofocante. El humo de una varilla de incienso no ayudaba. Las paredes y el techo estaban

cubiertos con un papel de color púrpura. En dos de las paredes colgaban unas baldas con discos y libros hasta el techo. Había un reloj de pared decorado con la cara taciturna de un conocido asesino en serie. La atmósfera era siniestra y opresiva. El inspector le dio unos toquecitos a un terrario en el que una araña bulbosa vagaba por entre hojas y ramitas.

—Es Octavia —comentó Morgan orgullosa—. Ya se ha comido a dos pretendientes.

El cuerpo redondeado del arácnido brillaba como una bombilla llena de tinta negra.

En la pared, justo encima de una cama individual, pendía un póster de Lucas Bell con la máscara del Rey Perdido. El cantante, que estaba vestido para asistir a un funeral glam, llevaba una chaqueta negra con charreteras y ribetes dorados, el pelo con un corte en capas y estaba vuelto para la cámara en un ángulo muy estudiado.

El inspector cogió un par de cartas del tarot, depositadas sobre la cómoda. La carta del Loco estaba en lo más alto del mazo. En ese caso, no obstante, la imagen era mucho más elaborada que la del naipe que había encontrado en el cadáver de Brendan Clarke.

—Esa baraja la diseñó Aleister Crowley —le comentó Morgan—. Supongo que habrá oído hablar de él.

—¿El brujo loco?

La joven frunció el ceño.

—Es un mago, un mago de verdad.

—Y supongo que Lucas Bell estaba interesado en él, ¿no?

Antes de que Morgan respondiera, la señora Yorke llegó a la habitación con una tetera y unas tazas en una bandeja. La mujer la colocó en una mesita y empezó a servirles.

—Les he preparado un refrigerio.

—Gracias —respondió el inspector, que esperó a que la señora Yorke se marchara para volverse hacia la joven y preguntarle—: ¿Cuántos años tienes, Morgan?

—Diecisiete.

—¿Y de verdad crees en todas estas cosas?

Hobbes hizo un gesto hacia la balda que tenía más cerca, en la que descansaban una serie de libros de arte extremos y estudios sobre crímenes reales.

Morgan parpadeó.

—La verdad se encuentra en la noche mucho más a menudo que en el día.

¿Estaría citando a alguien? Pensó en responder, pero era consciente de que la muchacha estaba fuertemente adoctrinada.

—Quiero hablar de Brendan Clarke y de lo que viste en su casa.

—¿Piensa usted que yo lo maté?

—Para serte sincero, no estoy seguro.

La muchacha asintió y una neblina de polvos de talco se elevó desde su pelo, que llevaba teñido ferozmente de rojo y negro.

—Yo sí que lo estoy, porque ya estaba muerto cuando llegué.

Bueno, allí estaba la señorita X.

El inspector se sentó. El asesino en serie susurraba «tictac, tictac» desde su cara de reloj.

Eran un poco más de las nueve. Morgan volvió a sumergirse en las sombras y empezó a contar lo que sabía sin que el inspector tuviera que pedirle que lo hiciera.

—Después del concierto, me quedé en casa de una amiga, en Londres..., pero no podía

dormir. No podía dejar de pensar cosas horribles... Así que me levanté muy pronto, cogí el metro y fui a casa de Brendan. Quería hablar con él, nada más. Lo odiaba por lo que había hecho en el concierto: adueñarse del espíritu del Rey Perdido de esa manera... No es justo.

Nadie debería habérselo permitido.

—Pero tú también llevas la máscara.

—Es diferente. —Estaba convencida de lo que decía—. Yo la llevo con amor, con un verdadero conocimiento de causa.

El inspector sabía que cuanto más se sumergiera la muchacha en su propio mundo, en su manera de pensar, más fácil sería que hablara.

—¿Cómo es que sabías dónde vivía el señor Clarke?

—Fácil: su dirección sale en el fanzine que escribía. —Hizo una pausa para arreglarse un mechón de pelo más largo. Luego, habló con un tono de voz más duro—: Quería darle una lección. —Levantó los párpados hasta el máximo y se le vio con claridad el blanco de los ojos. La pintura de la cara se resquebrajó—. No quería matarlo, sino enseñarle a creer como es debido.

Hobbes sabía que la muchacha estaba siendo sincera. La joven era incapaz de renunciar a la llamada de su fe, lo mismo que un sacerdote católico no renunciaría jamás a su credo.

—Llamé al timbre, pero no respondió nadie.

—Así que entraste sin permiso, ¿no?

—No.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿cómo...?

—Seguí las instrucciones del papel.

—¿Cómo dices?

—En la puerta había un papel clavado con una chincheta. Iba dirigido a Simone Paige..., aunque, en realidad, solo ponía «Simone».

—¿Leíste la nota?

—Por supuesto. La cogí y la desdoblé. Ponía: «Estoy en el jardín de atrás», así que fui hasta allí, pero no había ni rastro de Brendan. No obstante, la puerta de la cocina estaba entornada. Me di cuenta de inmediato. Así que entré. Pensé que era una señal, pensé que la casa quería que entrase.

El inspector no dejaba de darle vueltas a todo aquello, pero era incapaz de ordenar las diferentes ideas. ¿Por qué iba a estar abierta la puerta? ¿Quién dejaría la nota?

—¿Conservas la nota?

—No, la tiré.

—¿Qué tenías pensado hacer una vez dentro?

—Enfrentarme a Brendan. Si no estaba en la casa, mi idea era dejarle un mensaje, algo de lo que no se olvidase en la vida.

—¿Como qué?

La joven miró a los ojos al inspector y este vio en los de ella una emoción capaz de causar mucho dolor.

—Me iba a cagar en el suelo. Pensaba romperle la ropa, rayarle los discos... Le iba a tirar miel y alubias cocidas en la moqueta, en las sillas... Lo que fuera.

Al inspector le dio la sensación de que estaba viendo una obra de teatro.

—Fue entonces cuando oí música arriba, así que supe que Brendan estaba en la casa.

—¿Lo encontraste muerto?

La joven respiró hondo y su cara se convirtió en la de una adolescente, con evidentes huellas de inocencia.

—Sí..., muerto. —Su voz no era más que un susurro—. Allí..., tirado bajo la pálida luz.

—¿Tenía la cara cubierta?

—No, la tenía descubierta. —A la joven la recorrió un escalofrío—. Pobre Brendan..., pobre... Estaba lleno de cortes. —Esbozó una ligera sonrisa—. Aunque, claro, así, por lo menos, la máscara era de verdad.

—¿Es eso lo que crees que pretendía el asesino, Morgan?

—Sí, es lo que creo.

Se hizo el silencio durante unos instantes. Entonces, el inspector preguntó:

—¿Por qué lo mataron, Morgan?

—Por llevar la máscara en vano.

La muchacha se rio tan alto que la señora Yorke apareció por la puerta.

—¿Necesitan alguna cosa? —le preguntó la mujer al policía.

Morgan le sonrió.

—No, mamá, gracias, estamos bien.

La mujer asintió.

—¿Le estás diciendo la verdad?

—Sí. Toda.

La mujer se dirigió al inspector.

—No ha hecho nada malo, inspector. Lo sabe, ¿verdad? No ha hecho nada grave.

Hobbes no respondió.

—¿Qué hiciste a continuación, Morgan?

—Le cubrí la cara con la sábana.

—¿Por qué?

—¿No es eso, acaso, lo que se hace con los muertos? ¿Hice mal?

El inspector no respondió.

—Después, volví a la planta de abajo. Me senté un rato y me puse a pensar.

—¿En qué pensabas?

—En si debía llamar a la policía.

—Y decidiste no hacerlo.

—¿Cómo iba a llamar? Pensarían que lo había matado yo, ¿no le parece evidente?

Además...

—¿Además?

—Quería que siguiera pudriéndose un rato más.

El inspector siguió dándole vueltas a todo aquello. A medida que avanzaba el caso, los implicados cada vez eran más raros. Era consciente de que un buen número de mujeres orbitaban alrededor del fantasma de Lucas Bell y, por extensión, del de Brendan Clarke..., incluida, fuera quien fuera, la mujer a la que habían visto en el coche con Bell la noche en la que este había muerto. Ellas eran los ángeles custodios del alma eterna de la estrella del pop y él no era sino un infiltrado en aquel aquelarre. ¿Significaba aquello que el asesino también era una mujer?

—¿Qué sucedió entonces, Morgan?

—De pronto, sentí mucho miedo. Me fui de la casa. Salí por la puerta de atrás.

—¿La dejaste abierta?

—Es probable. No pensaba con claridad. Fue entonces cuando me vio la vieja esa que vive al lado..., y me entró el pánico. Eché a correr y no paré.

El inspector se inclinó hacia delante.

—¿Te llevaste algo del dormitorio?

Morgan señaló con la cabeza hacia una balda. Hobbes tardó unos instantes en ver la figurita de Lucas Bell entre la gran cantidad de objetos que había allí abarrotados. Era de una altura y un estilo similares a la que había visto en la casa de Simone Paige y también llevaba la máscara del Rey Perdido.

—¿Por qué la robaste?

—No la robé, la recuperé. La hice yo, es mía. Brendan Clarke me la compró, pero ya no se la merecía.

—Morgan, ¿te llevaste algo más de la casa? ¿Algún papel?, ¿la letra de alguna canción?, ¿algo así?

La joven no respondió. Parpadeó. El ojo izquierdo, con aquel marco de color rojo sangre, se crispó ligeramente, puede que por culpa de alguna irritación cutánea.

—Por favor, cuéntame todo lo que sepas.

La joven empezó a temblar. El inspector se preguntó si estaría bien, si sería dueña de sus sentimientos, de sus pensamientos. Era evidente la inquietud de su madre, la preocupación por el estado de su hija. Entonces, de pronto, Morgan se rehízo y se concentró.

—Me gustaría quedármelo

—Quizá sea posible, no lo sé. Depende de lo que se trate.

La joven suspiró y una terrible tristeza invadió su rostro. El policía se acercó a ella aún más para que no tuviera espacio para respirar, para que no tuviera tiempo de pensar.

—¿Voy a tener que registrar tu habitación?

La chica negó con la cabeza. Su madre estaba cerca.

—Cariño, por favor, haz lo que te dice el policía.

Morgan echó mano a una balda y cogió un sobre blanco.

—Es esto. Estaba en la cama, cerca de la mano de Brendan.

Antes de hacer nada más, el inspector le pidió a la señora Yorke que le trajera de la cocina una bolsa de plástico limpia. Luego, cogió el sobre de las manos de la joven, pero por el borde. El sobre tenía una mancha de sangre. Para aquel entonces, ya no le sorprendía ver el nombre de la persona a la que iba dirigido: Simone Paige. Le dio la vuelta al sobre.

Alguien había roto el sello.

—¿Lo abriste tú?

Morgan asintió. El inspector sacó con cuidado la carta que había dentro.

—¿La has leído?

—¿Qué quería que hiciera? ¡Es un objeto muy preciado!

El inspector estudió la carta. Contenía una sola línea, escrita toda en mayúsculas.

Enseguida supo que aquello no lo había escrito Brendan Clarke. Aquel era un mensaje del asesino.

—La nota está firmada. ¿Te dice algo este nombre?

—No, nada.

Confió en ella. No le quedaba otra.

—Morgan, ¿está tu padre en casa?

La joven respondió con sinceridad.

—No conozco a mi padre.

Hobbes se lo había imaginado. Aquella casa tenía algo que hacía que pareciera que estaba dentro de una burbuja, como si pretendiera mantener el mundo exterior a raya, al otro lado.

La señora Yorke llegó con una bolsa de plástico para congelar alimentos. El inspector se la cogió e introdujo la carta y el sobre en ella.

—Inspector, ¿no cree que ya ha molestado bastante a mi hija?

Hobbes asintió. De hecho, no creía que fuera a sonsacarle mucho más a aquella muchacha extraña y solitaria, pero, dada su obsesión por Lucas Bell y todo lo que sabía de él, decidió que merecía la pena plantearle una última pregunta: —Morgan, ¿podrías decirme cómo llegar a la ciudad del edén?

La joven se quedó pensativa.

—Eso no lo sabe nadie.

—Pero ¿has oído hablar de ella?

Asintió de inmediato.

—Lucas se refirió a ella en una ocasión, pero solo esa vez, en una entrevista de radio.

Fue muy al principio, antes de que fuera famoso.

—¿Qué dijo?

—Lo recuerdo a la perfección. —Miró al infinito—. «Todas mis canciones provienen del mismo sitio...».

La joven había cambiado la voz para citar al cantante; había pronunciado aquellas palabras con un tono más grave. Tenía los rasgos de la cara tensos, concentrada como estaba en intentar recordar el resto.

—Morgan tiene muy buena memoria. Puede recordar cualquier detalle o frase de Lucas Bell por insignificante que sea o por mucho tiempo que haya pasado.

Cuando su hija empezó a hablar de nuevo, la miró con cara de amor.

—«Todas mis canciones provienen del mismo sitio, de la ciudad del edén». —La joven siguió hablando con su propio tono de voz—: Entonces, el entrevistador le pregunta: «¿Y dónde está la ciudad del edén?», a lo que Lucas responde —cambio de voz—: «Nadie lo sabe. Ya no lo sabe nadie... Han cerrado la puerta». —De nuevo su voz—: Y ya está. Luego, pasaron a otros temas.

—¿Tienes esa entrevista?

—No, la escuché en la cama, con la radio debajo de las sábanas. Era la primera vez que lo oía hablar. Tenía siete años.

Los ojos de la chica se iluminaron mientras recordaba aquel momento. Sonrió.

—Gracias —le dijo el inspector—. Me ha resultado de gran utilidad hablar contigo.

Dime, ¿quién crees que podría haber asesinado a Brendan Clarke?

La joven respondió con voz seria:

—No es que lo crea, es que estoy segura.

El dormitorio se quedó en silencio. Incluso pareció que los tictacs del reloj se detuvieran un

instante. Las palabras de Morgan casi ni se oyeron.

—Lo asesinó el Rey Perdido.

La señora Yorke ahogó un gritito al oír aquello.

—Por favor, hija, no sigas por ahí. ¡Mira que hemos hablado veces de esto!

Morgan ignoró a su madre.

—El Rey Perdido volvió. Es un fantasma vengativo. —Le brillaron los ojos—. Nos persigue. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Hobbes recordó que Neville Briggs había dicho algo similar acerca de unos fantasmas que se movían a cámara lenta. ¿Qué es lo que impresionaba tanto a aquellas personas que admiraban al cantante muerto y al personaje que había creado? Decidió regañar a la joven, pero su madre se le adelantó.

—Por favor, hija, no digas esas cosas. —Había súplica en su voz—. Me pones nerviosa.

Pero la joven ignoró a su madre y chilló:

—¡Nos persigue!

Luego, se calló de golpe.

Su madre se acercó a ella, se arrodilló a sus pies y se apoyó en aquellas piernecitas como alambres.

—Ay, cariño. Cariño.

En vez de una madre, parecía una sirvienta rindiendo tributo a su siniestra reina.

El inspector las dejó allí.

La máscara de Morgan miraba hacia delante. La máscara manchada de pintura.

FAIR HARBOUR

Por mera curiosidad, el inspector Hobbes siguió a un grupo de fans de Lucas Bell que vio en la calle. Más seguidores se les fueron uniendo por el camino, ya fueran personas solitarias u otros grupos. Avanzaban al mismo tiempo, con un solo propósito. Un rato después, el inspector descubrió por qué: se dirigían todos a un *fish and chips* que se llamaba Duffy's. El nombre estaba escrito en un cartel de neón dorado y su interior, que se veía a través de una amplia cristalera, estaba muy bien iluminado. Era el típico restaurante de costa prácticamente en todos los aspectos, con la diferencia de que, esa noche, el dueño iba a hacer el agosto.

Había una larga cola de clientes que esperaban a que los sirvieran y había mucha otra gente reunida en el exterior, unas cuarenta o cincuenta personas. Todos, fanáticos de Lucas Bell.

El inspector se fijó en cómo se comportaban. Uno tras otro, los seguidores se apostaban delante de la vidriera del restaurante, todos ellos con la misma pose, mientras sus amigos les sacaban fotos. Todos ellos tenían la misma expresión: nostalgia, tristeza infinita... o, por lo menos, intentaban aproximarse al gesto que el famoso cantante de pop había hecho allí mismo. En un momento dado, le tocó ocupar su puesto a un joven que iba con la máscara del Rey Perdido y que adoptó la misma pose que Lucas Bell en la portada del álbum, incluido el pecho al descubierto. En el momento en que levantó la mano con la carta del Loco y la sujetó en la posición adecuada, la ilusión se completó. Ahí estaba la icónica portada, que acababa de cobrar

vida.

Un fotógrafo que era bastante más mayor que la media y que iba un poco desastrado —estaba claro que no era seguidor de Lucas Bell— no dejaba de sacar fotos. Hobbes se acercó a él.

—¿Sucede esto a menudo? —le preguntó.

—Suelen venir unos cuantos a lo largo del año, pero, en el día de Lucas Bell, siempre se pone así.

El día de Lucas Bell. Lo había dicho como si fuera un día festivo de los establecidos por el gobierno.

—Es increíble.

El inspector no pudo evitar pronunciar estas palabras.

—¡Y que lo diga!

Estaba claro que aquel hombre había tenido una vida intensa: los ojos inyectados en sangre, las arrugas de la cara... El inspector había visto a mucha gente como él. Eran periodistas de mala muerte, siempre hambrientos de esa historia importante que nunca llega.

Soñadores de provincias.

El fotógrafo puso una cara muy rara y exclamó:

—¡Por amor de Dios!

—¿Qué sucede?

—¡Esta sí que es buena!

Y se alejó con la cámara preparada. El inspector lo siguió y vio a qué se debía su interés.

Había una mujer al fondo de la multitud. Tenía cara de estar enfadada, como si quisiera estrangular a alguien. Aunque llevara el cuello subido, el ala de su sombrero negro sobre el

rostro y mirara al suelo, el inspector la reconoció de inmediato.

Se trataba de Simone Paige. El fotógrafo iba directo a ella. Hobbes lo cogió por el brazo y se lo impidió.

—¡Eh, suélteme!

—No queremos problemas.

—Como los fans de Bell la vean, se meterán con ella. No sería la primera vez que presencio una escena así.

—Pues eso.

—Ya, pero quiero inmortalizarlo.

El fotógrafo intentó liberarse, pero el inspector lo sujetó aún con más fuerza.

—Pues no va a hacerlo.

—¿A usted qué le pasa?

—Soy policía.

El fotógrafo prestó oídos sordos a aquella amenaza y gritó para que todos lo oyeran:

—¡Simone! ¡Simone Paige! ¡Aquí!

La periodista se volvió en dirección al fotógrafo. Muchos también lo hicieron. El fotógrafo le sacó una instantánea y el flash de la cámara quemó el aire de la noche.

—¡Ahí está! —gritó—. ¡Es ella! ¡Es Simone!

Los seguidores de Bell acababan de verla y empezaron a hacer un ruido terrible, alto, como cuervos, como un enjambre de langostas.

Dos de los fanáticos más corpulentos se dirigieron hacia Simone Paige, pero ella no se

acobardó, no reculó. El inspector pensó que la periodista se estaba mostrando muy valiente, tanto que los demás podían considerarla desafiante. La mujer se quitó el sombrero y lo tiró al suelo. Una de las farolas iluminó sus rasgos a la perfección. Se acercaron algunas seguidoras y le sisearon como serpientes.

El fotógrafo no dejaba de capturar la escena.

El inspector Hobbes reaccionó a toda prisa y se interpuso entre los seguidores y la periodista.

—¡Policía! —gritó.

Dos de los fanáticos que más cerca estaban lo fulminaron con la mirada. Sus miradas enmascaradas resultaban muy agresivas. Una seguidora más mayor que se encontraba detrás de ellos observaba a la periodista y al policía con odio. Empujó a los dos jóvenes, como un general que insta a sus tropas a que ataquen.

El inspector puso una voz más autoritaria aún:

—¡Ya basta! ¡Déjenla en paz!

Los seguidores se detuvieron.

—¡Atrás u os aseguro que empezaré a arrestar a gente!

Hobbes creía que se le iba a salir el corazón por la boca, pero se mantuvo firme. Los seguidores empezaron a relajarse, bajaron la cabeza e iniciaron la marcha. Se preguntaba cómo era posible que le estuvieran haciendo caso sin rechistar, pero, cuando se volvió, comprobó que Simone Paige se había esfumado.

Salió tras ella de inmediato, hasta el final de una callejuela mal iluminada, corriendo.

Vio que, algo más allá, una figura se alejaba.

Las sombras se apoderaron de ella.

El inspector se apresuró y, entonces, volvió a verla, debajo de una arcada. ¿Lo estaría esperando?

Hobbes la siguió de calle en calle cuando la mujer se puso a caminar de nuevo. En un momento dado, le pareció que oía sus pasos por detrás de él, así que se detuvo y se dio la vuelta para mirar.

La calle, sin embargo, estaba vacía.

El inspector continuó hacia delante. Al parecer, la periodista conocía muy bien aquella zona de la ciudad. Simone Paige fue guiándolo por esquinas, por tiendas cerradas, por el mercado, cuyos puestos estaban protegidos con plásticos con vistas a la noche. Era incapaz de alcanzarla... De pronto, salió a una calle tranquila y bien iluminada. La periodista estaba frente a la puerta de una casa. En esa ocasión, cuando Hobbes se apresuró hacia ella, la mujer permaneció quieta.

—¿Qué coño hacía usted allí?

La periodista se encogió de hombros.

—¿Nunca se ha planteado ponerse en la línea de fuego para acabar con todo?

El inspector no respondió.

—El que calla, otorga.

—Lo que usted diga.

El inspector se fijó en que en la valla de la casa había unas cuantas flores mustias y postales, además de un cartel en la verja: *SEGUIDORES DE LUCAS BELL NO, POR FAVOR.*

Otro lugar de veneración.

—Tienen que ponerlo todos los años —le informó la periodista—. No les gusta que los

molesten.

El inspector Hobbes miró la casa. Tenía el frontal enguijarrado, cortinas de flores y gnomos de yeso en el jardín. Las ventanas estaban a oscuras.

—A ver si lo adivino, esta es la casa de la familia de Lucas Bell.

Simone Paige sonrió.

—Esta es, sí. Lucas nació aquí y aquí es donde pasó su juventud.

En el frontal de la casa había un cartel de madera tallada iluminado con una lámpara y en el que ponía: *FAIR HARBOUR.*

—¿Es una casa de huéspedes? —preguntó el inspector.

—Lo era, pero, ahora, no es sino una casa familiar. —Sonrió—. ¿Se imagina a un chico como Lucas creciendo en un sitio como este? —Sonrió de nuevo—. Apenas me contó nada sobre los años que pasó aquí. Tenía que ayudar en el hostal durante las vacaciones. Cada semana venía gente nueva. Niños corriendo de un lado para el otro. Sin contar las sórdidas parejas de solteros. Lucas odiaba este sitio.

—¿Viven sus padres aún aquí?

—No. Se divorciaron poco después de que él se marchara a Londres. Creo que su padre murió hace unos años. Ahora, aquí, vive otra pareja, y doy por hecho que están hasta las narices de que los seguidores llamen a la puerta. De ahí lo del cartel... y que no pasen esta noche en casa. Muy inteligentes.

—¿Por qué me ha traído hasta aquí?

—Yo estaba caminando y usted me ha seguido.

—Señora Paige...

—Siempre vengo aquí. Es la fuente. —Se quedó pensativa, como si estuviera

acordándose de algo de aquel entonces—. La primera vez que Lucas me trajo aquí fue poco antes de la sesión de fotos para la carátula de *King Lost*. Primero fuimos al Duffy's, al restaurante, ya sabe, para sacar unas fotos de prueba. El encargado de tomarlas era Neville Briggs. Conformábamos un pequeño séquito: Toby Lear, una maquilladora y, si no recuerdo mal, Johnny Valentine también estaba. Era amigo de Lucas. Ah, bueno, y la publicista.

¿Cómo se llamaba? Laura no sé qué... ¡Laura Townes! ¡Dios, aquella mujer me odiaba! Creo que le había echado el ojo a Lucas. —Frunció el ceño—. Hum..., sí, Lucas me apartó del «escándalo», como él lo llamaba, y nos perdimos. Me trajo aquí y nos quedamos fuera, como estamos usted y yo ahora. Me contó más sobre su infancia en ese momento que en todo el resto de nuestra relación. —La periodista señaló el lateral de la casa—. ¿Ve el garaje que hay allí?

El inspector asintió.

—Allí es donde ensayaba con su primer grupo, los Purple Flames. Eso fue a finales de los años sesenta. Me contó que, para comprarse su primera guitarra, ahorró todas las propinas que le daban y me habló de las primeras canciones que compuso. Me explicó que se había hecho una guarida en el ático y que sus amigos y él iban allí y organizaban reuniones secretas. Entonces...

Le falló la voz.

—¿Entonces qué, Simone?

—Entonces empezó a llorar... mientras me contaba todo aquello.

—¿Sabe usted por qué?

La mujer asintió.

—Creo que sí. Lo cogí del brazo y le pregunté por qué lloraba. «No es nada —respondió tan calmado como le estoy hablando yo en estos instantes—. No es nada, es que me estoy acordando de las cosas que he perdido por el camino». Eso me dijo.

Se volvió hacia el inspector mientras repetía aquella frase:

—«Las cosas que he perdido por el camino».

Y, así, sin más, el inspector Hobbes supo, exactamente, qué había querido decir Lucas Bell.

—¿Qué sucedió entonces, después de que se echara a llorar?

Simone Paige se encogió de hombros.

—Nos besamos y volvimos al Duffy's. Empezaba a anochecer. Le pintaron la máscara del Rey Perdido, Neville le sacó las fotos, el representante y la publicista cacarearon un poco más y un grupo de chicas del pueblo se acercaron para curiosear. Una de ellas incluso intentó enrollarse con Lucas. Recuerdo que pensé: «¡Dios mío, ya ha empezado!», porque, nada más verlo con la máscara, supe que iba a hacerse famoso. —Le costaba respirar—. Si le soy sincera..., me dio miedo.

Pasó un coche. El inspector esperó a que la calle volviera a estar en silencio.

—Señora Paige...

—Dígame.

—¿Le importaría contarme por qué cortó con Lucas Bell? Se lo pregunto porque me temo que está relacionado con el asesinato de Brendan Clarke.

La periodista cerró los ojos un momento.

—Me quedé embarazada..., pero perdí el bebé. Fue... Qué quiere que le diga... Fue demasiado para nosotros.

—Entiendo. Siento mucho que...

—¡Por favor! —La mujer le escupió las palabras—. Eso es agua pasada, como toda la gente de aquella época..., y los pocos que somos lo bastante tristes como para seguir vivos..., bueno, hemos cambiado tanto que ni siquiera merece la pena pensar en ello. —La periodista respiraba mejor, como si estuviera buscando el equilibrio—. Dejé mi yo..., mi yo fundamental, si quiere..., allí, en una clínica privada, unas pocas semanas después de que Lucas muriera.

El inspector se quedó en silencio, pensando en su propio pasado.

—Mi madre se suicidó —le confesó a la periodista.

Simone Paige lo observó, pero no tardó en apartar la mirada.

—¿Y qué espera?, ¿que lo compadezca?

El inspector hizo un esfuerzo por controlarse.

—Señora Paige, creo que su vida está en peligro.

La periodista no respondió, así que Hobbes siguió hablando:

—El asesino de Brendan Clarke quería que fuera usted quien descubriera el cadáver.

—¿Y cómo sabía que iba a ir?

—Supongo que se lo dijo el señor Clarke.

—Qué bien. Así que hablaron al respecto.

—Eso parece, hasta que la conversación se torció.

—Dios...

El inspector se quedó mirando con atención la cara de la periodista mientras continuaba con su explicación:

—Y cuando el asesino se enteró de que iba a ir a verlo, le dejó una nota en la puerta principal de la casa para que fuera usted a la parte de atrás, a la puerta exterior de la cocina, que él habría dejado abierta.

—Pero yo no vi ninguna nota.

—No, alguien la había cogido para cuando usted llegó. Igual que...

El inspector sacó la bolsa de plástico que contenía la carta y el sobre, y se la tendió a la periodista.

—Esto lo dejó el asesino en la cama, junto al cadáver de Brendan.

Simone Paige miró el sobre primero y vio su nombre escrito en él. Luego, se centró en la carta y leyó lo que ponía para sus adentros.

Simone, tú eres la culpable de su muerte.

LA DAMA MINERVA

—¿Qué significa? —preguntó la periodista—. ¿De la muerte de quién? ¿De Brendan... o de Lucas? ¡Dígamelo! —Se le quebró la voz. Le temblaban las manos—. No lo entiendo.

—Yo tampoco. Todavía. En cualquier caso, esto me preocupa. Quiero ofrecerle protección policial.

—No.

—Señora Paige..., está usted en peligro.

—No voy a permitir que esto condicione mi vida. Además, ¿quién coño es la dama Minerva?

—¿Nunca había oído hablar de ella?

—Lo único que sé es que Minerva era la diosa romana de la sabiduría, de la poesía, pero, aparte de eso, no tengo ni idea... No sé... —Entornó los ojos—. Espere... En..., en algún sitio lo he oído..., sí, ¡estoy segura! Puede que fuera Lucas quien me hablara de ella.

El inspector se acercó a la periodista.

—Señora Paige, ¿va a quedarse usted a pasar la noche en Hastings?

—Tengo alquilada una habitación, pero... no sé qué hacer. Puede que coja el coche y regrese a Londres.

—Usted pídamelo y haré lo imposible por mantenerla a salvo.

La calle no podía estar más en silencio.

La mujer parpadeó y sus ojos, que parecían de otro planeta, quedaron iluminados por el brillo de una farola cercana. Hobbes se sentía atraído por ella, no lo podía evitar. Aun así, de nuevo, algo en su fuero interno le dijo que la mujer sabía más de lo que le estaba contando.

Mucho más.

Entonces, la periodista le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de él.

¿Era de miedo la expresión de su cara... o de culpabilidad?

Hobbes era incapaz de determinarlo.

MIÉRCOLES

26 DE AGOSTO DE 1981

EN BRAZOS DEL MAR

El inspector Hobbes y la detective Palmer empezaron a ascender por la colina, en dirección contraria al mar. Era una pendiente bastante pronunciada, pero el aire era fresco y puro, así que el inspector se sintió reconfortado mientras su cuerpo iba adoptando el nuevo ritmo. Por fin, llegaron a su destino, un pub que se llamaba Crown and Anchor. El sitio había abierto a las once, hacía apenas veinte minutos, pero ya había unos cuantos parroquianos. El humo del tabaco flotaba justo por debajo de las vigas de madera.

El inspector examinó la estancia. La clientela parecía estar compuesta por bebedores habituales, gente mayor en su mayoría, y por un par de mujeres de mediana edad. Todos se los quedaron mirando cuando la detective y él aparecieron por la puerta. Él, en concreto, era un desconocido. De súbito, Hobbes se dio cuenta de que Palmer era la única negra del lugar.

No obstante, la reacción que estaba esperando no llegó a producirse, puesto que un par de los que frecuentaban el lugar la recibieron con sonrisas y le ofrecieron un trago.

—Una Coca-Cola, Alf, gracias —respondió ella—. Con hielo y con limón. Y unas patatitas, si estás generoso.

—Enseguida, cariño. Queso y cebolla, ¿no?

—Qué bien me conoces.

Palmer llevó a Hobbes a una mesa que había al lado de una ventana y desde la que se veía la puerta.

—Aún no ha llegado —informó la detective—, pero aquí es donde repone fuerzas a esta hora del día.

—Entonces, ¿esperamos?

—Esperamos.

El pub se animó a eso del mediodía, a medida que más gente se unía al rebaño. Para entonces, Palmer ya iba por la segunda bolsa de patatas.

—¡Atención! ¡A las armas!

El inspector siguió con la mirada el gesto que la detective hacía en dirección a la puerta del pub, por la que entraba un hombre robusto y barrigón que llevaba el pelo al rape y tenía la cara roja.

—Ese magnífico espécimen de masculinidad británica se llama Danny Webster.

—Vale, pero creo que será mejor que dejemos que se ponga cómodo.

Webster se acercó a dos hombres que había en una mesa en una esquina. Luego, fue a la barra y estuvo un par de minutos hablando con la camarera antes de volver a la mesa con una

bandeja de bebidas.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó el inspector.

—Nada demasiado malo. Le gusta pelearse después del cierre y, normalmente, pierde, aunque solo porque suele estar muy borracho para entonces. En una ocasión, lanzó un ladrillo contra el escaparate de una tienda, pero nadie sabe por qué. Se ha divorciado hace poco y lleva en paro desde que su negocio de fontanería se fue a pique, aunque yo diría que sigue trabajando y que cobra en negro.

—Entiendo. De los que acunan su orgullo herido.

—De los que les gusta meter un dedo en la llaga, diría yo. ¿Quiere que se lo presente?

—No, Jan, creo que será mejor que no lo haga. Ahora bien, la llamaré si la necesito.

—Me parece bien.

El inspector se acercó a la mesa de Webster y le dio unos toquecitos en la espalda. El hombre se dio la vuelta y miró a Hobbes sin expresión alguna en el rostro.

—¿Danny Webster?

—El mismo.

En ese momento, puso cara de recelo.

—¿Podemos hablar?

—Mire, si es usted otro de esos mierdas de seguidores de Lucas Bell, la respuesta es «¡No!». Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—En realidad, soy inspector de policía. —Hobbes les hizo un gesto con la cabeza a los dos compañeros de Webster—. Señores, ¿podrían darnos un par de minutos?

Los dos cogieron su pinta y, sin decir palabra, se unieron al grupo de bebedores que había en la mesa de al lado. Hobbes se sentó enfrente de Webster, que le dio un trago rápido a su cerveza y le preguntó: —¿He hecho algo malo?

El inspector sonrió.

—He leído la entrevista que le hicieron en *100 Splinters*, esa en la que habla de la noche en la que murió Lucas Bell. Me pareció muy interesante.

Webster respiró aliviado y sus rasgos se relajaron. Había partes de su cara que eran del color de las ciruelas verdes, señal inequívoca de que llevaba años bebiendo en cantidad.

—Sí, bueno..., pues yo no me quedé muy contento con ella.

Ya arrastraba un poco las palabras. Aquella no era la primera cerveza del día.

—Ah, ¿no?

—El idiota ese cortó un montón de cosas de las que le conté. Me tiré muchísimo tiempo hablando con él. ¡Hora y horas, joder!

El inspector asintió, como si lo comprendiera.

—Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas. ¿Tiene algún inconveniente?

—¿De qué va esto?

—¿Sabe usted que han asesinado a Brendan Clarke?

—¿Qué? No..., no tenía ni idea.

Su reacción de sorpresa fue muy sincera.

—Lo asesinaron el sábado por la noche.

—Dios... No pensará que tengo algo que ver con el asunto, ¿verdad?

El inspector dejó que el hombre se preocupara unos instantes más antes de preguntarle:

—¿Lo conoció en persona?

—Sí, claro. Fue él quien vino a verme, como si fuera algo especial.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de un mes, más o menos. Pasamos unas cuantas horas hablando y se piró.

Nada más, se lo juro.

—En realidad, me gustaría que me contara cosas de cuando iba al colegio con Lucas Bell.

—¿Por qué?

—Iban ustedes al mismo curso, ¿no es así?

—A la misma clase, de hecho, así que traté mucho con él.

—¿Tenía Lucas muchos amigos?

—Bueno, la verdad es que no era uno de los que molaba, no sé si me entiende.

—Señor Webster, cuénteme todo aquello de lo que se acuerde, me resultará de gran ayuda.

De pronto, Danny Webster centró la mirada, apuró la cerveza y dejó el vaso de golpe sobre la mesa.

—¿A qué viene esto?

—Usted responda, si es que puede.

El hombre se mojó los labios.

—Tengo la garganta seca y casi no puedo hablar.

Hobbes suspiró y levantó la pinta de Webster de manera que la detective la viera.

Webster sonrió.

—A ver, deje que piense... —Ladeó un poco la cabeza, como si eso fuera a ayudarlo a recordar—. Sí, Lucas tenía un grupito de amigos. Ya sabe, los típicos memos, los flacuchos.

Siempre estaban juntos..., supongo que para protegerse, aunque no es que les sirviera de mucho. En el cole había algunos abusones de aúpa. A veces, la cosa se volvía bastante cruel.

Hobbes tenía la sensación de que Webster había sido uno de aquellos abusones; en su rostro había aparecido una sombra de arrepentimiento.

—¿Recuerda el nombre de alguno de esos amigos?

—¡Joder, no! Yo no hablaba apenas con ellos.

Palmer se acercó y dejó una pinta delante de Danny Webster.

—Gracias, cariño.

La detective se sentó al lado de Hobbes y se quedó escuchando mientras este interrogaba al hombre.

—Piense, señor Webster. ¿Recuerda alguno de los nombres?

—A ver... Gavin no sé qué... ¿Gavin Richards? Algo así.

El inspector apuntó el nombre.

—Gracias. ¿Qué me dice de la ciudad del edén?

Webster, que se llevaba la pinta a la boca, se quedó inmóvil, pero no respondió.

Hobbes insistió:

—¿Significa algo para usted ese concepto?

—Nada.

El inspector empezaba a sentirse frustrado y el hombre se lo vio reflejado en la cara.

—Es una pena que no pueda hablar usted con la señorita Dylan —comentó—. Ella era muy amiga de Lucas y estoy seguro de que le daría la información que usted busca.

—¿Quién es la señorita Dylan?, ¿alguna maestra?

—No, no joda. El nuestro era un colegio de chicos. Allí, la única mujer que había era la vieja señora Prendergast, la temida directora. La señorita Dylan trabajaba en el Instituto Brassey.

—¿Qué es eso?

A esa pregunta respondió la detective Palmer:

—Es la biblioteca de la ciudad.

Danny Webster asintió.

—La señorita Dylan venía al colegio unas cuantas veces al año para hablarnos de libros y todo eso. También nos daba clases de oratoria... o, al menos, lo intentaba. En realidad, la tía estaba un poco chalada. Siempre estaba rodeada de un montón de raritos y hablaban de Dios sabe qué, de historias, de novelas, no sé... De poesía y esas mierdas.

—¿Y Lucas formaba parte de aquel grupo?

—¡Era el miembro principal! Solían reunirse en una sala que había en la biblioteca o, a veces, se los veía en el paseo de la costa, mirando al mar. También solían ir al cementerio y estudiaban las lápidas.

—¿Cuántos eran?

—Media docena, más o menos. Chicos y chicas... Y la señorita Dylan los presidía como si fuera la bruja mayor.

—¿Y no recuerda quién más integraba este grupo?

Danny Webster negó con la cabeza.

—Lo siento, pero creo que he bebido demasiado alcohol a lo largo de los años. Es como si aquella época estuviera borrosa. A decir verdad, si Lucas no se hubiera hecho famoso, lo más probable es que ni siquiera me acordara de él.

—Doy por hecho que la señorita Dylan no sigue aquí, en Hastings.

—Está muerta. ¿No se lo había dicho ya?

—No, no había especificado que lo estuviera.

—Fue algo sonado. Una tragedia, según el periódico local. La pintaron como una solterona solitaria, ya sabe, una triste.

Palmer metió baza:

—Creo que me acuerdo de aquello. Tampoco fue hace tanto tiempo, ¿no?

—Hace unos tres años, diría yo..., en 1978, creo.

—¿Qué le pasó? —preguntó el inspector.

—Se la quedó el mar —respondió Danny Webster.

La frase pilló por sorpresa al inspector.

—¿Se refiere a que se ahogó?

—Sí. Es una expresión que tenemos por aquí —le explicó Palmer—. Se remonta a cuando esto era un pueblo pesquero. Es la idea del sacrificio al mar: tomamos..., pero también entregamos.

Webster asintió.

—Ese invierno hubo una tormenta terrible y las olas llegaron al paseo marítimo. —El hombre parpadeó como si lo estuviera reviviendo—. Nadie sabe por qué estaba allí la señorita Dylan, por qué se había acercado tanto. Algunos dicen que estaba borracha o drogada, y aseguran que les estaba gritando a las olas que se la llevaran... o retándolas a que lo hicieran y,

entonces, paf, desapareció. El mar no necesita más que unos segundos.

Danny Webster dejó el vaso de cerveza en la mesa. Ya lo tenía por el medio.

—¿Cuál era su nombre de pila?

—¡Dios todopoderoso! ¿Su nombre de pila? ¿Piensa usted que soy el señor Memoria?

—¿Se acuerda usted, detective Palmer?

—No, lo siento, pero no me resultará difícil averiguarlo.

—Pero tenía un apodo, de eso sí me acuerdo, aunque solo los de su grupito la llamaban así.

—¿Cuál era?

—No es que fuera algo horrible o, por lo menos, creo que no. La llamaban dama Minerva.

El corazón de Hobbes dio un vuelco.

—¿Y sabe usted por qué la llamaban así?

El hombre negó con la cabeza.

—Ni idea.

Le dio otro trago largo a la cerveza.

—¿Llegaron a encontrar el cadáver de la señorita Dylan?

—No, yo diría que no.

La detective se mostró de acuerdo con él.

—Se la quedó el mar —añadió la policía.

El inspector Hobbes se tomó unos instantes para que todas aquellas ideas se le asentaran en la cabeza.

—Dígame, señor Webster, ¿le preguntó Brendan Clarke sobre los amigos de Lucas Bell?, ¿sobre la bibliotecaria?

—Sí, sí que lo hizo.

—¿Y le preguntó también por la ciudad del edén?

—Bueno, eso es por lo que he dudado, porque estaba interesadísimo en saber si eso de la ciudad del edén tenía algún sentido para mí. Muy muy interesado, de hecho... —Dudó.

Hobbes lo presionó:

—¿Y qué le contó?

Se miraron. De pronto, dio la sensación de que las luces, el ruido y las conversaciones ininteligibles, todo lo que sucedía en el pub, desaparecían.

—Es un concepto que vi en una ocasión en la pizarra de clase.

—¿Se refiere a que lo escribió un profesor?

Webster negó con la cabeza.

—No, fueron los niños de la pandilla de Lucas. Lucas y los suyos... Pero lo borraron en cuanto entré.

—¿Qué representaba aquello?

Daba la sensación de que el hombre estuviera confundido. El inspector prosiguió a toda prisa, lo apremió:

—¿Qué significa ese concepto?

—Es un sitio. Es una ciudad... Es lo único que sé. Creo que la idea se le ocurrió a la señorita Dylan.

—¿Qué ciudad? ¿Cree usted que se refiere a Hastings? ¿Representa Hastings... o Londres... o algún otro sitio?

Danny Webster se dio unos toquecitos en la sien.

—Aquí. Aquí dentro. Aquí es donde vivían esos.

—¿A qué se refiere?

Webster lo miraba extrañado.

—A que era una ciudad imaginaria. La ciudad del edén. Era un refugio. Un sitio en el que se sentían a salvo. El paraíso. —Se echó a reír—. Aunque, para lo que les sirvió...

Estaban locos. Todos. Estaban todos como putas cabras. ¡Los odiaba! Me daban ganas... Me daban ganas de joderlos bien.

Se quedó callado como si, de pronto, estuviera avergonzado por lo que acababa de decir.

Tenía la frente perlada de sudor y saliva en los labios. El hombre irradiaba dolor.

—Yo era uno de los peores. No lo dije en la entrevista, pero yo era uno de los abusones.

Era un cabrón de mierda.

—Pero ¿pegó usted alguna vez a Lucas?

—No, sus amigos eran presas más sencillas. Con ellos era más fácil. —Se mordió el labio inferior—. No me siento orgulloso. No lo estoy, no.

—Ya lo sé, señor Webster, salta a la vista.

—No estoy orgulloso. —Lo repetía como si fuera una obsesión—. Nada orgulloso.

Se llevó la pinta a la boca, momento en que se dio cuenta de que estaba vacía. Estaba borracho y se le notaba en la cara, en el brillo de los ojos y en la mirada de odio.

El inspector Hobbes estaba empezando a desesperarse.

—Señor Webster, escúcheme, esto es muy importante. ¿Mató a alguien ese grupo de amigos?

El hombre se quedó de piedra.

—¿Qué? No. Eran unos mierdas, todos ellos. Unos inútiles. Esos no se habrían atrevido a matar una mosca.

Hobbes se recostó en la silla. Miró a la detective Palmer y, después, habló con voz calmada:

—Y, señor Webster, ¿le contó usted todo esto a Brendan Clarke? ¿Le habló de la ciudad del edén?

—Sí, pero me quedé muy sorprendido cuando leí la entrevista, porque no se mencionaba nada respecto a ella... y parecía que el tío estuviera interesadísimo, ¿me entiende?

El inspector pensó en alto:

—Estaba recabando pruebas...

—¿De qué?

—De que a Lucas Bell lo habían asesinado.

Danny Webster abrió los ojos de par en par al oír aquello.

—Quiere usted decir que... ¡Hostia puta! ¿Y fue la mujer esa que iba en el coche? ¿La mujer que vi aquella noche? —La ira volvió a embargarlo—. ¡Oh, joder...! ¿La he cagado?

Es decir..., ¡es que soy el testigo principal! Esta podría ser mi gallina de los huevos de oro.

—Señor Webster...

—¡Déjeme en paz!

Se levantó y se apartó del inspector.

—Señor Webster, siéntese.

—Se acabó. —El hombre se movía a uno y otro lado como una marioneta. El vaso se le cayó a la moqueta—. Oh, mierda... ¡Joder!

Otros empezaron a mirarlos ahora que Webster estaba levantando la voz. Parecía que sus dos amigos estuvieran preocupados. Uno de ellos se puso de pie.

—Danny, ¿estás bien?

—¡Que te jodan!

—Oye, que estoy intentando ayudarte.

Pero Webster no quería la ayuda de nadie. Su amigo y él se enzarzaron, aunque fue algo a caballo entre una pelea y un abrazo. Hobbes echó la silla hacia atrás con intención de apartarse de aquellos dos gigantes. Empujaron la mesa. Una mujer que había al lado pegó un grito de sorpresa.

—¡Danny, por amor de Dios, siéntate! —gritó alguien.

Saltaba a la vista que aquello era algo frecuente. La detective Palmer también se había puesto de pie e intentaba separar a los dos hombres. No obstante, la pelea acabó tan rápido como había empezado. Webster estaba en medio del pub y los demás se reían de él. Algunos hacían comentarios desdeñosos, pero era como si el hombre no los oyera. Por unos instantes, dio la impresión de que fuera a salir corriendo, de que fuera a ir tambaleándose hasta la puerta, pero se rehízo y se dirigió hasta donde estaba el inspector Hobbes.

—Hay una cosa que no le dije al gilipollas aquel de Brendan Clarke. ¡Una cosa!

El inspector le mantuvo la mirada.

—¿El qué?

Webster gruñó.

—Que se la tiró. —Por alguna razón, ahora estaba hablando para todo el pub—. Eso es, vuestro preciado Lucas Bell se folló a la bibliotecaria. ¡Es asqueroso incluso pensar en ello!

¡Era una vieja, joder! ¡Repugnante!

Y, dicho aquello, se dejó caer en la silla. Su amigo le puso la mano en el hombro y, en aquella ocasión, Webster no la rechazó.

Acabado el interrogatorio, el inspector Hobbes y la detective Palmer se dirigieron a la salida. Luego, marcharon hacia la comisaría por entre las calles. De camino, Palmer comentó:

—¿Por qué le ha preguntado a Danny si el grupo mató a alguien?

El inspector pensó en lo que le había dicho Nikki Hauser en el coche, que Lucas Bell casi le había confesado un crimen.

—Una testigo con la que hablé en la campiña de Witch Haven me contó esa historia. No sé si es cierta o no, pero existe la posibilidad de que los integrantes de la ciudad del edén, fueran quienes fueran, estuvieran implicados en algún tipo de asesinato.

—Entiendo. Investigaré la época en la que Bell fue al colegio, para ver si doy con algo.

Tardaron quince minutos en llegar a la comisaría de policía, que estaba en Bohemia Road, y, nada más entrar, les quedó claro que algo malo había sucedido. Los agentes de policía iban de un lado para otro, acelerados, nerviosos, hablando entre ellos. El sargento de guardia le gritaba a alguien por teléfono: —¡Me importa un bledo! ¡Quiero que dé con el inspector Bailey de inmediato! ¡De inmediato!

Colgó el teléfono de golpe.

Palmer se acercó a él.

—¿Qué sucede, Fred?

—Ha habido un asesinato. Estoy intentando contactar con...

—¿Qué?

—Estoy intentando contactar con el inspector Bailey, pero parece que nadie sabe dónde está.

—¿A quién han matado?

El sargento la miró.

—A una de las chicas de Lucas Bell. Una de sus seguidoras. No sé nada más.

En cuanto oyó aquello, y aunque no sabía por qué, el inspector Hobbes pensó en Morgan Yorke. Se acercó al mostrador del sargento y le dijo:

—Dígame dónde ha sido, que yo me encargo.

—No sé si al inspector Bailey le va a hacer gracia que...

Sonó el teléfono, lo que cortó la protesta del sargento.

—¿Sí? Sí. Sí..., vale. Entiendo. —Apuntó algo en su libreta—. No, aún lo estoy buscando.

—¿Qué pasa, Fred?

El sargento colgó el teléfono.

—La víctima llevaba una identificación. —Miró su libreta—. Se llamaba Simone Paige.

En cuanto el sargento leyó el nombre, el inspector Hobbes sintió como si un furioso fogonazo en el rabillo del ojo lo cegase.

VIVIR A OSCURAS

El inspector Hobbes y la detective Palmer fueron andando hasta la puerta principal de Fair Harbour. Un agente de uniforme se apartó para que pasaran. Una vez en la sala de estar, que estaba abarrotada, el inspector preguntó: —¿Quién está al mando?

Varias personas giraron la cabeza, pero nadie respondió.

—Yo diría que aún están esperando a que aparezca el inspector Bailey —comentó la detective.

—¿Ha estado ya por aquí el médico? —preguntó Hobbes.

En esa ocasión, le respondió un policía de paisano:

—Sí, señor. Ya ha estado por aquí.

—Bien.

El inspector miró a su alrededor. En el sofá había una anciana que gimoteaba. La mujer temblaba de pies a cabeza y tenía la cabeza gacha, escondida en el pecho.

—¿Quién es esa mujer?

—La dueña de la casa, señor.

Hobbes frunció el ceño.

—A ver, todo el mundo fuera. ¡Ya! Vamos, denme un poco de espacio, ¡por amor de Dios! —Su orden tenía la suficiente intensidad como para conseguir que todos empezaran a moverse —. Palmer, ¿podría limpiar el escenario del crimen por mí?

—¿Limpiarlo, señor?

—Todos fuera de aquí. ¡Fuera!

La detective estaba confundida y dudó antes de salir de la estancia. El inspector se inclinó para hablar con la anciana del sofá.

—¿Podría decirme cómo se llama, por favor?

La mujer levantó la mirada.

—Soy la señora Saunders... Bueno, Vera. Lo que usted prefiera.

—Vera, soy el inspector Hobbes.

La anciana asintió y sonrió ligeramente.

—Pues...

Hobbes dio un paso atrás. De repente, estaba desconcertado. De camino a la casa había intentado mantener la cabeza fría, libre de emociones, vaciarla por completo, de manera que los detalles que viera, tanto del cadáver como de su situación, le quedaran impresos con claridad en la cabeza. Sin distracciones, sin sentimientos personales.

«Mantén el corazón aparte, Henry. Piensa como si fueras una cuchilla».

El inspector Collingworth de nuevo. Siempre esa voz insistente en sus pensamientos.

¿Cómo iba a ser una cuchilla en esta ocasión? Aquello era culpa suya. La había cagado y una mujer había muerto, alguien que sabía a ciencia cierta que estaba en peligro.

Hobbes miró a su alrededor, en parte, con intención de rehacerse. La sala era una gruta de hadas pintada con colores pastel que tenía una moqueta de pelo largo color verde césped, aunque también en tono pastel. Imaginó a la señora Saunders pasando la aspiradora a diario y, al menos una vez a la semana, quitándoles el polvo a los muchos objetos decorativos allí presentes. Tal y como hacía su propia madre.

La detective Palmer entró en la sala.

—Resuelto, señor.

El inspector asintió para darle las gracias y, después, volvió a dirigirse a la dueña de la casa:

—Señora Saunders, sé que esto es difícil para usted, pero ¿podría decirme qué ha pasado esta mañana?

—Sí, claro.

—La señora Paige ha venido a verla, ¿no es así?

—Sí, sobre las diez. Yo acababa de poner la lavadora cuando ha sonado el timbre. Me asusto con facilidad en esta época del año por todo eso de los seguidores de Lucas Bell. A veces, me molestan. Bueno, la cuestión es que he mirado por la ventana y he visto que se trataba de una mujer. A ver, una mujer... Me refiero a que no era una quinceañera, así que me he sentido segura.

—¿Vive usted sola?

—No, vivo con Trevor, mi marido, pero está fuera, jugando al golf.

La mujer arrugó la frente.

A Hobbes le llamó la atención una fotografía que había en la mesita de café, una instantánea de Simone Paige cuando era más joven. ¿Qué hacía aquella fotografía allí?

—Entonces, le ha abierto la puerta.

—Eso es, y he visto que se trataba de la señora Paige.

—¿La ha reconocido?

—No, al principio no. Hasta que me ha dicho su nombre no la he reconocido y, aun así, he tenido que venir aquí a comprobarlo, a por la foto.

El inspector Hobbes señaló la fotografía que acababa de ver.

—¿Se refiere a esta?

—Sí. Esa foto me la dejó Lucas.

—¿Lucas Bell?

—Eso es, sí. Él antes vivía en esta casa, en Fair Harbour. Ya sabe, cuando era pequeño.

Hobbes asintió.

—¿Por qué le dejó el señor Bell esta fotografía?

—Me dijo que no debía permitir que nadie entrara en la casa, ninguno de sus seguidores, me refiero, a menos que se tratara de la señora Paige. Así que me dejó esta foto. —La anciana cogió la fotografía y la miró. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me la cedió para que fuera capaz de reconocerla.

El inspector pensó en lo que le estaba contando aquella mujer.

—¿Podríamos volver al momento en que Lucas Bell vino a verla?

—¡Oh! Solía venir de vez en cuando, ¿sabe? Me refiero a después de que se hiciera famoso. Me pagaba un buen dinero. De verdad, un muy buen dinero, y cada vez que venía.

¿Cómo me iba a negar?

—¿Y por qué le daba ese dinero?

—Era el pago para que siguiera almacenando aquí sus pertenencias. En el ático.

—Entiendo. ¿Y cuándo fue la última vez que vio al señor Bell?

La señora Saunders dudó.

—Pues..., unos días antes..., unos días antes de que se suicidara.

Sin darse cuenta, la anciana estaba apretando la fotografía de Simone Paige con tal fuerza que cabía la posibilidad de que la rompiera.

—¿Y dejó algo en el ático aquella vez?

—Sí, claro. Lucas siempre traía alguna cosa.

—¿Y sabe usted de qué se trataba?

La anciana negó con la cabeza.

—Lo traía en una caja de cartón y nunca he subido a mirar nada de lo que guardaba.

Solía llamarme por teléfono, me decía que iba a venir y traía algo que dejaba en el ático.

Subía, se quedaba allí un tiempo y, después, bajaba, pero con las manos vacías. Siempre era igual.

—¿Solía hablar usted con él?

—Solíamos hablar, sí. Del tiempo y cosas así. Siempre era muy agradable. Excepto...

—¿Excepto?

—Excepto la última vez. Saltaba a la vista que había algo que le preocupaba, pero no quise preguntar. Fue entonces cuando me contó lo de la señora Paige y cuando me dio la fotografía. Me dijo que solo ella, ella y nadie más, tenía permiso para entrar y ver lo que guardaba en el ático.

Hobbes consideró lo que le decía la señora Saunders. Parecía que Lucas Bell supiera que se iba a suicidar, o que lo iban a matar, y que hubiera dejado algo ahí, en la casa de su infancia, para que Simone Paige diera con ello.

—Entonces, cuando la señora Paige ha venido a verla...

—Se lo he contado todo, claro está. Estaba muy sorprendida... y emocionada, diría yo.

—¿Sabe usted por qué ha venido a verla?

—Me ha dicho que quería hablar de Lucas Bell, de su familia, de su casa. De todo un poco. Ahora bien, en cuanto le he contado lo del ático, ya no le interesaba nada más. Lo único que

quería era ver lo que había ahí arriba.

Hobbes se inclinó hacia delante.

—Y, entonces, ¿qué ha pasado?

—Ha subido.

—¿Podría llevarme usted? Guíeme. Hagamos lo mismo que ha hecho con ella.

La señora Saunders dudó. No obstante, casi al instante, se puso de pie y salió al pasillo.

Junto a la puerta principal, que seguía abierta, había una serie de agentes de uniforme que no les quitaban ojo. El inspector Hobbes no les prestó atención, sino que siguió a la detective Palmer y a la anciana hasta las escaleras primero y por ellas después. Todo estaba limpísimo, cada superficie, excepto por una mancha roja en la pared, una huella parcial de sangre.

—Es aquí.

La señora Saunders se había detenido a los pies de una escalera metálica plegable que daba a la trampilla de un ático.

El inspector asintió.

—Así que ha traído a la señora Paige hasta aquí.

—Eso es. He bajado la escalera y ella ha subido.

—¿Se ha quedado usted aquí abajo?

—No, he regresado a la sala.

—¿Y ha oído algo?

—Nada, nada en absoluto. Bueno, al principio, porque, entonces...

—¿Qué ha pasado?

—Después de que la señora Paige llevara arriba unos minutos, he oído voces, gritos y un chillido terrible. Algo se ha caído, me parece, porque he escuchado un ruido. La he llamado desde la planta de abajo, desde la escalera, porque pensaba que la mujer podía haber tenido un accidente.

—¿Y ha respondido?

—No, pero aún oía ruidos arriba. Entonces he vuelto a oír otro grito..., un alarido. Un alarido de dolor. —La anciana se llevó las manos al pecho—. ¡Dios..., cuánto me he asustado!

—Y, después...

La mujer no respondió. El inspector Hobbes la miraba, a la espera.

—Señora Saunders, ¿qué ha sucedido después?

—He subido aquí, hasta donde estamos ahora mismo, y me he quedado escuchando. No se oía nada. Nada en absoluto. —La mujer tomó aliento—. Después de un rato, me he armado de valor y he subido al ático. He asomado la cabeza por la trampilla y he visto..., he visto a la señora Paige tirada en el suelo. He pensado que habría tenido un accidente, así que he decidido seguir subiendo, que es cuando me han atacado.

—¿Se refiere a que alguien le ha pegado?

La anciana asintió y se tocó la nunca.

—¿Y entonces? Imagino que se habrá caído usted por la escalera.

—En efecto, así ha sido. No es que haya sido un golpe muy feo, pero ha sido suficiente para que me quedara atontada y resbalara escaleras abajo. Me he quedado aquí, en el suelo.

Es entonces cuando la persona que me ha golpeado, quienquiera que fuera, ha bajado.

—¿No la ha reconocido?

—No he podido verla bien. Me estaba tapando la cabeza con las manos, asustada.

—Pero, el hombre ese, ¿le ha hecho más daño?

—Oh, no, no era un hombre. Al menos, juraría que no.

—¿Era una mujer?

—Sí, eso creo.

—¿Cree?

El inspector se dio cuenta de que estaba asustando a la anciana.

—¿Qué edad tendría? ¿Qué aspecto?

La señora Saunders estaba desconsolada.

—Iba vestida de negro, eso lo tengo claro...; pero, es que, de verdad, ha sucedido todo muy rápido. Puede que llevara un sombrero, no sé... Quizá fuera un pasamontañas.

—Y, aun así, ¿está segura de que era una mujer?

—Desde luego, parecía una mujer, sí; es decir, la sensación que transmitía... No sé si sabe a qué me refiero.

—¿Y qué es lo que ha hecho? —la apremió Hobbes.

—Creía que iba a pegarme de nuevo, pero no ha sido así. Ha salido corriendo escaleras abajo a toda prisa y se ha marchado por la puerta principal.

—De acuerdo, de acuerdo. —El inspector asintió mientras miraba a la señora Saunders —. Gracias. Ahora, por favor, vuelva a la sala de estar.

La anciana se alegró de que le pidiera aquello.

Hobbes empezó a subir las escaleras que daban al ático, pero la detective lo detuvo.

—Señor, va a necesitar esto.

Palmer le tendió un par de guantes de plástico que Hobbes se puso de inmediato.

—Puede subir, pero limítese a mirar, déjeme a mí la investigación.

La detective asintió. Hobbes llegó a la trampilla y asomó la cabeza. La luz estaba encendida, una sencilla bombilla que colgaba de un cable en medio de la estancia y que apenas iluminaba. En realidad, casi todo el ático estaba en sombras. A primera vista, eran evidentes los típicos objetos de casa que ya nadie quería: un par de sillas de comedor, cajas de té, una tabla de planchar, ollas y sartenes, *etc.* Había un perchero metálico tirado en el suelo.

El cadáver de Simone Paige yacía en el suelo, medio cuerpo bajo la luz, el otro medio entre las sombras. Se le veía la cara; tenía los ojos abiertos. Uno de sus brazos estaba extendido en dirección al inspector, como si le estuviera pidiendo ayuda. Alrededor de la mujer había salpicaduras de sangre.

El inspector entró en el ático. Tenía que permanecer encorvado para no darse con el techo. Se acercó al cadáver. Se sentía mal, estaba furioso consigo mismo.

«Observa. Observa».

En una esquina había una especie de cama que consistía en una manta echada sobre una serie de almohadones. Al lado, una taza, un plato de hojalata, una linterna, unas cuantas latas de cecina y una bolsa de manzanas. ¿Sería posible que allí viviera alguien, a oscuras? O, mejor pensado, ¿podría ser que la mujer en cuestión se pasara por allí a veces, cuando sabía que los Saunders estaban fuera?

Examinó a Simone Paige. Tenía una herida profunda en el estómago y varios cortes superficiales en el pecho. Parecía como si la hubieran atacado a lo loco. Los brazos y las manos

estaban llenos de cortes, sin duda, porque había intentado defenderse. El inspector miró alrededor del cadáver y enseguida divisó un cuchillo de carnicero cubierto de sangre. Se fijó en que lo habían cogido de una caja de madera con tapa de bisagras que contenía muchos otros cubiertos. Simone Paige debía de haberse dado cuenta de que no estaba sola, de que allí había alguien con ella, alguien que se escondía entre las sombras, alguien que empuñaba un cuchillo.

Pánico. Miedo. En ambas mujeres, lo más probable.

El inspector intentó imaginar cada una de las emociones que habrían sentido la víctima y su asesina. Aquel no había sido, de ningún modo, un ataque premeditado, sino un acto desesperado, motivado por la necesidad de escapar.

O puede que motivado por ese odio que los seguidores de Lucas Bell sentían hacia la periodista.

El inspector Hobbes se incorporó y esperó unos instantes, quieto. Entonces susurró:

—Ay, Simone... Simone..., lo siento. Descubriré quién le ha hecho esto. Daré con el culpable y lo llevaré ante la justicia. Se lo prometo.

Era el compromiso habitual.

Pero no valía de nada. De nada. Eran palabras vacías.

—¿Ha dicho usted algo?

Era la detective Palmer, que miraba a través de la trampilla.

—No, nada en absoluto.

El inspector se sentía furioso. La ira lo quemaba por dentro. Intentó pensar en las intenciones del asesino. ¿Qué había allí arriba que fuera tan importante? ¿Qué era lo que pretendía proteger? Miró entre las sombras con atención. Más allá del cadáver de Simone Paige vio unas cajas de cartón grandes; tres, para ser más exactos. Lo más probable era que fueran las pertenencias de Lucas Bell. Las protegían un par de guitarras y un maniquí de costurera que llevaba puesto uno de los conjuntos con los que Bell salía al escenario. Había algunos objetos más aquí y allí. Las telarañas, el polvo y el moho lo cubrían todo.

El inspector pasó por encima del cadáver de la periodista con cuidado. Miró en la primera de las cajas, en la que habían escrito PRIMERAS CANCIONES con rotulador negro. La caja estaba abarrotada. Hobbes sacó unos cuantos papeles y reconoció la letra de Lucas Bell gracias a que ya la había visto en la hoja que habían encontrado hecha una bola en la boca de Brendan Clarke. Lo más probable era que aquellos fueran sus primeros intentos de escribir canciones, de cuando era un adolescente. En la segunda caja ponía OBRAS DE ARTE. Aquella caja también estaba llena hasta arriba de papeles. El inspector decidió obviarla por el momento y pasar a la tercera caja, que estaba escondida detrás de las demás. A diferencia de las otras dos, esta estaba cerrada con cinta adhesiva. Al principio, el inspector no vio que pusiera nada en ella, pero, cuando le dio la vuelta, observó que había algo escrito, también con rotulador negro: CIUDAD DEL EDÉN.

Le entró polvo en la garganta. Se sintió como si tuviera delante un cofre del tesoro.

Lucas Bell había dejado aquella caja allí para que Simone Paige la encontrara, no le cabía duda. Hobbes recordó las palabras que la periodista le había leído de sus diarios: «Un día, si alguna vez llega el momento adecuado, te contaré la historia de la ciudad del edén». Bueno, pues estaba claro que aquel día había llegado. Por desgracia, Simone Paige no iba a ver lo que había dentro de aquella caja y jamás iba a conocer el secreto.

El inspector encontró una pluma estilográfica en un estuche lleno de objetos inútiles, clavó su

punta en la cinta adhesiva y rasgó hacia él. Las solapas de la caja se abrieron. El inspector miró en su interior. Estaba llena de papel: hojas sueltas, cuadernos, libretas de varios tipos... Había montones de papeles de uno u otro tipo. Sacó algunos objetos al azar: una libreta en cuya cubierta ponía «Mapas de la ciudad del edén»; otra en la que podía leerse «Claves secretas»; otra, «Relación de obras del museo de la ciudad del edén». La cantidad de material era abrumadora. Desplazó todo el papel hacia atrás para ver qué era lo que había delante del todo. Se trataba de una hoja con unas pocas líneas escritas en ella. En la primera ponía: «Ciudad del edén – Miembros fundadores». Tenía fecha del 12 de septiembre de 1963. Debajo aparecía: «A quien pueda interesar, los siguientes son los verdaderos miembros fundadores de la feligresía de la ciudad del edén». A continuación, había una lista de nombres. No eran nombres de verdad, sino apodos o, mejor dicho, nombres en clave. Había seis. Cuatro de ellos no los había oído jamás, pero, los otros dos sí: Bo Deslumbros Dama Calibán

Dama Minerva

Genio Índigo

Luna Bloom

Rey Perdido

Aquello sacudió al inspector Hobbes con una fuerza que apenas era capaz de comprender.

Era evidente que el asesino, tanto de Brendan Clarke como de Simone Paige, estaba escondido detrás de alguno de aquellos nombres.

POR CALLES IRREALES

El equipo de la policía de Hastings se hizo cargo del caso. El inspector Hobbes no pidió sino que le dejasen llevarse del ático la caja marcada como CIUDAD DEL EDÉN. Luego, regresó a la casa de la detective Palmer, que estaba vacía a aquella hora del día. Enseguida se sumergió en el trabajo e intentó no pensar en Simone Paige y en que la había fallado, en que no había sido capaz de protegerla. Pasó unas cuantas horas estudiando el material: biografías falsas, diseños de edificios ficticios, partidos políticos, ritos religiosos, revoluciones fallidas, batallas y mucho más de la historia de aquella ciudad imaginaria. El material estaba manuscrito con diferentes letras; era evidente que aquello no era el trabajo de una sola persona, sino de un grupo. Al parecer, los seis miembros fundadores habían trabajado a la vez. Era un logro increíble. En 1963, la fecha que aparecía en el primero de los papeles, Lucas Bell debía de tener quince años. El inspector supuso que los demás miembros tendrían más o menos la misma edad, a excepción de la señora Dylan, claro está. En las manos tenía un mundo entero sacado de lo más profundo de varias mentes adolescentes. ¿Qué les habría llevado a crear y a describir tan en detalle un reino de fantasía? Pensó en su propia adolescencia, en las horas que había pasado solo en su habitación, oyendo cómo sus padres discutían. Él se había entregado a los libros: a las historias bélicas, a las

del Oeste, a las aventuras del espacio. Cabía la posibilidad de que la ciudad del edén respondiera a una necesidad similar por escapar, pero que la hubieran magnificado hasta llegar mucho más allá de lo normal.

Tanto detalle llegaba a dar miedo: horarios de autobuses, diseños de banderas y escudos de armas, descripciones de los libros que había en la biblioteca, mapas de calles, resúmenes de los partidos de fútbol que había jugado el Edén United, recetas, poemas, canciones populares, grafitis, lemas, noticias y reseñas del periódico local, *etc.* En las libretas había bocetos y dibujos de los edificios más importantes, de enormes parques y de avenidas arboladas, de callejuelas laberínticas. En numerosas imágenes se veía la parte más siniestra de la ciudad: ventanas rotas, personas con aspecto sombrío que miraban desde umbrales a oscuras, armas humeantes, cuchillos, cadáveres en los callejones. Desde luego, aquello no era un paraíso al uso.

El verdadero misterio era qué papel habría desempeñado la señora Dylan en todo aquel proceso creativo. El inspector era capaz de imaginar a un grupo de adolescentes dando forma a todo aquello, pero no a una mujer hecha y derecha, a una bibliotecaria que daba clases a tiempo parcial. Por alguna razón, no le parecía bien, no le parecía posible. ¿Acaso la mujer no tenía bastante con su vida real, como para tener que inventar aquellas fantasías? Y, además, estaba la pregunta más importante de todas: ¿qué relación tenía aquella ciudad imaginaría de hacía casi veinte años con la muerte de Lucas Bell y de Brendan Clarke?

En una de las libretas, el inspector Hobbes había encontrado un boceto del Rey Perdido.

El dibujo era, al parecer, de octubre de 1963. Por lo tanto, aquel momento en el restaurante que le había descrito Simone Paige, cuando Lucas Bell había inventado al Rey Perdido, era, en realidad, mentira. Bell no estaba sino recordando una máscara, un personaje, al que ya habían dado forma, vida, diez años antes.

El inspector empezó a sentir un ligero mareo de tanto pensar en aquello. De vez en cuando se le aparecía Simone Paige, con la cara de sorpresa con la que se había encontrado con la muerte, fría ya, y tenía que enfrentarse al impulso de sentirse avergonzado, culpable, apenado, incluso. Debía seguir trabajando, investigando.

La detective Palmer llegó a las tres en punto con noticias sobre el asesinato. Había interrogado a la señora Saunders y había descubierto que no había habido robos en Fair Harbour, al menos, que ella supiera.

—Se me había ocurrido que quizás alguien hubiera entrado a robar —comentó la detective— y que se hubiera llevado una llave o hubiera hecho una copia de esta, pero, ahora, no lo tengo claro.

Hobbes pensó en aquello.

—A decir verdad, creo que la mujer que había en el ático disponía de una llave. Puede que una llave de la puerta de atrás, para que le resultara más sencillo entrar y salir a placer.

—¿Y de dónde la sacó?

—Del propio Lucas Bell, el día en que murió. Seguro que se quedó con todas sus llaves.

Palmer silbó.

—Joooder.

—Me apuesto lo que sea a que en Fair Harbour no han cambiado las cerraduras en la vida. —Se presionó el puente de la nariz con dos dedos—. ¿Ha recordado la señora Saunders algo más acerca de la intrusa?

—No, pero me ha dicho que, a veces, su marido y ella oían ruidos en el ático, pero que pensaban que serían ratones o palomas.

—Seguro que la intrusa lleva años subiendo allí. Debía de esperar a que los Saunders salieran y colarse, correr al ático y levantar la escalera una vez arriba.

—¿Cree usted que se tiraba días allí?

—Una hora, un día... El tiempo que necesitara para hacer lo que pretendía. Luego, volvería a marcharse a hurtadillas, cuando la casa estaba vacía.

La detective gruñó.

—Pero ¿por qué?

—Por esto. —El inspector señaló la caja de cartón y su contenido, que había ido dejando por toda la mesa—. Por la ciudad del edén.

Le explicó lo mejor que podía lo de aquella ciudad imaginada y la detective prestó gran atención a todos y cada uno de los detalles.

—Puede que la mujer pretendiera proteger la ciudad del edén... No sé, no se me ocurre otra razón.

El inspector se mostró de acuerdo con ella.

—El propio ático debía de tener algún significado personal o psicológico. De hecho, Simone Paige me contó que Lucas Bell lo utilizaba de guarida cuando era joven. Al parecer, sus amigos y él llevaban a cabo reuniones secretas en él. Puede que fuera allí donde se fundó la ciudad del edén.

—El centro del mundo.

—Así que el material tenía que permanecer allí.

—Como las joyas de la corona, que han de permanecer en la torre de Londres.

Hobbes asintió.

—Sí, así es. Son objetos y lugares simbólicos.

—De lo contrario, la ciudad del edén se vendría abajo.

Ambos observaban maravillados la gran cantidad de material que había sobre la mesa.

—Ya, pero ¿adónde nos lleva eso? —preguntó la detective.

—Hay seis miembros fundadores y creo que uno de ellos es el asesino. Y no lo considero responsable solo del asesinato de la señora Paige, sino del de Lucas Bell y del de Brendan Clarke, en Londres. —El inspector le enseñó a la detective media docena de hojas de papel—. Estas son las biografías resumidas de cada uno de los miembros. Estaban en la caja. Tome, lea la del Rey Perdido. Es muy similar a la de la persona sobre la que Bell cantaba en su último álbum. —Le señaló varios pasajes—. «El harapiento extranjero que llega a la ciudad como un desconocido pero que le cambia la vida a todos»... Mire. «El héroe mortificado que lucha contra la crueldad del mundo». De hecho, algunas de estas frases acabaron formando parte de sus canciones. Está todo aquí. Este es el principio.

—¿A quién más tenemos?

El inspector señaló otra hoja.

—Solo conozco otro de los nombres. Este: dama Minerva.

—Danny Webster nos ha hablado de ella. Era el nombre que los críos le daban a la líder del grupo, a la señora Dylan.

—También he dado con una carta que había en el escenario del crimen de Brendan Clarke...;

una carta que estaba firmada por la dama Minerva.

—Pero la señora Dylan murió ahogada hace años.

—Bueno, pues o consiguió llegar a la costa y sobrevivió, o alguien está suplantando su personalidad.

La detective Palmer leyó en alto las pocas líneas que conformaban la biografía de la dama Minerva:

—«Vaga por calles irreales, nuestra diosa de la sabiduría, en busca de compañeros para el sueño. Los cinco niños abandonados se acercan a ella».

—Hay mucho material así. Verdaderas proclamas adolescentes.

—¿Y los otros niños implicados?

El inspector ojeó los demás papeles.

—Bo Deslumbros, la dama Calibán, Luna Bloom y Genio Índigo.

Palmer suspiró.

—Bueno, está claro que la dama Minerva y la dama Calibán son mujeres —dijo la detective —. Y, desde luego, por cómo suena, Luna Bloom también, así que cualquiera de las tres podría ser la asesina. Supongo que Genio Índigo podría ser un hombre o una mujer.

—¿Y Bo?

—Acostumbra a ser nombre de chico, ¿no? Como Bo Diddley. —Se quedó pensando unos instantes—. ¿No aparece el nombre real de ninguno de ellos por ningún lado?

—Yo no los he encontrado todavía, pero aquí hay muchísimo material que revisar.

La detective lo ayudó a meter todo el material sobre la ciudad del edén en la caja y Hobbes la guardó en el armario que había debajo de las escaleras. Luego, salió a dar un paseo. Necesitaba aire fresco. Recorrió Braybrooke Road y, poco a poco, acabó encaminándose hacia la costa. Una vez allí, pasó unos minutos mirando el mar. De pronto, se volvió hacia tierra adentro y cogió Claremont Road hasta el Instituto Brassey, el edificio que albergaba la biblioteca de la ciudad. El inspector pidió ayuda en el mostrador y, después, fue a la fotocopiadora e hizo copias de las biografías de los seis fundadores de la ciudad del edén. A continuación, se sentó frente a un visor de microfichas. Un bibliotecario le llevó una serie de carpetas que contenían las páginas escaneadas del *Hastings and St Leonards Observer*. El inspector empezó por las ediciones de 1974 y fue pasando las hojas hasta que dio con las que hablaban del descubrimiento del cadáver de Lucas Bell. La primera mención era breve: habían hallado el cuerpo sin vida de un desconocido por la mañana, en una campiña a unos nueve kilómetros de la ciudad, cerca del pueblo de Westfield. La policía estaba investigando el caso.

En cuanto se supo la identidad del fallecido, la prensa nacional se hizo eco del asunto, pero lo que al inspector le interesaba era la visión que la prensa local tenía del suicidio.

Siguió con la edición de la semana siguiente del *Hastings Observer*. En ella había un extenso artículo e incluso lo publicaban en primera plana; al fin y al cabo, qué duda cabe, aquello era algo que nunca más iba a suceder en la ciudad. Dentro, en las páginas 4 y 5, había fotos de la campiña de Witch Haven en las que aún se veía el Ford Capri del cantante. Las fotografías habían sido tomadas por encima del muro de piedra y a través de la verja de hierro. En ellas se veían unos cuantos policías. El escenario resultaba fantasmagórico en aquella escala de grises de la microficha, como si el lugar estuviera lleno de niebla. El inspector apuntó el nombre del fotógrafo por si se daba el caso de tener que consultar los originales. Jack Lyndhurst. A un lado

aparecía una fotografía de Lucas Bell. El editor había elegido la imagen más perturbadora que había encontrado.

Hobbes leyó los diferentes artículos, pero no encontró nada que no supiera ya. Se decía que había sido Neville Briggs, el «fotógrafo de la moda y de las estrellas del pop», quien había encontrado el cadáver. La edición de la semana siguiente hablaba del informe del forense: «Ha sido un suicidio», y ahí terminaba todo. El inspector se recostó en la silla y estiró los brazos por encima de la cabeza. Empezaban a dolerle los ojos, pero tenía que seguir. Pasó a otra carpeta, la que contenía las ediciones de 1978. Recordaba que Danny Webster había dicho que la señora Dylan había muerto aquel año. Tardó un rato en dar con lo que estaba buscando, porque Dylan se había equivocado y, en realidad, la bibliotecaria había muerto en 1977.

En la portada del periódico que hablaba del tema aparecía una fotografía de una ola descomunal golpeando el paseo marítimo de la ciudad. El titular rezaba: «Mujer desaparecida durante la tormenta que sacude Hastings». El periódico era del 11 de diciembre de 1977. El artículo relataba que: «El martes por la noche, cerca de las nueve, la señora Eve Dylan, de cincuenta y un años y antigua bibliotecaria de Hastings, desapareció en el mar durante la terrible tormenta que sacudió la ciudad a lo largo de toda la jornada». El cadáver de la señora Dylan no había aparecido, solo jirones de su vestido de noche rojo con lentejuelas, que habían aparecido en las redes de unos botes pesqueros. A Hobbes le pareció raro que la mujer fuera así vestida, puesto que era pleno invierno. ¿Habría estado en algún baile o en algún acontecimiento formal de algún tipo? En un periódico de una semana más tarde, el inspector encontró un artículo en el que se publicaba una fotografía de la mujer. Se mencionaba lo difícil y aislada que había sido su vida. A lo largo del artículo, la llamaban «solterona» en dos ocasiones. La mujer había perdido su trabajo de bibliotecaria unos años antes. La habían despedido, al parecer, aduciendo «conducta impropia», lo que hacía que la biblioteca de Hastings pareciera, más bien, el ejército británico. Ahora bien, no se explicaba la naturaleza de esa conducta impropia que había propiciado su despido.

El inspector Hobbes se preguntó si la bibliotecaria sería la mujer misteriosa que conducía el coche de Lucas Bell en dirección a las afueras de la ciudad la noche en la que el cantante había fallecido. Desde luego, cabía la posibilidad. Además, el inspector recordaba que Danny Webster le había explicado que la bibliotecaria se había acostado con Bell cuando este era joven. ¿Qué siniestras y retorcidas pasiones se desatarían a lo largo de aquellos años?

La única fotografía que había de la mujer se la habían sacado un año o dos antes de que desapareciera en el mar. Se trataba de una de esas instantáneas borrosas de los periódicos que mostraba a una mujer taciturna con el pelo muy corto y los pómulos angulosos. La bibliotecaria tenía unas ojeras muy marcadas, ya fuera por falta de sueño, por la edad o por su propia naturaleza. En la mejilla izquierda se distinguía una especie de mancha, justo por debajo de la línea de los labios, como un lunar grande o una marca de nacimiento. Era algo que llamaba la atención, que atraía la mirada.

Hobbes se puso de pie y miró a su alrededor hasta que dio con el más viejo de los empleados, una mujer. Se acercó a ella y se presentó, le dijo que era policía. Le preguntó por Eve Dylan y si recordaba a alguien que hubiera trabajado con ella. La bibliotecaria se llamaba Doreen y llevaba un par de gafas bifocales a través de las que se le veían hasta las legañas. Cuando el policía mencionó a la antigua colega, la mujer dejó lo que estaba haciendo de inmediato y exclamó: —

¡Ay, aquella mujer! Qué repulsivo lo que hizo.

—¿Qué es lo que hizo?

La mujer bajó la voz:

—La encontraron en una de las salas de estudios... manteniendo contacto carnal con un jovencito.

—¿Se refiere a que estaban manteniendo relaciones sexuales?

—Llámelo usted como quiera. Sea como fuere, todos nos alegramos de que la despidieran.

—¿Sabe usted algo acerca de la ciudad del edén?

—¿Qué es eso?, ¿una novela? ¿Una película? Me temo que nunca he oído hablar de ella.

—¿Y de Minerva?, ¿de la dama Minerva?

La bibliotecaria parpadeó.

—Ese era el nombre de la sociedad literaria y artística que creó la señora Dylan, el club Minerva. Al principio, todos consideramos que era una iniciativa maravillosa, una manera de presentar lo mejor de la cultura a los jóvenes. Aunque, claro, como bien sabemos ahora, aquello no era sino un engaño para acercarse a sus presas. —La bibliotecaria iba elevando el tono—. Y también practicaban el ocultismo.

—¿A qué se refiere?

—Tarot. Adivinación. Aleister Crowley. Todo tipo de brujería.

—¿Crowley?

Hobbes recordó que Morgan Yorke le había mencionado el nombre del mago.

—Me temo que sí. De hecho, ese hombre retorcido vivió sus últimos años en Hastings, en una casa que se llamaba Netherwood. Hoy en día, esa zona es una urbanización, pero, durante muchos años, la gente la visitaba para beneficiarse de las supuestas energías mágicas del lugar. ¿Se puede usted creer tal tontería?

—¿Sabe usted qué es lo que les estaba enseñando la señora Dylan a los chicos?

—La doctrina de la voluntad verdadera.

—¿Qué es eso?

A la mujer se le iluminó la cara ante la posibilidad de compartir sus conocimientos.

—Crowley defendía que cada individuo posee una «voluntad verdadera», su destino, ese deseo con el que nace y al que debe darle voz. Sociedad, hábitat, tradición, ley, etc., todo eso se junta y suprime esa voluntad. De acuerdo con dicha doctrina, todos debemos esforzarnos por descubrir nuestra voluntad verdadera y expresarla, mostrársela al mundo.

—¿Y si esa voluntad verdadera es de naturaleza malvada?

—Esa es la cuestión, inspector. ¿Le parece bien explicar a unos pobres críos ideas tan irresponsables?

Hobbes asintió para que la mujer se diera cuenta de que se lo estaba tomando en serio.

—Dígame, Doreen, ¿recuerda usted algo más del club? ¿Quiénes eran los socios?, ¿dónde se reunían? Detalles por el estilo.

—No. Lo destruyeron todo después del escándalo. Me temo que quisieron silenciar el tema.

—¿No la acusaron de nada?

—¿A qué se refiere?

—¿No era, acaso, el muchacho, menor de edad? No se puede considerar que hubiera dado su consentimiento, ¿no?

—Ah, eso. Sí, era menor de edad, pero esa no es la cuestión, ¿no le parece?

El inspector pensó en la confesión que Lucas Bell le había hecho a Nikki Hauser.

—Dígame, ¿estuvo el club Minerva metido en algún otro problema?

—¿Problema? ¿De qué tipo?

—¿Atacaron a alguien? ¿Le hicieron daño a alguien... o algo peor?

—No, ni mucho menos, al menos, que yo recuerde.

El inspector le dio las gracias a la bibliotecaria y se dirigió hacia la salida. Iba pensando en la relación de Lucas Bell con la señora Dylan. Se preguntaba qué poder habría ejercido aquella mujer sobre el muchacho. ¿Se habría tratado de poca cosa, lo que no lo hacía menos deleznable, o habría sido algo más grave, como un abuso sexual? ¿Estaría enamorada del chico? En cualquier caso, Eve, Eva, era un nombre perfecto para alguien que hubiera inventado la ciudad del edén y hubiera decidido establecerse en ella. Cabía la posibilidad de que, si bien de una manera retorcida, Lucas Bell hubiera sido su Adán.

Juntos habían urdido algo malvado. ¿Habrían matado juntos?

Y lo que era peor: ¿continuaría ese impulso después de los años?

UNA CHARLA EN LA A229

El inspector Hobbes llegó a la casa de los Palmer a eso de las cinco y media. Fue Jan quien le abrió la puerta.

—Ha venido a verlo un amigo —le dijo la detective.

El inspector pensó que se trataría del agente Barlow y se alegró, pero fue una cara muy diferente la que lo recibió cuando entró en el salón. Era el detective Fairfax quien lo aguardaba, sentado en un sillón, haciendo rebotar al pequeño Kevin en sus rodillas.

—¿Todo bien, inspector?, porque parece que necesite ayuda.

El niño de cinco años se rio como un loco cuando Fairfax empezó a hacerle cosquillas.

El señor y la señora Palmer miraban la escena con una sonrisa.

—Fairfax. Me alegro de verlo.

—No me cabe duda. Ya me he enterado de que las mujercitas de Lucas Bell le dieron una paliza.

—No fue ninguna...

—No se preocupe, a todos nos pegan un puñetazo de vez en cuando. Es lo que tiene estar en primera línea de fuego, ¿eh, Kevin? ¡Sí, es lo que tiene!

El crío chillaba de alegría.

Hobbes obvió al detective y le tendió las fotocopias de las biografías de los fundadores de la ciudad del edén a Jan.

—Si tiene oportunidad, ¿podría estudiar esto para ver si encuentra alguna conexión con alguien de Hastings?

—Por supuesto.

A cambio, ella le entregó un llavero con unas llaves.

—Las llaves de la casa. Las tenía la señora Paige.

El inspector llamó a la comisaría de Richmond para que le consiguieran una dirección.

Luego, Fairfax y él se despidieron de los Palmer y se dirigieron al coche del detective.

Hobbes metió la caja de cartón con todos los papeles de la ciudad del edén en el maletero.

—Muchas gracias por haber venido hasta aquí.

—Es lo menos que podía hacer... después de cómo me he comportado con usted.

El inspector no sabía a qué carta quedarse.

—En cualquier caso, señor, seguro que tiene oportunidad de agradecérmelo de otra manera algún día.

Fairfax se incorporó al tráfico.

—Me ha dado pena enterarme de lo de la señora Paige. ¡Menuda mujer! Una muñequita, ¿eh? Aunque un poco seria para mí.

El inspector iba concentrado en los colores brillantes de las casas por delante de las que pasaban. Tenía la sensación de que no había acabado aún ni con Hastings ni con sus habitantes.

—Seguro que ya echa usted de menos la contaminación, ¿eh? El polvo y la mugre. Las luces brillantes.

—Pues sí, tiene razón, pero no vamos a Londres.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿adónde vamos?

—Vamos a desviarnos un poco. Quiero que coja la A229.

—¿Adónde lleva la A229?

—A Maidstone, donde viven los Clarke.

—Pensaba que los habíamos descartado.

—No del todo.

Siguieron adelante y dejaron atrás la zona urbanizada. No tardaron en tener únicamente campos verdes a izquierda y derecha, además de una interminable caravana de coches en el lado opuesto de la carretera, trabajadores que volvían de Londres. El inspector puso en antecedentes al detective sobre el caso Brendan Clarke. Fairfax se quedó fascinado cuando le contó lo de la ciudad del edén y la complejidad de lo que habían creado aquellos adolescentes. En un momento dado, se echó a reír y comentó: —De hecho, yo también inventé un personaje cuando tenía esa edad.

—Ah, ¿sí?

—Bueno, todos necesitamos algo detrás de lo que escondernos, ¿no? Le pasa a todo el mundo.

—Qué curioso, me lo habría imaginado a usted como el líder de la banda.

Fairfax sonrió.

—¿A quién, a mí? ¡Dios, no! Yo era el pequeño. El más joven de cinco hermanos varones. Vivía de restos y de ropa usada en una casa de Dagenham. Para cuando cumplí los once, mi vida ya era un caos. Pasaba la mayor parte del tiempo en mi habitación, que, por otro lado..., tenía que compartir con mi hermano Melvin. Aquello era un infierno.

—Así que... ¿buscó una nueva imagen?

—Me encantaban los cómics estadounidenses. Ya sabe, Spiderman, Daredevil, Batman y Robin, la Antorcha Humana... Me imaginaba que era el Hombre Espiral.

—¿El Hombre Espiral?

—Sí, ya sé que suena estúpido, pero es lo que se me ocurrió. El Hombre Espiral. Mi

superpoder era la capacidad de saltar en el tiempo a voluntad. Siempre utilizaba mi poder para saltar atrás diez minutos cuando, por ejemplo, querría haber tenido la respuesta perfecta a algún insulto... o para esquivar algún golpe.

—¿Le pegaban?

—Mi hermano Alan..., por lo general. Ya le he dicho que yo era el pequeño. El saco de las tortas.

El inspector Hobbes empezó a hacerse una idea más clara de la personalidad del detective. Había conocido suficientes tipos duros y machotes como para saber que, a menudo, la debilidad y el dolor suelen ser el motor de su constante batalla para reivindicarse.

Fairfax se detuvo frente a una rotonda, a la espera de poder entrar. Sonrió y volvió a la carga:

—Ahora no vaya a contarle esto a Meg, ¿eh? Bastante idiota piensa ya que soy de por sí.

El inspector decidió quitar hierro al asunto:

—Su identidad secreta está a salvo conmigo.

A unos pocos kilómetros de Maidstone, la conversación se centró en el padre de Fairfax.

—¿En qué trabajaba?

—Era obrero de la siderurgia. Se quedó en el paro cuando la fábrica cerró. Después de eso, se convirtió en un haragán y en un borracho. Me juré, once años tenía, que nunca me mancharía las manos para que otro bastardo sacara beneficio de ello.

—Pues anda que no se ensucian las manos los policías.

—Eso fue cosa del tío Charlie. Lo de que me uniera a la policía.

—¿De Charlie Jenkes?

—El mismo.

—Meg me contó que era amigo de su padre.

—Íntimos. Los mejores amigos. De ahí que le llame «tío Charlie». Eran como hermanos, ¿sabe? ¡Ay, Dios, pero cómo lo quería cuando era un crío! Cada vez que mis hermanos intentaban abusar de mí de algún modo, salía corriendo a casa de Charlie. Aquel era mi refugio. —Le tembló la voz—. Era mi héroe.

Se hizo un silencio incómodo. Por fin, Hobbes dijo:

—Tiene que creerme, Tommy, a mí también me da muchísima pena lo que le sucedió.

—Sí, claro..., no me cabe duda.

De pronto, el humor del joven había cambiado. El inspector, como quien dice, había estado oyendo cómo le chirriaban los dientes cada vez que hablaba. Quizá no hubiera ido a Hastings sino para enfrentarse a él, para hacerlo sin que los demás oficiales lo vieran, lejos de quien pudiera decirle algo. Quizá los chistes y las historias no habían sido sino un engaño para que su superior bajara la guardia.

Fairfax fue reduciendo la velocidad. El inspector Hobbes tenía el corazón en un puño.

—¿Qué está haciendo, Fairfax?

El detective no respondió. El inspector miró por la ventanilla y comprobó que se acercaban a un área de descaso. Fairfax entró en ella y paró con suavidad. Todo estaba en silencio. El cielo había empezado a oscurecerse. Un terraplén a un lado, la carretera al otro, unos pocos coches circulando. Delante de ellos, un kiosco de madera en el que un trío de ciclistas compraba bebidas y hamburguesas.

El inspector no veía una manera sencilla de salir de aquella situación. Si acababan peleando,

el joven lo vencería con facilidad; al fin y al cabo, estaba más en forma, era más fuerte y lo movía la ira. Hobbes se volvió hacia él. El detective miraba por la ventanilla. Con una mano tamborileaba impaciente en el volante.

El inspector respiraba ansioso.

—¿A qué está jugando, Fairfax? ¿Qué es lo que pretende?

—No estoy jugando a nada, se lo aseguro. —Se volvió y miró a los ojos a su superior—.

Esto es por Charlie y por la razón por la que murió.

—Murió por miedo, ¿no se da cuenta? Cometió un error y tenía miedo de lo que le pasaría en su trabajo, de lo que sucedería con su prestigio, con su dignidad. Lo había perdido todo... y no vio otra salida.

—Claro. Hizo una cosa mala..., según usted.

—¿De verdad lo idolatraba hasta ese punto, que no es capaz de ver la realidad?

—No creo que se trate de idolatrarlo o no. Él representaba todo lo bueno, todo lo que me gustaba de ser policía.

—Estoy de acuerdo, pero eso fue al principio. Luego, la cosa cambió.

Fairfax miraba a Hobbes sin pestañear. No obstante, de súbito, el inspector vio algo diferente en su expresión, como si se rindiera. Le tembló la boca, pero dijo:

—Me ha llegado que Charlie no se suicidó.

Al oír aquello, el inspector abrió la boca para responder, pero prefirió quedarse callado.

Aquello era lo último que se había esperado.

Fairfax seguía mirándolo fijamente.

—Es lo que empieza a rumorearse, ¿sabe? Que lo colgaron. —Se frotó la cara. Estaba sudando—. Que lo asesinaron.

—¿Quién le ha contado eso?

—Yo diría que lo hizo uno de esos negros de mierda.

—Fairfax...

—Venganza, ¿qué si no?

—Fairfax, ¿dónde ha oído eso? Dígamelo.

—A menos..., a menos que fuera un policía. —El joven tenía los puños crispados—.

¡Dios, espero que no!

El detective estaba empezando a perder el control. Estaba rojo como un tomate.

—Salgamos a tomar el aire. Vamos —le dijo el inspector, que abrió la puerta y salió, con la esperanza de que el detective hiciera lo mismo.

En efecto, así fue. Ambos se quedaron de pie cerca del terraplén. El viento agitaba las flores silvestres que crecían al lado del asfalto. Del kiosco provenía algo de música, un rock and roll. Parecía que se tratara de Chuck Berry.

Hobbes se puso serio.

—Si ha oído rumores, Tommy, no debe hacerles caso. Charlie Jenkes se colgó, tal y como todos sabemos.

Mientras decía aquello, el inspector sintió a su lado al comisario Lockhart. La misión que le había encomendado su superior era un secreto y había prometido que no lo desvelaría.

Además, Fairfax era muy impulsivo, se exasperaba con facilidad.

Aun así, quería saber una cosa.

—Tommy, ¿podría decirme quién le ha ido con esa historia?

Fairfax asintió.

—Anoche llamé a la esposa de Charlie.

—¿A Lisa?

—Está asustadísima. Dice que el comisario Lockhart fue a verla hace un par de semanas.

Está empezando a meter cizaña.

—¿Qué es lo que quería?, ¿se lo contó Lisa?

—Está buscando razones, motivos. Ya sabe, temas personales. —El detective parpadeó —. Esa familia se está volviendo loca..., se está rompiendo en pedazos. No sabe cuánto me gustaría poder hacer algo para ayudarlos.

El inspector asintió.

—Descuide, que hablaré con Lisa.

—¿En serio?

—Sí, mañana mismo. Resolveré esta situación, sea cual sea la verdad.

Fairfax le sonrió ligeramente. Parecía indefenso e incómodo.

—Entonces, ¿es cierto?

—¿El qué?

—Lo que me ha llegado, eso de que a Charlie lo asesinaron.

—Yo no he dicho...

—Y que Lockhart le ha pedido que lo investigue.

Hobbes no se sentía bien. Del kiosco les llegaba el olor a cebollas fritas y a carne cocinada. Pasó un coche y al inspector le revolvió el estómago el monóxido de carbono del tubo de escape.

—No sé de qué me está hablando.

El joven detective lo miró a los ojos.

—Quiero ayudarlo.

—Fairfax...

—Lo necesito. Necesito descubrir lo que sucedió de verdad.

—Y después, ¿qué? ¿Ojo por ojo?

El detective no respondió, pero su mirada tenía el brillo de la locura. Aquello asustaba a Hobbes, así que pensó muy bien lo que iba a decir a continuación:

—Es mucho más fácil ser mal policía que serlo bueno. ¿Cuál de los dos quiere ser usted?

—El que sea necesario.

No había nada que hacer.

—Haré lo que pueda.

—Gracias.

Fairfax esbozó una sonrisa de medio lado.

—Venga, sigamos adelante.

Hobbes llevó al detective de nuevo al coche. Entraron y volvieron a la carretera.

—Tommy, no vaya contando nada de esto, de lo de Charlie.

Fairfax siguió conduciendo en silencio.

UN BAÚL LLENO DE CURIOSIDADES

El señor y la señora Clarke vivían en un pueblo llamado Holcombe St Mary, a unos ocho kilómetros de Maidstone. Una carretera estrecha y serpenteante llevó a los dos policías hasta campo abierto. En el borde de una extensa llanura encontraron una enorme casa solitaria. El detective Fairfax soltó un silbido.

—Aquí es.

La residencia de los Clarke era una vivienda de tres pisos llena de torres y torrecitas que se llamaba Oulton Grange. La casa más cercana estaba a varios kilómetros de distancia y se veía a lo lejos en aquel paisaje plano. Cerca de la casa había un edificio más pequeño, un granero o unos establos. El inspector y el detective recorrieron el extenso jardín hasta la puerta principal, que alguien abrió antes de que llegaran. Era Annabelle Clarke, que los estaba esperando.

—Me alegro de que haya podido recibirnos, señora Clarke.

—Ha llamado la detective Lattner para avisarme. Lattner, ¿verdad?

—Latimer.

Avanzaron por un pasillo central. Hobbes oyó murmullos en una sala de estar por delante de la que pasaron y atisbó un grupo de personas en ella. El señor Clarke formaba parte del grupo y servía bebidas a los demás.

—Hoy recibíamos la visita de una serie de familiares y amigos. Todos nos están apoyando mucho.

—Me alegro. Doy por hecho que ya pueden recoger el cadáver de su hijo, ¿no?

—Sí, gracias. Lo enterraremos a principios de la semana que viene.

La mujer se detuvo al pie de las escaleras. El inspector se dio cuenta de que la señora Clarke estaba haciendo un gran esfuerzo por controlar sus emociones. Se frotó los ojos con suavidad.

—Discúlpenme.

—No pasa nada. Cuando usted quiera.

La mujer sonrió.

—Intenta una ser fuerte, claro, por la familia... —Agarró la barandilla con mucha fuerza

—. Hay veces en las que tengo la certeza de que acabo de pegar un grito, pero miro a mi alrededor y veo que nadie me está prestando atención... o casi nadie, vamos..., solo mi esposo. Él me trata con tanto cariño..., con tanto amor...

Sus pensamientos fueron perdiéndose en el silencio.

Los policías la siguieron escaleras arriba. Una vez en la primera planta, se volvió hacia ellos y les dijo:

—El bueno de Gerald gastó muchísimo dinero en Brendan. ¡Demasiado! No creerían ustedes lo que hemos llegado a comprarle a lo largo de los años.

El inspector Hobbes se sentía perdido y volvió a darle las gracias porque los hubiera recibido.

—¿Están buscando algo en particular?

Con tiento, el inspector respondió a la mujer:

—Podría haber algo en la colección de Brendan que estuviera conectado con su asesinato, pero no sabré de qué se trata hasta que lo vea.

La mujer los llevó a un espacioso dormitorio que había en la parte trasera de la casa y que estaba muy ordenado y muy limpio. Olía a pulimento para muebles. Había muchos armarios y estantes, un escritorio y una cama individual con las sábanas sin ninguna arruga.

Las paredes estaban vacías excepto por unos pocos pósteres enmarcados, uno de ellos de la

portada de *Backstreet Harlequin*. La señora Clarke levantó la tapa de un baúl grande que había en el suelo, junto a la ventana.

—Esta era su colección de reliquias. ¡Por Dios..., es horrible utilizar una palabra así!, ¿no les parece? Es que Gerald y yo siempre nos hemos referido a ellas de esa manera..., como «las reliquias».

El inspector Hobbes se agachó para mirar el contenido del baúl, que estaba lleno hasta arriba de objetos: casetes con maquetas, decenas de púas, cándidas fotografías de la estrella del pop y de su séquito —Simone Paige aparecía en varias de ellas—, posavasos autografiados, una cuerda de guitarra partida y guardada en una cajita para que no se estropeara, listas de canciones escritas a mano por Lucas Bell, una extraña careta de goma que representaba la máscara del Rey Perdido, colillas debidamente guardadas en bolsitas de plástico y un pañuelo manchado de carmín. Hobbes no pudo evitar preguntarse si aquella impresión escarlata la habría dejado Simone Paige. Todo aquello resultaba increíble.

—Ya se lo he advertido —afirmó la señora Clarke—, está lleno de maravillas.

—¿Cómo consiguió todas estas cosas? —le preguntó Fairfax.

—Brendan era voraz en lo referente a su pasión. Era capaz de pasar semanas, meses incluso, investigando, haciendo llamadas de teléfono..., reuniéndose con personas muy extrañas en sitios muy extraños. —La mujer señaló un estante en el que había varias carpetas de cartón—. Esas, por ejemplo, contienen muchas de las letras originales de Lucas Bell. Esa era una de sus mayores obsesiones.

El inspector cogió una de las carpetas y la ojeó. Su interior le hizo pensar en la hoja de papel que habían encontrado en la boca de Brendan Clarke. Aquella era una fotocopia, pero estas eran las originales, páginas y páginas. En aquella habitación había muchos objetos acumulados. En su opinión, en aquel dormitorio había ciertas evidencias de locura.

Aunque aquello solo lo hubiera pensado, la señora Clarke comentó:

—Y esto únicamente es una pequeña parte, inspector. Tenemos mucho más almacenado.

El detective Fairfax negó con la cabeza.

—Pero esto es una locura. Discúlpeme..., pero es que lo es.

—Lo sé, lo sé. El bueno de Brendan tenía sus problemas.

A la mujer se le aceleró la respiración. Estaba volviendo a sentirse mal. Hobbes la observó y se dio cuenta de que no fijaba la vista en ningún lado, como si no quisiera hacerlo, de hecho.

El detective le hizo un gesto al inspector para que salieran al pasillo.

—Oiga, ¿qué coño hacemos aquí?

Fairfax hablaba entre susurros, aunque daba lo mismo, porque Hobbes dudaba mucho de que la señora Clarke les estuviera prestando atención.

—Lo sé, parece raro. Creía que encontraría algo aquí, alguna pista.

El inspector volvió al dormitorio y a punto estaba de hablar cuando la señora Clarke levantó la mano para pedirle que no dijera nada. La mujer estaba de pie junto a la cama en la que solía dormir su hijo cada vez que iba a visitarlos. Daba la sensación de que hubieran lavado las sábanas hacía poco. La mujer pasó una mano por la almohada para alisar una arruga. Luego, señaló una pequeña fotografía enmarcada que había en la pared, justo encima de la cama.

—Esto es lo último que miraba Brendan antes de acostarse.

Hobbes se acercó.

—Esta era su posesión más preciada.

El inspector descolgó la fotografía. Justo en el centro del marco, sellado tras el cristal, había un pedacito de papel. Leyó las pocas palabras que había en él: He amado casi todo lo que podía amar.

No me queda adónde ir.

Debajo estaba la firma de Lucas Bell.

—¿Sabe qué es?

—Sí, es una nota de suicidio.

—Es verdadera, se lo aseguro. —La mujer se estremeció al decir aquello. Luego, se volvió hacia el inspector y le dijo—: Supongo que, igual que su compañero..., pensará que mi hijo estaba loco.

El inspector no respondió. A decir verdad, no podía hacerlo.

—Inspector Hobbes.

—Dígame.

—¿Tiene alguna idea de quién podría haber matado a Brendan?

—Solo han pasado unos días. Aún estamos...

—¿La tiene o no la tiene?

Hobbes miró hacia la puerta en busca de apoyo, pero Fairfax había desaparecido.

Decidió decirle la verdad a aquella mujer tan apenada.

—Creo que a su hijo lo mató alguien muy cercano a Lucas Bell, un amigo de juventud.

Bueno, una amiga.

—¿Una mujer?

—Como ya le he dicho, aún estamos investigando, pero esa mujer ha matado, por lo menos, a otra persona, puede que a otras dos, y es posible que vuelva a actuar. Hasta que no descubra cuál es la obsesión de la asesina, las verdaderas razones para que esté haciendo lo que está haciendo, no puedo estar seguro, prácticamente, de nada.

La señora Clarke frunció el ceño.

—¿Me haría un favor?

—Si está en mi mano —respondió el inspector.

—Dígame qué aspecto tenía Brendan. Cuando lo encontraron, me refiero. Su cara...

—No estoy seguro de que deba...

—Tengo que saberlo... ¡Tengo que saberlo! —La mujer lo miraba fijamente—. Todo.

Me da igual lo doloroso que sea...

Así, el inspector Hobbes empezó a relatarle cómo había entrado en el dormitorio de su hijo, en el número 47 de Westbrook Avenue, y cómo había encontrado el cadáver. Le dio todos los detalles y Annabelle Clarke escuchó con suma atención, sin parpadear siquiera, sin emoción en el rostro. Cuando el inspector acabó, la mujer siguió callada. Unos instantes después, asintió para darle las gracias y dijo, muy sinceramente, a entender de Hobbes:

—Lo que me ha contado me va a resultar de ayuda. Ahora, ¿podemos salir ya de aquí?

—La mujer se obligó a animarse—. Venga, que quiero enseñarle una cosa más.

Bajaron, siguieron el pasillo principal y dejaron atrás la sala de estar en la que estaban los familiares y los amigos. Gerald Clarke levantó la vista, pero no dijo nada. Salieron al jardín por la puerta principal. Ya había anochecido para entonces y se veían las estrellas, muchas. Hobbes

miró hacia el coche del detective Fairfax al pasar y comprobó que su colega estaba dentro, escuchando la radio. La mujer y él siguieron por un camino que llevaba al edificio más pequeño en el que el inspector se había fijado al llegar. Era un viejo establo. La señora Clarke abrió la puerta con llave y le hizo un gesto para que entrase. Todo estuvo a oscuras en el interior hasta que la mujer pulsó el interruptor de la luz. Entonces, Hobbes se quedó de piedra y permaneció donde estaba sin decir nada. Un rato después, consiguió dar un paso adelante, hacia el vehículo solitario que había aparcado en el centro del establo.

Se trataba del Ford Capri de color azul pálido.

Se trataba del coche de Lucas Bell.

Era el original, el inspector lo supo de inmediato.

—Mi marido se lo regaló a Brendan por su veinticinco cumpleaños.

El inspector Hobbes rodeó el vehículo. Miró por la ventanilla lateral casi como si esperara ver los asientos delanteros manchados de sangre..., pero estaban limpios. Y tampoco había ninguna carta del tarot en el salpicadero; hacía tiempo que la habían quitado.

—Es increíble... —dijo por fin.

—¿De verdad lo piensa?

—¿De dónde lo sacaron?

—Lo cierto es que fue todo un periplo. Nadie lo reclamó en el parque de vehículos de la policía, así que lo enviaron a un desguace para que lo convirtieran en chatarra. Supongo que alguien se dio cuenta de que era muy valioso y lo salvó. De lo que sucediera después, no tengo ni idea. Gerald se lo compró a un tipo de Londres, pero no sé cómo se llama.

—¿Llegó a conducirlo Brendan?

—Algunas veces, cuando lo restauró. Luego, dejó de hacerlo..., pero venía aquí y se sentaba en él, a menudo, durante horas.

—¿Le importa que...?

—En absoluto.

El inspector abrió la puerta y se sentó al volante. Le dio la sensación de que estaba metiéndose en una máquina del tiempo. Le resultó sencillo imaginar cómo se habría sentido Brendan Clarke allí. El vehículo era un templo, un centro de veneración. La señora Clarke se mantenía un poco alejada, casi fuera de la vista. Nada perturbaba aquella atmósfera sagrada.

Las motas de polvo se movían por el lujoso interior, el plástico del asiento crujía bajo el peso del inspector. Hobbes cerró los ojos. Una serie de colores empezaron a parpadear en su cabeza. Casi podía oír la música, una canción que sonaba a lo lejos.

—¿Está usted bien? —le preguntó la señora Clarke mientras daba unos golpecitos en la ventanilla.

—Sí, disculpe. Estaba a kilómetros de distancia.

El inspector miró a su alrededor, poseído, de pronto, por una profunda tristeza. Lo habían alcanzado las terribles pasiones de hace mucho tiempo que pretendían hacerse con las víctimas de hoy en día.

Hobbes abrió la guantera. Sabía que la nota de suicidio la habían encontrado allí, la que había visto arriba, en el dormitorio de Brendan Clarke. Ahora, en cambio, en el compartimento había otro pedazo de papel. Aquel coche era una capilla de los últimos momentos de Lucas Bell y la idea era replicar cada detalle a la perfección. Desdobló el papel y leyó lo que ponía. Tan solo le

llevó unos segundos darse cuenta de lo que tenía en las manos.

Allí estaba la prueba, por fin. La prueba de que a Lucas Bell lo habían asesinado.

JUEVES

27 DE AGOSTO DE 1981

VIDAS SECRETAS

El inspector Hobbes se despertó temprano. Tomó un desayuno rápido y, después, fue al coche. El agente Barlow lo había aparcado cerca de su casa, tal y como le había asegurado.

Le resultaba extraño conducir hacia Ilford, un viaje que había hecho en muchas ocasiones, cuando iba a casa de Jenkes. Glenda y él solían ir a cenar allí. A menudo se quedaban hasta tarde, ya fuera jugando a las cartas o viendo alguna película. A Charlie le encantaba tener los últimos cacharros electrónicos, como si estar a la última representara su ansia por prosperar.

Fue el primero de su círculo de amigos en tener un reproductor de videocintas. «Tener y conservar, y yo pretendo conservarlo todo», le había dicho en una ocasión.

Habían forjado su amistad cuando a Jenkes lo habían enviado a la comisaría de Charing Cross, momento que había coincidido con que a Hobbes lo hubieran ascendido a detective.

Solo se llevaban un año y la carrera de ambos estaba en alza, camino de que los nombraran sargento detective. Jenkes era impulsivo, impetuoso, pero muy leal a la causa y estaba entregado a la persecución de los criminales. Era la mejor persona que uno podía tener a su lado en un enfrentamiento, como había quedado claro durante los disturbios de Brixton.

Era imposible no pensar en aquella noche y en sus consecuencias.

Hobbes cogió Waverly Road. En aquellas grandes casas de ladrillo rojo vivían los que habían tenido éxito en el East End, la clase trabajadora que había ido a más. Jenkes había dado una paga y señal por una casa adosada con jardín el día después de que lo nombraran sargento, ansioso por escapar de la urbanización de Dagenham, que es donde había nacido y donde había crecido. La elección de Margaret Thatcher como primera ministra en 1979 había dado alas a sus ambiciones. Nada lo iba a detener porque, ahora, tenía tanto derecho a hacerse rico como cualquiera de esos esnobs de tres al cuarto. Aquel era su lema. Y, a decir verdad, no es que tuviera el mismo derecho, sino que tenía más, porque se había dejado la piel trabajando para conseguir su premio.

Hobbes llamó al timbre y esperó. Faltaba un poco para las siete y media y sabía que Lisa estaría preparando a los chavales para ir al colegio. La mujer abrió la puerta y lo miró a través de sus gafas de carey, sin pestañear. A pesar de que, de camino, el inspector había estado ensayando qué decir, una vez allí se quedó en blanco. La mujer negó con la cabeza como si no pudiera creérselo, dio media vuelta y se encaminó a la cocina. Él entró, cerró la puerta y la siguió. Lisa se dirigió a sus dos hijos y les dio órdenes de lo que debían hacer.

Luego, los apremió para que cogieran la mochila del colegio. Hobbes se mantuvo a la espera, sin atreverse a inmiscuirse. Una radio que había sobre la encimera no dejaba de tocar canciones de moda.

—Venga, vosotros dos, fuera ya. Vamos.

Lisa pastoreó a sus dos hijos hacia la puerta principal. A la niña le dio un besito en la mejilla y le deseó un buen día.

Hobbes y Lisa Jenkes se quedaron solos.

La mujer apagó la radio. El silencio se extendió entre ellos. Lisa estaba apoyada en la encimera y secaba una taza con un trapo. La secaba y la secaba.

—¿Te parece que ponga la tetera? —se ofreció él.

Hobbes abrió el armario y vio que había tres artículos de cada producto. Aquel era un viejo hábito de Charlie que le había inculcado su padre, que había sido ingeniero de la Royal Air Force. Uno para utilizarlo, otro por si acaso y el tercero por si el de por si acaso se perdía o se rompía. Ver tres paquetes de té Typhoo, uno abierto y los otros dos detrás, hizo que a Hobbes lo recorriese un escalofrío de emoción.

Siempre se había sentido como en casa allí.

—¿Cómo están Glenda y Martin?

A Lisa le temblaba la voz.

—Están bien. Tirando. —No se atrevió a decirle la verdad. No era el momento.

Bastantes problemas tenía ya la mujer—. Martin está aprendiendo a tocar la guitarra.

Lisa le cogió el brazo.

—Pensaba que no volvería a verte en la vida.

—Ya..., es que... he estado un poco...

—Espera, ya me encargo yo de eso.

La mujer se volvió hacia el fregadero y empezó a llenar la tetera de agua. Hobbes se fijó en que le temblaban las manos. Quería consolarla, pero no sabía qué era lo apropiado. Con todas las visitas que había hecho a casas de esposas y parientes para dar las peores noticias... y nada de aquello le servía en ese momento.

—Anoche estuve hablando con Tom Fairfax.

—Ah, sí.

—Está preocupado por ti y por los niños.

—Y es normal.

—Lisa...

La mujer se volvió para mirarlo, pero sus ojos no lo veían.

—Lisa, lo siento.

Las palabras salieron de su boca, sí, pero en un volumen tan bajo, tan suave, tan inútil...

A la mujer la sacudió un gran sollozo que la obligó a sentarse.

—Cabrón..., cabrón de mierda...

Escupió las palabras. Hobbes tardó un rato en darse cuenta de que no se estaba refiriendo ni a él ni a Fairfax.

—¿Qué hizo, Lisa?

La mujer lo cogió de la mano con tanta fuerza que le hizo daño.

—No fue culpa de Charlie, en serio. Tuve una aventura. El año pasado. —Resultó evidente que, después de decir aquello, la mujer se sentía más relajada, que se había quitado un peso de encima—. No fue nada, de verdad. Un flirteo estúpido. Ya sabes cómo son esas cosas, Henry. —Lo miraba con lágrimas en los ojos—. Ya sabes cómo son esas cosas.

La mujer apartó la mano.

—Tampoco me mires así.

—No, no...

—¡Ni se te ocurra juzgarme! —La voz de la mujer se convirtió en una espina que pinchó al policía—. Seguro que él también se daba sus fiestecitas. Muchas, supongo.

—No creo que...

—Solo fue una vez..., pero lo descubrió. Descubrió con quién había sido.

—¿Otro policía?

La mujer negó con la cabeza.

—Le pegó una paliza. Una paliza del copón. Fue justo antes de los disturbios de Brixton, la noche antes. Era como si tuviera mucha ira acumulada. Estaba como loco. Como una bestia.

Hobbes recordó los ojos de Jenkes aquella noche, en el callejón de Brixton.

—¡Ay, Dios, me dio tanto miedo cuando volvió a casa...!

—¿Te pegó?

—No, él no era de esos..., pero era terrible mirarlo a la cara. Como si..., como si hubiera estado en una guerra y hubiera sobrevivido por poco. —Tomó aire—. La cuestión es que... el hombre con el que me acosté..., pues...

—¿Qué ocurre?

—Que no era blanco.

—¿Te refieres a que...?

—Sí.

Hobbes no se lo podía creer. Intentó sacar conclusiones de aquello.

Lisa bajó la mirada y la fijó en la mesa.

—Es profesor en el colegio de Beth. A ver..., que no es que sucediera gran cosa, de verdad..., pero...

Le fallaba la voz.

—¿Y el profesor ese no informó cuando Charlie le dio la paliza?

Lisa negó con la cabeza.

—No, lo convencí para que no lo hiciera. Más tarde, no obstante...

—Continúa.

—Estoy muy preocupada, Henry.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

La mujer lo miró a los ojos.

—Tengo miedo de que Lloyd..., ya sabes, el profesor... Tengo miedo de que le hiciera algo a Charlie para vengarse. Lo amenazó.

—¿Te refieres a que lo amenazó justo después de que Charlie le pegara?

—No, no, más tarde..., después de que Charlie le hiciera aquello tan horrible a aquel pobre negro en la guarida esa a la que vais a beber.

Hobbes se quedó mirándola. No sabía qué decir. El incidente en el Silhouette estaba empezando a tomar otro cariz, uno mucho más personal. La horripilante experiencia de los disturbios, junto con lo de la aventura de Lisa, debía de haber hecho que Charlie perdiera la cabeza y que no tuviera sino ganas de venganza ciega contra cualquier espécimen de raza negra. Así, el hecho de que la víctima del club, Michael Hennessey, hubiera escupido a un policía había

abierto la caja de Pandora de la locura de Charlie.

—¿Sabes lo que estás diciendo, Lisa? Esa es una acusación muy seria.

—Sí, lo sé... Lo sé. —Aunque tenía las manos en la mesa, la una sobre la otra, le temblaban —. La cuestión es que, últimamente, ha estado molestándome. Me refiero a Lloyd.

No me deja en paz. El otro día vino a casa..., por la tarde noche..., ¡con los niños aquí, que estaban tomando el té! Me..., me costó conseguir que se marchara. —Se secó las lágrimas—.

Beth me preguntó qué es lo que estaba haciendo en casa su profesor de lengua... y tuve que contarle una mentira.

A Hobbes le resultaba evidente que la mujer estaba al borde del colapso.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Dice que ahora que Charlie no está... podemos ser pareja..., pero es que yo no quiero...

¿Cómo iba a querer?

—Lo entiendo.

Lisa lo miró con atención.

—No quiero tener nada que ver con él, Henry. ¡Nada! Ya no...

Hobbes dejó que la mujer se tranquilizara y le preguntó:

—¿Cómo se apellida el tal Lloyd?

—Patterson.

—Lloyd Patterson. ¿Dónde vive?

La mujer le dio la dirección, que él apuntó en un trozo de papel.

—La cuestión..., la cuestión es que Lloyd también está casado.

Hobbes intentó que la mujer permaneciera centrada.

—Entonces, Lisa, ¿me estás diciendo...? Lisa, mírame.

—Dime.

—¿Me estás diciendo que Patterson mató a Charlie? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

La mujer no respondió. Tamborileaba con los dedos, nerviosa, en la mesa. Entonces, con la cabeza, hizo un movimiento muy ligero, un asentimiento.

—¿Tienes pruebas de ello?

—No, no..., claro que no..., pero amenazaba con que iba a hacerle esto y aquello, me decía que me merecía algo mucho mejor, que Charlie no era sino un obstáculo...

—¿Un obstáculo?

—Es la palabra que utilizó.

A Hobbes le parecía que estaba viendo a Lisa Jenkes por primera vez en la vida. La muerte de su marido había dejado en libertad la verdad acerca de su matrimonio, una verdad que ni siquiera él, que había sido un amigo muy cercano, había sospechado.

La tetera silbaba como si se hubiera vuelto loca. Lisa se levantó para retirarla del fuego.

—Lockhart se ha pasado por aquí algunos días... y ha acabado saliendo este mismo tema.

—Lo sé.

—Sospecha que algo va mal.

—No te preocupes, yo me encargaré de ello.

—¿De verdad, Henry?

—Te lo prometo.

Hobbes vio un brillo de esperanza en los ojos de la mujer.

—Lisa, ¿aún es tuyo el garaje?

—Sí..., pero no he podido entrar. No puedo entrar... y aparco fuera.

—¿Tienes la llave?

La mujer asintió y la buscó en el cajón de un armario bajo. En cuanto encontró el llavero, se lo entregó a Hobbes. No había mucho más de lo que hablar y, a decir verdad, el policía se alegró de escapar de la casa. Aquella atmósfera lo ponía de los nervios.

—Lo único que quiero es saber la verdad —le dijo Lisa—. La verdad de cómo murió.

Hobbes dejó a la mujer en la casa y lo primero que hizo fue volver al coche para coger el informe que llevaba en los asientos de atrás. Después, caminó hasta una fila de garajes que no estaban muy lejos. El informe lo había estado esperando detrás de la puerta cuando había llegado a casa por la noche, un regalo de Lockhart, y Hobbes lo había leído por encima antes de dejarse caer en la cama. Aunque fuera extraño, las impactantes imágenes que contenía no se habían colado en sus sueños y había podido dormir a pierna suelta. Ahora, en cambio, se estaba enfrentando a un nivel de aprehensión mucho mayor.

Había diez garajes, todos ellos pintados con la misma tonalidad de verde. Había estado allí unas cuantas veces, cuando ayudaba a Charlie a reparar el coche. De camino, pasó por un jardín trasero, donde vio ropa colgada entre dos postes. La policía sabía que la cuerda la habían cogido de allí, una situación improvisada.

Charlie había muerto a última hora de la noche. Cuando Hobbes se había enterado del suicidio, se había imaginado a su amigo colándose en el jardín a oscuras para robar una cuerda de tender. La naturaleza doméstica del acto había añadido un componente adicional de pena. Ahora, en cambio, el escenario era muy diferente: alguien había cogido la cuerda con la intención expresa de ponérsela a Charlie alrededor del cuello y tirar con fuerza; ya lo subiría luego a alguna parte. Si aquel era realmente el caso, el asesinato estaba planeado o, al menos, medio planeado. Vamos, que era premeditado.

Hobbes llegó a la puerta del garaje y se agachó para meter la llave en la cerradura.

Aunque dudó durante un instante, acabó levantando la puerta.

Enseguida se dio cuenta de que alguien había registrado aquel sitio y que lo había hecho minuciosamente.

Charlie era alguien que se jactaba de ser muy ordenado y muy limpio. Cada vez que Hobbes iba allí, veía que dejaba cada herramienta en su lugar después de utilizarla. Cada tornillo, cada tuerca, los guardaba con otros de tamaño similar en cajitas de plástico transparente. Incluso los trapos manchados de aceite tenían su sitio debajo del banco de trabajo. En un estante tenía rollos de cinta adhesiva negra; y, claro, cómo no, había tres de cada. Ahora, en cambio, daba la sensación de que todos aquellos objetos estaban ligeramente movidos, como si alguien los hubiera inspeccionado uno a uno pero los hubiera dejado en una posición incorrecta. Hobbes estaba seguro de que aquello no era cosa del equipo de policía que había investigado la muerte de Charlie, porque no había ninguna razón para examinarlos uno a uno. No, aquello lo había hecho otra persona. Se imaginó al asesino, asustado, justo después de cometer el crimen, buscando..., buscando a la desesperada.

Pero ¿qué habría estado buscando? Y, lo que era más importante, ¿lo habría encontrado?

Hobbes ojeó la descripción del informe: «... oclusión de los vasos sanguíneos, asfixia, moretones en el cuello, la chaqueta rota, aceite en la punta de los dedos...». No le gustó aquello

de la chaqueta rota; de hecho, el detalle lo inquietó. ¿Habría estudiado alguien el informe? Parecía que no. Para los que estaban arriba, Jenkes era un policía culpable, una desgracia para el cuerpo y aquello era lo mejor que les podía haber pasado. Caso cerrado.

Miró las fotografías una vez más: el cadáver colgando de la viga, el banco de trabajo, que era adonde se daba por hecho que se había subido Charlie antes de caer en el olvido...

Empezó a buscar y encontró una botella de whisky escondida, además de una colección de revistas porno en el interior de un cajón de trapos.

«Charlie se habría deshecho de esto antes de ahorcarse».

Hobbes tenía claro que Charlie no habría querido que su esposa o sus hijos encontrasen aquello. No, se habría encargado de esos detalles. El detective decidió ponerse manos a la obra y pasó sus buenos veinte minutos examinándolo todo. No obstante, no encontró nada más que no le encajara. El sitio estaba limpio.

Levantó la vista para mirar la viga y se preguntó por el coche. ¿Por qué no estaba el coche en el garaje la noche en que...?

—¿Qué haces?

Hobbes se dio la vuelta y vio a Elizabeth Jenkes en la puerta del garaje.

—¿No deberías estar en el colegio?

La niña refunfuñó.

—Es que es horrible. Todos me miran y murmuran a mis espaldas, como si fuera yo la que va pegando a los negros.

La ira se coló por debajo de aquella expresión estudiada.

—¿Sabe tu madre cómo te sientes?

Beth sonrió.

—¿Y qué coño le importa a ella? Vieja de mierda...

Hobbes no podía creer que una niña de doce años estuviera hablando así.

—Beth...

—¿Qué pasa?, ¿me vas a dar un sermón?

—Iba a decirte que tu madre te necesita, pero veo que no va a servir de nada.

—De nada.

Hobbes sabía por lo que estaba pasando la niña. Sabía cómo se habría sentido cuando llegó al garaje y se encontró a su padre colgando de una cuerda. Conocía bien aquellas emociones, todas y cada una de ellas. Él mismo las había sentido.

—Estoy convencido de que tu padre actuó con las mejores intenciones, pero, a veces..., esas intenciones...

—¿Son una puta mierda? Unas intenciones de mierda, asquerosas, malvadas, retorcidas...

—Bueno...

—Aún no me has dicho qué haces.

—Tu madre me ha pedido que arregle el garaje. Ella no se siente capaz de entrar.

No le gustó tener que mentirle, pero la niña le creyó de buena fe y miró hacia la viga.

Por unos instantes, la hosquedad desapareció de su rostro. Parpadeó. Le brillaban los ojos.

«Como mi investigación revele que su padre murió de otro modo, esta pobre niña cambiará una forma de dolor por otra. Pasará de pensar que su padre se quitó la vida, de tener sensación de abandono, a pensar en cómo tuvo que luchar en sus últimos momentos contra su asesino».

La niña volvía a mirarlo. Hobbes se fijó en que tenía las manos cerradas con mucha fuerza y en que estaba rígida. Estaba luchando, era evidente, contra las palabras malsonantes, contra los escupitajos, contra la bajeza. Era su manera de mantener a raya el caos, la oscuridad.

Él mismo había visto cómo su vida la gobernaba un equilibrio similar: la búsqueda de pruebas, de huellas dactilares, las muestras de sangre, las mentiras viles y las gotas de sudor de los sospechosos..., y había utilizado todo aquello como protección contra las pesadillas.

Una protección frágil... pero necesaria.

Así que se lo contó. Le salió sin más. Era la primera vez que hablaba de aquello en muchísimos años:

—Beth, yo encontré a mi madre igual que tú a tu padre. Llegué a casa después del fútbol y la vi tirada en la cocina. La cocina entera... —Se le quebró la voz—. Apestaba. Mi madre había encendido el gas y había metido la cabeza en el horno.

Se quedó callado unos instantes. Había captado la atención de la niña.

—Yo tenía diecisiete años.

Iba a seguir con la historia, pero, de pronto, su cabeza estaba vacía.

Le dio la impresión de que Beth contenía el aliento. Entonces, le preguntó:

—¿Por qué lo hizo?

—Porque..., porque mi padre se había ido de casa. Bueno, había sido ella la que lo había echado. Mi padre..., mi padre no era un buen hombre. Luego, cuando faltaban dos días para que firmaran el divorcio, mi madre..., mi madre se... suicidó. —Hobbes hizo una pausa—. Se quitó la vida. Supongo que no quería enfrentarse sola a la vida. Es lo único que se me ocurre.

Se miraban a los ojos, a un par de metros de distancia.

—Dejó una nota en un poemario. Todavía la tengo y la leo de vez en cuando..., pero creo que aún no la he comprendido del todo.

Beth suspiró. La mirada de desdén volvió a su rostro.

—Espero, por Dios, que no me vengas con que sabes cómo siento, porque...

—No.

—Porque te juro que te enteras.

—No me cabe duda. —Hobbes asintió—. No, eso era lo único que te quería contar.

La niña también asintió, si bien el movimiento fue casi imperceptible. Reconocimiento.

Con cariño, Hobbes le dijo:

—Venga, vámonos.

Salieron. Hobbes bajó la puerta del garaje, la cerró con llave y echó a andar con la niña a su lado. No habían dado sino unos pasos cuando esta le confesó:

—No creo que vaya a superarlo nunca... lo de ver a papá así...

—Si alguna vez quieres hablar con alguien, siempre puedes contar conmigo.

La niña no dijo nada y Hobbes no podía más que esperar que aquello significara algo para ella.

Siguieron caminando un rato y, entonces, él le preguntó:

—Cuando encontraste a tu padre, ¿estaba el coche en el garaje?

—No. Mamá lo había cogido porque había ido a visitar a los abuelos. Júnior y yo la acompañamos y nos quedamos a pasar la noche. Cuando volvimos, por la mañana, llegamos hasta el garaje y yo bajé a todo correr para abrir la puerta. Fue entonces cuando...

—Vale, tiene sentido.

Hobbes se detuvo. Un pensamiento repentino lo molestó.

«Aceite en la punta de los dedos...».

—¿Qué sucede?

Hobbes no respondió. Su cabeza estaba en otro sitio.

—¿Qué pasa?

—Venga, Beth, márchate. Ve al colegio, que todavía llegas a tiempo.

La niña se rio por lo absurdo de la situación, pero se marchó. Pegó un salto por encima de la valla que más cerca tenían y desapareció por el callejón lateral de una de las casas.

Hobbes volvió al garaje.

«El coche no estaba en el garaje, no iba a hacer nada con las herramientas..., pero tenía aceite en los dedos».

¿En qué habría estado trabajando Charlie?

Abrió la puerta del garaje y entró de nuevo. Fue directo al estante en el que había visto

las latas de aceite para el motor, las tres de la misma marca. Las dos primeras estaban llenas hasta arriba, pero la tercera, por el peso, andaría por el medio. Hobbes la cogió y vació su contenido en un cubo de metal. Enseguida se manchó las manos y el traje también se salpicó con unas gotitas. Una vez la lata estuvo vacía, oyó que algo traqueteaba en su interior. Tardó un rato en sacar lo que había dentro y se tuvo que ayudar de un destornillador para conseguirlo. El objeto era pequeño y estaba envuelto en cinta aislante negra para protegerlo.

Hobbes quitó la cinta y vio que se trataba de una bolsa de plástico de pruebas que estaba cerrada con más cinta aislante. Dentro de la bolsita había un pequeño paquete de celofán que contenía una tira de negativos fotográficos.

Hobbes sacó la tira y la miró a la luz.

Las imágenes estaban un poco borrosas y eran muy pequeñas como para que se distinguieran bien, pero se podía ver lo suficiente para que quedara claro que se trataba de una escena de sexo.

SIETE AÑOS DESPUÉS

Hobbes tenía que revelar aquellos negativos. No quería que nadie del cuerpo los viera hasta que no estuviera seguro de lo que contenían, y tampoco iba a revelarlos en la tienda de fotos del barrio. No obstante, conocía a una persona a la que podía pedírselo, por lo que cogió North Circular Road y condujo hasta Notting Hill. Neville Briggs estuvo encantado de hacerle el favor. El fotógrafo seguía sobrecogido por la noticia del asesinato de Simone Paige.

—Tendría que haberla acompañado a Hastings.

—Dudo mucho de que hubiera servido de algo.

—¿Cómo lo sabe? Eso no puede saberlo.

—Hablé con ella en la puerta de la casa en la que la asesinaron, en la antigua residencia de Lucas Bell. Estaba convencida de que tenía que entrar.

Neville Briggs cerró los ojos, como si estuviera imaginando la escena.

—Nada la habría detenido.

Ya era suficiente. Hobbes le dejó la tira de negativos al fotógrafo y se marchó. Cuando llegó a la comisaría, se encontró con que su equipo ya estaba trabajando. Los reunió a todos para repasar lo que había sucedido el día anterior.

—Bueno, pues vamos a ver dónde estamos —dijo—. Meg, ¿hay alguna coincidencia?

—Se lo enseño.

La sargento Latimer había copiado los dos objetos que el detective Fairfax había llevado por la mañana y los proyectó, ampliados, en una pantalla.

—Esta es la nota de suicidio de Lucas Bell que nos han cedido el señor y la señora Clarke —informó la sargento.

Hobbes miró el pedazo de papel que había en la pantalla, con la firma garabateada y el mensaje final para el mundo.

—Por lo que sabemos, es auténtica —continuó la sargento—. Al parecer, es la nota original que encontraron en el coche de Bell cuando se quitó la vida.

Fairfax gruñó.

—No es que parezca una nota de suicidio —comentó el detective—. Es un pedazo de papel cualquiera. Alguien debería haber sospechado en su día.

Hobbes miró a Fairfax, que estaba en la otra punta de la sala de reuniones. El joven no se estaba comportando como siempre. Estaba encorvado sobre el escritorio y apenas había movido los labios para hablar. Además, en vez de su inmaculada apariencia habitual, iba vestido con la misma ropa del día anterior y, desde luego, tenía aspecto desaliñado.

—No nos enredemos con lo que tendría que haberse hecho y no se hizo. —Hobbes se volvió hacia la pantalla—. Siga, Meg.

—Muy bien. Aquí se puede ver. —La sargento señaló la parte superior del pedazo de papel —. Este lado está rasgado y... —pulsó un botón, otro, y en la pantalla apareció un trozo de papel más grande— este es el papel que encontró ayer el jefe en la guantera del coche de Lucas Bell.

—Es una hoja con la letra de la canción «Backstreet Harlequin» —les explicó el inspector—, la canción que sonaba en el dormitorio de Brendan Clarke.

—Así es —corroboró la sargento—. El agente Barlow ha comparado estas letras con las del disco y resulta que son diferentes. Creemos que esta hoja contiene la versión original de la canción, tal y como la escribió Lucas Bell.

—A menudo cambiaba las letras —comentó Hobbes—. Era parte de su proceso creativo.

Latimer asintió y continuó:

—Y, si vamos a las dos últimas líneas... aquí... —Leyó en alto las dos últimas frases de la canción—: «No eres más que otro arlequín en las callejuelas, perdido en el arrebol». La canción acaba de golpe, como se puede ver.

—Y el papel es demasiado corto.

Latimer sonrió.

—El papel es cortísimo, joder.

La sargento volvió a pulsar el botón y ambos papeles aparecieron, uno al lado del otro, la letra de la canción y la nota de suicidio. Juntos formaban un DIN-A4.

—Como es evidente, la nota de suicidio la arrancaron de la hoja en la que estaba la letra.

Si las unimos, la frase entera quedaría: «No eres más que otro arlequín en las callejuelas, perdido en el arrebol. He amado casi todo lo que podía amar. No me queda adónde ir»—.

Latimer hizo una pausa para que Hobbes y Fairfax se dieran cuenta de adónde quería llegar

—. Y... aquí, los dos pedazos de papel ampliados, donde resulta evidente que encajan a la perfección.

La pantalla la llenaban los dos fragmentos a gran tamaño, ambos bien alineados para que se viera que cada valle y cada pico de los lados rasgados se correspondían.

Los tres policías se quedaron mirando la pantalla.

El inspector Hobbes decidió hacerse cargo de la situación.

—De acuerdo... En mi opinión, esto es lo que sucedió. El asesino de Lucas Bell sabía que el cantante estaba viviendo en las afueras de Hastings. Se encontraron en aquel lugar, en la granja del cantante, y charlaron. Es muy probable que Bell tuviera algunas de sus viejas canciones allí, algunos papeles. El asesino eligió una canción apropiada y rompió el papel en dos para utilizar las dos últimas líneas de la canción y la firma como nota de suicidio falsa.

—Hizo una pausa para que todos llegaran adonde él estaba—. Luego, cada uno de los pedazos de papel sigue un camino diferente, pasando de mano en mano, probablemente, a cambio de grandes sumas de dinero, aunque no lo sabemos a ciencia cierta. Al final, nuestro obseso de Lucas Bell, Brendan Clarke, da con los dos pedazos. Primero con uno de ellos y después con el otro. Cuando encuentra el segundo... —el inspector tocó la hoja de letras que aparecía en la pantalla— se da cuenta de que ambos pedazos van juntos. Eso, a ojos de Clarke, es una prueba inequívoca de que Bell no se suicidó, sino de que lo mataron y de que fingieron el suicidio. —Hobbes hizo una pausa—. Luego, un tiempo después, conoce a Simone Paige, le cuenta que tiene pruebas del asesinato de Lucas Bell y la invita a su casa para que vea los dos trozos de papel.

—Pero solo son fotocopias —explicó Latimer.

—En efecto, no son más que fotocopias. Los originales están a salvo en la casa de sus padres. No obstante, es su asesino quien aparece, otra mujer que, según creo, fue cercana a Bell. Ahora, dada la obsesión de Clarke, lo más probable es que quedara fascinado por esa mujer, como le sucedía con Nikki Hauser y con la propia Simone Paige. Clarke le explica lo de la nota de suicidio falsa y que Simone Paige va a ir a verlo más tarde. En ese momento, la asesina lo seduce y suben al dormitorio. La mujer le pide que ponga la canción del disco y que mueva la cama hasta la luz. Clarke, en ese momento, está completamente bajo su poder.

De hecho, lo más probable es que piense que se trata de un juego sexual...

Se quedó callado. Todos conocían lo que sucedía a continuación, pero fue la sargento Latimer quien lo dijo:

—Y es entonces cuando lo mata.

Hobbes continuó con su exposición:

—Cuando acaban, la asesina deja una nota para Simone Paige, una burla, un mensaje que trasciende el tiempo, y abandona allí a Brendan Clarke para que la señora Paige lo encuentre, con la cara mutilada a la vista, con la canción sonando de fondo. Horas después, la joven Morgan Yorke aparece, cubre la cara de Brendan con la sábana y roba la nota que la asesina había dejado para Simone. Más tarde, llega la señora Paige y encuentra el cadáver.

El inspector se dio la vuelta hacia la pantalla y señaló los dos fragmentos de papel.

—Y, ahora, por fin, siete años después, los dos pedazos de la canción vuelven a estar juntos.

Hobbes miró a sus colegas. Latimer tenía los ojos brillantes y daba la impresión de que se

sintiera feliz de estar inmersa en aquel caso. Fairfax, por su lado, estaba muy callado y resultaba muy complicado saber qué le pasaba por la cabeza.

—¿Qué sucede, jefe?

—Hay que seguir buscando, Meg. La misma persona que asesinó a Lucas Bell ha asesinado a Brendan Clarke y a Simone Paige. Sin embargo, el caso de la periodista es diferente, es un acto desesperado. En cambio, los dos hombres murieron como parte de un ritual, algo que tenía que ver con la máscara del Rey Perdido.

—Pero no sabemos cuál es el ritual —señaló Latimer—. Además, no ha habido intento alguno en ocultar el asesinato de Brendan Clarke, de hacer que pareciera un suicidio.

—Algo ha cambiado a lo largo de los años en la manera de pensar de la asesina. El segundo asesinato ha sido planeado. Ha dejado pistas. Quería decirnos algo. —Hobbes se volvió hacia Fairfax—. Tommy, quiero que siga buscando a Nikki Hauser. Sabe mucho más de lo que nos ha contado acerca de esa sociedad secreta.

El detective no dijo nada.

—Fairfax, necesito que se concentre en este caso. En este.

El detective refunfuñó y miró hacia otro lado.

—Lleva así toda la mañana —informó Latimer—, comportándose como un idiota.

Fairfax se puso de pie y abandonó la sala sin decir palabra. La sargento negó con la cabeza, desesperada, y soltó:

—Será gilipollas.

El inspector, que se había quedado mirando cómo el detective se marchaba, añadió:

—Estoy de acuerdo con usted, pero es que tiene sus propios problemas.

Acto seguido, el inspector y la sargento también abandonaron la sala de reuniones. El inspector fue al despacho en el que estaba trabajando el agente Barlow y se lo encontró rebuscando en la caja que contenía el material sobre la ciudad del edén. El agente ocupaba todas las paredes con hojas de papel escritas a máquina o manuscritas, y con dibujos o fotografías de gente y lugares. Barlow estaba sentado a un escritorio abarrotado de material, en el que también había libretas, blocs de dibujo y más papeles.

—¿Algún avance, agente?

—Sí, señor, pero aquí hay mucha tela que cortar.

—Lo que quiero son los nombres de las personas que se esconden detrás de los apodos.

El inspector se reunió con la sargento y salieron de la comisaría. En el exterior vieron a Fairfax, que estaba apoyado en el capó de su coche, fumando. El detective se quedó mirando a Hobbes.

—Meg, denos un momento.

El inspector se acercó al detective.

—Mire...

—¿Qué ha descubierto?

—Fairfax...

—Fue usted a ver a Lisa, ¿no? ¿Le dio alguna pista?

—Esto no va así.

—¿Y cómo va? ¿Se suicidó Charlie o no se suicidó?

Hobbes no respondió. Fairfax estaba demasiado irritable, sería fácil que perdiera los estribos

y que le hiciera daño a alguien. El joven volvía a tener aquella terrible expresión en la mirada, casi como si le quisiera un mal a alguien.

EL DIARIO DE UNA MUJER

El inspector Hobbes utilizó las llaves de Simone Paige para acceder al apartamento de la periodista. La sargento Latimer lo siguió.

—Odio entrar en casas de fallecidos —comentó la sargento—, ya sabe..., cuando acaban de morir.

—Lo entiendo. De algún modo, continúan presentes.

Sus voces resonaron por el apartamento.

El inspector se dirigió al dormitorio. Era una habitación bonita, con las paredes de color bermellón, lámparas de papel esféricas y una especie de gasa blanca que colgaba del techo y lo hacía más bajo. El olor a perfume y a cigarrillos seguía allí, como un fantasma.

—¿Qué es lo que buscamos exactamente?

Latimer le explicó la idea que había tenido:

—He leído las notas que tomó Barlow del interrogatorio que le hizo usted a la periodista y me he quedado con eso de que conservaba los diarios que había escrito a principios de los años setenta. En ellos podría haber detalles de Lucas Bell, de lo que le contaba, de lo que hacía.

—¿Pistas sobre la ciudad del edén?

—Eso espero.

No tardaron mucho en encontrar la maleta estropeada, que estaba debajo de la cama.

Ambos pestillos hicieron clic cuando el inspector los abrió.

—Allá vamos.

Dentro de la maleta había cuatro diarios, cada uno de ellos marcado con un año: 1970, 1971, 1972 y 1974. La sargento se sentó en la cama y empezó por el más antiguo, mientras que el inspector comenzó por el más reciente. Aunque era evidente que la periodista jamás había pretendido que aquello lo leyera nadie, aquí y allí había extraños giros en las frases, como si la mujer fuera incapaz de escribir como una persona normal y lo hiciera siempre como una profesional, como una reportera que informaba sobre su propia vida.

Lucas ha venido a verme. Tenía mal aspecto. De nuevo ha estado bebiendo. Me pregunto por qué decidiría salir con él. Nos encontramos un día en una cornisa muy estrecha y no teníamos adónde ir, no teníamos de quién enamorarnos... Otra discusión.

Me pregunto cuánto tardaremos en romper y quién se romperá primero .

—¿Qué tal lo lleva, sargento?

Latimer no levantó la mirada del diario que tenía en las manos.

—Tiene diecinueve años, acaba de llegar a Londres. Empieza a trabajar en la *Melody Maker*. Es su primer trabajo. —Miró al inspector—. Está llena de vida, pero está nerviosa, tiene miedo de cagarla. Resulta triste leer esto a sabiendas de lo que les pasará a Lucas y a ella más adelante.

—Lo sé, lo que yo estoy leyendo también tiene que ver con eso.

El inspector había saltado hasta las últimas páginas, hasta la parte en la que la periodista

hablaba de la muerte de Lucas Bell. Allí, la escritura se rompía por completo, la letra era casi ilegible, y las descripciones y lo que contaba estaban fragmentados.

No puedo dormir. Su cara siempre está ahí. ¿Por qué? ¿Por qué? No hay respuesta... No la hay... Lo único que veo es la oscuridad de fuera. Un poco de luz en la ventana de enfrente, una vida. Me siento entumecida, como si se me congelasen las palabras. Ya han pasado unos cuantos días..., días que me resultan interminables...

Las últimas páginas las había escrito en la clínica privada en la que había ingresado después del suicidio de Bell. En ellas detallaba sus intentos de limpiarse, de volver a una vida más o menos normal, si es que aquello era posible.

He hablado con el médico. Neville me recogerá hoy, más tarde. Ahora mismo es el único amigo que me queda. No sé por qué, pero tengo miedo de lo que pueda pensar de mi aspecto. ¿Verá a la misma persona de antes... o me considerará una extraña?

Aquellas eran las últimas palabras que había escrito. La vuelta a cierto estilo, a un lenguaje coherente. La cuestión es que no decía nada más, abandonaba la escritura del diario. Dejaba de hablar consigo misma.

Los dos policías siguieron leyendo. La habitación que los rodeaba estaba en silencio. El paso de las páginas, un suspiro, un comentario ocasional, nada más. El inspector Hobbes leyó la descripción que hacía la periodista del día en que Lucas Bell había dibujado la máscara del Rey Perdido delante de ella. Se parecía mucho a lo que le había contado en el interrogatorio y no había allí ninguna idea implícita de que Lucas Bell hubiera creado al Rey Perdido varios años antes. ¿Por qué le ocultaría el cantante el origen de la máscara?

Se saltó unas cuantas páginas en busca de alguna mención a la ciudad del edén.

Lucas no acostumbra a hablar de su infancia. Hay una puerta y está cerrada, cerrada con llave. Hoy, no obstante, hemos estado bebiendo y fumando y, de repente, me ha dicho:

«Un día, si alguna vez llega el momento adecuado, te contaré la historia de la ciudad del edén. Todo el mundo se quedará sorprendido». Luego, se ha reído —con cierta amargura, creo —, y ha dicho que la historia en cuestión me hará famosa. «Es una locura». Le he preguntado a qué se refería, pero no ha soltado prenda. Además, cuando me ha mirado, en sus ojos había tal oscuridad..., tal tristeza...

El inspector leyó aquel párrafo una vez más. Había tenido la esperanza de encontrar más revelaciones y no podía evitar sentirse decepcionado. Se centró en los demás objetos de la maleta. La servilleta de lino con la cara pintada estaba allí. Encontró un montón de fotografías: Lucas solo; Simone y Lucas junto al mar, sonriéndose; Simone con un grupo de gente joven, los demás empleados de la *Melody Maker* —pelos largos, ropas hippies, todos bebiendo y fumando —. Hubo una serie de fotografías en concreto que fascinaron al inspector. Las habían tomado durante la sesión de fotos para la portada del álbum *King Lost*.

En aquellas imágenes no aparecía Simone Paige, por lo que Hobbes dio por hecho que las instantáneas las había sacado ella misma. Reconoció a Neville Briggs en el fondo de una de las fotografías, cámara en mano, y a Lucas Bell, claro está, en muchas de ellas, con la máscara ya pintada. El cantante no estaba posando, sino que se encontraba con sus amigos, con sus colegas; riéndose de un chiste con un hombre y con una mujer más mayores, puede que su representante y su publicista. En otra de las fotografías, parásitos alrededor del cantante. Johnny Valentine también aparecía en una, se reía con Lucas Bell. Era raro ver a Lucas Bell riéndose tanto con

aquella máscara lúgubre; parecía toda una contradicción.

Entonces, la sargento soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué sucede?

—Creo que tengo algo. —Miró al inspector—. Simone acaba de ir a ver a Lucas Bell a un concierto en un pequeño club de Londres y, después, ha hablado con él. Está todo aquí. Es su primer encuentro. Luego, escribe una crónica del concierto en la *Melody Maker*. Una semana después, hace la reseña de su álbum debut. —Latimer levantó un pequeño recorte de revista—. Esta. Publicada el 2 de mayo de 1970. Es una reseña de la leche. Le fascinó el álbum.

—¿Y?

—Que recibe una carta relacionada con dicha reseña. Bueno, en realidad, es un mensaje amenazante. —La sargento le enseñó un sobrecito en el que había un papel doblado—. Y, mire, una postal de Hastings.

Hobbes le cogió el sobrecito y lo estudió.

Latimer empezó a leer:

Querida señorita Paige:

Tengo la sensación de que no entiende usted hasta dónde alcanza el genio de Lucas Bell. Me ofende que pase usted tan de puntillas por encima de su música.

El inspector le pidió que parara.

—¿No ha dicho que era una reseña excelente?

—Así es, pero no a ojos de esta persona, qué duda cabe.

Siguió leyendo:

¿Cómo se atreve a escribir tal sarta de chorradas? Se ha dejado en el tintero el verdadero significado de su arte. Es evidente que, en realidad, no tiene usted ni idea de lo que quieren decir sus letras. Lucas nunca será suyo, señorita Paige, nunca en la vida. Lucas les pertenece a unas pocas personas muy especiales. ¡Déjelo en paz! Nadie lo admira como yo y, como vuelva a verla a usted en otro de sus conciertos, le aseguro que le haré notar mi presencia. Es usted una zorra de categoría.

La sargento dejó de leer y el inspector silbó por lo bajo.

—Pues esto no es lo mejor. La que lo escribió firmó con su nombre.

—¿Y cómo se llama?

—Dama Minerva.

Hobbes le cogió la carta a la sargento y la leyó.

—Cuando le comenté lo de la dama Minerva a la señora Paige, se mostró contrariada, como si tuviera la sensación de que significaba algo. No obstante, era incapaz de recordar los detalles.

Sonó el teléfono.

El inspector respondió.

—¿Quién es?

—¿Está Simone? —respondió una voz de hombre ronca pero refinada.

—Me temo que no.

—¿Quién es usted?

—Soy inspector de policía. Por favor, ¿cuál es su nombre?

—¿Inspector de policía?

—Así es.

Silencio al otro lado de la línea. Una respiración. Una voz cargada de dolor a continuación:

—¿Eso quiere decir que ya ha sucedido?

—¿Que ya ha sucedido el qué?

Otra pausa.

—Que ya la han asesinado.

LA HABITACIÓN CERRADA

Era una tarde soleada, cálida. El inspector Hobbes caminaba por entre las lápidas, por entre las esculturas de ángeles, por entre los mausoleos. Las ramas de los árboles formaban una cúpula de hojas sobre el camino, y las tumbas y los iconos rotos estaban cubiertos de musgo, de líquenes. El suelo estaba punteado por rayitos de sol.

Alrededor de la tumba de Lucas Bell se encontraban una serie de jóvenes.

El inspector se detuvo a observarlos unos instantes y, después, se acercó a un hombre que estaba sentado en un banco de madera cercano.

—¿Tobias Lear?

—Por favor, siéntese. Y, por cierto, llámeme Toby.

El hombre señaló con la cabeza a los que lloraban a Bell, que acababan de empezar a entonar una de sus canciones.

—Casi a diario viene gente a presentarle sus respetos, a rezar. En general, es gente joven, demasiado, de hecho. Pocos de mi edad nos acercamos hasta aquí.

A partir de la descripción somera que Simone Paige le había dado de él, Hobbes había esperado que Tobias Lear fuera una persona echada para adelante, descarada, pero resultó que el antiguo representante era un hombre bajito, distinguido. Lear iba vestido con un traje de lino de color crema y llevaba una corbata de flores en tonos azules y amarillos que sujetaba con un alfiler. Andaría por los cuarenta y cinco años, y su pelo, muy canoso para su edad, estaba peinado hacia atrás.

—Me ha dado mucha pena enterarme de la muerte de Simone. Era una joya, ¿sabe?, una de las mejores críticas de la vieja escuela. Sabía escribir y, a un tiempo, era provocadora. —

Hizo una pausa y se volvió hacia el inspector—. ¿La mataron ayer?

—Sí.

Lear movió la cabeza de un lado para otro.

—Fue la primera periodista que apoyó la causa de Lucas. Llegué a conocerla por eso.

Luego, cuando Lucas y ella se enamoraron, siempre estaba con nosotros: en el autocar de la gira, en el camerino, en las fiestas de después de los conciertos, en los lanzamientos de los discos...

—¿Qué le hace pensar que la han asesinado?

Lear hizo un gesto hacia la tumba.

—Fíjese, están buscando comunión.

El inspector miró a los jóvenes. Eran cuatro, dos hombres y dos mujeres. Habían dejado de cantar. Tenían las manos entrelazadas los unos con los otros y conformaban un círculo cerrado.

Pasaron unos momentos así. Un pájaro canturreó desde un árbol cercano. Entonces, el grupo se soltó las manos y se alejó de la tumba por el camino. Hobbes y Lear se quedaron solos.

—Me toca —dijo Lear mientras se ponía de pie y se acercaba a la tumba.

Una vez allí, se inclinó e introdujo una flor en un jarroncito metálico que había al pie de la lápida. El inspector se unió a él. Ya conocía aquella tumba, la había visto en una fotografía publicitaria de Monsoon Monsoon. Allí estaba la lápida, con su epitafio: «Deja de tenerle miedo al calor del sol». Lear estaba como ensimismado y el inspector no pudo evitar sentirse afectado por el humor del hombre, así que cerró los ojos y pensó en su hijo. Quizás algún día volvieran a verse... en mejores circunstancias. Quizá volvieran a llevarse bien...

Un perro ladró. Una vez, dos. Con sus ladridos, devolvió a Hobbes al mundo real.

—Acompáñeme, inspector —le dijo Lear.

—¿Adónde me lleva?

—Si quiere usted saber algo acerca del destino que ha sufrido Simone, va a tener que conocer a mi inquilino. Entonces, todo quedará al descubierto. —Caminaban—. No está lejos.

Salieron del cementerio de Highgate y fueron hasta la carretera de Swains, desde la que cogieron un par de desvíos hasta que llegaron a la casa de Lear. El hombre no dijo nada ni de Simone Paige ni de su asesino; permaneció callado durante todo el trayecto. En un momento dado, el inspector Hobbes le preguntó si había sido el representante de Lucas Bell desde el principio, a lo que Lear respondió: —Yo y solo yo, por mis pecados, desde los buenos tiempos a los malos.

La casa era imponente pero estaba muy mal conservada. Aunque la rodeaban unos árboles enormes, se veía desde la carretera. La pintura estaba desconchada alrededor de las ventanas y había zonas en las que se había caído el revocado y se veían los ladrillos. Hobbes supuso que aquel edificio debía de haber costado una fortuna en los años setenta, pero, desde luego, en aquel momento parecía un palacio en ruinas, y su antigua opulencia no se apreciaba sino en las columnas blancas —cuyo estado era lamentable— que enmarcaban la puerta principal y en el viejo Bentley que había aparcado en la entrada —que estaba apoyado en unos tacos de madera porque le faltaba una rueda—. El vehículo tenía una telaraña de cagadas de pájaro en el capó y en el parabrisas.

—Me temo que va a tener que aceptarnos usted tal y como estamos —le soltó Lear al inspector.

Hobbes siguió a su guía al interior de la casa.

—Sobrevivimos gracias a los cheques de derechos de autor de los buenos tiempos. Por suerte, me aseguré de aparecer como compositor en los créditos de algunas de las canciones de mis protegidos.

El interior de la vivienda, en cambio, estaba impecable. La sala de estar era confortable, de estilo anticuado, con sillones de cuero y una enorme chimenea de mármol. El olor a barniz para madera y el de tabaco para pipa se mezclaban con los rayos de luz que entraban por los ventanales franceses, que daban a un gigantesco jardín trasero.

—Terrible... —empezó a decir Lear—, lo del señor Clarke, lo de los cortes en la cara.

El inspector asintió.

—¿Cómo se ha enterado de eso? No le he dado detalles a la prensa.

—Me lo ha contado Neville. Me llamó por teléfono anoche.

—¿Neville Briggs?

—El mismo. —Lear esbozó una ligera sonrisa—. ¿Llegó a mencionarme Simone?

—Sí.

—Pero con desprecio, no me lo diga.

—Bastante, sí.

—Hum. Lo comprendo, dadas las circunstancias. Por aquel entonces éramos todos personas muy diferentes. Teníamos el mundo a nuestros pies y aquello nos daba la libertad para hacer lo que quisiéramos..., o eso creíamos, claro.

Hizo una pausa y esbozó una sonrisita.

—Hasta el final no nos dimos cuenta de que nadie regala nada. Antes o después, siempre llega el cobrador.

—Se llama madurar, ¿no?

—Sí, me vi obligado a cambiar a fuerza de voluntad.

—¿Y eso funciona?

—A veces. Un día, después de mucho esfuerzo, el impulso original de hacer el mal muere y nos convertimos... no exactamente en buenas personas, pero sí en personas mejores.

—Me temo que he visto demasiadas pruebas de crueldad humana como para creer en eso.

—Bueno, alguna posibilidad de redención habrá, por mínima que sea.

—Eso creía yo también, pero, hoy en día..., no estoy tan seguro.

—Puede que se deba a su apellido, inspector.

—¿Lo dice por el filósofo Thomas Hobbes?

—Él creía que hombres y mujeres son, en esencia, malvados y brutos por naturaleza, y que solo el poder de la ley nos impide cometer innumerables actos bárbaros.

—Es una manera de verlo.

Toby Lear sonrió y dejó al descubierto los dientes, unos dientes marrones de tantos años fumando en pipa.

—Eso convierte a la policía en el último bastión contra el caos —comentó.

—Sí, a veces se siente uno así, pero la racionalidad lucha contra ello, en todos nosotros.

—Sí, pero en algunos más que en otros, diría yo.

Lear sonrió con gentileza al policía.

—No todos podemos entregarnos al caos, de lo contrario...

Como si aquella frase acabara de activarla, en la pared sonó una campanita a todo volumen.

—Bueno, me llama el deber —dijo Lear, que exageró su acento londinense de tal modo que parecía de los arrabales—. Mi cruz en la vida, mi bola con cadena, mi problema, mi lucha..., siempre quiere una u otra cosa, no tiene fin. —Se quedó callado y miró al inspector a los ojos—. Inspector, doy por hecho que vio usted la cara del señor Clarke.

—Así es, sí.

—¿De verdad era una copia de la máscara del Rey Perdido?

—Por lo que sabemos, sí.

—Ya veo. Entonces, es lo que Gavin temía.

—¿Gavin?

—Mi inquilino. Gavin Roberts. Él ha predicho que Simone Paige estaba en peligro.

—¿Y cuándo ha hecho esa predicción?

—Esta misma mañana, después de que le haya contado lo de la cara del señor Clarke, que es por lo que he llamado a Simone, para ver si estaba bien, para advertirla, pero, claro...

—O sea, que su inquilino sabe cosas.

—Sí, sí, muchas. Enseguida se lo presento. Ahora bien, le advierto que lo que va a ver quizá le resulte perturbador. Debido a la soledad, Gavin ha construido un mundo propio.

—¿Como la ciudad del edén?

Toby Lear sonrió ligeramente y asintió.

—Vaya, sí que ha llegado lejos.

—¿Y hay que llegar mucho más lejos?

La campanita volvió a sonar y Lear inclinó la cabeza hacia el sonido, igual que un mayordomo de la época victoriana respondiendo a la llamada de su señor. A continuación, guio a Hobbes hasta el pasillo y, juntos, subieron las escaleras.

—La señora Paige me contó que el arma se la había comprado usted a Lucas. ¿Es cierto?

—Sí, aunque me arrepentiré toda la vida. Solíamos ir al bosque y Lucas disparaba a los árboles y a latas. También le suministraba drogas, aprobaba sus grupis y le limpiaba la boca cuando estaba hecho un trapo, después de que hubiera vomitado lo que llevaba días tomando y metiéndose. Lucas buscaba la iluminación a través del exceso..., un camino habitual para los poetas románticos a lo largo de la historia.

—¿Cree usted que Lucas se quitó la vida con aquella pistola?

Toby Lear se detuvo cuando llegaron arriba. Se quedó pensando un momento y respondió:

—Sí y no. Es decir, en parte sí y en parte no. Si es verdad que se suicidó, le aseguro que se vio abocado a ello..., pero, a decir verdad, habría sido muy fácil sacarlo de allí... Solo habría hecho falta un poco de amor y un poco de comprensión.

—¿De la misma persona?

—Pues claro, de la persona que lo dirigía..., fuera quien fuera. Esa persona podría haberlo salvado, no me cabe duda.

Lear golpeó uno de los paneles de una puerta cerrada y, como no recibió respuesta, sacó una llave y la abrió.

—Conocí a Gavin a finales de 1969, cuando Lucas me contrató. Era miembro de su séquito. Fue amor a primera vista para los dos, diría yo.

—Entiendo.

—Ah, ¿sí? Me pregunto...

—Aun así, en un par de ocasiones se ha referido usted a él como su «inquilino».

—Sí, bueno, es que hace una eternidad que no tenemos ese tipo de contacto del que se habla en la Biblia, ya me entiende..., aunque seguimos siendo muy amigos. Además, como va a ver, Gavin necesita a alguien que cuide de él.

El inspector se quedó pensativo. Instantes después, preguntó:

—¿Había más gente alrededor de Lucas en aquella época, cuando se lo trajo usted de Hastings?

—Es posible, pero no lo recuerdo bien. Ha habido muchos que se han acercado a él a lo largo de los años.

—¿Qué me dice de Eve Dylan?

—¿Quién es esa?

—¿No sabe quién es?

Toby Lear negó con la cabeza.

—Yo solo me acuerdo de Gavin. Era el único que me importaba..., y, a decir verdad, y a pesar de las innumerables dificultades, no me arrepiento de ni uno solo de los días que estuvimos juntos.

A continuación, abrió la puerta e invitó a Hobbes a pasar.

Al inspector enseguida le asaltó la idea de que acababa de entrar en la ciudad del edén o en algo que se le parecía mucho. Allí, en aquella habitación limpia e iluminada por el sol, la ciudad imaginaria había cobrado cierta vida. En las paredes colgaban pósteres que anunciaban conciertos y películas en las diferentes salas de la ciudad, y también había retratos de sus diversas celebridades. Librerías con libros y más libros, todos ellos con títulos imaginarios escritos a mano en el lomo, ocupaban gran parte del espacio. En una de las paredes había mapas muy bien dibujados de las diferentes zonas de la ciudad. Se distinguían gran cantidad de objetos pequeños desperdigados por el suelo, por las sillas, por las mesas: recortes de entradas, recortes de periódicos, recibos, sellos, tiques de compra, listas de la compra, programas de fútbol, *etc.*

El inspector Hobbes se sintió desconcertado mientras entraba e iba tocando este objeto y aquel otro. Todo estaba hecho a mano, dibujado a mano. Se acercó a una mesa enorme que había en un rincón de la habitación y sobre la que descansaba una maqueta de la ciudad del edén con los diferentes edificios representados por casas o casetas de esas que forman parte de las maquetas de los trenes eléctricos o construidos a partir de cartón o de madera de balsa.

Hombres, mujeres y niños diminutos paseaban de aquí para allá entre árboles y arbustos por calles y parques en miniatura.

El inspector cerró los ojos como si pretendiera centrarse.

—Impresionante, ¿no le parece?

Hobbes no tenía claro qué responder. No le resultaba sencillo y, menos, con el creador de aquel mundo sentado en su centro, inclinado sobre un caballete. El hombre estaba delgado como una raspa. El inspector se acercó un poco más al artista y se fijó en que estaba trabajando en el boceto de una iglesia que pintaba con acuarelas y que, sin duda, iba a poner en las calles de la ciudad del edén.

Gavin Roberts tenía diez años menos que Lear y era un hombre con un aspecto de lo más normal, con el pelo lacio y de color castaño, y con gesto de gran concentración. Hobbes intentó llamar su atención, pero aquel tipo tenía la vista fija en la punta de su pincel y en la forma en la que aplicaba la pintura.

Toby Lear se acercó y le tocó el hombro a su amigo.

—Gavin, ¿me has llamado?

Hasta ese momento, Gavin Roberts no dejó de prestar atención a su obra.

—Sí. Casi me he quedado sin siena tostado y no podré acabar la iglesia como es debido sin él. ¿Lo ves?

—Lo veo, sí. Te está quedando preciosa.

—Ya, pero necesito el siena.

—Si tengo tiempo, iré a la tienda de pinturas esta tarde, ¿vale? ¿Por qué no me haces una lista?

Gavin asintió con ansiedad y volvió a concentrarse en la acuarela.

El inspector y el antiguo representante se apartaron un poco para hablar.

—¿Y cuánto tiempo lleva así? —preguntó Hobbes entre susurros.

—Empezó al poco de que Lucas Bell muriera. Esa pérdida fue el detonante..., y ha ido convirtiéndose en una obsesión más y más acentuada a lo largo de los años.

—¿Sabe usted qué es lo que pretende?

—Pues claro, está construyendo la ciudad del edén.

—Pero, esa es una tierra de fantasía, ¿no?

—¿Acaso es diferente de escribir una novela o de rodar una película?

El inspector Hobbes no respondió.

—Sí, sé que es terrible... y hay días en los que me da muchísima pena verlo así, pero, entonces, pienso en que esto a él lo hace feliz. Gavin está creando su propio mundo y se está perdiendo en él..., y con eso tiene más que suficiente.

—Señor Lear, ¿desde cuándo conoce la existencia de la ciudad del edén?

—Lucas me habló de ella como un año después de que nos conociéramos. Era impreciso con los detalles, pero me explicó que el sitio en cuestión era muy importante no solo para él, sino para su obra. De hecho, me dejó claro que, sin esa ciudad imaginaria, él no escribiría canciones, no cantaría. Como es normal, me pidió que le jurara que mantendría el secreto al respecto o, de lo contrario, se llevaría su talento con otro.

—Entiendo que Gavin fue uno de los fundadores de la ciudad del edén.

Toby Lear asintió.

—Lo fue, lo fue, aunque en la ciudad lo conocen como Bo Deslumbros. El nombre se lo puso su madre. La mujer acostumbraba a llamarlo «mi pequeño Bobby Deslumbros». —A Lear le brillaron los ojos de alegría—. ¡Ay, tendría que haber visto usted a Gavin en sus días de gloria! Era un jovencito tan apuesto.

—Y, cuando usted lo conoció...

—Por aquel entonces, yo no tenía ni idea de que la ciudad del edén existía. Sabía que Gavin tenía una fuerte vena artística, pero es que eso saltaba a la vista nada más conocerlo.

Fue él quien dibujó la portada del primer sencillo de Lucas. A ver, sabía que él también había crecido en Hastings y que era amigo de Lucas desde entonces, pero nada más. Desde luego, no tenía ni idea de que formaba parte de esta locura de mundo inventado. De eso no me enteré, como ya le he dicho, hasta que no murió Lucas. —Toby Lear miró a su amigo y suspiró—. Un día empezó a diseñar un póster para un grupo del que nunca había oído hablar: Plastic Flowers. Me jacto de conocer multitud de bandas, así que le pregunté por esta, pero me respondió: «Solo tocan en la ciudad del edén, en el Snake Pit», y siguió con el dibujo, en el que aparecían los miembros del grupo con todo lujo de detalle, casi como si..., como si fueran reales. Ese fue el principio. Desde entonces, la ciudad no ha parado de crecer, no solo en su cabeza, sino también en esta habitación.

Lear hizo una pausa. Respiró hondo y, después, añadió:

—En estos siete años, el pobre Gavin no ha salido de casa más que en unas pocas ocasiones.

El inspector se quedó mirando al artista. En cierto modo, estaba observando a un prisionero.

—Me gustaría hablar con él.

—Como quiera, pero le advierto que no está acostumbrado a conversar con extraños.

Hobbes se acercó al caballete. Gavin Roberts dejó de trabajar cuando percibió cerca al

inspector. De pronto, dio la impresión de que estuviera muy incómodo, con los hombros y las manos tensos.

—Gavin...

Aquel nombre provocó una respuesta negativa. El hombre empezó a balancearse en la silla adelante y atrás. El inspector miró a Lear en busca de ayuda, pero no recibió sino un asentimiento de ánimo. El inspector volvió a intentarlo.

—¿O debería llamarlo Bo? ¿Bo Deslumbros, quizás?

El artista levantó la vista y sonrió.

—Vale con Gavin, pero gracias por preguntar.

El inspector Hobbes vio la historia entera en los ojos de aquel hombre, como si en ellos acabara de acontecer una explosión de conocimiento. Algo terrible le había sucedido..., o había tomado parte en algo terrible que, ahora, se había apoderado de su vida y la gobernaba.

Puede que fuera la culpa, que tuviera sentimientos homicidas, que hubiera perdido la cabeza..., era imposible saberlo, pero, desde luego, a Gavin Roberts no le quedaba más que la ciudad del edén. Aquel sitio era su única salvación. Hobbes sabía que aquel hombre, aun estando allí recluido, tenía la clave para resolver los asesinatos rituales de Lucas Bell y de Brendan Clarke, y el oportuno asesinato de Simone Paige.

—Gavin, soy policía. Me gustaría hablar con usted, ¿le parece bien?

Gavin no respondió.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre la muerte de Lucas Bell. Lucas no se suicidó, ¿verdad?

Gavin negó con la cabeza.

—¿Y sabe usted quién lo mató?

Al inspector le pareció que Gavin buscaba en su yo más profundo. Al rato, habló, no muy alto, pero con seguridad.

—Es un secreto.

Hobbes le mantuvo la mirada.

—Hizo usted una promesa, ¿es eso? Prometió que no lo contaría, ¿verdad?

—Más que una promesa. Mucho más.

—Es un juramento.

—Sí, lo juré por mi vida.

Gavin empezó a temblar y el inspector temió que fuera a encerrarse en sí mismo de un momento a otro.

—¿Qué me dice de Brendan Clarke y de Simone Paige? ¿Cree usted que los mató la misma persona?

—A Brendan sí. A Simone... ¿Llevaba la máscara?

—No, no la llevaba.

—Entonces, su caso es diferente, aunque ella es la causante.

—¿A qué se refiere?

—A que no lo amaba lo suficiente.

—¿A quién?, ¿a Lucas Bell?

De pronto, Gavin estaba completamente lúcido y miraba al inspector. Con voz prístina, dijo:

—Siempre supe que a Simone se la llevarían antes o después.

—¿Que se la llevarían?

Aquello le hizo pensar al inspector en lo que había oído en Hastings, eso de que a la anciana se la había quedado el mar.

—Cuando castigaron al señor Clarke, supe que iban a ir a por ella.

Hobbes se concentró.

—Gavin, ¿puede decirme el nombre de la mujer que ha asesinado a Simone Paige?

—No puedo.

Una aseveración sencilla. Nada más pronunciarla, los ojos de Roberts volvieron a concentrarse en la acuarela. Era evidente que el hombre estaba poniendo a prueba los límites de lo que podía decir y de lo que no, de acuerdo con las reglas del grupo, unas reglas que tenía grabadas a fuego en su psique.

—De acuerdo. Gracias por responder. ¿Qué me dice de Brendan Clarke?

—¿Brendan llevaba la máscara?

—Sí, se la pintó para un concierto.

Algo se apoderó del artista, una locura transitoria, y gritó:

—¡En ese caso, Brendan tenía que morir! ¡Sí, no podía ser de otra manera!

Toby Lear se acercó a su amigo y lo cogió por los hombros. De poco sirvió. Gavin Roberts se sacudía y aullaba como si estuviera sintiendo un fuerte dolor.

—¡No tendría que haberlo hecho! ¡Brendan hizo mal! ¡Luna Bloom hizo mal! ¡Tenían que morir! ¡Los dos hicieron mal!

—¡Por favor, déjelo en paz! —le imploró Lear a Hobbes.

No obstante, el inspector no podía rendirse en aquel momento.

—¿Qué hicieron que estuviera mal? Por favor, Gavin, dígamelo.

Pero el hechizo se había roto.

—¡No me llamo Gavin! ¡Me llamo Bo! ¡Me llamo Bo Deslumbros!

Roberts se zafó de Lear y sacudió los brazos con fuerza y sin control, con lo que tiró los pinceles y los botes de pintura, que salieron disparados por todos lados y traquetearon en el suelo mientras el artista la emprendía a puñetazos con el caballete.

—¡Hicieron mal! ¡Hicieron mal! —gritaba una y otra vez.

Y, entonces, de pronto, a pesar de lo asustado que acababa de mostrarse, Gavin Roberts se calmó y miró a Hobbes como si no pasase nada. El hombre que había encerrado en su interior salió a la superficie. Era un hombre que tenía los ojos brillantes y llenos de vida, y habló en voz baja, pero consciente de lo que decía: —Robaron la máscara. Nunca deberían haber cogido la máscara. Por eso murieron. Ella los mató.

El inspector sabía muy bien que Gavin Roberts le estaba diciendo la verdad. Al menos, la verdad que él conocía. En cualquier caso, aún tenía que hacer la pregunta más importante:

—¿Quién es ella? ¿Quién los mató? ¿Quién mató a Lucas y a Brendan?

Gavin Roberts movió los labios para hablar, pero, entonces, la luz bajó y escupió enfurecido:

—¡No, es un secreto! ¡No lo puedo decir!

Se le crisparon las manos, clavó las uñas en la acuarela de la iglesia y la rasgó en dos.

Aulló, presa de una desesperación aterradora, carente de palabras.

Toby Lear hizo acto de presencia desde atrás y apartó al inspector.

Gavin Roberts se fue calmando hasta que su voz se convirtió en un mero susurro:

—Hicieron mal. La máscara los mató.

Lear y Hobbes salieron al pasillo.

—Mire que se lo he dicho... Mire que se lo he dicho.

—Sí, lo siento. ¿Hay alguna manera de conseguir que hable con sentido?

—Habla con sentido.

—Pero solo con el sentido que él cree que tiene la vida. Yo necesito algo más. Tengo que descubrir quién asesinó a Lucas Bell, a Brendan Clarke y a Simone Paige.

Toby Lear miró por el quicio de la puerta y comentó con voz cauta:

—Me temo que, algún día, lo perderé irremisiblemente..., que se adentrará en la ciudad del edén y se quedará allí para siempre.

—¿Ha probado a llevarlo a un especialista?

—¿A un especialista? ¿De verdad cree que un maldito psiquiatra puede entrar en esa ciudad y sacarlo de ahí?

—No lo sé. —Se quedó pensativo—. Gavin ha mencionado a Luna Bloom. Ha dicho que Luna Bloom lo hizo mal. ¿Quiere eso decir que Luna Bloom es la asesina?

Toby Lear negó con la cabeza.

—¿Eso es que no lo sabe? —le preguntó al policía.

—¿Qué tendría que saber?

—Lucas me lo contó hace años. Un día, nos colocamos juntos y se le escapó. —Lear esbozó una sonrisa, feliz porque estaba desvelando un secreto después de tantos años de silencio—. Cuando era más joven, a Lucas lo conocían como Luna Bloom.

El inspector estaba confundido.

—Pero ¿acaso no era «Rey Perdido» el apodo de Lucas Bell?

—No lo entiende, ¿verdad?

—Pues explíquemelo.

Toby Lear cerró con llave la puerta que daba a aquel otro mundo. Hasta entonces, no se atrevió a hablar.

—Lucas Bell nunca fue el Rey Perdido..., me refiero al principio. El Rey Perdido era otra persona. Fue otro el que inventó el personaje. Otro de los miembros de la ciudad del edén.

—Entonces, Lucas...

—En efecto. —Lear asintió—. Lucas robó la máscara del rey.

NOMBRES EN UNA LISTA

Cuando llegó a la comisaría, el inspector Hobbes llamó a Hastings para hablar con la detective Palmer. Esta le explicó que su investigación no había desvelado, hasta el momento, la verdadera identidad de los adolescentes de Minerva.

—Pero es que estamos muy ocupados con el asesinato de la señora Paige. Nos queda poco tiempo para otras investigaciones.

—Dígale a su jefe que los casos están relacionados, que no tengo duda al respecto.

—Descuide, lo haré. Por cierto, ya tenemos el informe de la autopsia. Cinco puñaladas, dos

de ellas graves, una en el estómago y otra en el corazón, en el ventrículo izquierdo, que es la que, probablemente, acabó con su vida.

—Entendido.

El inspector cerró los ojos. Tres asesinatos, tres lugares muy distintos, y cada uno de los asesinatos con su toque y su atmósfera particular, muy diferentes los unos de los otros. Aun así, todos ellos giraban en torno a la música de Lucas Bell y a la máscara del Rey Perdido.

¿Se le estaría pasando por alto algo importante?

Palmer continuó:

—He sacado tiempo para leer archivos de principios de los años sesenta que estuvieran relacionados con muertes o con asesinatos. El número de ahogados, de muertes accidentales, etc., es normal.

—¿Y en el caso de los asesinatos?

—Nada que se salga de lo habitual. En general, reacciones provocadas por el alcohol o crímenes pasionales. Maridos que matan a sus esposas y esposas que matan a sus maridos.

—¿No hay nada sobre un grupo de críos que asesinara a alguien?

—No, no hay nada ni parecido, pero seguiré buscando.

Cuando acabaron de hablar, Hobbes sintió la necesidad de llamar a Neville Briggs para saber si había revelado los negativos que había encontrado en el garaje de Charlie Jenkes, pero se contuvo. Tenía trabajo que hacer en el caso que lo ocupaba. La sargento Latimer y el agente Barlow llegaron a la sala de reuniones y los tres policías compartieron la información que habían obtenido hasta el momento.

El inspector empezó por escribir CIUDAD DEL EDÉN en el tablón.

—A principios de los años sesenta, en Hastings, cinco adolescentes pasaron a formar parte de un club literario y artístico que se llamaba club Minerva. Aquel club lo dirigía Eve Dylan, bibliotecaria local. Los chavales estaban bajo la influencia de la señora Dylan y, juntos, crearon un mundo de fantasía.

—¿Sabemos por qué lo hicieron? —preguntó la sargento Latimer—. Barlow, ¿ha encontrado alguna pista en esa caja de maravillas?

—Ya he repasado casi todo su contenido y este... —levantó una hoja de papel— es el documento más importante en relación con la fundación de la ciudad en cuestión. Se titula: *Ciudad del edén, un santuario para héroes de verdad*, y es, como quien dice, un auto de fe.

El inspector Hobbes se fijó en lo bien que se expresaba el agente y en toda la confianza que había ganado en sí mismo a lo largo de los últimos días. Ya no se mostraba nervioso a la hora de hablar en público y pronunciaba cada palabra con claridad.

El agente leyó el auto en voz alta:

La ciudad del edén es un sitio en el que estaremos a salvo, un sitio en el que podremos escondernos, un lugar privado. No aparecerá jamás en ningún mapa. Esta ciudad nos pertenece solo a nosotros y, cada vez que el mundo exterior se vuelva demasiado duro o peligroso, nos esconderemos aquí y aquí estaremos a salvo. La ciudad del edén nos protegerá.

Fue Hobbes el primero que dijo algo al respecto:

—Bien, debemos dar por hecho que esos cinco adolescentes eran marginados, cada uno a su manera. Sentían que el mundo les había dado de lado. Es muy probable que el mundo fuera, incluso, una fuente de dolor para ellos.

Latimer se mostró de acuerdo.

—Yo diría que todos habían sufrido, ya sea física o mentalmente. Puede que fueran homosexuales y no supieran cómo expresarlo. Puede que no tuvieran amigos, que los abusones se pasaran con ellos o que algún pariente abusara sexualmente de ellos.

—Tenían miedo —añadió Barlow.

—Sí, que es por lo que se sentían solos, por lo que carecían de esperanza. Es entonces cuando aparece Eve Dylan, la fundadora del club Minerva. —Mientras decía eso, el inspector escribió las palabras «Dama Minerva» en el tablón—. Ella es la líder... o la instigadora de todo lo que sucede a continuación. De pronto, todos esos pobres niños tienen un club propio, un sitio al que ir y en el que nadie se ríe de ellos ni les hace daño. De hecho, ahora, son los reyes y las reinas del castillo, lo que nos lleva a... —Escribió las palabras «Rey Perdido» debajo de «Dama Minerva»—. Nos lleva al Rey Perdido. Como es normal, habíamos dado por hecho que el Rey Perdido era Lucas Bell, porque creíamos que era él quien había inventado el personaje, porque aparecía en sus canciones y porque subía disfrazado de él al escenario. Ahora, en cambio, sabemos que el Rey Perdido original fue otro de los creadores de la ciudad del edén.

—Y que, de hecho, el apodo de Lucas Bell era Luna Bloom —añadió el agente Barlow.

—Son sus mismas iniciales —apuntó Latimer.

El inspector escribió «Luna Bloom» debajo de «Rey Perdido» y continuó hablando:

—Más adelante, Lucas Bell se queda con el apodo del Rey Perdido. Tobias Lear me ha dicho, y son palabras textuales: «Lucas robó la máscara del rey». Gavin Roberts ha comentado lo mismo en un momento en que estaba lúcido. Ese, probablemente, es el móvil de los asesinatos.

La sargento se acercó al tablón.

—¿Castigaron a Lucas Bell porque robó la máscara del Rey Perdido?

Barlow también se aproximó.

—Y Brendan Clarke también se apropió de ella, claro —comentó el agente—. Al ponérsela en el escenario, la robó.

Latimer frunció el ceño y añadió:

—Que es por lo que lo mataron a él también.

—Esto empieza a tener sentido —dijo el inspector.

—Al menos, el sentido que es posible encontrarle a este asunto —soltó la sargento.

—Desde luego, Meg, en la ciudad del edén lo tiene, y creo que esa es la clave. Allí siguen unas reglas diferentes. De hecho, Gavin Roberts ha asegurado que a ambos los mataron porque habían hecho algo malo, porque habían roto las reglas. Pero ¿qué tiene de especial esa máscara para que la gente que se la pone tenga que morir?

Ni Latimer ni Barlow respondieron.

El inspector continuó:

—Bueno, hay otros tres fundadores: la dama Calibán, Bo Deslumbros y Genio Índigo.

Escribió cada uno de los nombres en el tablón y añadió la información con la que contaban.

Bo Deslumbros: Gavin Roberts

Dama Calibán: ?

Dama Minerva: Eve Dylan (¿fallecida?)

Genio Índigo: ?

Luna Bloom: Lucas Bell (fallecido)

Rey Perdido: ?

Los tres policías se quedaron mirando la lista. El agente Barlow silbó por lo bajini.

—Esto es una locura —soltó—. Estamos investigando dos mundos: el real y un reino de fantasía.

El inspector Hobbes se mostró de acuerdo y añadió:

—Y, a medida que avanzamos, más cerca estamos de la ciudad del edén.

Durante unos momentos se quedaron contemplando la tarea que tenían por delante.

Parecía un imposible. Entonces, el inspector se volvió hacia Barlow:

—¿Ha tenido suerte con los nombres que faltan?

—No. No hay nada en la caja que dé una pista siquiera sobre los fundadores, aunque hay una cosa que me ha llamado la atención.

—El qué.

—En todo el material que hay en la caja, solo aparece una máscara, la del Rey Perdido.

Me refiero a que esa es la única máscara que hay.

—¿Y qué cree usted que significa eso?

—Que, de todos los fundadores, la persona que estaba detrás de esa máscara era la que más tenía que esconder. La tierra de fantasía no es suficiente por sí misma, además, tiene que esconder su verdadero rostro. Eso implica que era quien más estaba sufriendo.

—¿Y adónde nos lleva eso? —preguntó Latimer.

—De vuelta a la historia —contestó el inspector—. Ahí es donde está la verdad. El grupo se reunía en el ático de la casa de Lucas Bell. Aquel era su escondite y el centro de operaciones para dar forma a la ciudad imaginaria. No creo que la señora Dylan tomase mucha parte en aquel proyecto; algo me dice que no iba a intentar que los padres de Lucas Bell entendiesen que se reuniera en el ático con los adolescentes. No, yo diría que ella plantó la semilla y que los jóvenes se encargaron de cuidarla, de hacerla suya. De este modo, la ciudad del edén había nacido.

Hizo una pausa. Latimer y Barlow lo miraban con atención. El inspector lamentó que Fairfax se estuviera perdiendo la reunión, allí deberían estar todos, pero se obligó a dejar de pensar en ello y continuó:

—Esto siguió así durante unos cuantos años y los adolescentes fueron creciendo. Lucas Bell maduró y tuvo un romance con la señora Dylan. O quizás ella lo sedujera. Lo más probable es que nunca sepamos la verdad en relación con ese asunto. —Se volvió y miró la lista de nombres —. La cuestión es que, entonces, sucedió algo... malo.

—Pero no sabemos el qué —apuntó la sargento.

—Cuando hablé con Nikki Hauser, me dijo que Lucas Bell le había admitido la autoría de un crimen, algo terrible que dañaría su imagen de manera irreparable y que haría que hasta sus seguidores se volvieran contra él. De hecho, vino a decir que el grupo de Minerva había asesinado a alguien.

—La gran pregunta es... ¿a quién?

Hobbes se volvió hacia Barlow.

—¿Alguna pista? ¿En qué cojones estuvieron metidos esos críos de la costa?

—Desde luego, en la caja de la ciudad del edén no hay nada que insinúe siquiera que cometieron un crimen. Algunos de los papeles tienen fecha y el más tardío es de febrero de 1966, pero ninguno de ellos habla de desastres, de tragedias, de asesinatos o de nada por el estilo.

—Puede que Fairfax traiga a Nikki Hauser —comentó esperanzada Latimer—. A ella se lo sacaremos.

—A ver..., debido a este acontecimiento misterioso... —empezó a decir el inspector— el grupo se separó y la ciudad del edén acabó en cajas. Los adolescentes se hicieron mayores.

No obstante, no echan abajo la ciudad. Lucas Bell se mete en el mundo de la música, deja Hastings y se va a vivir a Londres, donde inicia su carrera. El joven se lleva la ciudad del edén con él... Aquí. —Se tocó la sien con el dedo—. Esa ciudad alimenta sus canciones, su ambición, su imaginación. Además, Lucas no está solo, ha llegado a Londres con otro de los fundadores de la ciudad del edén, con Gavin Roberts.

—Y cabe la posibilidad de que lo acompañara alguno más.

—Cabe la posibilidad, sí. —Hobbes arrugó el gesto, concentrado—. Entonces, Lucas sufre una crisis. Ya no puede subirse a los escenarios, no puede componer canciones. Se vuelve adicto a las drogas. Intenta quitarse la vida con una sobredosis, pero no lo consigue.

Después de eso, se enamora de Simone Paige.

Latimer dio unos golpecitos en el escritorio con su bolígrafo y comentó:

—Que es quien le dice que se ponga una máscara.

—En efecto. Y Bell hace algo extraordinario: allí mismo, delante de ella, crea un personaje, el Rey Perdido. Dibuja una máscara en una servilleta. Simone Paige piensa que el joven lo está imaginando todo así, de repente, pero no es el caso, ni mucho menos.

Fue el agente Barlow quien continuó:

—No está sino recordando el pasado, trayendo a la mente viejos recuerdos.

—Y copia la máscara del Rey Perdido. Deja de lado la que era su personalidad en la ciudad del edén, Luna Bloom, y se apropia de la de otro de los miembros del grupo.

—Es increíble. Eso tan sencillo es lo que lo hace famoso en todo el mundo —comentó la sargento entre risas.

—Y debemos dar por hecho que, a raíz de eso, la asesina recupera el interés en él. Gavin Roberts ha dicho que tanto Lucas Bell como Brendan Clarke tenían que morir porque se pusieron la máscara.

—Entonces, ¿cree usted que aquel que llevó la máscara en primer lugar se está vengando de ellos por robársela? —preguntó la sargento.

—No lo sé.

Barlow negó con la cabeza.

—Parece disparatado, señor. Como móvil para un asesinato, me refiero.

—Lo sé, lo sé. —El inspector se pinzó el puente de la nariz con el pulgar y con el índice

—. Continuemos: a Lucas Bell lo asesinan, la homicida se encarga de que parezca un suicidio. ¿Y después?

—Y, después, absolutamente nada durante siete años —respondió Latimer.

—Que nosotros sepamos.

—Esa es la cuestión. La mujer podría haber matado o herido a otras personas que llevaran la máscara, pero no tenemos constancia de ello porque nadie ha relacionado los casos.

Barlow volvió a negar con la cabeza y comentó:

—Pero todos esos seguidores de Witch Haven que llevaban puesta la máscara... No puede matarlos a todos.

—No, elige a Brendan Clarke porque...

—Porque se la pone en un escenario, de forma muy pública.

—¡Sí, eso es! —El inspector volvió a mirar la lista de nombres—. Todo nos lleva una y otra vez a la ciudad del edén. El verdadero problema es que el móvil de estos crímenes solo existe en un mundo inventado que está en la imaginación de seis personas, dos de las cuales ya han muerto.

—Y otra de ellas ha perdido la cabeza —añadió la sargento.

—Y otra de ellas es nuestra asesina. —El inspector leyó los nombres en alto—: El Rey Perdido, dama Calibán y Genio Índigo.

Latimer asintió.

—¿Tenemos que dar por hecho que Eve Dylan se ahogó? —preguntó la sargento.

—Parece lo más probable. Yo diría que alguien ha adoptado su papel.

—¿Como líder del grupo?

—Sí. Ella es la nueva figura de autoridad, lo que le da derecho a matar.

Sonó el teléfono y Latimer respondió.

—¿Y si estamos equivocados, señor? —le dijo Barlow a Hobbes. Parecía que estuviera nervioso, que tuviera dudas—. Es decir, ¿y si el culpable es alguien que no está en la lista?

¿Podemos estar seguros de que se trata de alguien de la lista?

—No, no podemos.

La sargento acabó de hablar por teléfono y dijo con urgencia:

—Es Fairfax, señor.

—¿Qué ocurre?

—Está en apuros. Al parecer, se ha peleado con alguien.

LAS HABITUALES DEBILIDADES HUMANAS

El inspector Hobbes encendió un cigarrillo para quitarse de la boca el olor del club de estriptis y, después, echó a caminar por Berwick Street. El Soho estaba abarrotado. Se metió por una callejuela en dirección a donde había aparcado el coche y cuando llegó se sentó en los asientos de atrás, junto a Fairfax. El joven detective, que siempre llevaba el pelo bien engominado, lo tenía ahora revuelto y su labio inferior estaba hinchado y manchado de sangre. Le habían roto una de las solapas de la americana.

—¿Lo has resuelto, Henry? —preguntó el comisario Lockhart desde el asiento del conductor y sin molestarse en darse la vuelta.

—Eso espero.

—El detective Fairfax está haciendo el tonto. ¿No es así, Thomas?

El detective no respondió. Fue Hobbes quien rompió el silencio:

—El club se llama Blue Moon. Lleva a cabo algunas prácticas inmorales, pero nada ilegal, al menos, a simple vista.

—¿Dispone de un cuarto oscuro?

—Así es.

—¿Para heterosexuales o para gais?

—Es probable que para ambos.

—Bueno, hay que reconocer que son emprendedores.

—He tenido que hacer un trato con ellos.

—¿Cerrar los ojos?

—Un mes de amnistía.

—No quedaba otra. Yo lo arreglaré en la comisaría de Charing Cross.

Hobbes se volvió hacia Fairfax.

—¿Lo ha oído, Tommy? Hemos tenido que hacer un trato para salvarle el culo, de lo contrario...

Lockhart por fin se dio la vuelta.

—... De lo contrario, lo denunciarían por agresión, y ya sabe lo que eso significa, ¿no?

Fairfax, por fin, abrió la boca, pero de ella salió una única palabra:

—Señor.

El comisario frunció el ceño.

—¿Ves esa pared de ahí, detective? ¿Esa por la que cae el agua desde el canalón roto?

Fairfax parecía confuso.

—¿La ves?

—Sí, señor.

—Pues ahí es donde me gustaría estampar tu puta cabeza. Justo ahí. Una y otra vez, hasta que te partiera la nariz y te abriera la cabeza.

Al ver la cara de terror de Fairfax, a Hobbes no le quedó otra que sentir lástima por el muchacho.

—Estoy a esto de largarte del cuerpo por lo que has hecho.

—Lo siento muchísimo, señor.

La voz del detective sonaba velada. El labio herido le complicaba la pronunciación.

—Ya basta de disculpas. Estás consiguiendo que se me revuelva el estómago. —El comisario se quedó mirando fijamente al detective durante unos segundos que se hicieron eternos. Pretendía que el mensaje calara en el joven. Luego, se volvió hacia Hobbes—: Dime, ¿crees que Charlie Jenkes estaba haciendo tratos con ellos?

—Sí, es posible. Lo vi saliendo de allí unos pocos días antes de que muriera.

—Fairfax, ¿qué opinas tú?

El detective no respondió.

—Tommy, está de mierda hasta el cuello. No se hunda aún más —le aconsejó Hobbes.

El detective se lamió el labio roto mientras tomaba una decisión.

—Charlie era un corrupto. Ahora tengo la certeza. Estaba...

—Venga, suéltalo.

—Estaba chantajeando a alguien.

—¿A quién?

—Eso no lo sé. Es posible que a más de una persona.

—¿Estás seguro de eso?, ¿completamente seguro?

—Sí, señor. He investigado un poco y he descubierto que al inspector Jenkes lo conocían bien en varios garitos del Soho. El Blue Moon era uno de ellos. —Ahora que estaba confesando,

los detalles salían por sí solos—. Sabía que algo estaba pasando, por cosas que dejaban de decir y detalles así.

—Y ha decidido sacárselos a hostias —le espetó Hobbes.

—Me han tocado los huevos, señor. Putos proxenetas...

—Pues ya ves lo que sucede cuando uno se mete en un avispero como un toro enfurecido —le soltó el comisario.

—Han empezado a provocarme con los malos hábitos del inspector Jenkes, con sus trabajitos sucios, con lo de los chantajes... Lo han soltado todo, me lo han escupido a la cara como si yo fuera el culpable. ¡Se lo estaban pasando de miedo, señor! Han empezado a decir que todos los policías estamos corrompidos, que todos somos iguales. Que todos somos unos cabrones y todo eso. Así que...

—Así que te has puesto a repartir hostias.

—He hecho lo que hay que hacer.

Lockhart puso mala cara y se volvió hacia el parabrisas.

—Lo que me gustaría saber es por qué estabas investigando a Charlie. Ese es el misterio.

—Porque lo asesinaron. Esa es la cuestión, ¿no?

El comisario se quedó callado. Hobbes se fijó en que el hombre bajaba la cabeza ligeramente. Iba a tener que hacerse con la situación para proteger a Fairfax lo mejor posible.

—El detective era muy amigo del inspector, señor. Lo conocía desde que era muy pequeño. El inspector cuidó de él y el detective está enfadado porque cree que alguien podría haber asesinado a su mentor. Ha actuado de forma irracional, de manera impropia, pero es consciente de ello.

Lockhart negó con la cabeza. No dijo nada.

Hobbes lo intentó de nuevo:

—Sabe que se ha equivocado, jefe.

El comisario gruñó.

—Llévatelo de mi vista.

—De inmediato, señor. Venga, Fairfax, fuera.

Hobbes tuvo que inclinarse sobre el detective para abrir la puerta de su lado, pero, al final, Fairfax acabó saliendo del coche. Por un momento, pareció que fuera a apoyarse en la ventanilla del conductor para disculparse una vez más, para justificarse, pero se lo pensó mejor y empezó a caminar hacia la boca de la callejuela.

—No pienso volver a mirar hacia otro lado, Henry. No a mi edad.

—No, por supuesto que no.

Hobbes salió del coche, se subió al asiento del copiloto y se preparó para aguantar el chaparrón.

—Pensaba que mantendrías esto en secreto.

—Y así ha sido. No sé de dónde han salido los rumores.

—Bueno, pues ahora ya es demasiado tarde. ¡Demasiado tarde, joder! —El inspector frunció los labios—. Dime, ¿hay algo de cierto en lo del chantaje?

—Es posible. He encontrado unos negativos que el inspector Jenkes tenía escondidos y se los he entregado a una persona de confianza para que los revele. Yo diría que hoy mismo tendré las fotos. Ahora bien, podría ser otra cosa.

Decidió callarse lo de Lisa Jenkes, por si acaso el asunto quedaba en agua de borrajas.

Lockhart asintió. Se rio y dijo:

—Tiene huevos ese Fairfax, eso hay que reconocerlo. Mira que ir a meter el morro a un sitio así. Yo solía hacer lo mismo cuando tenía su edad.

—¿Qué hago con él?

—Mantenlo a bordo. Lo mejor es que esté a tu lado. De lo contrario, será como un elefante en una cacharrería.

—¿Y si hay involucrado algún otro policía?

El comisario apretó los labios con fuerza.

—La cuestión, Henry, es que me presionan desde arriba... los mismísimos dioses. La mala prensa ha conseguido hacer mella en ellos. Tenemos que lavar los trapos sucios en público.

—¿Se acabó lo de tapar a compañeros?

—Se acabó.

—La verdad es que eso podría estar bien.

Lockhart lo miró.

—A mí no me vengas con mierdas de esas, por favor. A pesar del concepto que puedas tener de mí o de lo que puedas haber oído..., si hay algo que odio por encima de todas las cosas es a los putos policías corruptos.

—Señor.

—Así que arregla esto..., sea cual sea el desenlace.

La conversación había terminado. Hobbes salió del vehículo y se quedó mirando cómo el comisario arrancaba y se alejaba. Volvió a Berwick Street y se dirigió hacia donde tenía aparcado su coche. Justo al lado había una cabina telefónica. Llamó a Neville Briggs.

—¿Se ha puesto ya con los negativos?

—Acabo de ponerme. Es que he estado en una sesión de fotos y...

—Por favor, siga con ello cuanto antes.

El inspector colgó sin esperar una respuesta. No se podía mover. La cabina telefónica olía a orina y a loción para después del afeitado. Esperó a que aquella sensación de inmovilidad pasara y, entonces, buscó en los bolsillos hasta que encontró un pedazo de papel en el que había escrita una dirección.

Cogió el coche y fue a Ilford.

La casa era idéntica a todas las demás del barrio, pero estaba bien cuidada. Hacía poco que habían pintado la puerta principal y el pequeño jardín delantero estaba impoluto. Hobbes llamó al timbre y esperó. Al rato, abrió la puerta una mujer negra y joven que parecía que estuviera estresada.

—¿Señora Patterson?

—Sí.

—¿Está su marido en casa?

—¿Le importaría decirme quién es usted?

Una mezcla de londinense de las afueras y jamaicano.

—Es un asunto privado.

La mujer entornó los ojos y en la frente le aparecieron grandes surcos. Hizo ademán de protestar, pero el inspector ya se había cansado y le enseñó la placa.

—Necesitamos cierta información acerca de uno de los alumnos de su marido.

Aquello la calmó y la mujer desapareció por el pasillo. Un minuto después, Lloyd Patterson se acercó a la puerta. Era un hombre de estatura media que llevaba gafas y que vestía una camisa a cuadros en tonos marrones, una corbata de lana con el nudo medio suelto y un chaleco de la isla de Fair. Parecía, en todos los aspectos, excepto por el color de su piel, el típico profesor de literatura de la vieja escuela.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarlo?

Hobbes bajó la voz.

—Espero que sí. Es acerca de su aventura con Lisa Jenkes.

El pánico se apoderó de Patterson, que, nervioso, miró por encima del hombro para comprobar si su esposa todavía seguía por allí. No era el caso, pero, aun así, salió a la calle y entornó la puerta.

—Tengo el coche aparcado justo ahí, si lo prefiere —le informó Hobbes.

—Sí, sí. Gracias.

Cruzaron la calle hasta el vehículo del inspector, que se sentó al volante. El profesor se acomodó a su lado, en el asiento del copiloto.

—No quiero causarle problemas injustificados. Le he dicho a su esposa que quería información sobre uno de sus alumnos. Puede usted inventar la historia que prefiera.

Patterson no dijo nada. El profesor miraba la puerta de su casa por el parabrisas como si pensara que su mujer iba a aparecer por ella y a encaminarse hacia ellos en cualquier momento. Sin embargo, la puerta permaneció inmóvil. Una suave brisa movía las ramas de un olmo cuyas raíces habían levantado el pavimento, y un gato pasó por al lado y desapareció por un hueco que había en una valla.

Hobbes fue al grano:

—A mí me da igual lo que haga usted en su vida privada, señor Patterson, pero quiero saber una cosa.

Hizo una pausa. El pasajero se volvió para mirarlo. Era evidente, por cómo lo observaba, que estaba muy nervioso.

—¿Mató usted al inspector Jenkes?

Transcurrió un instante. El profesor estuvo a punto de echarse a reír, pero decidió que era mejor no hacerlo.

—No sé qué quiere decir.

—Es muy sencillo. ¿Mató o no mató usted...?

—No, si ya lo he oído. La cuestión es que no entiendo por qué me está preguntando esto.

—Usted amenazó con quitarle la vida al inspector Jenkes, ¿no es así?

—No lo voy a engañar, lo hice. Considero que ese tipo era un mierda y no se puede decir que me haya dado pena su muerte. Dudo mucho que a ningún negro de Londres se la haya dado. Ahora bien, que lo matara yo..., esa es otra historia. —Dudó—. De hecho, pensaba que se había suicidado.

Hobbes no comentó nada al respecto.

—¿Y conoce usted a alguien que quisiera hacerle daño? ¿Alguno de sus amigos?

—Oiga, que no somos salvajes.

Hobbes mantuvo la calma.

—Estoy hablando con una serie de personas y casi todas son blancas. Créame, en lo referente a maldad, no presto atención al color de la gente.

Patterson no pudo evitar echarse a reír ante aquel comentario y, además, lo hizo con ganas.

—La próxima vez que me paren cuando vaya en coche lo llamaré.

Unos instantes de silencio.

—¿Por qué está usted molestando a Lisa Jenkes?

—¿Es usted su amigo?

—Lo soy. Un viejo amigo.

—¿Me creería si le dijera que estaba enamorado de ella?

—¿Y su esposa?

Patterson negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Hemos tenido problemas.

Todo aquello era deplorable. Las pasiones y la desesperación cotidianas. ¿Acaso ahí acababa todo, un hombre aburrido y una mujer frustrada a los que unía la necesidad de vivir ciertas emociones? ¿Cuánto podía durar algo así?, si es que alguna vez llegaba a algo, claro, dada la gran cantidad de obstáculos que tendrían que superar.

Como solía decirle el inspector Collingworth: «Busca en las habituales debilidades humanas, Henry. Da igual lo importante que sea el crimen, siempre son las emociones más sencillas las que lo provocan».

—Tengo entendido que conoció usted al inspector Jenkes.

—¿Que lo conocí? Me dio una paliza.

Hobbes sonrió.

—Se acostaba usted con su esposa...

—¿Y eso le daba permiso para pegarme? ¿Puñetazos?, ¿patadas?

—¿Qué haría usted si alguien se estuviera acostando con su esposa?

—Soy cristiano, inspector.

—Pero comete adulterio.

Patterson chasqueó los labios. Le cambió la voz cuando empezó con la cita:

—«Así, no dejarás que el pecado reine en tu cuerpo mortal y no obedecerás a la lujuria, porque el pecado no será tu señor, pues no es la ley la que te gobierna, sino la gracia».

—¿De la Biblia?

—Romanos 6,12, sí. Ahora, claro, nosotros somos humanos, no divinos.

—¿Qué le dijo Jenkes? ¿Le dijo algo?

—¿Es eso importante?

—Existe la posibilidad de que, en realidad, lo asesinaran. Aún no estamos seguros, pero estoy buscando un móvil o cualquier información acerca de su estado de ánimo.

Patterson asintió.

—Estaba lleno de ira, diría yo. Furiosísimo. Era como si supiera que algo estaba a punto de suceder en Brixton.

—Bueno, hacía un tiempo que los problemas empezaban a gestarse allí.

—Prorrumpió en amenazas contra los de mi raza y dijo que nos merecíamos lo que nos iba a pasar un día u otro.

El inspector frunció el ceño. Cada vez recibía más detalles sobre aquella otra cara de Charlie

Jenkes. Aunque..., no, no es que fuera otra cara, porque el germen siempre había estado ahí. La cuestión es que ese germen era mucho peor de lo que él había dejado ver en su día. Hobbes pensó que quizás hubiera decidido ignorar lo que advertía en Jenkes por el bien de su amistad. Sintió otra puñalada de culpabilidad.

—Parece usted una persona que se ha extraviado del camino —le dijo Patterson—. ¿Está usted disgustado?

Hobbes no respondió. Hizo una pausa. El gato salió por el hueco de la valla y se alejó poco a poco. Era evidente que daba por concluida su aventura.

—Sé quién es usted, inspector Hobbes. He visto su fotografía en los periódicos y he leído lo del pobre Michael Hennessey. Creo que debería darle las gracias..., ya sabe, por lo que hizo esa noche. Supongo que todos deberíamos dárselas. ¿Es eso lo que espera?

—No espero nada.

—Pero ¿hizo usted suficiente? Esa es la cuestión, ¿no?

—Lo es. Sin duda.

—¿Y qué diría usted?

—No tengo nada que responder ante usted.

—Puede ser, pero ¿y ante su persona? ¿Ante usted mismo tiene algo que responder?

Hobbes se quedó mirando a su pasajero. A continuación, habló despacio:

—No, no hice lo suficiente.

Patterson asintió, pero, entonces, miró hacia su casa y se fijó en que su esposa estaba en la puerta. La mujer miraba calle arriba y calle abajo con los brazos cruzados.

El profesor empezó a hablar y lo hizo a toda prisa:

—La noche en que Charlie me dio la paliza oí algo..., algo que quizá sea relevante para su investigación.

De pronto, Hobbes estaba muy alerta.

—¿El qué?

—Pero no fue el inspector quien lo dijo, sino el otro.

—¿El otro?

—Es que eran dos.

—¿Otro policía?

—No lo sé.

—¿Oyó su nombre?

—No, delante de mí no lo dijeron.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Llegó a verlo?

—No muy bien. Estaba oscuro. Desde luego, no lo había visto en la vida. —Hizo un esfuerzo por recordar—. El pelo corto, americana deportiva... Era un hombre con pinta de tipo duro. Eso es todo. Él fue el que más me pegó.

Aquella descripción encajaba con la mayoría de los policías que conocía Hobbes.

—¿Qué es lo que le dijo esa segunda persona?

—No, no me lo dijo a mí, se lo dijo a Jenkes cuando yo ya estaba en el suelo. Fue lo último que escuché. Le dijo: «Espero que, con esto, estemos en paz». Entonces, me pegó otra patada y ya no recuerdo nada más.

—¿Y no oyó la respuesta del inspector Jenkes?

El profesor negó con la cabeza.

—Tengo que volver a casa. Como no regrese ya, Ellie me la va a liar.

Patterson hizo ademán de salir del coche, pero el inspector lo detuvo.

—Tengo que pedirle una cosa más...

—Lo sé, que me mantenga apartado de Lisa, ¿no es eso?

—Lisa no necesita más dolor.

Patterson salió del coche y se inclinó hacia el interior del vehículo.

—No se preocupe, inspector. Hace dos días me enteré de que mi esposa está embarazada. Estamos esperando nuestro primer hijo y estoy entregado a la causa.

Dicho aquello, cerró la puerta y cruzó la calle a toda prisa.

Hobbes se quedó mirando cómo llegaba el profesor hasta donde se encontraba su esposa, que había salido a la calle. La pareja estuvo hablando unos instantes y, luego, entró en casa.

Hobbes se quedó sentado en el coche, pensando en aquel segundo hombre que había ayudado a Jenkes a darle una paliza a Patterson y en el comentario que había hecho. A continuación, arrancó y se dirigió al sur, hacia Notting Hill.

Neville Briggs le dio la bienvenida y lo invitó a entrar en la sala de revelado.

—Se están secando —le informó el fotógrafo—. He de reconocer que son unas imágenes intrigantes. —Quitó las fotografías de la cuerda en la que estaban colgadas con pinzas, encima de la mesa de trabajo, y se las enseñó—. Supongo que el chico más joven debe de ser un chapero.

Hobbes permaneció en silencio. Las imágenes pasaban por delante de sus ojos.

—Es el caballero más mayor el que parece que esté pasándoselo mejor. Me imagino que ha pagado mucho por ese momento de placer. ¿Lo conoce?

Lo conocía, sí. De hecho, reconocía a ambos participantes.

Se marchó de allí sin decir nada y condujo por la ciudad, que iba quedándose a oscuras, en dirección a su casa. El apartamento le pareció más pequeño que nunca. Quiso prepararse una taza de té, pero no tenía leche. Fue hasta el supermercado de la esquina y compró un poco de esto y un poco de aquello. Necesitaba tiempo para pensar..., para pensar en qué hacer a continuación. Miró los periódicos y las revistas que vendían allí y se dio cuenta de hasta qué punto estaba desconectado del mundo en general. Se volvió hacia la puerta, pero algo lo llevó a detenerse en seco.

Una cruz.

Y un par de ojos.

Se volvió hacia las revistas. Sí, allí estaba, en la portada de la *New Musical Express*, pero solo se veía la mitad superior de la cara debido a que la cubierta estaba doblada.

Una cruz azul pintada en la frente.

Cogió la revista y la abrió para ver la imagen entera. El Rey Perdido le devolvía la mirada. Otra persona se había puesto la máscara.

El titular rezaba: «Número especial sobre Lucas Bell». Más abajo, en letras más pequeñas, ponía: «Johnny Valentine: esta vez es la buena». Fue entonces cuando Hobbes reconoció la cara, medio oculta detrás de tanta pintura. Se trataba del cantante venido a menos que era amigo de Nikki Hauser, el que la había ayudado a escapar de la campiña de Witch Haven.

—¿Cuándo ha salido esta revista? —le preguntó al dependiente.

—Esta misma mañana. Es horrible esa foto, ¿eh? ¿Por qué se haría algo así una persona?

La he tenido que tapar un poco para que los clientes no se asusten.

—Sí, no me extraña.

—Quizá piensen que los ayudará a vender más discos.

—Sí, es lo más probable.

Hobbes se quedó mirando la imagen. Valentine había ido más allá que cualquiera de los demás portadores de la máscara, más allá, incluso, que Lucas Bell. El fotógrafo había captado el instante en que Valentine cortaba la máscara. En un primer momento, Hobbes había pensado que lo que corría por la cara del cantante era sangre falsa, pero no, era sangre real; tan real como el corte en la piel; tan real como el cuchillo que tenía en la mano; tan real como la sangre que había en el cuchillo. Nada más observar aquella imagen, el inspector supo que aquel artista iba a ser la próxima víctima. Johnny Valentine había firmado su sentencia de muerte.

Y, lo que es más, en aquel momento, Hobbes se dio cuenta de por qué habían matado a todos los demás.

CICATRIZ DE PINTALABIOS

El sargento del turno de noche de la comisaría de Kew Road le dijo al inspector Hobbes que la mayoría de los policías habían salido a cubrir un robo que había habido en un almacén. El inspector llamó al detective Fairfax, pero este no respondió ni después de veinte tonos.

Hobbes dio una palmada en su escritorio. Una joven agente solitaria levantó la mirada, pero enseguida volvió a ponerse con lo que estaba. El inspector buscó en los archivadores y en los cajones del escritorio de Fairfax, pero no encontró la dirección de Johnny Valentine. Llamó a Fairfax de nuevo. Dejó que el teléfono sonara y sonara, pero el policía no respondió. Llamó a Nikki Hauser, pero fue su compañera de apartamento la que cogió el teléfono. La mujer le dijo que Nikki no estaba allí y que no tenía ni idea de dónde se encontraba.

—¿Necesita usted ayuda, señor?

Hobbes levantó la mirada. Era la joven agente solitaria.

—Parece que esté usted un poco perdido, señor, si no le molesta que se lo diga.

El inspector le explicó a toda prisa que estaba buscando la dirección de una persona conectada con un caso de asesinato, con algo que estaba investigando el detective Fairfax.

—¿Y cuál es la conexión, exactamente?

—Es un muy buen amigo de otra persona implicada en la investigación, de Nikki Hauser.

En cuanto la agente empezó a buscar, Hobbes cogió la *New Musical Express* que había comprado y fue hasta la entrevista a doble página. En esas dos páginas, el cantante aparecía con la máscara del Rey Perdido antes de los cortes. Sonreía, se lo estaba pasando bien, estaba disfrutando de volver a estar en el candelero, aunque le hubiera tenido que robar el personaje a otro para conseguirlo, y a sabiendas, quizá, de lo que iba a hacer un poco más tarde, cuando el periodista le hiciera las preguntas adecuadas. Hobbes no tenía tiempo en aquel momento para leer la entrevista entera, pero consideraba que cabía la posibilidad de que lo de hacerse los cortes estuviera planeado desde el principio..., que Valentine hubiera escondido un cuchillo, que tuviera un plan de acción determinado... La fama es demasiado atractiva. La notoriedad. O quizás aquel

no fuera sino un enlace espiritual, el mayor: Bell y Valentine unidos por una herida. El inspector recordó el corte sin curar que había visto en la cara del cantante en la campiña de Witch Haven. Era evidente que aquella entrevista ya la había hecho para entonces, puede que unos pocos días antes. Hobbes volvió a la portada, en la que aparecía la terrible imagen de la carne abierta, con la sangre oscurecida en la fotografía, y pensó de nuevo en el móvil de los asesinatos.

Claro..., ¡claro! En aquel instante, todo le pareció evidente.

Ya había habido tres muertes y era probable que no tardara en producirse otra a menos que actuase con rapidez.

La agente encontró la dirección de la casa de Valentine en un archivo dedicado a Nikki Hauser. Hobbes ojeó el archivo y frunció el ceño. El nombre de la calle y del distrito le traían malos recuerdos.

—¿Cómo se apellida, agente?

—Thornhill, señor.

—Bien, agente Thornhill, pues va a venir usted conmigo.

Condujeron en dirección este por South Circular Road, bordeando Clapham Common. A aquella hora de la noche había poco tráfico y no tardaron en llegar. Resultaba un tanto inquietante estar pasando de nuevo por Brixton Hill, como había hecho la noche de los disturbios. En la calle, por las esquinas, había grupos de jóvenes ociosos sentados debajo de las farolas, fumando, riendo. Se oía música a todo volumen aquí y allí, el fuerte ritmo del reggae.

—Da miedo pasar por aquí, señor.

—Usted siga mirando el plano, Thornhill.

La agente llevaba el callejero de Londres abierto en el regazo.

—Me han contado que lo desplegaron a usted en los disturbios, señor. ¿Es cierto? —Su voz era una mezcla entre fascinación y espanto—. ¿Cómo fue? ¿Pasó usted miedo? ¿Aporreó usted alguna cabeza? —Las palabras le salieron trastabillando de la boca—. ¿Vamos a cruzar el frente?

—¿El frente? ¿Considera usted este sitio una zona de guerra?

—¿Y qué es si no?

—La gente que vive aquí...

La agente Thornhill no le permitió que terminara:

—Tengo entendido que a los agentes les disgusta sobremanera patrullar por la zona de Railton Road porque, allí, las bandas de negros gobiernan las calles.

El inspector suspiró.

—¿Cuál es su nombre de pila, agente?

—Madeline, pero todo el mundo me llama Maddy.

El inspector la había visto por la comisaría, pero nunca había hablado con ella. Era evidente que se trataba de una persona que aún estaba buscando su lugar en el mundo; al menos, a Hobbes así se lo parecía. El inspector se preguntó cuáles serían las situaciones, las emociones, que la habían llevado a querer ser policía.

Giraron a la derecha en Coldharbour Lane.

—Son personas, Maddy. La gente que vive aquí son personas. A veces se vuelven un poco locas, pero eso nos sucede a todos, seamos negros o blancos. De vez en cuando, el mundo resulta mucho más complicado de lo normal y nos volvemos más locos de lo habitual, pero, luego, nos arrepentimos de nuestras acciones e intentamos hacer el bien.

A decir verdad, podían estar en cualquier parte de la ciudad, dado que la oscuridad envolvía las calles y las luces resultaban cálidas detrás de las cortinas cerradas, mientras hombres y mujeres hacían ruido en la puerta de los pubs. Aun así, en su fuero interno, el inspector Hobbes sabía lo cerca que estaba de apagarse. Shakespeare Road apareció un poco más adelante.

«No pienses en ello y sigue conduciendo. Tú, sigue conduciendo».

Thornhill no callaba.

—Mi novio dice que tendríamos que enviarlos a todos de vuelta a su país, pero yo no iría tan lejos..., siempre que se comporten y no excedan unos límites.

—¿Le importaría callarse de una puta vez?

El volante se le fue un poco y el coche se descontroló un instante. Una de las ruedas chocó contra el bordillo. El inspector detuvo el vehículo y se quedó en silencio, mirando hacia delante. Era capaz de sentir la tensión de la agente, el miedo que le tenía. Puede que incluso odio.

—No hace falta gritar, señor.

Le temblaba la voz, pero intentaba que sonara fuerte.

—Tan solo necesito... —se volvió hacia ella—, tan solo necesito llegar lo antes posible a la dirección que le he dado. La vida de una persona está en juego.

La agente le mantuvo la mirada unos instantes y, después, dijo:

—Es la segunda a la izquierda.

—Gracias.

El inspector arrancó y llegaron a la calle. No volvieron a hablar hasta que él le pidió que buscara el número 59.

—No lo veo por ningún lado.

—Podría estar encima de esas tiendas.

Hobbes aparcó, salieron del coche y caminaron frente a las casas adosadas. Todas ellas tenían las ventanas enrejadas o entabladas; las consecuencias de los disturbios. La única tienda que había abierta a aquella hora era una licorería. El hombre que había detrás del mostrador se protegía resguardándose tras una malla metálica.

—Estoy buscando el número cincuenta y nueve.

—Está justo encima de la tienda. La entrada es por detrás.

Una vez fuera, el inspector levantó la mirada y se fijó en la casa de una sola planta que había encima de la tienda. Dos ventanas: una a oscuras, la otra poco iluminada. Una luz titilante. Las cortinas casi echadas por completo.

—Por aquí, señor.

Thornhill había encontrado un callejón un poco más adelante. Se apresuraron hasta la parte de atrás de los edificios y subieron con cierto estrépito las escaleras metálicas que daban al descansillo. El inspector llamó a la puerta y esperaron.

—¿De verdad es aquí donde vive Johnny Valentine? —preguntó la agente—. Sí que ha caído bajo el tío.

Hobbes aporreó la puerta. Nada, no respondió nadie. Se acercó hasta la ventana y vio una cocina a oscuras. Más allá distinguió un pasillo y una lucecita. Volvió a la puerta y pegó la oreja. Silencio. Se pegó más a la madera.

—¿Oye usted eso?

Thornhill también pegó la oreja. Tenían la nariz a escasos centímetros el uno del otro.

—Es una voz. Creo —dijo la agente.

—¿Una voz de mujer?

—Eso creo, sí. Está cantando.

El inspector Hobbes dio un paso atrás, levantó la pierna y le pegó una patada a la puerta con todas sus fuerzas. La puerta era frágil, de baja calidad, de esas que no tienen sino pestillo, así que la madera se astilló con aquel primer intento y la puerta salió disparada contra el interior y golpeó la pared.

La agente Thornhill se quedó atónita. Hobbes la cogió por los hombros.

—Quédese aquí.

Acto seguido, entró.

Ya nadie cantaba, el apartamento estaba en silencio.

Tres velas encendidas en el pasillo marcaban el camino. Había una cocina, un cuarto de baño y un dormitorio, todo a oscuras, y otra puerta abierta, que daba a una salita de estar. En

el suelo se encontraba tirada una mujer, un poco más allá del umbral de la puerta. Estaba apoyada contra la pared, entre una pila de zapatos y botas.

Se trataba de Nikki Hauser.

Hobbes le puso los dedos en el cuello en busca de pulso. Su piel estaba cálida. Tenía pulso. La mujer se movió cuando sintió su tacto, gimió. El inspector no podía dejar de pensar en por qué habría estado cantando. ¿De qué profundidades habría salido la melodía? Aquello no tenía sentido. Se acercó a la puerta de la salita y miró dentro con intención de captar lo mejor posible el escenario que iba a encontrarse. No había ninguna luz eléctrica encendida, pero sí una vela en la ventana, en el alféizar; la luz titilante que había visto desde el exterior.

Había más velas en el suelo, todas ellas en platillos o ceniceros. El conjunto conformaba un medio círculo alrededor del sillón que se encontraba en una esquina de la habitación.

El sillón lo ocupaba Johnny Valentine.

El cantante estaba despatarrado, no se movía, y tenía los dos brazos caídos a los lados.

Iba vestido con unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca. El inspector Hobbes dio un paso hacia el interior de la salita, pero se detuvo y se obligó a analizar el cadáver desde donde estaba.

Valentine tenía sangre en el lateral del cuello, en el mismo sitio en el que Brendan Clarke había recibido la herida mortal. La cara presentaba cientos de incisiones, todas ellas pequeñas, que le cubrían de crucecitas toda la piel. La herida que se había infligido el cantante para la sesión de fotos destacaba aún más que antes. La larga cicatriz mostraba un brillante color rojo que parecía pintura... de pintalabios. El color iba más allá de los bordes de la herida y manchaba la piel. Le habían hecho una segunda boca, una cruel sonrisa de medio lado.

A la luz de las velas, Valentine parecía un monstruo, un payaso malvado que acabara de encontrar su triste final después de que el antro en el que trabajaba hubiera cerrado.

En el regazo del cantante había una carta, una carta del tarot.

El naipe temblaba ligeramente.

Hobbes contuvo el aliento.

El naipe se movió de nuevo y cayó a la moqueta.

Hobbes se acercó y estiró la mano para tocar al cantante.

Valentine se estremeció, se incorporó y le agarró la mano. Acto seguido, cogió una gran

bocanada de aire y pegó un grito con todas sus fuerzas, con pasión, como si lo que estaba diciendo, como si el sonido del nombre de su amante le insuflara vida y fuera a devolverle de entre los muertos, de la oscuridad: —¡Nikki! ¡Nikki!

Cada vez que repetía el nombre, la boca se le llenaba de gotitas de sangre.

—Ayúdeme...

Más calmado ahora, con la voz cada vez más débil, el cantante miró hacia arriba. Acto seguido, cayó de golpe sobre el sillón. El inspector sacudió a aquel hombre corpulento, pero no sirvió de nada. Aun así, le instó a que hablara, a que lo ayudara: —Valentine, no se quede dormido.

El hombre no reaccionó. Solo la sangre que le caía por la comisura de la boca se movía.

Hobbes le tomó el pulso.

Era débil, un aleteo.

De pronto, el inspector oyó un grito detrás de él. Soltó la mano del cantante y se dio la vuelta. Era la agente Thornhill, que estaba en el umbral. La policía se tapaba la boca con la mano.

—¡Vamos a necesitar una ambulancia y refuerzos! —le gritó el inspector—. ¡Rápido!

La agente dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

Hobbes siguió encargándose de Valentine. Estudió la herida del cuello. Había dejado de sangrar. En esta ocasión, la asesina no había acertado. El inspector pegó la oreja al pecho del cantante y escuchó, pero no conseguía oír la respiración, solo el eco distante de su propia voz.

—No se preocupe, estamos aquí. Estamos aquí —le susurró.

El mensaje no obtuvo respuesta.

Valentine había muerto.

Hobbes se puso de pie. La habitación lo oprimía. Dos de las velas se habían caído al suelo y el olor a cera se extendía por la salita. Salió al pasillo y comprobó el estado de Nikki Hauser. La mujer tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Y Johnny?, ¿está bien? —preguntó con dificultad.

El inspector se inclinó hacia ella.

—No se mueva, que está usted herida.

La mujer tenía el pelo apelmazado por culpa de la sangre.

A Hobbes lo invadió un miedo repentino, que el hecho de que Valentine hubiera gritado su nombre antes de morir fuera, en realidad, una acusación. ¿Sería Hauser la asesina?

El inspector no se podía arriesgar. La sujetó. La mujer lo miró y abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Era como si tuviera miedo. En un momento dado, levantó una mano y cogió al detective por la muñeca para sentirse a salvo, para sentirse más segura. ¿O sería una amenaza?

—Escuche... —le susurró.

—Nikki, no se mueva. No hable.

Le apretó la muñeca.

—¡Escuche! ¡Escuche!

Fue entonces cuando lo oyó él también.

Un sonido. Una voz de mujer. Cantando.

El inspector Hobbes se puso de pie y miró por el pasillo, hacia la cocina.

Nikki Hauser se puso de rodillas y miró hacia la puerta del dormitorio, que estaba abierta.

Sus ojos eran dos pozos oscuros y rebosantes de pánico.

Hobbes lo entendió al instante: la asesina seguía en la casa.

El inspector se movió con cuidado, haciendo lo imposible por pisar sin hacer ruido. Veía a Thornhill más adelante, en la puerta de la cocina. Levantó la mano para pedirle que se estuviera quieta.

A la izquierda se abrió una puerta.

El inspector miró hacia el interior, pero la estancia estaba completamente a oscuras.

Silencio.

Buscó un interruptor de la luz a tientas. No encontraba ninguno.

Entonces volvió a oír la voz, la canción. Suave. Muy suave. La melodía, que le resultaba familiar, sonaba cada vez más despacio hasta que pareció que se arrastrara. Las palabras, tiernas, rotas por los recuerdos dolorosos: «No eres más que otro arlequín en las callejuelas, perdido en la tristeza del Soho». El inspector seguía mirando, se esforzaba por ver, por acostumbrarse a la oscuridad. De repente, por fin, la habitación empezó a adquirir tonalidades grises y Hobbes distinguió una forma.

Se trataba de una mujer. Estaba de pie contra la pared del fondo, con los brazos colgando a los lados. Tenía el pelo enmarañado, por debajo de los hombros y muy oscuro. Llevaba la piel pintada de blanco y unos círculos grises alrededor de los ojos, que estaban cerrados. El inspector advirtió una imperfección en su mejilla, debajo del borde izquierdo de la boca, y pensó que quizá también se la hubiera pintado. La mujer no se movía, pero sus labios dieron forma al resto de la canción: «He dado casi todo lo que podía dar. No me queda nada que perder». Entonces abrió los ojos y miró al inspector. Locura. Y odio extremo. El policía entró en la habitación. No entendía bien lo que estaba viendo; la expresión de la asesina lo confundía. Sintió que el caso dependía de lo que sucediera en aquel momento; que, en aquellos preciosos segundos, debía recabar tanta información como pudiera. Justo en ese momento, la asesina levantó una mano para enseñarle la sangre que tenía en los dedos y en la palma. Era como una marca de la que se sintiera orgullosa.

—No se mueva —le ordenó Hobbes.

La mujer levantó la otra mano, empezó a avanzar..., y el inspector no tuvo sino unos segundos para vislumbrar que la mujer tenía un cuchillo. Lo atacó.

Hobbes se inclinó para esquivar el golpe y sintió que la mujer pasaba por su lado y corría hacia la puerta.

No se podía mover. Estaba conmocionado.

—¡Thornhill! —gritó.

Pasos repiqueteando.

Por fin, consiguió moverse.

El pasillo. La agente Thornhill y la mujer forcejeando en la puerta de la cocina.

Llegó hasta donde estaban justo cuando la asesina apartaba a la policía de un empujón y salía disparada por la puerta.

—¿Está bien, Thornhill?

—Corra, señor. ¡Deténgala!

El inspector se apresuró por el pasillo, salió y se asomó por la barandilla del rellano. Al principio no veía nada, pero, entonces, apreció que una sombra se movía por el jardín, abajo, y que se perdía por una callejuela. Hobbes empezó a bajar las escaleras a toda prisa. Llegó

corriendo a la callejuela..., pero estaba vacía, excepto por una farola que no alumbraba muy bien y que parecía que midiera el latido de su corazón. Aun así, recorrió la callejuela a toda velocidad y llegó a un cruce entre dos calles. Ambas estaban desiertas.

En mitad de la noche escuchó el sonido de una sirena de policía. Un sonido solitario.

El inspector Hobbes dio media vuelta y se dirigió hacia el apartamento de Valentine. De camino, solo había una cosa que le preocupara: debajo de toda la pintura y el color del disfraz de la asesina, en algún lugar de sus verdaderos ojos, de sus verdaderos rasgos, debajo de aquella máscara... se escondía una mujer que ya había visto antes.

VIERNES

28 DE AGOSTO DE 1981

LA HISTORIA DE LA MÁSCARA

El inspector Hobbes se quedó junto al cristal doble y miró hacia la sala de interrogatorios. La sargento Latimer estaba sentada enfrente de Nikki Hauser, mientras que el agente Barlow permanecía firme cerca de la puerta. Hauser se secaba los ojos con un pañuelo. Hobbes no pudo evitar pensar en cuando había estado allí Simone Paige. Solo habían transcurrido cinco días. La locura se había descontrolado y él había sido incapaz de detener el río de sangre.

Había sido una noche larga y aún estaban trabajando en el caso a pesar de que fueran más de las dos de la madrugada. Se le fue cayendo la cabeza hasta que tocó el cristal con la frente y el frío del vidrio le resultó agradable. Sintió que se dejaba llevar.

—¿Así que es cierto? —dijo una voz—. ¿Hauser ha visto todo lo que ha sucedido?

El inspector Hobbes se puso recto. El detective Fairfax estaba a su lado.

—¿Dónde se había metido?

—En casa de un amigo.

Hobbes decidió dejar de lado el enfado.

—Pues lo necesitaba aquí

—No volverá a suceder, señor.

No había rastro de ironía en la voz del detective y Hobbes asintió a modo de respuesta.

Se dio cuenta de que el detective se había aseado, de que se había afeitado, desde la última vez que lo había visto, en el coche del comisario Lockhart.

—¿Qué ha declarado?

—Nada. La ha atacado y la ha dejado sin sentido, eso es todo lo que sabemos.

—¿Descripción de la asesina? ¿Algún detalle?

El inspector negó con la cabeza.

—Pero algo sabrá, ¿no?

—Algo sabe, sí.

Fairfax chasqueó la lengua y empezó a decir:

—Respecto a lo de antes..., a lo del garito de estriptis y a lo del comisario Lockhart...

El inspector estudió las facciones del joven y le dijo:

—He hecho avances.

—¿En el caso de Charlie? ¿En serio?

—Sí. Encontré pruebas. Unas fotografías. Fotografías sexuales.

—¿Pruebas de un chantaje? ¿Tenía yo razón?

El inspector asintió.

—Charlie le estaba apretando las tuercas a alguien. Creo que a otro policía.

—¿A alguien de Charing Cross?

—Eso parece.

—Dígame, ¿de quién se trata?

Hobbes pensó en el consejo que le había dado Lockhart, lo de que mantuviera informado a Fairfax. Aun así, aquello le parecía ir demasiado lejos.

—Tommy, nos pondremos con este tema en uno o dos días. Ahora mismo, tenemos asuntos más importantes entre manos.

—Por supuesto.

Latimer salió de la sala de interrogatorios.

—No hay nada que hacer, jefe... No consigo sacarle nada.

Fairfax golpeó el cristal con la punta de los dedos.

—¿Quiere que lo intente yo?

—Todavía no.

Hobbes se marchó sin decir nada más y bajó a la cafetería de la comisaría. A aquella hora no había nadie que la atendiera, así que se sacó un café solo y una barrita Mars de la máquina y se sentó a una mesa. Pensó en lo que había sucedido recientemente. Pensó en la mujer que creía que había visto hacía poco en otro lado.

Aquella nariz fina y aquilina. El pelo largo y oscuro. Aquellos ojos redondos, casi como monedas. Los imaginó sin maquillaje...

Nada, se le escapaba.

La cafetería de la comisaría estaba en silencio. Solo había otra mesa ocupada, en la que dos agentes hablaban por lo bajo, pero no tardaron en dejarlo a solas y el inspector se alegró de ello. El café lo estaba ayudando a combatir el cansancio. Había bajado con la *New Musical Express* y decidió que era el momento de centrarse en ella.

El periodista empezaba poniendo en antecedentes la vida y la obra de Johnny Valentine.

Contaba que había sido amigo íntimo de Lucas Bell y que había estado en su banda, y la importancia de ambos en los primeros días de la música glam. «Ahora bien, ten por seguro que Lucas era el mejor de todos nosotros». El periodista describía cómo Valentine hacía una pausa para darle un trago a una botella de whisky antes de retomar la conversación: «Era obvio en su mirada que los sueños se habían apoderado de él. Lucas veía mucho más allá, no se quedaba en lo corriente».

Entonces el inspector vio que se mencionaba la palabra «edén».

El periodista le pedía a Valentine que le hablara de ese sueño del pop, de si de verdad había existido. Le pedía que si, en efecto, había existido, le explicara cómo había cambiado a lo largo de la última década. «Estamos construyendo una mansión —respondía Valentine—, pero no dejan de echarla abajo, así que el único sueño que nos queda es perseguir la pasta.

En una ocasión, Lucas me dijo: “Nos han echado del edén a patadas”, que es justo a la sensación a la que me refiero. Justo a eso». El periodista le preguntaba a qué se refería exactamente con eso del «edén». «Pues al paraíso. Una vez me contó una historia al respecto, una historia secreta». El periodista intentaba que le hablara de ello, pero Valentine se iba por las ramas y continuaba: «No es de extrañar que nos estemos volviendo todos locos, joder, solos y muertos de frío en mitad de la noche. Estamos destruyendo nuestra máscara. Ahora más que

nunca. La única diferencia entre Lucas y los demás es que él lo hizo primero. Pobre tío...».

El inspector volvió a leer aquello de: «Una vez me contó una historia al respecto, una historia secreta», y lo de: «En una ocasión, Lucas me dijo: “Nos han echado del edén a patadas”». Aquello quería decir que Johnny Valentine había sabido algo, aunque fuera poco, sobre la ciudad del edén.

La sargento Latimer se sentó con él a la mesa.

—Fairfax ha entrado a pesar de lo que le ha dicho usted, y lo está intentando.

—¿Y qué tal le va?

—No ha parado de gritarle.

—De poco va a servir eso.

—La verdad es que estoy preocupada por Tommy.

—Ah, ¿sí? ¿Y a qué se debe?

—Pues... —Le dio un trago a una lata de refresco de naranja con burbujas—. Cabe la posibilidad de que haya empezado a ir con malas compañías. Eso o...

—¿Sí?

—O está trabajando en otro caso en secreto.

El inspector hizo lo imposible porque su rostro no reflejase nada.

—¿Y tiene alguna idea de qué caso puede ser?

La sargento lo miró y sonrió.

—No, pero puede que usted sí.

—¿Yo?

—Usted, sí, el jefe.

—Lo siento, Meg, pero no sé de qué me está hablando.

—Miente usted muy mal, jefe. —Cogió la revista—. Un tonto a las tres.

—¿Yo?

—No, jefe, usted no, Valentine. —Señaló la portada—. ¿Cree que ha sido porque rompió la máscara?

—Sí, de hecho, estoy seguro. Es lo que lo conecta todo. Es lo que hicieron las tres víctimas: Bell, Clarke y Valentine. Todas ellas cortaron la máscara o hicieron ver que la cortaban... en público, ya sea en el escenario o ante la prensa. Provocaron que la máscara se manchara de sangre, ya fuera falsa o de verdad. Es un acto simbólico.

Latimer asintió.

—He leído el artículo y me ha dado la impresión de que Valentine sabía algo sobre la ciudad del edén —dijo la sargento.

—Pero esto no va solo de matar a testigos en potencia. Es un ritual..., y ha sido así desde el principio, desde que se fundó el club Minerva en los años sesenta. Creo que por eso los dos primeros asesinatos son tan diferentes. El de Bell tenía que parecer un suicidio, por desesperación, probablemente, pero con el paso de los años le han dado más poder al ritual.

Ahora mismo, se trata de un acto de fe. Por eso no hubo intención de ocultar que lo de Brendan Clarke fue un asesinato. De hecho, era una confirmación, una advertencia pública.

Latimer le dio otro trago a la lata.

—Ya, pero eso sigue sin indicarnos el porqué —comentó acto seguido la sargento—.

¿Por qué es tan malo destruir la máscara?

—Para descubrir eso, tenemos que meternos en la cabeza del asesino.

El inspector apuró la taza de café y apagó un cigarrillo que no recordaba haber encendido. Se dio cuenta de que en el cenicero había tres colillas más, todas ellas suyas. De súbito, se sintió agotado. Se le debió de notar en la cara, porque Latimer lo miró y le dijo: —Tiene usted cara de cansado, jefe. Sigamos por la mañana, ¿eh?

Hobbes negó con la cabeza.

—Podría haber salvado a Valentine. Solo he llegado unos minutos tarde...

—Eso no lo sabe con seguridad.

—Meg, no puedo permitir que haya más... ¡No puedo permitir que haya más asesinatos!

Aquel arrebato lo empujó a actuar. Dejó de lado la sensación de sueño y se puso de pie.

—Latimer, váyase usted a casa.

—¿Y usted?

—Voy a intentarlo una vez más con Nikki Hauser. Voy a preguntarle por el único hombre al que ha amado de verdad.

—¿Por Bell o por Clarke?

—Por ninguno de los dos.

El inspector volvió por las escaleras a la sala de interrogatorios para tener tiempo de ordenar sus pensamientos. Una vez allí, relevó al detective Fairfax, que negó con la cabeza cuando se cruzaron.

—Es imposible, señor. No cede.

Hobbes entró y se sentó frente a Nikki Hauser. Dejó la *New Musical Express* sobre la mesa con la portada bien a la vista. Luego, estudió el rostro de la mujer, que tenía muy mal aspecto, como si estuviera medio muerta. Su cara estaba más pálida que nunca, lo que resaltaba las viejas marcas de la viruela, y los ojos, amoratados por culpa de las lágrimas.

Le habían puesto una tirita en un corte de la parte superior izquierda de la frente.

—Apreciaba usted a este hombre, ¿verdad? —El inspector tocó con el dedo la fotografía de Valentine en la portada de la revista—. ¿Eh, señorita Hauser?

La mujer asintió de manera casi imperceptible.

—Era mi amigo. Nadie más me ha ofrecido nunca amistad.

—Y usted se la devolvía con aprecio, porque es muy raro dar con amistades así, ¿verdad?

Nikki Hauser lo miró a los ojos.

—Usted no lo entendería.

Hobbes asintió y empujó la revista hacia ella.

—¿Sabía usted que el señor Valentine tenía planeado herirse de esta manera?

Nikki Hauser negó ligeramente con la cabeza y susurró:

—No, ha sido toda una sorpresa para mí.

—¿Usted estuvo presente en la entrevista?

Bajó la mirada y adelantó una mano para acercar la revista y ponerla de manera que pudiera ver mejor la fotografía.

—Ay, Johnny... —La emoción le quebró la voz—. Ay, pobre Johnny.

El inspector se inclinó hacia delante.

—Lléveme hasta allí, señorita Hauser. Cuénteme la historia. ¿Qué sabe usted de la máscara?

La pregunta detonó algo en ella, un recuerdo, o puede que algo de lo que se arrepintiera, y

habló con claridad por primera vez:

—No pasa nada por llevarla, pero cortarla..., hacerle daño..., eso está mal. Es algo terrible.

—Entiendo. —Ahora que había conseguido que empezara a hablar, no podía haber tiempos muertos ni silencios—. Y, eso, ¿por qué lo sabe?

—Me lo contó Lucas.

—¿Ese era el secreto?

—Uno de ellos, sí. Uno de los que me confesó.

El inspector Hobbes tenía la sensación de que debía avanzar con pies de plomo.

—¿Cuándo le hicieron esta entrevista a Johnny?

—El jueves de la semana pasada.

—¿Fue usted con él?

—No. Quería ir solo. Quería estar a solas con el periodista y con el fotógrafo. Luego, cuando vino a mi apartamento y le vi la cara... Cuando vi lo que se había hecho, me puse a llorar. Lloraba y lloraba, no podía parar.

—¿Qué es lo que le hizo llorar? ¿Que se hubiera hecho esos cortes?

—No. Estaba acostumbrada a que Johnny se cortara, pero, por lo normal, lo hacía de forma que nadie se diera cuenta, ¿sabe? El pecho, los brazos... Lo de la entrevista, en cambio, era diferente. En cuanto lo vi, supe... que Johnny iba a morir.

—¿Y qué hizo usted? Lo ayudó, supongo.

—Le limpié el corte. Le puse un apósito. La herida no era muy profunda. Era evidente que había querido vacilar. —Le tembló la boca solo de pensar en ello—. Entonces, le dije la verdad, al menos, lo que yo sabía, sobre la máscara y el asesino. Pensé que me haría caso y que tendría cuidado, pero lo que hizo fue emborracharse, así que llamé al editor de la revista y le imploré que no publicara la entrevista o que, por lo menos, obviara la parte en la que Johnny se cortaba..., que no utilizara las fotografías...

—Y no le hizo caso.

—Ya ve que no. —Puso cara de enfadada—. Esta era una gran historia, algo asqueroso que la gente consumiría.

El inspector intentó ceñirse a los hechos uno a uno y por el orden en que habían acontecido.

—Háblame de su concierto con Monsoon Monsoon del sábado pasado. No me pareció que le importara que Brendan rompiera la máscara...

—¡No! —explotó. Se puso roja y entornó los ojos—. No tenía ni idea de que iba a hacerlo.

—¿No estaba planeado que lo hiciera?

—Brendan me había contado cómo se iba a vestir para el concierto y habíamos quedado en que tocaríamos algunas canciones de los álbumes de Lucas, nada más. Iba a ser una celebración. De hecho, el día del concierto, en cuanto le vi la máscara, intenté persuadirlo para que no saliera al escenario con ella, pero, claro, ni me escuchó. Le dije que, por lo menos, no hiciera ninguna tontería..., le pedí que me lo prometiera. —Hizo una pausa para secarse las lágrimas—. Esa noche me sorprendió como al que más cuando sacó el cuchillo.

La mujer se estremeció al recordar la escena.

—Lo llevó usted a casa en coche después del concierto.

—Intenté que no quedásemos juntos, que viniera a mi casa..., pero seguía muy enfadado conmigo y, además...

Fue el inspector el que acabó la frase.

—... Acababa de conocer a Simone Paige.

—Así es. Estaba tan pagado de sí mismo en ese momento... Aun así, intenté advertirlo, se lo aseguro.

Miró hacia otro lado.

El inspector pensó durante unos instantes.

—Supongo que Johnny Valentine tuvo que ponerse furioso cuando vio la excentricidad de Brendan Clarke en el escenario, ¿no es así? Porque, claro, la revista no iba a salir hasta después del concierto y quedaría como un mero copión.

—No, eso a Johnny le importaba una mierda. Él había ido más lejos, ¿entiende? Él se

había cortado la cara de verdad. —Soltó una risa—. Rock and roll..., vivir o morir.

—Así que, después del concierto, había dos personas en peligro. Dos personas a las que quería.

Nikki Hauser bajó la cabeza y empezó a murmurar:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —Aquella era la única pregunta que se hacía y se la hacía a sí misma y a nadie más. La respondió casi de inmediato—. Me vi atraída por ellos..., y ellos se vieron atraídos por mí.

Hobbes le dio unos instantes. Luego, continuó con el interrogatorio:

—Entonces, cuando mataron a Brendan, debió de sentir usted mucho miedo por Johnny.

—¡Claro! Ya le he dicho que incluso llamé al editor de la revista y le imploré que no publicara la entrevista.

—Entonces, en Witch Haven...

—Fui porque Johnny iba a ir sí o sí. Tenía que cuidar de él. Pretendía ir con la cicatriz a la vista, pero lo obligué a que llevara un apósito.

—¿No tenía él miedo para entonces? Me refiero a que el asesinato de Brendan ya se había descubierto.

Nikki Hauser cogió el borde de la mesa.

—Le daba igual. No le importaba lo más mínimo.

—Señorita Hauser, cuénteme lo que ha sucedido hoy, ¿le parece?

La mujer asintió. Parpadeó por efecto de la luz en los ojos.

—Cuando he visto la portada de la revista, he ido directa a casa de Johnny, pero no estaba... o, por lo menos, no respondía a la puerta, no lo sé. Es que..., es que estábamos peleados por lo de Witch Haven.

—Continúe.

—He estado llamándole por teléfono todo el día, en cuanto tenía un rato, pero no respondía.

—¿Es entonces cuando ha decidido ir a verlo?

—Al final, me ha devuelto las llamadas. «Nikki, tengo un problema. Necesito tu ayuda», eso es todo lo que me ha dicho.

—¿No le ha dicho de qué problema se trataba?

—No, así que he salido pitando hacia su casa. Esta vez me ha dejado entrar.

—¿Estaba solo?

—Sí, pero tenía muy mal aspecto. Además, estaba asustado. En ese momento ya se había dado cuenta de que había hecho algo malo; aunque, al mismo tiempo..., estaba emocionado.

—¿Emocionado?

—Cuando nos enteramos de que habían asesinado a Brendan, Johnny se dio cuenta de que le decía la verdad acerca de la máscara del Rey Perdido, así que estaba ansioso por que la revista saliera a la venta. Quería atraer al asesino.

—¿Está usted diciendo...?

—Johnny quería morir. Bueno, al menos, una parte de él. No me cabe la menor duda.

Quería morir como Lucas... A manos de la misma persona.

—¿Y por qué iba a querer algo así?

—Quería arder. —El tono de voz de Hauser se elevó—. Quería seguir a Lucas al paraíso, allí adonde solo van los músicos más grandes ¡y donde viven para siempre!

La pasión de aquellas palabras hizo que a la mujer le brillaran los ojos.

—Señorita Hauser, continúe, por favor.

La mujer se secó las lágrimas una vez más.

—En un momento dado, han llamado a la puerta. Yo diría que eran las diez. Le he pedido a Johnny que no abriera, pero, a esas alturas, nada lo iba a detener.

—¿Era ella? ¿La asesina?

Nikki Hauser asintió.

—¿La ha reconocido?

—No.

—¿Está usted segura?

La mujer se echó hacia atrás en la silla.

—Mire, ha sucedido todo en cuestión de segundos. Lo único que recuerdo es que alguien ha venido corriendo hacia mí y me ha golpeado. —Hauser se dio cuenta de que el policía dudaba—. Se lo aseguro, no había visto a esa mujer en la vida.

El inspector sintió una gran decepción. Aun así, continuó:

—¿Cómo la ha atacado?

—No lo sé. Tenía algo en la mano.

—¿Un cuchillo?

—No, creo que no. Me ha empujado contra la pared y me he dado un golpe en la cabeza.

Estaba rabiosa, como loca, ya sabe, con los ojos fuera de las órbitas. Entonces ha empezado a pegarme. —Se tocó la herida que tenía en la sien izquierda y musitó—: Lo siento tanto...

—No es culpa suya.

—No, no, es que me ha dicho eso. Me ha dicho: «Lo siento. Lo siento tanto...».

La mujer bajó la cabeza de nuevo para esconder la cara.

El inspector pensó en aquella disculpa. Nikki Hauser no era más que alguien que estaba en medio, no era la víctima y tampoco podía serlo, porque ella no había hecho nada que dañara la máscara.

—Señorita Hauser, míreme, por favor —le dijo con amabilidad.

A ella le llevó un rato levantar la cabeza. El inspector Hobbes habló despacio para referirse al tema más importante que quedaba por tratar:

—¿Por qué sabía usted que el hecho de romper o cortar la máscara desembocaba en que asesinaran a quien lo había hecho?

El inspector se dio cuenta de inmediato de que acababa de meterla en un problema.

—Señorita Hauser, si sabe usted algo, tiene que contármelo.

A la mujer la invadió un fuerte temblor.

—Se supone que es un secreto.

—Eso ya lo sé, pero piense en Johnny. Piense en cómo lo han apuñalado. Piense en que la quería.

La respuesta de Nikki Hauser sorprendió muchísimo a Hobbes. Ella apartó la vista, la dejó perdida, como si mirase al infinito, y empezó a entonar:

—«No tengo sino una tarea: proteger la cara y la forma del Rey Perdido. Así, brillará siempre. Siempre. —Levantó las manos y adoptó el tono de un predicador—. Partiré en dos a aquellos que dañen su majestuosidad. Preservaré su espíritu de todo daño, deficiencia y herida. ¡Gloria!».

Aquel ataque febril desapareció de la voz de ella tan rápido como había aparecido y la mujer volvió a agachar la cabeza. Puso las manos sobre la mesa; le temblaban los dedos.

Hobbes no sabía qué decir y se quedó mirándola un buen rato.

—Señorita Hauser, ¿entiende usted lo que acaba de decir?

Nikki Hauser asintió.

—Estaba usted citando algo, algún tipo de texto.

—Es un credo que escribió la dama Minerva.

—¿Eso se lo contó Lucas Bell?

Hauser asintió.

—Fue ya por el final, unas semanas anteriores a su muerte. Estábamos en la cama. Fue la noche antes del concierto en el Rainbow, su último concierto.

—¿Y qué le dijo?

—Confesó haber cometido un asesinato..., el asesinato de un niño, de un adolescente.

—¿Sabe usted el nombre de ese niño? Señorita Hauser, ¿le dijo Lucas el nombre de aquel niño?

La mujer asintió.

—Se llamaba el Rey Perdido. Lo mataron. Todos ellos, los cinco. Mataron al Rey Perdido.

El inspector intentaba conectar lo que sabía. Los cabos flotaban aquí y allí, a la espera del nudo que los atara y diera forma a la telaraña.

—Me temo que no entiendo lo que me dice.

Nikki Hauser lo miró a los ojos. En los suyos ardía la llama del conocimiento y habló a toda prisa, desde lo más profundo de un recuerdo que llevaba tiempo allí:

—La ciudad del edén se construyó a partir de las ideas del Rey Perdido. Él fue quien le dio origen. Primero, creó la máscara para esconder su rostro del mundo, pero eso no era suficiente, necesitaba más. Esa fue la razón de que creara esa ciudad imaginaria. Allí es donde se perdía, adonde iba a esconderse. La dama Minerva y los demás lo siguieron hasta allí y, juntos, ampliaron la ciudad a su alrededor. Aun así, aquel era el lugar en el que él se protegía, y los demás no eran sino meros seguidores.

—Y, a pesar de eso, ¿lo mataron?

Nikki Hauser asintió.

—No les quedó más remedio.

—¿Por qué?

—Lucas no me lo dijo. No quería decírmelo.

—¿Cómo se llamaba de verdad el Rey Perdido?

—No lo sé.

El inspector pegó un puñetazo en la mesa.

Nikki Hauser cerró los ojos y gritó:

—¡No lo sé, de verdad! ¡Déjeme en paz!

Hobbes abrió la boca, pero la mujer lo interrumpió:

—La ciudad del edén no es un sitio pacífico. En su centro reside un gran dolor..., una gran pérdida..., y sus edificios, sus calles, sus parques, todo irradia a partir de ese centro. Esa es la razón de que...

—¿De que asesinen a personas?

—Yo solo sé lo que Lucas me contó aquella noche, nada más. Hicimos el amor. Él llevó la máscara puesta todo el rato y me explicó que adoptar la máscara era un acto de contrición, la celebración de la continuidad del espíritu del pobre Rey Perdido, Dios bendiga su alma.

El inspector no perdió detalle de la expresión facial de ella.

—Entonces, cuando Bell destruyó la máscara en el escenario la noche siguiente...

—Profanó aquel recuerdo al que habían dado forma los fundadores. Esa es la razón de que tuvieran que castigarlo. Al menos, eso es lo que creo. —Hizo una pausa—. Pero, para entonces, a decir verdad, Lucas ya se había cansado de la máscara y necesitaba escapar de ella.

—¿Le contó algo más el señor Bell acerca del grupo de Minerva?, ¿acerca de la gente que formaba parte de él?

—Le he contado todo lo que sé. Ahora bien, lo que tengo claro es que la asesina se ve como una guardiana. La guardiana del poder de la máscara.

Nikki Hauser miró al inspector con tal intensidad que este se asustó. Aun así, le mantuvo la mirada.

Entre ambos se produjo una conexión siniestra. Ambos habían mirado a la asesina a los ojos y habían sobrevivido.

UN ROSTRO ENTRE LA MULTITUD

El inspector Hobbes pidió un coche patrulla para que llevara a Nikki Hauser a casa y él se dirigió a la sala de reuniones, donde se quedó mirando el tablón, observando la lista de nombres. Estaba solo.

Oyó unos pasos en el exterior de la sala, pero se alejaron.

Eran las tres y media de la madrugada.

En otra zona del edificio sonó un teléfono, pero nadie respondió. Luego, silencio nuevamente.

Si Nikki Hauser le había dicho la verdad, el Rey Perdido estaba muerto y se trataba de un adolescente que los demás fundadores de la ciudad del edén habían asesinado allá por los años sesenta. También sabía que la dama Minerva no era la asesina, porque la mujer que había visto en el apartamento de Valentine era demasiado joven, de unos treinta y tantos años, diría él. Así

que daba por hecho que Eve Dylan se había ahogado en Hastings. No obstante, que la asesina llevara pintada la mancha facial de la señora Dylan indicaba que lo más probable era que hubiera decidido adoptar la identidad de la dama Minerva, lo que encajaba con la carta que había dejado para Simone Paige junto al cadáver de Brendan Clarke.

Decidió hacer unos pocos cambios en la lista de fundadores.

Bo Deslumbros: Gavin Roberts

Dama Calibán: ?

Genio Índigo: ?

Dama Minerva: Eve Dylan (ahogada)

Luna Bloom: Lucas Bell (asesinado)

Rey Perdido: ? (¿asesinado?)

Aquello significaba que el apodo original de la asesina era dama Calibán o Genio Índigo. La mujer mataba por un juramento que habían hecho hacía muchos años, para proteger la memoria del joven que se ocultaba detrás de la máscara del Rey Perdido, un muchacho al que los miembros del club Minerva le habían quitado la vida. Le asaltó un pensamiento: ¿serían aquellos asesinatos el castigo por haber matado al Rey Perdido adolescente? Puede que la asesina fuera el único miembro del grupo que no había tomado parte en el asesinato del Rey Perdido, que estuviera en desacuerdo con lo que habían hecho los demás.

Pero había algo que no encajaba.

La plegaria que Lucas Bell le había enseñado a Nikki Hauser y que esta había citado durante el interrogatorio parecía algo a lo que el grupo había llegado por consenso. Todos ellos formaban parte del ritual. Ahora, en cambio, uno de los miembros del grupo había llevado dicho ritual demasiado lejos y había considerado que aquel que dañara la máscara merecía la muerte. Era un motivo retorcido, horripilante. Lo peor de la mente humana, crear una terrible moral inversa a partir de una psicosis.

El inspector se frotó los ojos. Pensó en marcharse a casa, en dar el día por concluido, o la noche, vamos, y empezar fresco por la mañana.

Volver al apartamento solitario en el que vivía, a la cama vacía, a la cuerda atada al tobillo.

No, aún no. Seguiría trabajando.

Había que darle vueltas a todo una vez más. Un adolescente vivía tan afligido que eligió esconderse detrás de una máscara, crear un personaje. Luego, decidió crear una tierra de fantasía en la que esconderse. Los demás jóvenes lo ayudaron, lo apoyaban. Puede que él fuera el más débil de todos, aquel al que más daño habían hecho. Tenía sentido, desde luego.

A pesar de todo, lo habían asesinado, o eso es lo que Nikki Hauser decía. Pero ¿por qué?

¿Por qué iban a acabar con su vida? ¿Los habría ofendido? ¿Habría roto las reglas?

«El grupo lo era todo. No se podían romper las reglas».

El inspector imaginó que la dama Minerva les decía algo por el estilo, que les insistía en la santidad del grupo por encima de todo. Tenían una edad —ya no eran niños, pero tampoco eran adultos— en la que un líder con gran fuerza de voluntad, con carisma, conseguiría controlarlos.

«Eran impresionables».

Era fácil moldearlos. Era fácil controlarlos. Eso estaba claro, visto el intento continuado de Gavin Roberts de dar vida a la ciudad del edén en la casa de Tobias Lear. No obstante, aquella parecía una influencia bastante benigna, como la de las canciones de Lucas Bell. Y, aun así, las

mismas circunstancias habían creado una asesina.

Era como si hubieran formado parte de una religión, de una secta.

El inspector volvió a pensar en la cara de la asesina, en todo lo que había visto en el dormitorio de Valentine, en aquella mirada de odio puro. Únicamente la fe podía alimentar una ira como aquella.

Todo aquel que dañara la máscara tenía que recibir un castigo.

Había que matarlo.

«La máscara..., ¡la puta máscara de los cojones!».

La clave. La única clave. La máscara. Una máscara tan poderosa que había quien creía que merecía la pena asesinar para protegerla.

Se quedó quieto.

Se le pusieron de punta los pelos de la nuca.

Estaba mirando el tablón, pero no lo estaba enfocando. Estaba pensando en otra cosa.

«Todo tiene que ver con la máscara...».

El inspector encendió una lamparita y situó la *New Musical Express* justo debajo del foco de luz. Los ojos de Johnny Valentine le devolvieron la mirada, medio escondidos detrás de la máscara. La sangre corría por la mejilla del cantante.

Hobbes volvió a la entrevista y la leyó de nuevo. Estaba buscando una parte en concreto, algo que se había comentado sobre la máscara.

Sí, allí estaba, una única frase. La leyó unas cuantas veces y le recordó a los diarios de Simone Paige. La sargento Latimer los había llevado a la comisaría. El inspector encontró los volúmenes en el escritorio de la sargento.

Después de unos pocos minutos, dio con lo que estaba buscando.

Sí, los dos, Valentine y Paige, mencionaban a la misma persona.

«Todo tiene que ver con la puta máscara..., ¡claro que sí!».

Del diario cayeron unas cuantas fotografías: las instantáneas que había tomado Simone

Paige la noche de la sesión de fotos para la portada de *King Lost*. El inspector se quedó estudiando una de las fotografías en concreto. Lucas Bell aparecía en ella junto a Tobias Lear, su representante. Sin embargo, en esa ocasión, al inspector no le interesaba ninguno de los dos, sino que se concentró en una joven que había a un lado. Bajó la luz de la lamparita para enfocar únicamente la fotografía.

Miró la imagen hasta que se le nubló la vista.

A ver, no es que estuviera seguro al cien por cien, dado que habían pasado entre ocho y nueve años desde que Simone Paige tomara aquella foto, pero vio un parecido razonable, suficiente como para que sintiera un profundo escalofrío. El mismo pelo largo y oscuro, la misma nariz aguileña, los mismos ojos redondos.

La joven miraba directamente a la cámara.

¿Sería ella la asesina?

LA PROFESIONAL

Se reunieron en la cafetería del callejón que había junto a Carnaby Street, un policía de cuarenta y cuatro años y un jovencito. Este se llamaba Vinny Spires y estaba sentado a una mesa cuando el policía llegó. Se puso de pie y le tendió la mano. Era un tipo educado.

—Me gusta este sitio —le explicó Spires—. Lo normal es que esté tranquilo, así que puedo pensar. A veces, vengo con un cuaderno y anoto todo aquello que se me ocurre. —

Llamó la atención de la mujer que se encontraba detrás de la barra—. Gladys, ¿le puedes poner una taza a mi invitado? Gracias. Té, ¿verdad?

El inspector Hobbes asintió.

—Gracias.

—Así que esto es por Johnny Valentine, ¿eh?

—Así es. Ha montado usted mucho revuelo con esa portada y con la entrevista.

—Lo sé, lo sé. —Al joven le brillaron los ojos—. Nadie más estaba interesado en él, pero tuve una corazonada, no me pregunte por qué. Me pareció que tendría un punto de vista interesante ante el aniversario de lo de Lucas Bell. —Esbozó una amplia sonrisa—. Ya sabe, estos viejos suelen tener historias magníficas que contar.

—Pues no sabe usted ni la mitad.

El gesto de Spires se oscureció.

—¿A qué se refiere? ¿Ha ocurrido algo? No se habrá quejado de mí, ¿verdad?

—Me temo que es aún peor.

El inspector estaba a punto de explicárselo cuando la camarera llegó y le sirvió una taza de té. Hobbes le dio las gracias y esperó a que se hubiera marchado. Aun entonces, decidió hablar por lo bajo:

—Johnny Valentine ha muerto. Lo asesinaron ayer mismo, por la noche.

El inspector Hobbes estudió la reacción del joven.

Spires iba bien vestido, con americana, pantalones vaqueros y una camisa; con el pelo en punta en lo alto y engominado por los lados. Tenía estilo, pero no como si se tratara de una estrella del mundo de la música. De no ser por el pin que llevaba en la solapa, bien podría haber sido un empleado de banca. El joven abrió los ojos de par en par y el inspector notó la curiosidad que había en ellos.

—Hostia puta... ¿Quién...? Es decir, ¿por qué...? ¿Quién ha sido?

—Aún lo estamos investigando.

—Vale, vale, claro...

El inspector se fijó en que los dedos del periodista no dejaban de moverse, como si estuviera tecleando en una máquina de escribir imaginaria.

—Hablemos de la entrevista de Johnny Valentine.

—Sí, por supuesto.

—Tuvo lugar el jueves pasado, ¿verdad?

Spires asintió.

—Sí, así es. La revista va a la rotativa el lunes, así que, para entonces, ya hemos tenido que enviarlo todo, textos y fotos.

—Entiendo. Y, dígame, ¿quién estuvo presente durante la entrevista?

—Solo yo... y la fotógrafa, claro, Jo Jo. Es decir, Joanna Yates.

—¿Conoce bien a Joanna?

—Sí, es buena. Lleva años en esto. Sus fotos son muy buenas. A ver, ya ha visto usted la portada, ¿no? Captó el estado de ánimo a la perfección.

Hobbes asintió.

—Así que allí solo estaban ustedes tres.

—Sí. Valentine se mostró taxativo al respecto.

—¿Llevaron a cabo la entrevista en las oficinas de la revista?

—Sí. En una habitación aparte, con la puerta cerrada.

—Dígame, señor Spires, ¿sabía usted que el señor Valentine iba a hacer lo que hizo?, ¿que se iba a cortar la cara?

Vinny Spires cerró los ojos unos instantes, como si estuviera reviviendo el momento.

—No. Fue horrible. Es que... nos prometió que iba a darnos detalles exclusivos de la vida de Lucas Bell, cotilleos jugosos..., pero aquello fue inesperado. ¡El tipo sangraba! ¡Se manchó la camisa entera! Todavía no hemos podido quitar las manchas de sangre de la moqueta de la oficina.

El periodista jugueteó con su taza, que estaba vacía.

Hobbes le dio unos instantes antes de preguntarle:

—¿Ha traído las fotografías que le he pedido?

Spires sacó un sobre grande de la mochila y se lo pasó por encima de la mesa. El inspector miró las fotografías una a una. Vio a Valentine solo, con la máscara pintada. Se fijó en el cuchillo en su mano; observó cómo se cortaba la cara con él. Pero no era aquello lo que le interesaba.

—¿No tiene ninguna de antes?, ¿de cuando le estaban pintando la máscara?

—No, lo siento. Jo Jo llegó algo más tarde, cuando estábamos listos para empezar.

El inspector le dio un sorbo al té con la intención de concentrarse. Aún tenía que hacer las preguntas más importantes.

—Entonces, ¿estaba usted presente cuando le pintaron la máscara?

—Así es. —Vinny Spires se humedeció los labios—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Es esto relevante?

—Limítese a responder a las preguntas. —Hobbes consultó su bloc de notas—. En el artículo dice usted que Valentine insistió en que todos los elementos de la máscara del Rey Perdido fueran exactos. Quería que la máscara fuera «como la original, pero mejor». ¿Son textuales estas palabras?

—Sí, lo dijo de verdad, no me lo inventé.

—Bien, bien. También dice que habían contratado a una maquilladora, a una profesional, para que le pintara la máscara.

—Sí.

—A una mujer.

—En efecto.

—¿La buscó la revista?

—No, no, vino con Valentine. No sé de dónde la sacaría.

—¿Qué edad tendría?

—¿Que qué edad tendría?

—Eso es, sí.

—Mayor.

—¿De mediana edad?

—No lo sé, supongo.

—¿Treinta y tantos?, ¿cuarenta y tantos?

—Sí, eso es.

—Ya, pero ¿treinta y tantos o cuarenta y tantos?

—Treinta y tantos. Por ahí. Un poco más, quizás.

El inspector sacó la fotografía que había llevado de la sesión de fotos para el álbum *King Lost* en Hastings y la dejó sobre la mesa. Señaló a la mujer que estaba junto a Lucas Bell y le preguntó a Spires: —¿Es esta?

El periodista estudió la fotografía.

Hobbes decidió ayudarlo un poco.

—Está tomada hace unos nueve años.

—Podría ser. Puede que sea ella, sí. Sí, podría ser.

—¿Cómo se llama?

Vincent Spires puso cara de no entender la pregunta.

—¿Que cómo se llama? Ni idea.

—¿No sabe cómo se llama?

—No me la presentó. Valentine entró con ella al despacho y se pusieron manos a la obra.

Los estuve observando un rato, pero Valentine no habló en ningún momento. La maquilladora tampoco. Era como..., como si estuvieran llevando a cabo una especie de ritual.

—¿Se hizo todo en silencio?

—En el más absoluto silencio.

El inspector pensó en aquello. Volvió a mirar la fotografía que había dejado sobre la mesa y recordó otra de las instantáneas de aquella sesión y que en algunas de ellas aparecía Johnny Valentine. Era muy probable que fuera allí donde había conocido a la maquilladora.

Volvió a centrarse en el periodista.

—Señor Spires, ¿qué sucedió después de que la maquilladora le pintara la máscara al señor Valentine?

—Que se marchó.

—Así que la maquilladora no llegó a ver cómo Valentine se cortaba la cara.

—No.

—¿Y podría haberse enterado de que lo había hecho antes de que se publicara la revista?

—Imposible. Bajo ningún concepto. Andy, mi editor, se mostró muy estricto con que lo mantuviéramos en secreto hasta el día en que la revista saliese a la calle.

—¿Y quién pagó a la maquilladora? Tendrán ustedes un registro en la oficina, ¿no?

Podríamos ir a ahora mismo.

—No le pagamos. Lo hizo gratis. Mi editor estaba muy contento...

—¡Me cago en...!

Vinny Spires se recostó en la silla.

—¿He dicho algo malo?

El inspector se levantó y tiró unas cuantas monedas en la mesa para pagar el té.

—No escriba sobre esto. No hable de ello y no publique nada al respecto, nada en

absoluto. Espere a que yo le dé permiso. ¿Me ha entendido?

El periodista asintió.

Hobbes se despidió, volvió a su coche y condujo hasta Highgate. Tobias Lear lo recibió como si fuera un viejo amigo.

—¿Sigue buscando El Dorado, inspector?

—¿A qué se refiere?

—A la tierra prometida, a la ciudad del edén.

—Sí, sigo buscándolo.

Estaban sentados en la sala de estar. Por encima de la cabeza de Lear, en la pared, colgaba un cuadro enorme que representaba una escena de caza y el humo de la pipa del antiguo representante se mezclaba con los perros y los caballos de la pintura. Como no vio a Gavin Roberts por ningún lado, el inspector dio por hecho que seguía recluido en la habitación de arriba.

La campanita con la que llamaba a Lear no sonaba.

El inspector Hobbes decidió ir al grano:

—¿Recuerda a la maquilladora de Lucas Bell?

—Pues sí, la verdad es que sí. Se llama Jenny, Jenny Clough. Estuvo con nosotros en la gira de *King Lost* y se encargó de Lucas cada noche.

—Así que la señorita Clough le pintaba la cara antes de cada concierto.

—Así es. Era muy divertida. Una buena y anticuada muchacha del norte. Tumbaba a los técnicos bebiendo y se tiraba al batería.

Hobbes se quedó confundido. Aquello ni por asomo se correspondía con la imagen mental que tenía de la asesina. Además, ¿norteña? No, aquello no tenía sentido. Sacó la fotografía de la sesión para la portada de *King Lost* y se la enseñó a Lear.

El antiguo representante de Bell miró la fotografía y sonrió.

—Me acuerdo muy bien de aquella noche. Aquel fue el nacimiento de una leyenda.

—¿Podría decirme el nombre de la gente que aparece en la fotografía?

—Por supuesto. Estamos Lucas y yo, y esta es Laura Townes, la publicista.

—¿Qué me dice de esta joven de aquí detrás? —El inspector tocó la fotografía—. Al otro lado de Lucas. ¿Es esa la maquilladora?

—Ah, sí, claro..., ahora me acuerdo. En efecto, es ella. Jenny Clough llegó más tarde, una vez el álbum ya había salido a la calle.

—Entonces, ¿quién es esta mujer?

Lear le devolvió la fotografía al inspector.

—No tengo ni idea. Ella solo maquilló a Lucas en aquella ocasión, para la portada. Fue Lucas quien la trajo. Eso es todo lo que sé de ella.

El inspector notó que la resolución del caso se le escapaba entre los dedos.

—¿Y la publicista?

—¿Laura?

—Puede que ella conociera a la maquilladora.

—Podría ser, pero Laura se fue a Estados Unidos hace ya unos cuantos años. Si le digo la verdad, no tengo ni idea de dónde está.

Hobbes se recostó en la silla.

—Siento mucho no ser de más ayuda, aunque...

—¿Qué?

—Yo diría que esa maquilladora era de Hastings, que era amiga de Lucas, de cuando eran pequeños. Puede que aún viva allí.

—Sí, puede.

Pero, claro, ¿qué podía hacer él si no tenía un nombre?

—¿Llegó a conocer Jenny Clough a la maquilladora original? Puede que hablaran de la máscara, de cómo pintarla...

—No lo creo. —Lear sonrió al acordarse de aquella época—. A Jenny la contratamos meses después, para la gira, y era toda una profesional. Trabajaba en el teatro, en el cine...

Ahora bien, voy a decirle una cosa: aquella primera maquilladora, fuera quien fuera, le pintó la máscara a Lucas mucho mejor de lo que Jenny se la pintó jamás. La máscara de la portada del disco... ¡Dios, esa sí que era la leche!

Justo en ese momento, sonó la campanita. Lear tiró la ceniza de su pipa y se puso de pie.

—Me llaman de las alturas.

El inspector tuvo una idea.

—Me gustaría preguntarle al señor Roberts si conoce a esta mujer, ¿le parece mal?

—En absoluto. Acompáñeme.

Subieron las escaleras juntos y entraron en la habitación en la que estaba representada la ciudad del edén. Gavin Roberts se encontraba sentado en el centro, como la vez anterior, como siempre, al parecer, trabajando, encolando piezas de cartón para dar forma a un edificio. El inspector se adelantó y le tendió la fotografía.

—Gavin, ¿conoce usted a esta mujer?

La reacción fue instantánea y violenta.

Gavin Roberts empezó a gritar y a temblar.

Lear se acercó para intentar que se calmara, pero Gavin se apartó y se acercó a la pared, como escondiéndose. Musitaba algo una y otra vez.

Hobbes se acercó para ver si alcanzaba a oír lo que decía.

Gavin Roberts hablaba muy bajito y no hacía sino repetir una palabra, un nombre:

—Calibán. Calibán. Calibán.

El inspector decidió insistir y se mostró casi amenazante.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Cómo se llama de verdad esta mujer?

Pero allí se quedó la cosa, porque o bien Gavin Roberts se negó a seguir hablando, o bien le resultaba imposible hacerlo.

Al principio, el inspector pensó que cabía la posibilidad de que se debiera a que el antiguo juramento de silencio que habían hecho los fundadores de la ciudad del edén se había apoderado de él, pero, entonces, se fijó en la expresión del hombre y se dio cuenta de que su reacción era más elemental, mucho más humana.

Gavin Roberts estaba muerto de miedo.

UN ENCUENTRO JUNTO AL RÍO

El inspector Hobbes condujo de vuelta a la comisaría de Richmond, donde puso al día a la sargento Latimer. En cuanto recibió la nueva información, la policía se acercó al tablón y dio unos golpecitos con los nudillos en la lista de los fundadores de la ciudad del edén.

—Entonces, ¿la dama Calibán es nuestra principal sospechosa?

—Eso parece, sí.

—Tenemos que descubrir algo acerca del joven que inventó al Rey Perdido. Hemos de descubrir cómo y por qué murió.

El inspector asintió.

—Y, para eso, tengo que volver a Hastings.

—Deme quince minutos y estaré preparada.

—Meg...

—¡Cállese o le pego una patada! —Hizo una pausa—. Señor.

—De acuerdo. —El inspector levantó las manos en señal de rendición—. Pero saldremos a las dos como muy tarde.

Hobbes se sentó en el borde de su escritorio y volvió a mirar la fotografía de la sesión de fotos para la portada de *King Lost*. Era muy antigua, ese era el problema, la gente cambia mucho. Si tuviera una fotografía más reciente...

Aquel sencillo pensamiento hizo que se le encendiera una luz en la cabeza.

De pronto, lo recordó.

¡Claro! ¡Allí era donde la había visto! ¡No había sido en la fotografía!

Llamó a toda prisa a la comisaría de Hastings, a la detective Palmer, y le pidió que reuniera todo el material que tuvieran sobre adolescentes que habían muerto en los años sesenta.

—A lo largo del día le haré una visita, Jan.

—Entendido.

—Y quiero que dé con alguien.

Después de que le hubiera explicado a la detective lo que necesitaba, el inspector hizo una segunda llamada, en esta ocasión de forma que la sargento no lo oyera.

Fue muy sencillo concertar aquella reunión a pesar de que la única aclaración que dio sobre el asunto que había que tratar fue:

—Es sobre Charlie Jenkes. Ha salido a la luz cierta información.

Una pausa al otro lado de la línea. Luego:

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Si quieres, me paso por la comisaría de Charing Cross y te lo muestro allí mismo, delante de todos.

—No, no, quedemos.

Hobbes condujo en dirección norte, hacia Hammersmith. Los nervios hacían que se le revolviera el estómago a medida que se acercaba a su destino. Habían acordado encontrarse a medio camino, en un pub del muelle. Fue el inspector quien llegó primero. El sitio estaba hasta la bandera de bebedores vespertinos. Había tanta gente que costaba acercarse a la barra, así que salió y disfrutó de un cigarrillo mientras veía al Támesis discurrir. Hacía buen día y el agua aún llevaba consigo los reflejos del sol.

Cinco minutos después, el sargento detective Mawley apareció por el camino y se acercó a la barandilla junto a la que estaba Hobbes. Ambos permanecieron en silencio mientras un grupo de

oficinistas pasaba por su lado. Mawley tenía una de esas caras que uno se encuentra en los garitos de bebedores mal iluminados o en las salas de policía llenas de humo. A la luz del sol parecía un pez muerto, con la piel moteada y fofa alrededor del cuello y de las mejillas.

Hobbes tiró el cigarrillo al río.

—Len.

Mawley tenía cara de estar enfadado.

—Ya hemos tenido a uno de los tuyos dando por saco en la comisaría esta mañana.

A Hobbes le preocupó aquello.

—No te referirás al detective Fairfax, ¿verdad?

—Ese mismo, sí. ¿A qué viene esto?

Hobbes decidió no perder el tiempo. Echó mano al bolsillo y sacó una fotografía. Se la enseñó a su antiguo colega.

—Encontré esto en el garaje de Charlie. Estaba muy bien escondido. Hay un carrete entero.

Mawley se quedó mirando la imagen. Después de un momento, soltó:

—Estoy casado.

—Y eso qué es, ¿una coartada o una excusa?

—¡Tengo dos hijos, por amor de Dios!

Hobbes le acercó la fotografía.

—Mírala bien.

El sargento la miró mejor.

—Está un poco borrosa, podría ser cualquiera.

—La cuestión, Len, es que también sé quién es el joven.

—Ah, ¿sí?

—Lo conocí hace unos días. Se llama Matthew, Matthew Tate.

Mawley se pasó la mano por la cara. Era evidente que acababa de tomar una decisión.

—Fue hace algunos años. Solo lo conocía por su apodo.

—¿Sputnik?

—Sí, eso...

—Es un buen chaval. Las ha pasado canutas y me contó que había estado metido en asuntos feos cuando era más joven. Ahora sé a qué se refería.

Mawley miró hacia el río.

—Solo fue una vez, y el chico no era menor de edad, eso ni se te ocurra pensarlo.

—Bueno, podría preguntárselo al chaval.

—¡Oye, oye! —Mawley se volvió y miró a Hobbes a la cara—. Esto es cosa mía, no tiene nada que ver contigo... ni con nadie más.

—Este asunto va más allá y lo sabes muy bien.

El sargento abrió la boca de par en par:

—Menos mal que estamos en un sitio concurrido.

—¿Me estás amenazando?

—Ahora mismo, te estarías tragando los dientes.

Hobbes hizo lo imposible por no parpadear.

—Dime, Len, ¿cómo lo conociste?

Mawley maldijo por lo bajo.

—Hay un club en el Soho.

—A ver si lo adivino, el Blue Moon, cerca de Berwick Street. A Charlie también lo vieron por allí.

—Sí, ya... —Mawley dudó—. Fue él quien me lo descubrió. Me dijo que tenían para todos los gustos.

—¿Es allí donde te sacó las fotos? ¿Te tendió una trampa?

—Eso creo, pero no lo sé. La verdad es que... tengo enemigos por todos lados. —Miró a Hobbes y habló con voz ronca—: Joder, sí que te gusta escarbar en la basura, ¿eh?

—Sí, claro. Ahora bien, yo no he matado a nadie.

—¿Qué quieres decir?

—A Charlie lo asesinaron.

—No, eso no me lo creo. Me niego. Charlie se suicidó. Se ahorcó, todo el mundo lo sabe. La cosa se puso jodida y prefirió la salida fácil.

—¿La salida fácil? —Hobbes negó con la cabeza—. Supongo que tuvo que costarte pasarle la soga por el cuello y tirar de él, ¿verdad?

Mawley abrió la boca para protestar, o puede que estuviera sorprendido, pero, en cualquier caso, no dijo nada.

—Te estaba chantajeando, ¿verdad?

—Sí, pero no a cambio de dinero. Solo quería favores. Trabajitos aquí y allí. Trabajo sucio, ya sabes.

—¿Como que lo ayudaras a darle una paliza al amante de su esposa?

Mawley intentó negar la acusación, pero no pudo.

—Sí..., cosas por el estilo.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Consideraste que se había extralimitado pidiéndote favores, lo seguiste hasta el garaje y...?

—¡No, no, no! —El sargento levantó la voz y llamó la atención de algunos clientes del pub —. Oye, Henry..., ¿y si nos alejamos un poco? Concédeme eso, al menos, ¿eh?

—Estamos bien aquí.

Mawley controló su tono lo mejor que pudo:

—Yo no maté a Charlie.

Los dos policías se miraban. Ninguno de los dos quería ceder. Por fin, Hobbes dijo:

—Cuanto más investigo este asunto, más me sorprende la facilidad con la que me engañó Charlie a lo largo de los años... o cómo me dejé engañar con lo de su «grupo de hermanos». Incluso en la bodega, casi le creí... por alguna estúpida razón de mierda..., como si todo fuera un error o un sueño.

Hobbes se quedó mirando un pájaro que volaba bajo, justo por encima del agua, en busca de comida.

—Ahora, en cambio, sé que el tío estaba podrido hasta los huesos.

—No siempre fue así, Henry, y lo sabes muy bien. Esto ha sido durante este último año, más o menos. Estaba teniendo problemas en casa. Tenía deudas.

—¿Y eso justifica lo que hizo?

Mawley bajó la cabeza y murmuró para sí mismo:

—Veintinueve años.

—¿Qué quieres decir?

—No era más que un crío cuando me uní al cuerpo. Podría retirarme el año que viene con la pensión completa..., y, ahora, esto. ¡Ay, Dios!

Unos jóvenes salieron del pub y se alejaron pavoneándose por el camino del río, llenos de vida, imbuidos de la temeraria esperanza de la juventud. Hobbes, en cambio, tenía delante a un viejo agente de la ley, asustado ante la posibilidad de perderlo todo.

—Recuerdo cómo Charlie te ordenó que te unieras, ya sabes, en el Silhouette. Además, después en la investigación, diste un paso adelante para llevarte toda la culpa. ¿Qué fue eso?, ¿otro favor?

El sargento asintió.

—Esperaba que ese fuera el último que me pidiera..., el que dejara el contador a cero..., pero Charlie volvió a buscarme incluso después de que lo suspendieran. —El policía intentó encender un cigarrillo, pero le fue imposible. Como si estuviera muy dolido, añadió—: Mi esposa me ha echado de casa, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía.

De pronto, Hobbes sintió cierta compasión por él. Intentó imaginarse la situación, el tener que vivir ocultando los sentimientos que le provocara la separación. Pensó en Neville Briggs y en Tobias Lear, en que tenían una vida más abierta en el mundo de la música.

Mawley, en cambio, era policía. Sus propios compañeros, los que decían que eran sus amigos, convertirían su vida en un infierno. Solo Dios sabe de qué serían capaces.

—Len, cuéntame lo que pasó —le pidió Hobbes con voz relajada.

Parte de la bravuconería de Mawley volvió a salir a la superficie:

—No pasó nada. Nada de nada. No soy ningún asesino.

—Si no me cuentas la verdad, iré a por ti.

—Haz lo que te salga de los huevos. —Mawley se acercó a Hobbes para mirarlo a los ojos—. Charlie se suicidó y lo hizo porque tú lo dejaste con el culo al aire. Punto. Fin de la historia.

El sargento se dio la vuelta con la intención de largarse, pero Hobbes lo cogió por la manga de la americana.

—¡Suéltame, joder!

—Te aseguro que no te vas a librar de esto.

Mawley sonrió.

—No vas a encontrar la más mínima prueba, Henry. ¡La más mínima! Así que coge esa mierda de fotos y métetelas por el culo.

Nada más decir eso, se soltó de un tirón y se alejó por el camino del río. Unos metros más allá se abrió paso por entre un grupo de borrachines. Uno de los integrantes más jóvenes del grupo se enfrentó a aquel matón con algún comentario jocoso que Hobbes no alcanzó a oír. El sitio equivocado y la persona equivocada. Hobbes vio cómo el sargento le cogía ambas solapas con una mano y se lo acercaba a la cara echando espuma por la boca, destilando agresividad. Aquella era la marca de la casa. Entonces, le pegó un empujón fortísimo y lo tiró contra una mesa. Un vaso cayó al suelo y se hizo añicos.

Un segundo después, Mawley se había perdido entre la multitud que paseaba por la orilla del Támesis.

POSIBLES REYES

La detective Palmer recibió al inspector Hobbes y a la sargento Latimer en la comisaría de Hastings y los puso al día a toda prisa acerca del caso de Simone Paige. La asesina llevaba, por lo menos, dos años colándose en el ático de Fair Harbour, cosa que habían descubierto gracias a las pruebas que había dejado tras de sí: ropa, latas de comida y material de lectura.

—Me gustaría ver de qué lectura se trata —comentó el inspector—. Qué son,

¿periódicos y revistas?

—Sí, hay un buen montón de ambos. Eso nos ha dado algunas fechas. También hay algunos libros. Novelas, en su mayoría.

—¿Qué hay del fotógrafo con el que quería que diera?

—Se llama Jack Lyndhurst. Trabajó en la gacetilla local durante años. Me ha dejado las fotografías que usted me ha pedido.

Palmer se marchó unos momentos y el inspector y la sargento se pusieron cómodos en un despacho apartado en el que había té y sándwiches de la cafetería de la comisaría. Les llevaron el material de lectura de la asesina, y con los diferentes títulos intentaron hacerse una idea de cómo podía ser la mujer. Los periódicos y las revistas eran de 1979.

—Me pregunto por qué no se lo llevaría cada vez que se marchaba del ático —comentó el inspector mientras hojeaba una copia de *Fotografía para principiantes*.

—Estaba construyendo un nido —respondió Latimer—. Una casa fuera de casa.

Las revistas cubrían un amplio rango de temas: las había de decoración, de alta costura, de teatro, de cine, de fenómenos paranormales.

—Nuestra dama Calibán es una mujer de gustos variados —comentó la sargento.

El inspector miró entre las novelas, todas ellas ediciones de bolsillo. Romántica, novela negra y, mucho más leída que ninguna de las demás, una copia del *Ulises* de James Joyce.

Hobbes hojeó el libro y vio que en la página del título había una dedicatoria: «Con todo mi amor para Lucas. Espero que te inspire y te ayude a alcanzar grandes cotas». La dedicatoria la firmaba «Eve», ni la señora Dylan, ni Minerva, ni dama Minerva, y le mandaba besos al final. El inspector se la enseñó a la sargento porque quería conocer su opinión al respecto.

—Puede que de verdad estuviera enamorada de él —comentó ella.

Hobbes siguió hojeando el libro. Había muchas líneas subrayadas con lápiz y comentarios en los márgenes. Reconoció la caligrafía de Lucas Bell porque la había visto en las hojas de las letras de las canciones. Estaba claro que el cantante le había sacado chispas a aquel libro a lo largo de los años.

—¿No se apellida Bloom el personaje principal de *Ulises*? —preguntó la sargento.

—Sí, Leopold Bloom.

—Que bien podría estar relacionado con el nombre que Lucas Bell adoptó para la ciudad del edén, Luna Bloom. —La sargento cogió otra revista—. ¿Cree usted que Bell almacenó esto en el ático y que la dama Calibán lo encontró aquí?

—Es posible. O puede que lo robara del escondite en el que lo tenía Bell después de que lo asesinara, junto con sus llaves, entre las que se incluían las viejas llaves de Fair Harbour.

La detective Palmer entró en el despacho y puso un montón de fotografías en blanco y

negro sobre la mesa. El inspector empezó a estudiarlas una a una. Mostraban la escena que tenía lugar fuera del Duffy's, el *fish and chips*, hacía tres días, cuando Hobbes había estado observando cómo los seguidores de Lucas Bell imitaban, copiaban, la imagen de portada del álbum *King Lost*. El fotógrafo con el que había hablado, Jack Lyndhurst, había captado muy bien la atmósfera, en la que el amor se mezclaba con la desesperación.

Hobbes contuvo el aliento. Tocó con el dedo una de las fotografías.

—Sabía que la había visto en alguna parte. Es ella. —Se trataba de la seguidora más mayor, la que arengaba a los más jóvenes para que atacaran a Simone Paige—. Ella es la asesina. Estoy seguro.

Latimer y Palmer se inclinaron para verla. Su rostro estaba un poco borroso porque la mujer no estaba en primer plano, sino que se había mantenido en todo momento detrás, dirigiendo, observando.

—Esta mujer —siguió explicando el inspector— es la que le pintó la máscara del Rey Perdido a Lucas Bell la primera vez, para la portada del álbum, allá por 1973, o cuando fuera.

La sargento miraba con atención la cara.

—Así que ha vuelto al escenario del crimen, ¿eh? —dijo.

—Sí, y doy por hecho que lo hace cada año. Está orgullosa de su logro. Es su momento de gloria. —Hobbes se volvió hacia la detective—. ¿Podría hacer copias de esta fotografía y distribuirla entre los agentes?

—Sí, señor.

—Pregúnteles si la conocen. Su nombre, su dirección..., lo que sea.

El inspector y la sargento se miraron.

—Nos estamos acercando —dijo ella.

—Sí, lo presiento.

Salieron de la comisaría y fueron caminando hasta el Instituto Brassey, donde se pusieron mano a mano con las microfichas. La detective Palmer les había dado una lista de los jóvenes de Hastings que habían muerto por accidente o en circunstancias extrañas desde 1963, el año en que se había fundado la ciudad del edén, hasta 1966, el último año que se mencionaba en la caja de archivos que habían encontrado en el ático. No tardaron en reducir el número de posibilidades a trece, ocho chicos y cinco chicas.

—Sí que se ahoga gente aquí —soltó Latimer.

Entre las demás muertes se incluían dos accidentes de tráfico, una caída desde un acantilado, el incendio de una casa, un apuñalamiento en un parque, un atragantamiento y un pobre chico que se había encerrado en un armario y se había asfixiado. Con ayuda de Doreen, la bibliotecaria, dieron con la dirección de las familias. Unas pocas se habían mudado, pero la mayoría de ellas seguían viviendo en la zona.

—La gente tiende a quedarse aquí toda la vida —les explicó Doreen—. Ya saben, Hastings es una de esas ciudades.

La sargento leyó la lista una segunda vez.

—¿Hacemos bien en dar por hecho que el Rey Perdido es un chico? Lo digo porque esta gente de la ciudad del edén parece que juegue mucho con su identidad.

El inspector se mostró de acuerdo.

—Bien pensado. Hay que investigar todos y cada uno de estos casos.

—Eso va a llevarnos mucho tiempo.

—Esta tarde noche haremos todos los que podamos. —Hobbes consultó su reloj—. A estas alturas, la mayoría de la gente habrá vuelto ya del trabajo.

—Separémonos. Yo me llevo el coche para visitar a los que viven lejos del centro.

—¿Y yo voy andando?

—Tiene que hacer ejercicio, jefe. —La sargento miró la lista de nombres—. ¿Qué me dice de Stephen Castle? Parece un candidato probable, teniendo en cuenta lo que les gustan los nombres en clave a los del club Minerva.

—¿Porque es en los castillos donde viven los reyes?

—Exacto —respondió la policía con una media sonrisa—. Aunque, a pesar de que descubramos quién era el Rey Perdido, seguiremos teniendo que identificar a la dama Calibán.

—Vayamos paso a paso.

—¿Y Genio Índigo?

El inspector esbozó una mueca.

—Pienso descubrir quién es cada uno de los que aparecen en esa lista, sargento, se lo juro. ¡Pienso descubrirlos a todos!

Salieron de la biblioteca y se separaron. El cielo empezaba a oscurecerse cuando el inspector, haciendo caso a la corazonada de la sargento, llegó a la primera visita: la casa de Robert y Helena Castle. Mantuvieron una charla rara y turbadora.

—Su hijo murió con trece años.

El señor Castle habló con voz monótona:

—Se cayó del embarcadero.

—¿Estaba solo?

—No, estaba con un amigo —respondió ella—. O eso creemos, vaya. —Miró a su esposo en busca de apoyo—. Sucedió de noche.

—Entiendo. ¿Solía volver a casa tan tarde?

—Se escabulló. Ni siquiera sabíamos que no estaba en su habitación.

Al inspector le dio la impresión de que el gesto de la señora Castle estaba a punto de derrumbarse. Se fijó en que el sentimiento de culpabilidad se apoderaba de ella. Era posible que hubiera conseguido mantenerlo a raya durante años, pero, en aquel momento...

—No sabemos nada más —añadió el marido—. Nos encantaría ayudarlo, pero es que no podemos.

—Unas preguntas más y los dejo en paz —les aseguró el inspector con delicadeza.

Luego, les dio un momento para que se hicieran a la idea y les preguntó—: ¿Era Stephen miembro de algún club o sociedad?

—No, no lo creo. Jugaba al fútbol en el equipo del colegio, ¿eso cuenta?

—Podría ser, sí —respondió Hobbes mientras asentía—. ¿Se inventaba personajes o se ponía apodos a sí mismo?

Los cónyuges se miraron. Estaban confundidos.

—¿Llevó alguna vez Stephen... una máscara? ¿Pintaba máscaras?

Seguían sin saber qué responder.

—Señores Castle, ¿oyeron mencionar a su hijo en alguna ocasión el nombre «Rey Perdido»?

—No lo entiendo —dijo ella por fin—. No había nada extraño en la conducta de Stephen.

Nada en absoluto. Era..., era un chico de trece años normal y corriente.

El inspector les hizo unas cuantas preguntas más, acabó con el interrogatorio y les pidió disculpas.

Visitó cuatro casas más, con resultado similar en cada una de ellas. Una madre airada casi lo agrede en un momento en que el diálogo subió de tono. El inspector se dirigió a la siguiente dirección de la lista, de acuerdo con las indicaciones que les había apuntado la bibliotecaria. El sitio estaba bastante lejos de la última casa en la que había estado y, de camino, se preguntó qué tal le estaría yendo a la sargento.

Llegó a la última casa de una fila de viviendas adosadas. Ya había anochecido y una luz salía de detrás de las cortinas de la sala de estar. El inspector Hobbes miró a su alrededor.

Aquella zona de la ciudad le resultaba familiar por alguna razón. Entonces se dio cuenta de que Morgan Yorke vivía cerca. El inspector consultó la lista. Un adolescente llamado Edward Keele había vivido allí con sus padres hasta que había fallecido en 1966. Llamó al timbre y esperó. Enseguida oyó pasos que se acercaban y alguien abrió la puerta.

Se trataba de una mujer.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Señora Keele?

—Sí.

—Soy el inspector Hobbes.

Le enseñó la placa.

De pronto, la mujer parecía preocupada.

—¿Policía?

—¿Puedo entrar?

—¿Ha pasado algo malo?

—No, no. Estoy haciendo preguntas por la zona en relación con un crimen. ¿Le importaría responderlas?

Era evidente que la mujer estaba muy nerviosa. El inspector hizo ademán de entrar y la señora Keele se vio obligada a abrir la puerta un poco más. Hobbes dio un paso adelante y se encontró en el pasillo.

—La verdad es que no creo que sea un buen momento.

—Acabaremos enseguida, se lo aseguro.

Fueron hasta la sala de estar. La señora Keele le quitó el sonido a la televisión. La estancia era luminosa y estaba ordenada y limpia, no se apreciaba ni una mota de polvo. Aun así, la atmósfera era opresiva. No había fotos por ningún lado.

La mujer lo miraba.

—Bueno, ¿qué es lo que quería preguntarme?

—Quería preguntarle sobre su hijo, Edward.

La mujer se dejó caer en un sillón, como si, de pronto, aquella frase la hubiera desposeído de vida.

El inspector decidió interrogar a la mujer de pie. La señora Keele tendría unos cincuenta años y parecía marchita, como si el mero hecho de vivir la hubiera agotado por dentro. El peso del dolor era evidente.

—Siento mucho traerle a la memoria recuerdos que la afligen, pero son importantes para un

caso actual.

—Sí, lo comprendo.

A pesar de que las tenía en el regazo, a la mujer le temblaban las manos.

—¿Qué edad tenía su hijo cuando murió?

—Catorce años. Le faltaba una semana para cumplir quince.

—Se ahogó, ¿verdad? En 1966, ¿no es así?

La mujer asintió.

—¿Podría describirme a Edward?

—¿Describírselo? No lo comprendo.

—Por ejemplo, ¿tenía alguna afición? ¿Era miembro de algún club?

—Pues..., yo diría que era un crío solitario.

—¿Acostumbraba a estar solo?

—Tenía amigos, pero no muchos.

—Y, esos amigos, ¿venían a visitarlo alguna vez?

—No, nunca. Se reunían en otro sitio.

El inspector tenía la sensación de que estaba acercándose a una presa elusiva.

—¿Le gustaba leer?

Los ojos de la señora Keele se iluminaron.

—Mucho. Le encantaban las novelas de aventuras. Le encantaban... Iba a la biblioteca cada dos por tres a por nuevos libros.

—¿Diría usted que era un chico con dotes artísticas?

La mujer, extrañada, miró al policía.

—Desde luego, se le daba muy bien dibujar, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Qué tipo de cosas dibujaba?

—Bueno, pues, sobre todo, caras. Rostros inventados. Máscaras de superhéroes, cosas por el estilo.

El inspector Hobbes debió de mostrar sorpresa en su semblante, porque la mujer se echó a temblar aún más.

—¿Por qué me pregunta todo esto?

El inspector dio un paso adelante.

—Señora Keele..., necesitaría...

—Por favor, quiero que se vaya. Ya.

—¿El concepto «Rey Perdido» significa algo para usted?

El efecto fue inmediato. La mujer casi se levantó del sillón, pero, entonces, se dejó caer de nuevo en él. Parecía que estuviera exhausta.

—Por favor, responda a la pregunta.

—El Rey Perdido..., sí. Era..., era una estrella del pop. —Estaba claro que la respuesta le suponía un alivio al que se aferró con todas sus fuerzas—. Sí, eso... era una estrella del pop, ¿no? De hace unos cuantos años. Grabó un disco, ¿no es así?

El inspector cogió una silla y se sentó frente a la mujer.

—¿Significa ese nombre alguna otra cosa para usted? ¿Algo que tenga que ver con su hijo?

La mujer parpadeó muy rápido y su cara, viva imagen de la angustia, se llenó de arrugas.

A continuación, respiró hondo y asintió.

Con aquel sencillo gesto, de pronto, el ambiente de la habitación dejó de ser tan opresivo.

—Era un nombre que Edward utilizaba en ocasiones, cuando estaba solo o triste. Le pusimos Edward porque es un nombre muy habitual entre los reyes ingleses. —Esbozó una tímida sonrisa—. Ha habido once Edwards en el trono, ¿lo sabía?

El inspector no respondió, así que ella continuó:

—Ya desde pequeño, Edward prefería jugar con amigos imaginarios o representar papeles.

—Así que el Rey Perdido fue un personaje que su hijo se inventó para él mismo.

—Sí. Yo estaba preocupada. La mayor parte del tiempo... daba la impresión de que viviera en un mundo propio.

Una pausa.

—Señora Keele, ¿está su marido en casa?

—No. Se..., se fue poco después de..., de...

—¿De que Edward muriera?

—Sí.

—Entonces, vive sola.

La mujer asintió y, luego, bajó la cabeza, abatida por la pena.

El reloj de pared no cejaba en su tictac y era lo único que se oía.

El inspector Hobbes la observó. Se trataba de una mujer de mediana edad con un vestido azul sencillo, con la permanente hecha y el pelo teñido, y con los dedos sin anillos. Por primera vez, se fijó en que a los pies tenía un plato de huevos con patatas a medio comer. La había pillado cenando mientras veía la tele.

El inspector se inclinó hacia delante y le preguntó:

—¿Cuál es su nombre de pila, señora Keele?

—Susan.

—Susan, ¿ha oído hablar alguna vez de un sitio llamado «ciudad del edén»?

La mujer asintió.

—Allí era donde vivía Edward. En una ocasión, me enseñó un dibujo.

—¿Era una ciudad imaginaria?

—Sí.

—¿Por qué tenía que llevar una máscara su hijo?, ¿lo sabe? ¿Por qué tenía que internarse en esa ciudad de fantasía para escapar del mundo real?

La mujer casi no era capaz de hablar.

—Tenía..., tenía miedo. —Apenas un susurro.

—¿De qué tenía miedo?

—De Anthony.

—¿De su marido?

—Sí.

—¿Hacía daño su marido a Edward?

Estaban sentados muy cerca y ella miró al inspector a los ojos en busca de comprensión.

Algo debió de encontrar la mujer en la expresión del policía, porque empezó a hablar con más libertad:

—Anthony le pegaba y le gritaba cada dos por tres. Se comportaba de manera horrible con Edward..., ¡con su propio hijo! Nada le parecía bien, nada era suficiente, nada de nada.

Yo intentaba detenerlo, pero era imposible. Nunca le daba tregua. A veces, lo encerraba en su habitación durante horas y no me permitía que le diera de comer, ni a él que se lavara o que fuera al lavabo. Fue por aquel entonces, cuando empezaron aquellas horas de confinamiento..., cuando mi pequeño dibujó al Rey Perdido. Luego, mi marido iba al pub, y cuando volvía... se colaba en su habitación para consolarlo... —Era como si la mujer ya no estuviera allí, tan obvio como su mirada perdida—. Me encontraba las sábanas manchadas..., y aquel olor... Era insoportable..., pero no me quedaba otra que tragar. Yo era su madre, ¿qué otra cosa iba a hacer?

La mujer enfocó la vista y miró al inspector como si fuera la primera vez que lo veía. De pronto, daba la sensación de que estuviera terriblemente avergonzada.

—Lo siento mucho. Debería haber ido a la policía. Me comporté muy mal.

—No se preocupe. No se preocupe.

La voz amable del inspector la calmó:

—Susan, me gustaría hablar de la muerte de Edward.

La señora Keele asintió. Al inspector le daba la impresión de que cada pequeño movimiento que hacía la mujer, por imperceptible que fuera, le provocaba un gran dolor.

—¿Qué recuerda usted de aquello?

—La verdad es que no sé cómo sucedió. Aquella semana, mi marido había sido especialmente despiadado con Edward, puede que porque lo estaba pasando muy mal en el trabajo. A menudo, Anthony lo pagaba con el chiquillo. Una y otra vez. Ese día, sin embargo, nuestro pequeño se escapó. No sé adónde iría. Estaba muy preocupada. Llevaba horas perdido. ¡Horas! Entonces...

—Continúe.

La señora Keele sacó fuerzas de flaqueza:

—Entonces, un agente de policía llamó y me dijo que habían encontrado el cadáver de un joven ahogado en la playa. Me pidió que fuera a identificarlo.

—¿Era Edward?

—Tenía la cara y el resto del cuerpo... llenos de golpes. El detective me dijo que se debía a que las olas habían lanzado el cuerpo contra las rocas..., pero yo sabía que no era por eso.

Se quedó callada.

Dejó de agarrarse las manos y soltó con voz débil:

—¡Ay, pero si ni siquiera le he ofrecido una taza de té!

—No se preocupe.

—¿Le gustaría ver la habitación de Edward?

—¿Su habitación?

—La he mantenido, prácticamente, como él la dejó.

—Lo cierto es que me resultaría de gran utilidad.

La mujer se puso de pie y guio al inspector hasta unas escaleras estrechas.

—Es la primera puerta a la izquierda, en la parte trasera de la casa. Si no le importa..., yo no quiero entrar.

—No se preocupe.

—Me pondría a llorar y no pararía.

El inspector Hobbes subió las escaleras y no tardó en encontrar el dormitorio, cuya puerta aún tenía una placa de cerámica en la que ponía «Habitación de Edward». Dentro estaba oscuro.

Buscó el interruptor de la luz, lo pulsó..., pero no sirvió de nada; la lámpara del techo no tenía bombilla.

Se internó en el cuarto y dejó que sus ojos fueran acostumbrándose a la penumbra.

Era la habitación de un chaval de catorce años, preservada a la perfección desde 1966.

Quince años habían pasado. Del techo colgaban maquetas de plástico de Spitfires y de bombarderos Lancaster, y en la pared había un póster de un equipo de fútbol inglés, justo enfrente de la ventana. La cama estaba muy bien hecha y, en el escritorio, junto a una pequeña pila de cuadernos, descansaban una serie de reglas, compases, bolígrafos y lápices.

Todo tenía una fina capa de polvo. El inspector dio por hecho que la mujer habría ido limpiado el dormitorio de su hijo cada pocas semanas, pero que, de hacía un tiempo a esa parte, había dado por concluida aquella tarea.

El inspector Hobbes encendió la lamparita del escritorio y abrió el primer libro de ejercicios de la pila. Estaba lleno de bocetos y de poemas; la misma letra por todos lados. En una de las páginas se apreciaba una versión temprana de la máscara del Rey Perdido, con los labios extendidos y con la lágrima, pero sin la cruz azul en la frente. El policía pasó las páginas y vio que el chico había escrito «ciudad del edén» en varias ocasiones. Edward estaba construyendo el mundo de fantasía poco a poco y con intención de huir de la ira, del maltrato y del abuso de su padre.

Había una fotografía oculta en una de las páginas. Se veía a cinco jóvenes de pie en una campiña. Hobbes dio por hecho que se trataba de Witch Haven y que era Eve Dylan quien los había inmortalizado. Reconoció a dos de los adolescentes de inmediato: Lucas Bell y Gavin Roberts, que estaban el uno al lado del otro. En el centro había un chico y una chica, y otra chica más un poco más apartada de los demás. El inspector le dio la vuelta a la instantánea y, de inmediato, se dio cuenta de que acababa de encontrar la piedra de toque.

Los nombres de los fundadores de la ciudad del edén estaban escritos en el reverso de la foto, de acuerdo con la posición que ocupaban en la imagen: Luna Bloom, Bo Deslumbros, el Rey Perdido, dama Calibán, Genio Índigo. La cuestión era que, debajo de aquellos nombres inventados, estaban los suyos verdaderos; si bien, por desgracia, solo salía el nombre de pila, sin apellido.

El inspector volvió a darle la vuelta a la fotografía y se centró primero en el Rey Perdido, o Edward Keele, pues ahora ya conocía su nombre, y después en la chica que tenía al lado, en la dama Calibán.

Sí, era ella; una versión más joven de la mujer que había visto durante la recreación de la portada del álbum *King Lost* frente al Duffy’s y de la que aparecía en la fotografía de la sesión original.

Se llamaba Natasha, aunque el inspector seguía sin saber su apellido.

Hobbes pasó a la segunda chica, la que estaba un poco separada del grupo, Genio Índigo. Parecía que tuviera unos dieciocho años. Miró bien su rostro y la forma del cuerpo y volvió a consultar su nombre detrás.

No entendía muy bien qué significaba aquello. Era un misterio que había que desentrañar. No obstante, no tenía tiempo para hacerlo en aquel momento. Lo principal era descubrir la identidad de la dama Calibán. Buscó en los demás cuadernos, pero no encontró nada. Abrió los cajones del escritorio y dio con un marco de plata boca abajo. Lo levantó y se fijó en que tenía una fotografía

en la que solo aparecían dos personas. Nada más ver aquella fotografía, el inspector empezó a hacerse una idea de la verdad.

Un tablón del suelo crujió por detrás de él.

Sin darse la vuelta, Hobbes preguntó:

—Señora Keele, ¿tiene usted teléfono?

No hubo respuesta.

Una sombra cruzó las paredes.

De súbito, la habitación se volvió borrosa a su alrededor, pero no sabía por qué.

Luego, le pareció que el haz de luz de la lamparita del escritorio empezaba a elevarse hacia el techo..., pero, no, era él, que se caía. Movía los brazos a uno y otro lado con intención de dar con algo a lo que agarrarse, pero no encontró nada.

Confundido, una vez ya sobre la moqueta, se volvió para intentar ponerse de pie. Fue entonces cuando recibió el segundo golpe. Se lo dieron por encima del hombro. El policía tenía los ojos cerrados. Fue en ese instante cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando e intentó defenderse. Por desgracia, era demasiado tarde. El inspector recibió un tercer golpe en la frente.

Al final, consiguió abrir los ojos.

Vio una de las maquetas de aviones dando vueltas y más vueltas, y el fogonazo de la cara de una mujer que descendía hacia él.

El avión empezó a girar en la otra dirección. Más rápido, cada vez más rápido.

Luego, oscuridad.

UNA PUERTA QUE DA AL PARAÍSO

El mundo llegó poco a poco. Sonido a sonido. Objeto a objeto. Ruidos poco definidos.

Formas. Alguien que se movía cerca de él, una figura de negro.

Notó algo con polvo en la boca. La tenía llena de polvo. De agua después. Espuma.

Y, una vez más, lo invadió el sueño.

El perfume de una mujer.

Alguien que lo besaba, que le tocaba la cara.

Era como un sueño, como un recuerdo. Como si alguien le estuviera contando una historia.

Una historia para dormir.

Se oía música. Pero, dónde, ¿en su cabeza o fuera de ella? Eso no lo sabía.

En sueños, se movía bajo las luces de un escenario. Miraba a través de la máscara, una máscara que le apretaba la cara. La multitud lo observaba, pero era incapaz de recordar la letra de la canción. No le salía ni una sola palabra y tampoco se oía música. No había sino silencio, y la audiencia la tomaba con él. Levantaba la mano. Tenía un cuchillo en ella. Haría lo que fuera, cualquier cosa, para que el público volviera a quererlo, incluso cortarse con aquel cuchillo, despellejarse.

Se despertó con dolor. Asustado.

Se llevó la mano a la cara para ver si, en efecto, el corte estaba allí.

Y, sí, en efecto, allí estaba. Lo sintió. Había dejado de sangrar y había empezado a formársele

la costra.

En la punta de los dedos tenía una mancha de sangre, oscura, además de otros colores: blanco harina y rojo carmín. Le dolía la cara. Hobbes siguió la herida por debajo de su ojo izquierdo, casi hasta la boca, la revivió... con aquel cuchillo que lo había abierto mientras soñaba.

El sonido de una campana lo despertó. Era una alarma. Sin embargo, todo estaba en silencio cuando abrió los ojos.

En esta ocasión, estaba plenamente consciente.

Su cuerpo lo iluminaba una lámpara que tenía justo encima y cuya luz era un sencillo cono. Más allá, la habitación estaba en sombras y luego, a oscuras.

Ya no sentía tanto dolor, pero el lado izquierdo de la cara todavía le dolía. Intentó levantar las manos para tocarse la herida, para ver si aquello era real, si de verdad le habían hecho un corte...

Pero no se podía mover.

Tenía las muñecas atadas a los brazos de una silla y los tobillos, a las patas.

Aulló y tiró de las cuerdas, gritó pidiendo ayuda, se quedó callado a la espera de una respuesta, de signos de vida, de un alma que lo acompañara en aquella habitación oscura, fría y solitaria.

La cuerda le cortó las muñecas y le hizo herida.

Su voz resonaba.

Silencio.

Sentía el maquillaje en la cara, los poros cerrados, una máscara en el rostro.

El olor a grasa animal. Cerca. Maquillaje barato.

Apenas podía respirar.

Se preguntó dónde andaría la sargento Latimer, dónde andaría Meg. Se preguntó si ya habría informado de su desaparición y si lo estarían buscando casa por casa. Le pareció una idea poco probable.

¿Dónde estaba?

Miró a su alrededor. Estiró el cuello cuanto pudo.

Se encontraba en un sótano, no le cabía duda.

Paredes de cemento, sin ventanas, cajas de té, un banco de trabajo con herramientas oxidadas —llaves inglesas, cinceles, destornilladores, un martillo de orejas— que no estaban a su alcance. Instrumentos de tortura.

Olía a humedad, a moho. Había telarañas en cada rincón, en las vigas.

Grietas en el techo y por las paredes. La tulipa de la lámpara que lo iluminaba estaba muy ajada. Una polilla revoloteaba alrededor de la bombilla y se golpeaba con ella.

Se obligó a cerrar los ojos. Un momento de descanso, nada más. Nada más, pero la cabeza se le cayó hacia delante por el mero esfuerzo que le suponía permanecer despierto.

Se sentía torpe, lento incluso dentro de su propia cabeza, con demasiados pensamientos.

Algo se movía por sus venas. Sí. Una droga, algún tipo de narcótico.

Se desvanecía. El sueño le estaba dando alcance.

Una luz destelló y le quemó, y su fulgor penetró a través de sus párpados. Su amarillez lo sacó del sueño.

Justo delante le habían puesto un espejo gigantesco, de cuerpo entero, para que se viera bien.

Allí estaba, sentado, atado a la silla, un pobre hombre con una máscara miserable, con la

mejilla rajada, con el pelo apelmazado por la sangre de los golpes que había recibido cuando lo habían atacado en el dormitorio de Edward Keele.

Lo que había pasado estaba volviendo a él, lo que había sucedido, los acontecimientos que lo habían llevado a aquel sitio, a aquella silla, a aquel cono de luz, a aquella imagen en el espejo.

Él era ahora el Rey Perdido.

Los labios rojos se extendían hacia arriba desde las comisuras, por el corte, la cruz azul en la frente, la piel blanca, la lágrima negra debajo del ojo izquierdo.

Y la otra herida en el otro lado de la cara..., una herida fea.

Al ver todo aquello, recordó su propia mano sujetando el cuchillo en medio de un sueño, cortándose... No, no había sido un sueño, sino la vida real. Aquella herida se la había infligido él mismo. Alguien había guiado su mano mientras él presionaba el cuchillo contra su propia cara.

Lo estaban preparando. Iba a ser otro sacrificio.

Por encima de él, la polilla seguía con su interminable viaje entre la bombilla y la sombra.

Hobbes se miró en el espejo.

Contempló el miedo en sus ojos. Era como si parte de él ya hubiera abandonado los confines de su cuerpo.

Se humedeció los labios y notó el sabor de la pintura.

«Sería tan fácil rendirse... Dejar que la situación me superara...».

Levantó la cabeza. ¡No te duermas! Tenía que permanecer despierto.

La luz destelló una vez más, fulgurante, a un lado. Era una cámara. Le estaban haciendo fotos. El flash lo cegó. Vio que una figura se movía. Una forma nebulosa.

Se enfrentó de nuevo a la silla, desesperado por escapar, pero no consiguió sino arrastrarla, moverla, casi caerse. Luchó contra la gravedad y consiguió mantenerse de pie por poco.

Si se caía, el dolor sería aún mayor y la situación, todavía más desesperada.

Tenía que estar tranquilo.

Debía respirar, sí, respirar con calma. Tenía que cerrar los ojos y estarse quieto. Debía encontrar un lugar hasta el que arrastrarse, en el que hacerse un ovillo y esperar a que se pasara el dolor, a que se pasara la sensación de pérdida, la punzante y terrible sensación de duda.

Permitió que el mundo se asentase a su alrededor.

Abrió los ojos y escuchó.

Se oía música.

Conocía muy bien aquella canción.

«No eres más que otro arlequín en las callejuelas. Perdido en la tristeza del Soho».

Era su propia canción, su propio viaje por la vida.

«He dado casi todo lo que podía dar».

En su día, cuando había recorrido las calles de Londres, recién llegado del norte, perdido y solo...; y, después, con sus nuevos colegas, a veces borracho y con ganas de liarla...; luego, en el cuerpo de policía, primero como agente de uniforme que recorría las calles mientras aprendía el oficio y ahora como detective, trabajando en uno y otro caso. Amigos, colegas, víctimas y criminales. Jenkes. Muerto. Su esposa. Su hijo. Ambos lejos de su vida y alejándose más a diario.

«No me queda nada que perder».

¿Adónde lo había llevado todo aquello, todo el esfuerzo, todos aquellos años? ¿Qué le

quedaba?

Haber salvado un puñado de vidas. Sentir que había cumplido con su deber.

Sí, eso era cierto, aunque podía ponerlo en una balanza y ver cuánto pesaba frente a la pérdida del amor, de la amistad, de la esperanza. Imaginó una balanza cuyos platillos subían y bajaban hasta que, por fin, se detenían.

Se miró en el espejo, que estaba polvoriento, y sonrió.

—Sal, Calibán. Deja que te vea.

Otro clic de la cámara, otro destello.

Una flor de luz.

Una figura se movió. Iba describiendo un círculo, sacando fotos y más fotos, hasta que desapareció en la oscuridad.

—¡Calibán! ¡Sé que eres tú!

Gritó con todas sus fuerzas, pero la habitación se quedó en silencio una vez más, con la música como único acompañamiento. Hobbes le gritó a la oscuridad:

—¡Calibán!

A modo de respuesta, a cada lado del espejo aparecieron dos manos enfundadas en guantes negros. Quienquiera que fuera, retiró el espejo, que parecía que tuviera ruedas.

Hobbes luchó contra los últimos efectos de la droga. Aún estaba atontado y le pesaban los párpados. La estancia cambiaba ante sus ojos. Se cayó hacia delante en la silla y solo las ataduras de pies y manos impidieron que se precipitara al suelo.

Una figura se aproximó y se quedó en el borde del círculo de luz.

Se trataba de una mujer vestida de negro de pies a cabeza, con el pelo largo y oscuro que le enmarcaba aquella cara blanquecina. Tenía los ojos negros y rodeados por unos círculos de maquillaje gris y le brillaban a la luz de la lámpara. Una marca adornaba su mentón, justo por debajo de la boca. Se trataba de la marca identificativa de la dama Minerva, el símbolo de la emperatriz de la ciudad del edén, probablemente una señal de respeto.

Hobbes le mantuvo la mirada.

—Te llamas Natasha, ¿verdad? O dama Calibán, ¿no es eso?

—La dama Calibán se ha retirado y ahora desempeño el papel de la dama Minerva.

—Entendido.

—Ah, ¿sí? Lo dudo mucho.

Su voz era falsa, afectada, con el tono y el timbre de otra mujer. Una copia. Se acercó y lo observó. Hobbes intentó no ponerse nervioso, mantener la respiración tranquila. Le aguantó la mirada.

—He encontrado una fotografía en el dormitorio de Edward —le explicó el policía—.

Estabais los dos juntos. Edward sonreía. Tú, en cambio, fruncías el ceño y mirabas hacia otro lado. ¿Qué edad tenías en aquella época?

La mujer no respondió. Se limitó a estudiar la cara del inspector, centímetro a centímetro.

Hobbes continuó, para lo que tiró de las más raras hebras de lógica que encontraba en su cerebro medio drogado:

—¿Qué edad tenías en aquella época? ¿Once?, ¿doce años? Edward era más joven, ¿no?, el bebé del grupo. He encontrado cierto parecido entre vosotros dos. Sois hermanos, ¿me equivoco?

Ella seguía analizando las facciones del policía.

—La fotografía tenía una leyenda, que es como he sabido vuestros nombres: Edward y Natasha. Me parece raro que tu madre no me haya dicho que tenía una hija. ¿A qué se debe?

La mujer lo miró a los ojos y Hobbes sintió como si penetrasen en lo más profundo de su ser.

—Tenías el brazo sobre el hombro de Edward. —El inspector se dio cuenta de que le temblaba la voz—. Me ha parecido algo más que un abrazo cariñoso, algo más que un abrazo amistoso. Era un abrazo protector. La pregunta es: ¿de qué lo querías proteger?

La mujer parpadeó por primera vez.

—Supongo que de la ira de vuestro padre.

La mujer cerró los ojos uno o dos segundos. Cuando volvió a abrirlos, había luz en ellos y habló con voz calmada y cariñosa:

—Pasé muchas horas delante de mi hermano, pintándole la cara según sus deseos, siguiendo sus designios. Cada uno de los elementos, todos ellos tal y como él los quería; este así, el otro así... —Sus manos trabajaban en una cara imaginada, como si la estuviera maquillando—. La blancura de su rostro, la boca rota y cruel..., una boca con la que no se atrevía a hablar en público; la frente marcada con la cruz de Nuestro Señor, pero un poco ladeada..., ¡solo un poco!; y, para acabar, la lágrima de la mejilla, las lágrimas que nunca se secarían. Así se sentía completo. —Sonrió ampliamente—. Así se sentía a salvo. ¡Así se sentía fuerte! ¡El Rey Perdido subía al trono! ¡Indestructible!

Hobbes la observaba fascinado. Era evidente que tenía todo aquello impreso en la memoria, en el alma.

Entonces, la oscuridad regresó a los ojos de la mujer. Con voz cruel y fría, dijo:

—Tú has lastimado la imagen y el espíritu sagrados del Rey Perdido.

—Esto lo has hecho tú, Natasha, ¡y lo sabes muy bien! ¡Tú me has cortado la cara!

—Era tu mano la que sujetaba el cuchillo que ha cortado la máscara y, con ella, la propia carne. Veo la marca de sangre. —Con una de las manos enguantadas le tocó la herida y la trazó —. Por eso, has de recibir un castigo.

La mujer presionó la herida y el sistema nervioso de Hobbes le envió una punzada de dolor. El policía se echó hacia atrás en la silla y gritó. En las profundidades del sufrimiento encontró las palabras que necesitaba: —A tu hermano no lo asesinaron, ¿verdad?

Aquella era la herida que tenía la mujer, que acababa de quedar expuesta y que el inspector pretendía presionar.

La mujer dudó y dejó de mover la mano.

—Se suicidó, ¿verdad? O puede que tú lo ayudaras. Lo hiciste tú, ¿no es así?

—Lo ayudamos.

Hobbes intentó guiarla por aquel recuerdo:

—¿Los cinco?

—Los cuatro. Luna, Índigo, Bo y yo. La dama Minerva se mantuvo cerca, supervisándonos. Edward llevaba la cara pintada con la máscara... como solo él sabía llevarla, con tantísima belleza... Salimos a caminar bajo la luna, hasta los bajíos. El agua nos llegaba casi por la cintura y allí lo sujetamos..., al pobre Rey Perdido..., con los brazos extendidos..., mientras subía la marea, de manera que el agua lo fuera cubriendo poco a poco.

La mujer le ocultó parte de la cara con la mano. El inspector sintió la presión, cada vez mayor, a medida que ella mantenía al Rey Perdido debajo del agua. Él, sin embargo, no hizo

nada por intentar evitarlo. Pensaba. Tenía que conseguir que la mujer hablara y hablara, con la esperanza de que Latimer hubiera empezado a mover cielo y tierra, y estuviera ya de camino.

—¿Intentó zafarse tu hermano?

Natasha Keele le quitó la mano de la cara.

—Lo intentó, sí. Al principio, pero aquello era lo que quería. Nos había convencido a todos. ¡A todos! Nos lo imploró. Aquella era su única vía de escape... y quería que el grupo, sus únicos amigos de verdad, lo ayudáramos a sumirse en la oscuridad.

La mujer ya solo utilizaba su voz.

—El dolor era demasiado grande para él —constató Hobbes—. El dolor de vivir.

Ella sonrió, consciente de que el policía lo entendía.

—Demasiado, sí. Se había llevado muchos golpes..., golpes que lo habían ido debilitando a lo largo de los años. Demasiadas heridas, por dentro y por fuera. Demasiadas cicatrices. La máscara ya no lo protegía. Ya ni en la ciudad del edén se sentía a salvo.

—Así que lo mantuvisteis debajo del agua. ¿Cuánto tiempo?

—Varios minutos. Minutos y minutos. Tres, cuatro, cinco. Hasta que se lo quedó el mar.

Hobbes consiguió respirar algo mejor y Natasha Keele se apartó un poco de él. Era como si estuviera inmersa en su propio mundo, como si se sintiera más cómoda en otro sitio, en otro reino.

—Fue entonces cuando hicisteis la promesa, ¿verdad?

—Sí. Algunos no querían, se estaban echando atrás... porque la muerte les había acariciado el rostro, pero me encargué de que se mantuvieran firmes en la fe.

—Te tenían miedo.

—En la ciudad del edén no hay sitio para la debilidad. El Rey Perdido acababa de demostrarnos lo valiente que era y, en ese momento, era yo quien tenía que recordarles a ellos lo valientes que eran. ¡Tenía que ser tan valiente como mi hermano! Así que nos reunimos a oscuras y nos cogimos de la mano, los cinco, y repetimos entre susurros, a un tiempo, las palabras que la dama Minerva nos había escrito.

Su voz cambió y adquirió un tono suave, lírico:

—No tengo sino una tarea: proteger la cara y la forma del Rey Perdido. Así, brillará siempre. Siempre. Partiré en dos a aquellos que dañen su majestuosidad. Preservaré su espíritu de todo daño, deficiencia y herida. ¡Gloria!

Fue entonces cuando Hobbes lo entendió todo, cuando lo vio todo con claridad: el dolor que había desembocado en aquel momento, el intenso deseo de aquella mujer de proteger la imagen de su hermano... hasta el punto de asesinar. Porque, claro, solo si perpetuaba la imagen, la máscara, la cara del Rey Perdido, podría mantener vivo el profundo y valeroso significado de la muerte de su hermano.

El Rey Perdido tenía que seguir vivo para que su hermano siguiera vivo, si bien solo en espíritu, en el recuerdo.

Aquello era lo único que importaba. Nada más tenía relevancia.

Era una locura, claro está, pero encerraba en sí misma una belleza terrible. Se lo vio en los ojos, en la postura que adoptaba, en sus movimientos. Lo oyó en su voz, en la canción a la que volvía una y otra vez.

—Debías de querer mucho a Lucas Bell... para que dejases que se hiciera con la máscara del

Rey Perdido, cuando la hizo famosa en todo el mundo.

Natasha sonrió.

—El espíritu de mi hermano viajaba por el mundo y enraizaba allí donde Lucas tocaba, enraizaba en el corazón de las personas. —Hablaba desde lo más profundo de su ser—. Así, Edward seguía vivo y producía felicidad allí donde sonaban las canciones de Lucas.

Hobbes no quería darle tiempo para que pensara en otros asuntos, solo en aquella historia.

—Y, claro, te dolió que Lucas destruyera la máscara en el escenario, ¿no?

La mujer entornó los ojos.

—Estaba loca de dolor... Era una afrenta horrenda. —La pintura blanca de su rostro se agrietó en multitud de líneas—. Mi hermano moría de nuevo y, esta vez..., ¡en público!

Aquello no estaba bien. De hecho, estaba muy mal.

—Así que lo castigaste. Asesinaste a Lucas Bell.

La expresión de su rostro cambió y habló con cierta angustia:

—Se merecía lo que le sucedió, sí, por lo que había hecho.

—Te lo encontraste esa noche, ¿verdad? ¿En Hastings?

—Lucas descansaba en la oscuridad. Se escondía... y tembló en la oscuridad por lo que había hecho, por el dolor que le había causado al mundo.

—¡Lo mataste!

Natasha no reaccionó. Hobbes, en cambio, sintió que la ira iba apoderándose de él.

Escupió para aclararse la boca y dijo:

—¿De verdad crees que es justo matar a una persona? ¿Matarla por el mero hecho de que rompiera un juramento que hizo cuando era un adolescente? ¡Pero si todavía era un crío!

Ella lo miró fijamente.

—Yo no lo maté. Me pidieron que estuviera a su lado.

—¿Te refieres a que se suicidó? ¿Lucas Bell se quitó la vida?

Natasha Keele sonrió.

—Necesitó que lo persuadieran.

—Tú sujetaste la mano que empuñaba el arma... Lo obligaste a hacerlo...

De súbito, la estancia se llenó de colores brillantes porque, sin previo aviso, la mujer echó el brazo hacia atrás a toda velocidad y le soltó un tremendo bofetón al policía. La fuerza del impacto fue tal que Hobbes a punto estuvo de caer al suelo con la silla y todo. Fue la mujer quien lo evitó, quien lo cogió por la pechera de la camisa y lo mantuvo sujeto en aquella posición.

El dolor del golpe sacudió al inspector de arriba abajo y se concentró en la herida del cuchillo. Mientras ella se burlaba de él, con la cara muy cerca de la suya, el policía apretó los dientes.

—He castigado siempre que ha sido necesario, de acuerdo con el juramento que pronunciamos..., y lo he hecho tanto en casa de Brendan Clarke como en la de Johnny Valentine. Los dos estaban enamorados de mí, de lo que soy, de lo que represento, de mi relación con Lucas y con el Rey Perdido. En especial Brendan, que comía de mi mano. — Hobbes notaba el aliento de la mujer en la cara—. Ahora, el mensaje le ha quedado claro a todo el mundo. La máscara está a salvo. La gente no se atreverá a mancillarla, no se atreverá a herir a mi hermano. —Su voz alcanzó un tono muy alto—. ¡No se atreverán!

La mujer lo soltó y, durante un instante, Hobbes sintió que se caía, atado a la silla. El corazón

le latía desbocado por el miedo. Sin embargo, en el último instante, Natasha lo sujetó y lo enderezó. Luego, se rio delante de su cara.

—¿Y qué me dices de Simone Paige? ¿También ella merecía morir?

Un ligero estremecimiento cruzó el rostro de la mujer.

—La maté porque descubrió el escondite, el lugar donde se pusieron las primeras piedras de la ciudad del edén... y porque fue la que llevó a Lucas a quitarse la máscara. Ella es la culpable, que es por lo que no tuve compasión con ella.

—Dudo mucho de que Simone fuera la culpable. Estoy convencido de que Lucas tomó la decisión por sí mismo. Estaba cansado...

—¡No!

—Sí, estaba cansado del Rey Perdido.

—¡No! ¡No!

—El Rey Perdido había empezado a asfixiarlo. Lo estaba matando.

—¡Que no!

La mujer chillaba, aullaba.

Aullidos sin palabras. Un movimiento muy rápido.

De pronto, Hobbes no podía respirar.

Algo le cubría la cabeza, la cara, los ojos, la boca...

Translúcido. Pegajoso.

Intentó escapar de aquello.

Era una bolsa de plástico. Apenas alcanzaba a ver la cara de la dama Calibán, que no parecía sino una máscara oscura, el rostro de una criatura demoníaca, apenas medio humana.

La mujer le apretaba el cuello con fuerza e impedía que la bolsa se moviera, de forma que el plástico adoptaba la cara del policía, la moldeaba, le tapaba la boca, la nariz. Hobbes respiraba donde no había aire, sentía que se ahogaba, que su garganta y su pecho se llenaban de fuego, veía puntitos de luz. Se balanceó en la silla y, más por instinto que por voluntad, se esforzó al máximo por escapar de aquel tormento. Empujó hacia atrás con todas sus fuerzas hasta que, por fin, con ayuda del peso de la mujer, la silla cayó al suelo, y, junto con esta, él y también ella. El viejo mueble se hizo añicos al golpearse contra el cemento y, de pronto, Hobbes tenía el brazo izquierdo libre, o casi libre, pero no alcanzaba a verlo a través de la bolsa.

Rodó sobre sí mismo y se llevó a la dama Calibán con él.

La mujer seguía sujetándolo por el cuello, ahogándolo, intentando que la bolsa de plástico no se moviera, apretándola... a pesar de que él la golpeaba con el brazo de la silla en los hombros, en el cuello, allá donde podía, a ciegas a través de aquella bolsa, de aquella oscuridad que se cernía sobre él, con las últimas luces apagándose, rojas, amarillas, azules, moribundas, desvanecidas...

No, no lo iba a permitir, no pensaba morir allí, en aquel agujero húmedo y apestoso excavado en la tierra. Se iba a resistir, se iba a esforzar con todo su ser para alcanzar un único propósito: sobrevivir. Iba a aguantar. Iba a aferrarse a la vida.

A medida que todo iba estando más oscuro, a medida que sus pulmones cogían aire por última vez, era consciente de que la promesa que acababa de hacerse era una promesa vacía.

Aun así, una luz parpadeaba por detrás de sus ojos.

Una lucecita.

Una chispa.

Suficiente, no obstante, para impulsar a su cuerpo a realizar un último esfuerzo, así que rugió furioso para apartarse del precipicio del que tan cerca estaba. Se lanzó hacia delante y, con la mano que tenía libre, sujetó a la dama Calibán, aunque no sabía por dónde la había agarrado. En cualquier caso, hundió las uñas cuanto pudo, más, más aún, hasta que notó un fluido cálido que supuso que sería sangre. Siguió apretando y, entonces, oyó cómo la mujer empezaba a gritar y le soltaba el cuello.

No necesitaba más. Un momento. Una oportunidad. Y la aprovechó. Se valió de aquella oportunidad única, se aferró a ella, y rodó lo más lejos que pudo. Oyó cómo la silla crujía por debajo de él y notó que se le clavaba en la espalda, en el otro brazo, pero le dio igual, porque estaba aprovechando para quitarse la bolsa de plástico de la cabeza. Cuando lo consiguió, se puso de pie y apartó los restos del mueble a patadas.

Aún tenía uno de los brazos atados a la vieja estructura, pero el otro lo tenía libre.

Se tambaleó por el esfuerzo e intentó enfocar la vista. No veía sino una neblina roja y a la dama Calibán... y a otra persona, otra mujer. Escupió un nombre:

—¡Meg! ¡Meg! ¡Meg!

La sargento Latimer estaba encima de la dama Calibán, que yacía en el suelo, de espaldas, con la cara cubierta de sangre.

La neblina empezó a despejarse, momento en que se dio cuenta de que no se trataba de la sargento.

El inspector Hobbes se balanceaba, a punto estaba de perder el equilibrio.

La mujer dio un paso adelante. Llevaba una llave inglesa en la mano. De la herramienta goteaba sangre.

¿Sería la madre, la señora Keele? Su rostro resplandecía bajo la luz del techo. Le estaba hablando, pero el inspector oía las palabras amortiguadas, como si le llegaran de muy lejos.

No, tampoco era la señora Keele.

Estaba claro.

La mujer se acercó con los brazos por delante.

A Hobbes empezaron a cerrársele los ojos y se cayó al suelo. Él solo quería volver a casa, a un sitio donde estuviera a salvo... de una vez.

La mujer se inclinó sobre él, le murmuró unas palabras y se puso a llorar.

UNA NOCHE LEJANA

El inspector Hobbes se incorporó, se levantó de la camilla de la ambulancia, se zafó de la ayuda que el equipo médico pretendía dispensarle y caminó tambaleándose hasta la puerta, que estaba abierta. La calle se encontraba repleta de coches patrulla, de agentes de uniforme y de una multitud de espectadores que lo observaban todo con avidez desde detrás del cordón policial. Vio a la sargento Latimer acercarse desde la puerta de la casa de la señora Keele. El cielo estaba despejado y había luna llena. Verla llenó al inspector de una gran alegría infantil, frágil. Bajó de la ambulancia y dio unos pocos pasos con sumo cuidado. Le habían administrado calmantes y le

habían vendado la cabeza. La herida de la cara iban a tener que cosérsela, pero había insistido en que le pusieran un apósito de momento; tenía asuntos más importantes de los que encargarse antes de preocuparse por su salud. Miró a su alrededor, entre la muchedumbre. Bullicio y luces. Distinguió a un agente que guiaba a Natasha Keele a un coche patrulla. La luz azul de la sirena del vehículo parpadeaba a un ritmo que el inspector no alcanzaba a comprender. Una idea peregrina llamó a su puerta: la sensación de que había cometido un error, de que aún le faltaba una pieza del rompecabezas. Se volvió, un poco mareado, y vio cómo otro agente se llevaba a Susan Keele. Parecía que la mujer no percibiese nada de lo que la rodeaba y, de hecho, pasó al lado del inspector y ni cayó en la cuenta de que era él.

—¿Hace bien estando de pie, jefe?

Era la sargento Latimer, cuya cara reflejaba preocupación.

El inspector asintió.

—¿Dónde está esa mujer? —preguntó despacio.

—¿A quién se refiere?, ¿a Natasha Keele? Se la están llevando a...

El inspector cogió a la sargento por el brazo.

—No, me refiero a la mujer que me ha salvado. ¿Dónde está?

—En la casa. La detective Palmer está con ella.

El inspector salió disparado hacia allí y la sargento lo cogió por el brazo para acompañarlo y conducirlo en la dirección adecuada. Solo estaban a una calle y llegaron en cuestión de minutos. La puerta estaba abierta.

—Al parecer, vio cómo entraba usted en casa de la señora Keele y se preocupó. Los Keele siempre han tenido mala reputación.

—No es eso.

—¿A qué se refiere?

—Los colores del arcoíris.

Latimer miró al inspector como si no entendiera nada, pero este ya entraba por la puerta.

Se detuvo en el umbral de la sala de estar.

La detective Palmer estaba sentada a la mesa y le cogía la mano a Violet Yorke. La hija de esta última, Morgan, descansaba en un sillón que había en una esquina de la estancia. La joven no llevaba puesta la máscara del Rey Perdido y Hobbes la vio con claridad por primera vez.

Y descubrió en sus rasgos justo lo que esperaba.

La conexión.

El inspector se volvió hacia Violet Yorke, que enseguida le pidió a Palmer que le soltara la mano. No quería mirar a los ojos a Hobbes.

El inspector entró en la sala y le dijo:

—Quería darle las gracias, Violet, por salvarme la vida.

La señora Yorke asintió sin levantar la cabeza.

La detective Palmer se puso de pie y le ofreció su sitio al inspector, que lo aceptó encantado. De pronto, se sentía cansado, pero tenía que decir lo que quería decir, eso era lo único que le importaba. Adelantó una mano y le tocó el hombro a Violet como para pedirle que lo mirara, cosa que ella hizo. La mujer tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quiere que su hija se marche?

La señora Yorke, que temblaba, negó con la cabeza.

—No, quiero que lo sepa.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Morgan.

Violet miró a su hija y le sonrió ligeramente.

—Te quiero, cariño.

—Ya lo sé, mamá.

—Te quiero —repitió la madre entre susurros y, después, se volvió hacia el inspector a la espera de que este empezara con las preguntas.

—Violet, cuando era usted joven, la influyó una mujer que dejaba huella, ¿verdad?, alguien que le cambió la vida, igual que se la cambió a otros jóvenes, tanto para bien como para mal. Si hemos de ser francos, para mal en general.

—Sí, así es.

—He visto una fotografía en la que salen usted y aquellos amigos suyos, pero no la he reconocido en un principio.

—Claro, he cambiado, soy consciente de ello —respondió abatida.

—Pero, entonces, le he dado la vuelta y salía su apodo, junto con el de los otros cinco fundadores de la ciudad del edén. He averiguado que su apodo era Genio Índigo.

La mujer sonrió abiertamente cuando escuchó aquello.

—Sí, esa soy yo. El nombre me lo puso...

—No lo entiendo. ¿Qué es eso de Genio Índigo?

Era Morgan la que lo preguntaba. Violet Yorke miró a su hija y respondió:

—Genio Índigo soy yo, que es el nombre que me puso Lucas Bell.

Morgan sonrió.

—¿Quieres decir que conociste a Lucas?

—Sí, lo conocí.

La mujer hablaba calmada, pero el inspector era consciente del esfuerzo que estaba haciendo para mantenerse quieta y erguida en la silla. Mantenía las manos por debajo de la mesa y miraba a los ojos a su hija.

—No te lo había contado, amor mío, pero lo cierto es que fuimos muy amigos cuando éramos pequeños.

—Sabía que siempre te había gustado su música, pero... ni se me había pasado por la cabeza...

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. —Dicho aquello, se dirigió al inspector—: ¿Ha descubierto usted la razón por la que me puso ese nombre?

Hobbes asintió.

—El violeta y el índigo están juntos en el arcoíris. Es algo que siempre he tenido muy presente.

—Lucas siempre estaba con cosas así. Era muy inteligente. Le encantaban los juegos de palabras y dejar pistas por todos lados.

Morgan miraba a su madre y al detective. Alerta, emocionada.

—¿Qué edad tenía usted por aquel entonces?, ¿dieciocho?, ¿diecinueve?

—Dieciocho.

—Y estaba usted embarazada. Me he dado cuenta en la fotografía.

—Sí, estaba embarazada de Morgan.

Su hija soltó una exclamación de sorpresa. Violet levantó la mano.

—Por favor, cariño, deja que te lo explique...

El inspector decidió retomar la conversación a toda prisa.

—Así que era usted muy joven y no estaba casada. Doy por hecho que se movía usted en un círculo de gente muy pequeño, en su mayor parte los miembros del club Minerva, ¿no es así?

—Ellos eran, de hecho, mis únicos amigos.

—Había tres chicos en el grupo, Lucas, Gavin y Edward, pero doy por hecho que ni Edward Keele ni Gavin Roberts estaban interesados en eso.

—Así es.

—Entonces, ¿Lucas Bell es el padre de Morgan?

—Sí.

Morgan se puso de pie como accionada por un resorte. Parecía que fuera a salir huyendo, pero la recorrió un escalofrío de miedo y se quedó inmóvil. A ojos del inspector, la cara de su padre acababa de apropiarse de los rasgos de la joven. La señora Yorke se volvió hacia ella.

—Morgan, te dije que tu padre era un hombre que se había ido del pueblo, pero era mentira.

—¿Por qué? —fue lo único que acertó a decir la joven.

La pregunta dejó callada a su madre.

—Por favor, siéntate —le pidió el inspector a Morgan.

La muchacha lo hizo de inmediato, agradecida de que alguien le indicara qué hacer.

El inspector volvió a centrarse en la señora Yorke.

—Señora Yorke, ¿por qué no nos cuenta lo que sucedió? Desde el principio, por favor.

La mujer miró primero a Hobbes y después, a su hija. Aquella mirada, aquel anhelo, acabó por desembocar en lágrimas. La mujer se las secó con el dorso de la mano e hizo un esfuerzo claro para armarse de valor y comenzar a hablar.

—Yo estaba muy enamorada de Lucas. Fue un amor adolescente, ahora lo sé, pero, en aquel momento... fue como si nada más importase en el mundo. Nada. Me entregué a él por completo... y acabé embarazada.

Hizo una pausa y tomó aliento un par de veces.

—¿La correspondía Lucas?

—A decir verdad... no. No. Puede que un poco, pero su familia odiaba a la mía.

Pensaban que no éramos más que unos mierdas de clase obrera y que todo era culpa mía, que había tentado a su hijo y lo había llevado a la perdición. Mis padres eran católicos, así que se

mostraron inflexibles con que tuviera el bebé, pero, luego, insistieron en que lo diera en adopción. Pero yo no iba a hacer eso, está claro. —Miró a Morgan, embargada por una valentía repentina, con mirada desafiante—. Mi hija es lo que más quiero en el mundo.

—¿Fue entonces cuando Lucas se fue de Hastings?

—Sí. Estuvo aquí un par de años más, hasta que Edward Keele murió... Lo que acabó con el sueño de la ciudad del edén, y, entonces, se marchó a Londres.

La madre y la hija no dejaban de mirarse. El inspector conocía aquella mirada, la feroz determinación. No eran tan diferentes la una de la otra.

—Vi desde aquí cómo Lucas se convertía en una estrella del pop, cómo el mundo lo adoraba mientras yo cuidaba de Morgan y le ponía los discos de su padre, que, en cierto modo, supongo, fue mi manera de permitir que su padre la influyera.

—¿Intentó Lucas conocer a Morgan en alguna ocasión?

—No. A veces, en los primeros días de su carrera, nos llegaba un cheque por correo. No obstante, a medida que su fama fue en aumento, el dinero dejó de llegar. Para aquel entonces, además, Morgan y yo ya teníamos la vida muy reconducida.

—Debió de sorprenderla ver que se hacía con la máscara del Rey Perdido.

—Sí, pero me gustó que aquella creación del pobre Edward cobrase vida de nuevo.

—¿Cómo se sintió después, cuando destruyó la máscara?

—Desde el primer momento, pensé que era inevitable que lo hiciera antes o después.

Ahora bien, Natasha se lo tomó fatal, como si se hubiera vuelto loca.

—¿Seguía siendo usted amiga de Natasha Keele?

Violet Yorke se estremeció.

—Amigas no se podría decir que fuéramos, pero sí que era la única del club Minerva a la que seguía viendo. Estaba fatal... Con diferencia, la peor de todos. Llevaba sobre los hombros un peso terrible..., pero hablábamos de vez en cuando. Natasha siempre ha estado muy arrepentida, amargada.

—Entonces, Lucas regresó a Hastings después de su último concierto.

Violet Yorke se humedeció los labios y cerró los ojos unos instantes.

—Sí, vino a Hastings. Un día, esperó a que saliera de casa y me abordó en la calle.

Llevaba un sombrero y una chaqueta con el cuello levantado para que nadie lo reconociera; aunque, a decir verdad, no sirvió de nada. Por otro lado, en cierto modo, parecía de lo más normal sin la ropa y el maquillaje de sus actuaciones. Una persona más. Estaba borracho..., y yo diría que también se había drogado, aunque no podría asegurarlo porque desconozco este tema.

—¿Quería ver a Morgan?

—No. Por aquel entonces, mi hija tenía diez años y se había quedado a pasar la noche en casa de una amiga. Aquello hizo que me envalentonara. Nos sentamos en un banco de Alexandra Park y hablamos de muchas cosas..., aunque, principalmente, de su vida, de los problemas que tenía. Estaba deprimido, diría yo. Estaba perdido. Era un alma desamparada, angustiada por el peso del mundo.

—¿Sintió usted pena por él?

La mujer miró a los ojos al inspector por primera vez desde que había empezado el interrogatorio.

—Sí. Fue curioso, porque pensaba que iba a estar enfadada con él, pero fui incapaz de encontrar tal sentimiento en mi interior. Me resultó imposible... Lucas parecía tan..., parecía

tan poca cosa. Me contó que esa misma mañana le había enviado una carta a una exnovia.

Pensaba que, prometiéndole el amor futuro, escaparía del presente y, claro, de sus problemas.

Sin embargo, me confesó que no creía que fuera a servir de nada.

—¿Qué sucedió después?

—Empezaba a anochecer y el parque iba a cerrar, así que fuimos hasta su coche. Tenía un precioso turismo azul y me ofreció que lo acompañara a la afueras, a una granja que había alquilado en Westfield, que es un pueblo que está más al norte.

—¿Y accedió usted?

—Accedí, sí.

—¿Por qué?

—No sé..., supongo que sentía curiosidad. Además, era evidente que no estaba bien para conducir y me daba miedo que tuviera un accidente o que incluso matara a alguien en la carretera. Así que lo llevé a su casa.

—¿Vio usted una carta del tarot en el salpicadero?

—No, eso lo dejó Natasha más tarde.

—¿Por qué?

—Me explicó que era una marca, el símbolo del alma eterna del Rey Perdido. Era la dama Minerva la que nos hablaba de todos esos temas y, un día, nos entregó a cada uno una carta que nos representaba. Edward, por ejemplo, era el Emperador; yo era la Suma Sacerdotisa, y Lucas, el Loco. No es que le molestara que le asignara aquella carta..., porque siempre estaba hablando de las aventuras que iba a correr cuando fuera mayor. Minerva y él estaban muy unidos cuando él era joven. Mucho.

El inspector detectó un claro gesto de celos en el rostro de la mujer.

—¿Fueron directos a la granja?

—No. Lucas quería beber algo. Le dije que los pubs ya estaban cerrados, pero no me hizo ni caso. Me pidió que parara. La verdad es que me asusté bastante, porque no dejaba de gritar y de moverse. Decidí que lo mejor era parar y él bajó del coche y se dirigió tambaleándose a un pub. Recuerdo que había un hombre en la acera y que se quedó mirándolo con atención. Lucas se había quitado el sombrero y había dejado al descubierto aquel pelo teñido con mechas que llevaba. Yo diría que el hombre lo reconoció. Le imploré a Lucas que volviera al coche y, la verdad sea dicha, lo hizo sin rechistar. Creo que el hecho de que lo reconocieran lo relajó un poco.

—¿Fueron después a la granja?

—Sí.

—¿Vieron a Natasha Keele en algún momento?

—No. Más tarde. Ella llegó más tarde.

—Pero aquella fue la última noche de Lucas Bell, ¿no es así?

—Lo fue, sí.

Al oír aquella sencilla afirmación, Morgan no pudo seguir callada.

—Mamá, ¿estuviste presente cuando Lucas Bell se suicidó?

Violet Yorke asintió.

Morgan quería seguir haciendo preguntas, pero el inspector la interrumpió. Era importante que el interrogatorio siguiera adelante.

—¿Qué sucedió cuando llegaron a la granja?

—Se trataba de un sitio aislado, muy adecuado para saciar esa necesidad que tenía de escapar. El sitio estaba sucio, olía mal. Había muchos platos por fregar, pilas de ropa sucia.

Era evidente que, después de matar al Rey Perdido, de lo que habían pasado unas tres semanas, Lucas había renunciado a la vida. Había hojas y hojas con letras de canciones por todos lados..., hasta por el suelo. Cogí algunas y comprobé que eran canciones antiguas, melodías que ya le había oído tocar en el club Minerva. Composiciones sobre la ciudad del edén. —Hizo una pausa—. Pensé que estaba buscando pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—No sé, algo que le diera una razón para vivir. También había estado estudiando el tarot y vi

las cartas dispuestas en la cruz celta. Supongo que buscaba ayuda, luz...

—Así que Lucas Bell había decidido suicidarse.

—No me cabe duda.

—¿No le cabe duda?

—Me lo dijo él mismo. Se sirvió lo poco que quedaba en una botella de whisky y se sentó en medio de todo aquel desorden con la cabeza entre las manos. Fue entonces cuando empezó a contarme la verdad; que su vida estaba acabada. Nada más decirme aquello, ya no pudo parar. Salió todo. Me explicó que la fama lo estaba destruyendo, que no podía soportar la culpabilidad que sentía por el papel que había desempeñado en la muerte de Edward Keele. Había llevado la máscara del Rey Perdido durante un tiempo con la esperanza de que eso aliviara el sentimiento de culpa, pero había dejado de funcionar. Sentía que su éxito se basaba en una corona que había robado. Esas fueron sus palabras: «Una corona que he robado».

Violet Yorke se vio obligada a dejar de hablar porque las emociones que le estaban provocando los recuerdos que estaba trayendo a colación empezaban a superarla.

Temeroso de que aquello fuera a hacer que la mujer se cerrara en banda, el inspector le preguntó:

—Entonces, ¿lo ayudó usted a hacerlo?

La mujer asintió.

—Me pidió que lo llevara a Witch Haven. No estaba muy lejos y podríamos haber ido andando, pero cogimos el automóvil. Era una noche sin nubes, cálida, con la luna casi llena.

Lo recuerdo como si fuera ayer.

—¿Qué hora era?

—Cerca de medianoche, diría yo. No nos encontramos con otros vehículos en la carretera. Nos detuvimos en lo alto de la colina y Lucas bajó y abrió la verja de la campiña.

Me pidió que aparcara el coche en medio de aquella extensión de terreno, y así lo hice. Nos quedamos sentados en él, alumbrados únicamente por la luz interior. Fue entonces cuando vi el arma.

El inspector se fijó en que Morgan contenía el aliento.

—Quiero creer que no se lo esperaba.

—Si le soy sincera, no sabía qué esperar. Pastillas para dormir, quizá. Pastillas y más alcohol. Pensaba que buscaría algo más tranquilo, una manera de desvanecerse poco a poco.

También me vino a la memoria la noche en que se ahogó Edward.

—Continúe, por favor..., si puede.

La mujer asintió.

—Lucas sacó la pistola de la guantera. Yo estaba muy asustada..., aunque daba por hecho que no iba a dispararme a mí. En sus ojos se veía con claridad que deseaba acabar con

todo. Se puso el cañón en la sien y...

—¿Dudó?

Violet Yorke se secó más lágrimas.

—Dudó, sí. —Se le había quebrado la voz—. Fue terrible... ¿P... por qué lo hizo? Si hubiera seguido con su plan...

—¿Qué hizo usted, Violet?

La mujer volvió a mirar a los ojos al inspector.

—Pensé que aún podía salvarlo. —Se quedó callada y miró a su hija—. Le hice una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Pues resulta que habíamos hablado mucho, en el parque..., de camino a la granja..., una vez allí...; pero él no había mencionado a Morgan ni una sola vez, ni siquiera se había referido a ella... Así que le dije: «¿Y qué pasa con Morgan? Seguro que te gustaría verla. Si vives, podrías hacerlo». Bajó un poco la pistola para responderme.

—¿Y qué le respondió?

—«Nada importa. Nada de nada. Nada». Eso fue todo. Y, claro, fue lo único que me faltó. Recuerdo que sentí que se me llevaban los demonios, así que le cogí la muñeca y le puse la pistola una vez más en la sien. Se echó a temblar. Sudaba. Vi en sus ojos que tenía miedo, como si quisiera apartar el arma, pero yo le sujeté la mano con fuerza e impedí que lo hiciera. Era como si estuviéramos hechizados. No sé cómo, pero puse un dedo en el gatillo por encima del suyo. —Le tembló la voz—. No pensaba lo que hacía. Sucedió así..., sin más... Una cosa llevó a la otra.

La mujer miraba hacia delante, al vacío. Estaba muy lejos de su sala de estar, se encontraba de nuevo en el coche, estacionado en Witch Haven, aquella noche, con el cielo despejado y la luna casi llena, a oscuras.

—Accioné el gatillo.

En la estancia se hizo un silencio aterrador.

Que se alargó durante mucho tiempo.

Nadie hablaba.

Entonces, un terrible grito rasgó aquel mutismo. Morgan Yorke se puso de pie y se abalanzó sobre su madre. La detective Palmer la cogió y se lo impidió. Le puso los brazos alrededor del cuerpo y tiró de ella. Morgan intentaba zafarse y alcanzar a su madre, pero la detective la sujetaba con fuerza.

El inspector Hobbes observaba con atención a Violet Yorke. La mujer no miraba a su hija, aunque volvía a estar en la habitación, concentrada en el estampado del mantel.

Por fin, Morgan se relajó y se quedó callada. Hobbes le hizo un gesto a la detective para que soltara a la muchacha. Morgan se dejó caer al suelo.

El inspector se puso de pie y pidió ayuda a Palmer. Juntos, cogieron a Morgan y la levantaron. La detective se la llevó de la sala de estar y Hobbes esperó a que los pasos se desvanecieran antes de centrar su atención una vez más en Violet Yorke.

—¿Cómo se vio involucrada Natasha en el asunto?

—Volví a la granja que tenía alquilada Lucas como si caminara dentro de un sueño. —

La voz de la mujer carecía de sentimientos—. La verdad es que no recuerdo cómo llegué, pero, una vez allí..., llamé a Natasha por teléfono y le dije que acababa de meterme en un problema. Lo único en lo que podía pensar era en que me quitaran a Morgan por lo que había hecho.

—¿Le contó a Natasha qué era lo que había hecho?

—No, por teléfono no..., solo que había cometido algo horrible. Mi tono de voz debía de ser un poema, porque la mujer llegó enseguida y decidida a ayudarme. Por lo visto, me encontró acurrucada en una esquina, llorando sin parar. Le conté lo que había sucedido y enseguida se

hizo cargo de la situación. Eso siempre se le había dado muy bien. Cogió unas cuantas cosas de la casa. Recuerdo que rompió una hoja de papel en dos, pero no entendí para qué lo hacía. Ni me imaginé lo que estaba planeando..., pero volvimos juntas a Witch Haven... en su coche... Recuerdo que me sentí aliviada porque fuera otro el que estuviera al frente de la situación. También recuerdo que tenía miedo de que apareciera alguien, pero, la verdad, es que el sitio estaba aún más tranquilo que antes, incluso más oscuro. Las nubes tapaban la luna.

—¿Qué hicieron entonces?

—Caminamos hasta el coche. Natasha había cogido una linterna. Recuerdo que se emocionó cuando vio a Lucas..., cuando contempló el estado en que había quedado... La herida... La sangre... Tenía ojos de loca. Me sonrió, lo que me pareció horrible, aunque le estaba muy agradecida porque me estuviera ayudando. Vi cómo metía una hoja de papel en la guantera. Luego, sacó una carta del tarot... (debió de cogerla de la baraja que Lucas tenía en la granja) y la dejó en el salpicadero, justo delante del cuerpo de Lucas... Hizo un comentario al respecto, pero la verdad es que no lo recuerdo.

—No pasa nada, Violet. Usted continúe.

—Luego, volvimos a su coche y regresamos a Hastings. Yo diría que, para entonces, eran las dos de la mañana. Puso la radio. Música. De pronto, me sentí agotada...; en cambio, en un momento dado que miré a Natasha, me di cuenta de que ella seguía estando emocionadísima. Le había hecho un favor al matar a Lucas... o al ayudarlo a que se quitara la vida, vamos. Lo que fuera que hice realmente.

Violet Yorke volvió a mirar al inspector mientras acababa su relato:

—Ella había castigado a Lucas por el crimen que había cometido al destruir al Rey Perdido. Es ahora cuando sé que, aquella noche, fui yo la que prendió en su persona la chispa de matar..., de matar una y otra vez. En parte, me siento responsable de lo que ha hecho. En parte...

La mujer no pudo seguir y agachó la cabeza.

La detective Palmer volvió a la sala de estar y el inspector la dejó con Violet Yorke y salió a la calle. Muchos de los curiosos habían regresado a sus casas. Se fijó en que la sargento Latimer estaba hablando con un agente de uniforme y fue hacia ella. Mientras se acercaba, pensó en la ciudad del edén y en las seis personas que habían vivido en aquel lugar de fantasía hacía más de quince años. Ahora, cada nombre tenía una cara, cada cara tenía un nombre.

La sargento lo vio llegar y sonrió.

Hobbes se tocó el apósito del pómulo y pensó en la herida que había recibido. Se detuvo de golpe, en medio de la calle. La impresión se apoderó de él y empezó a temblar como si tuviera el frío metido en el cuerpo.

No se podía mover. No podía dar un solo paso.

LA CIUDAD DEL EDÉN

Bo Deslumbros: Gavin Roberts
Dama Minerva: Eve Dylan
Dama Calibán: Natasha Keele

Genio Índigo: Violet Yorke
Luna Bloom: Lucas Bell
Rey Perdido: Edward Keele

LUNES

31 DE AGOSTO DE 1981

LA LLAMADA

Hobbes se esforzaba por quitarse la bolsa de plástico de la cabeza, pero cuanto más lo intentaba, más pegada la tenía a la piel, a la boca, y, de pronto, se despertó respirando como si estuviera a punto de ahogarse y preguntándose qué era aquel ruido que resonaba en sus oídos, que perforaba la penumbra.

Gruñó y se sentó en la cama.

Era el timbre de la puerta lo que sonaba.

Echó mano al tobillo para soltarse la cinta con la que se había atado a la cama y maldijo.

El dolor sordo de la cabeza se convirtió, de repente, en un fortísimo dolor punzante. Por lo menos, no había estado caminando en sueños. Cabía la posibilidad de que ya se hubiera librado de todo eso.

Fue tambaleándose hasta la puerta y preguntó a voces:

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy el agente Barlow, señor.

—¿Barlow?

—Sí, señor.

Hobbes abrió la puerta. El agente lo miró de arriba abajo. Hobbes parpadeó un par de veces y, después, se puso bien el pijama.

—¿Qué coño quiere?

—Necesitan sus servicios, señor.

Por unos instantes, Hobbes fue incapaz de entender lo que acababa de decirle el agente.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó mientras se frotaba los ojos.

—Son casi las cinco.

—¿Las cinco? ¡Por Dios!

—Lo hemos llamado, señor, pero no hemos conseguido dar con usted.

—He descolgado el teléfono.

—No pasa nada. ¿Lo espero mientras se prepara, señor?

—¿Cuál es el problema? —Un pensamiento terrible lo golpeó como un rayo—. No se tratará de Martin, de mi hijo, ¿verdad?

—No, es Fairfax.

—¿Fairfax? ¿No estará...?

—No sé cuál es el problema, señor.

—De acuerdo, deme un minuto.

Hobbes fue al cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría. Luego, se puso la primera ropa que encontró y se apresuró hacia la puerta de la calle. Barlow estaba al volante de un coche sin distintivos de la policía. Hobbes se sentó en el asiento del copiloto y vio que la sargento Latimer estaba detrás.

—Jefe.

—¿Qué está pasando, Meg?

—Tommy ha llamado a la comisaría. Parecía que estuviera desesperado.

—¿Ha sido atacado?

La preocupación se apoderó del inspector.

—No lo sé. Ha preguntado por usted.

Se pusieron en marcha. Hobbes intentó limpiarse los dientes con la lengua y deseó haberse tomado un momento para cepillárselos. Se sentía fatal. Llevaba casi todo el fin de semana en la cama, lamiéndose las heridas, pasándose un dedo por los puntos de la mejilla y teniendo sueños muy extraños.

Se dio cuenta de que no iban camino de la comisaría.

—Barlow, ¿adónde vamos?

—A Putney, señor. A la dirección que nos ha facilitado el detective Fairfax.

Daba la sensación de que nadie quisiera hablar, pero a Hobbes no le importaba lo más mínimo. Se recostó en el asiento y se dedicó a ver pasar las madrugadoras calles del sur de Londres. Ya había gente levantada, poca: taxistas, panaderos, vendedores del mercado, un vehículo que limpiaba la calzada...

La sargento llamó su atención con unos golpecitos en el hombro.

—Ya casi hemos llegado.

—Bien.

Barlow giró para entrar en una calle secundaria. Daba la impresión de que la zona estuviera en ruinas; un sitio en el que uno acaba, no al que aspira.

—Es aquí —anunció el agente mientras detenía el motor—. En el número diecisiete.

La sargento miró por la ventanilla y dijo:

—Parece una casa de huéspedes o un hostal.

En efecto, era un hostal y, además, uno de mala muerte.

Barlow se quedó en el coche. Hobbes y Latimer bajaron y fueron hasta la puerta principal del edificio. Enseguida les abrió el responsable del turno de noche, un hombre de mediana edad que los recibió con preocupación.

—Me alegro de que hayan venido. No saben cuánto me alegro.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el inspector.

—El visitante ha utilizado el teléfono de pago del vestíbulo y, después, ha subido a la habitación. Miren cómo me ha dejado la propiedad.

Latimer se acercó al teléfono y lo examinó. Estaba manchado de sangre.

Hobbes se fijó en las escaleras.

—¿De qué habitación está hablando usted?

—De la nueve, en el último piso.

—¿Y quién se hospeda en ella?

El encargado frunció el ceño.

—Un agente de policía que se apellida Mawley.

—Mierda.

El inspector, la sargento y el encargado subieron dos pisos. El sitio apestaba a humedad y a podrido. Así que allí era donde el sargento Mawley había acabado después de que su esposa lo echase de casa, ¿eh?

El encargado señaló una puerta que había en lo más alto del hostal.

—Es esa de ahí.

Hobbes se acercó e intentó abrirla, pero no lo consiguió. Llamó.

—Fairfax, ¿está usted ahí?

No respondió nadie.

—Soy Hobbes y me acompaña la sargento Latimer. Meg.

La sargento dio un paso adelante.

—Tommy, soy yo. Venga, tío, déjanos entrar.

Seguían sin obtener respuesta. El encargado sacó un manojo de llaves y le indicó a Hobbes cuál era la de aquella puerta. El inspector la cogió y la metió en la cerradura, la giró y, con cuidado, poco a poco, empujó la puerta. Luego, le hizo un gesto con la cabeza a la sargento para que se quedara en el rellano. El inspector entró y cerró la puerta.

La habitación estaba limpia y ordenada, con las pocas posesiones de su ocupante en su sitio. Había una camisa secándose en el respaldo de una silla. La silla en cuestión, una cama, una cómoda desvencijada y un armario inclinado eran los únicos muebles que había. En el suelo, tirada, una lamparita.

El sargento Leonard Mawley estaba sentado contra la pared, con las piernas encogidas y las muñecas atadas a la tubería de un radiador con unas esposas de policía. Se distinguían heridas en el pecho y en los hombros, que se veían por debajo de la camiseta blanca que llevaba, que estaba manchada de sangre. También había salpicaduras en la moqueta y en las paredes. Mawley tenía la cara hecha un cristo, con la nariz rota y un ojo tan hinchado que no podía ni abrirlo. A juzgar por la forma de la cara, era probable que también hubiera perdido algún diente, pero era difícil saberlo porque le habían metido una toalla de manos sucia en la boca. El sargento intentó enfocar al inspector con su ojo bueno. La vida que le quedara a aquel hombre estaba concentrada en aquella pupila negra.

Tom Fairfax estaba a su lado, con una barra de hierro en las manos.

Hobbes no se movió hasta que no tuvo una idea clara de lo que pasaba allí y se hubo relajado un poco. Luego, se acercó un paso. Fairfax levantó el arma.

El inspector intentó hablar con serenidad:

—A ver, vamos a tranquilizarnos, ¿vale?

—No se acerque, se lo advierto.

Hobbes levantó las manos.

—Vale, Tommy. Mira, no me muevo.

—¡Lo voy a matar! Voy a acabar con él. Lo voy a matar.

—Sé que serías capaz.

Fairfax se limpió una mancha de sangre de la boca. Era evidente que, antes de lograr someter a Mawley, se habían pegado. Fairfax tenía que haber estado imbuido por una ira feroz para haber podido con el sargento, que era mucho más grande que él y tenía mucha más experiencia,

además del mal que había en su alma.

Hobbes respiró despacio. Intentó un acercamiento diferente:

—Inspector Fairfax, ha llamado usted preguntando por mí, ¿no es así?

Un asentimiento a modo de respuesta.

—Quería usted hablar conmigo.

—Sí.

—Bien, pues aquí estoy. Hablemos.

Fairfax se volvió y miró a Mawley. Lo miraba con desdén.

—Lo tengo. Tengo al cabrón de mierda. Se lo he sacado todo, hasta el último detalle.

—Sí, y ha hecho usted un buen trabajo. Es posible que incluso lo asciendan...

Aquello fue un error y Hobbes se dio cuenta a medida que las palabras salían por su boca. El detective golpeó la cómoda desvencijada con la barra de hierro. La madera del

mueble se astilló y el reloj despertador que había encima cayó al suelo. Mawley se pegó todo lo posible al radiador. Sus muñecas tiraban de las esposas.

—¡Esto es por Charlie Jenkes y por quien lo mató! ¡Nada más!

El inspector se arriesgó a dar un nuevo paso adelante.

—¿Cómo lo ha descubierto, detective? Me gustaría saberlo.

—Usted me puso sobre la pista, Hobbes. Señor, me contó lo de las fotografías, lo del chantaje y que había otro policía implicado.

—Pero ¿cómo supo que se trataba de Mawley?

—Por eliminación. —Estaba orgulloso de su labor—. ¿A quién podía llevarle usted unas fotografías para que se las revelara, que lo conociera, pero que no perteneciera al cuerpo?

Probé en unos cuantos sitios.

—Y acabó dando con Neville Briggs.

El detective sonrió.

—Se lo saqué sin problemas. No tuve más que presionarlo un poco. Me enseñó las fotos.

—Puso cara de asco—. Se me revolvió el estómago.

—Tommy, no creo que haya llamado usted preguntando por mí solo para fardar. Hay algo más, ¿no es así?

Fairfax negó con la cabeza.

—Llamarlo ha sido un error.

Hobbes se mantuvo firme.

—Creo que quiere usted que lo ayude. Por eso me ha llamado. Así que voy a impedir que siga usted adelante.

Fairfax hizo un gesto amenazador con la barra de hierro y Mawley se retorció en el suelo con la toalla en la boca. Fairfax se agachó y le sacó la toalla de la boca. El sargento empezó a gritar:

—¡Quítamelo de encima, Henry! ¡Está chalado!

El inspector no se movió.

—Con un golpe más debería bastar —soltó Fairfax con el rostro desprovisto de sentimiento —. Un golpe fuerte en la cabeza y no lo cuenta.

El inspector mantuvo la calma. Miró a Mawley.

—Len, ¿es verdad? ¿Fuiste tú?

—¡Ya lo ha confesado! —exclamó el detective, preparado para atacar.

—Usted ya me lo ha dicho, detective, pero quiero que me lo diga él.

Mawley se puso de pie como pudo, encorvado y luchando contra las esposas.

—¡Sácame de aquí, Henry! Tienes que llevarme a un hospital. Eso es lo que tienes que hacer.

«Lo que tienes que hacer».

Desde luego, parecía una buena idea.

—¿Fuiste tú?

Era una pregunta fría y recibió una respuesta fría:

—Sí, joder. —Cerró el otro ojo—. Sí, yo lo colgué..., que era lo que se merecía. —

Escupió sangre, un escupitajo por cada frase de la confesión—. Era un cabrón redomado... ¡y los dos lo sabéis bien!

—¿Ve? —Los ojos de Fairfax refulgían—. Lo que quería es que viera usted cómo lo mato.

El inspector se acercó.

—Espere, Tommy. Piense en ello.

—Si tuviera usted huevos, me ayudaría.

—Es posible..., pero eso no me haría mejor que Mawley. Es uno de los peores policías que he conocido jamás.

El joven detective dudó. Era evidente en sus ojos. Hobbes aprovechó el momento.

—Venga, ya está. Ya tenemos al culpable.

Pero, entonces, la sargento Latimer abrió la puerta y entró. A Fairfax no le gustó aquello.

La vergüenza se dibujó en su rostro enrojecido y empujó a Hobbes con tal fuerza que lo envió tambaleándose contra la pared. Luego, se estremeció.

—¡Meg, vete de aquí! —le gritó a su compañera.

—Será mejor que le haga caso, sargento —le aconsejó Hobbes.

Sin embargo, la policía hizo oídos sordos, se acercó a Fairfax y le soltó:

—Idiota de los cojones, mira cómo estás.

Fairfax se fue apagando ante la mirada de la sargento.

—Meg... —Le temblaba la voz—. Lo siento, Meg... No me mires así. No me mires.

Latimer le mantuvo la mirada.

—No pienso hacerte ni caso hasta que no tires esa mierda de barra.

Fairfax parpadeó para evitar que el sudor le entrara en los ojos.

Hobbes estaba muy atento; la situación podía invertirse en cualquier instante y quería estar preparado para lidiar con cualquier eventualidad.

Mawley se protegió la cara con el brazo.

A Fairfax le tembló la barra de hierro.

Latimer le tocó el brazo.

—Tommy, estoy de tu parte y el inspector también.

Y ahí terminó todo. Con aquello fue suficiente. Con aquellas palabras. Fairfax gimoteó y dejó caer la barra de hierro al suelo. Luego, se desmoronó en los brazos de la sargento, llorando.

Hobbes se quedó donde estaba, mirando a sus dos oficiales abrazados y a un antiguo colega acurrucado contra el radiador. Se fijó en los muebles astillados, en las salpicaduras de sangre, en su cara herida reflejada en el espejo que había encima de la cama. Menuda habitacioncita. Latimer, Fairfax, Mawley. Por primera vez en muchos meses, puede que incluso en años, volvía a ser parte de algo. Le resultaba extraño y no era capaz de comprenderlo, pero, allí, entre tanto

amor y tanto odio, justo en el punto de fractura, en el punto de equilibrio, era donde se sentía a gusto.

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias a Susanna Jones por las semillas de la campiña de Witch Haven.

A William Shaw, que me contó la historia de los primeros días de una banda de rock famosa en el mundo entero. A partir de aquella conversación surgió la idea de una ciudad imaginada. William también me dio sabios consejos sobre cómo escribir novela negra.

A Vana, a Michelle, a Alex y a Russell, que leyeron el manuscrito en diferentes fases y me ofrecieron ayuda y consejos de valor incalculable.

A todo el equipo de Transworld por el fantástico trabajo que ha hecho para dar vida a esta novela y, en especial, a mi editor, Bill Scott-Kerr, por ver el potencial no solo de la historia, sino del inspector Hobbes.

Es de ley que diga que recibí ayuda financiera por parte de la Sociedad de Autores británica y de la Royal Literary Fund mientras escribía *El Rey Perdido*, y me gustaría darles las gracias a ambas instituciones por su dedicación y por su apoyo.